HARVARD COLLEGE LIBRARY



FROM THE LIBRARY OF

GEORGE EDWARD RICHARDS

A.B. 1867, M.D. 1883

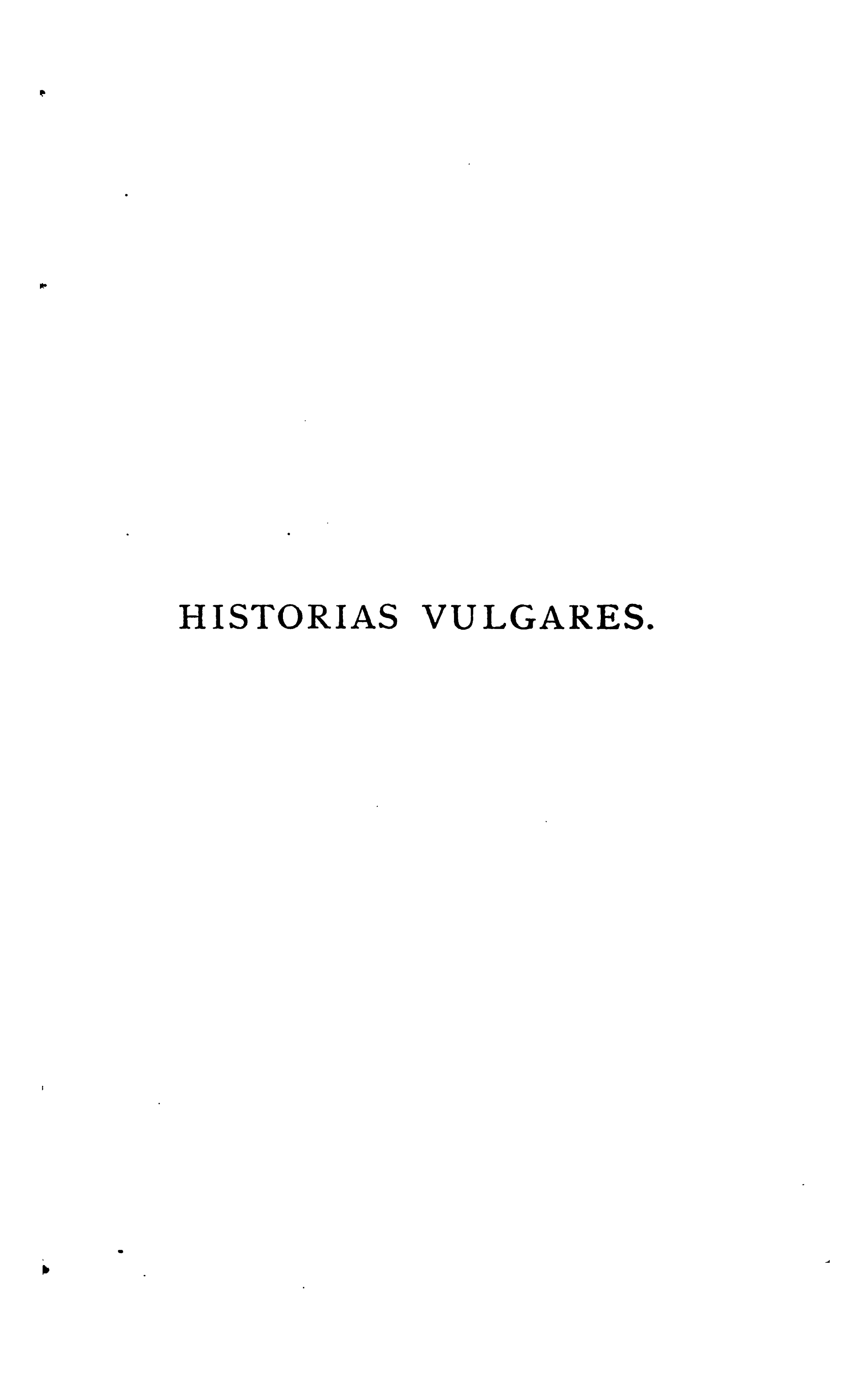
THE GIFT OF
ANNA M. RICHARDS
1919



CASTRO Y SERRANO.

OBRAS LITERARIAS.

SEGUNDO VOLÚMEN DE LA COLECCION.



HISTORIAS VULGARES.

HISTORIAS

VULGARES

POR

D. JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

TOMO PRIMERO.

MADRID.—1887.
IMPRENTA DE FORTANET,
Calle de la Libertad, núm. 29.

Los cuadros recreativos que van á leerse, escritos por su autor en diversas épocas, entre otros varios trabajos de diferente índole, salen ahora por primera vez formando cuerpo, y en disposicion de ser juzgados en conjunto.

Muchas personas nos han dicho:—¿Qué debe entenderse por Historias vulgares? ¿Son, acaso, los dramas y comedias que ocurren entre el vulgo? ¿Van destinados á enaltecer y dar color poético á las clases más ínfimas de la sociedad? ¿Se limitan simplemente á poner en conocimiento de muchos lo que á pocos ó á casi nadie les importa? ¿Son un género nuevo?

Las Historias vulgares, con que su autor no ha pensado nunca establecer género, ni siquiera especie literaria, son el apodo con que el que las escribe ha querido distinguir, para su uso, lo que en la literatura de toda Europa se conoce y eje-

cuta desde hace largo tiempo bajo la denominacion modesta de narraciones. Eso que no es novela, eso que no es cuento, eso que no es estudio de costumbres, eso que se narra porque puede interesar al lector y conmover su ánimo, dentro de las condiciones ordinarias de la vida, eso es lo que debe entenderse por Historias vulgares. Relatar las peripecias dramáticas de una existencia oscura; sorprender los sentimientos íntimos de esas almas de segundo órden que al parecer carecen de poesía; descubrir las historias de los que en la opinion general no tienen historia, tal ha sido ántes el objeto de las narraciones literarias, y tal es el objeto de las presentes.

No negará el autor que su procedimiento tiene algo de oposicion hácia la novela. La novela participa de dos escollos capitales: el primero es su nombre, que le aparta de ciertos espíritus presuponiendo trivialidad en la lectura; el segundo es su programa, que la induce á desarrollar ante el lector caractéres y cuadros extraordinarios. La novela, queriendo apoderarse á toda costa de la verdad, incurre fatalmente en la mentira. Si dentro de dos siglos se estudian las costumbres de este XIX por sus novelas, como nosotros estudiamos las del XVII por sus dramas, los errores de apreciacion histórica serán tan alarmantes como

gratuitos. La caterva de crímenes de que se nos supone rodeados á todas horas; el aluvion de infidelidades que se acumula sobre el seno de todas las familias; el refinamiento de vicios; el tema obligado de catástrofes que constituye el fondo de toda novela digna de su nombre, fingen una sociedad cuyo regulador no puede ser otro que el juez de primera instancia. ¿Cómo (se preguntarán los eruditos) no pasaban aquellos señores su vida en la cárcel?

Créese por lo comun que los alimentos sencillos no nutren lo suficiente, y que hay que apelar á salsas fuertes y corrosivas para producir una digestion provechosa. Esto es verdad cuando se trata de estómagos enfermos y estragados; pero no lo es para naturalezas íntegras y sanas, en que la sensibilidad se desarrolla al suave impulso de honestas y dulces emociones.

En España nos quejamos de los toros, y no nos quejamos de la novela. Ese noble animal con cuyo enérgico carácter se juega á muerte; esos tristes y enfermizos caballos con cuyas tripas humeantes se alboroza la multitud; esos diestros asalariados cuya destreza no impide que se les tenga preparada la extremauncion; todos esos horrores que constituyen el sangriento espectáculo nacional, merecen ya al presente el anatema de

filósofos y moralistas. Ningun padre previsor y bueno gusta de que su esposa y que sus hijas se aficionen á la lucha cruel, por más que los encantos de su conjunto atraigan con poderoso esfuerzo la atencion de las débiles fantasías; y ese padre, sin embargo, abandona en el seno del hogar libros y folletines, que satisfagan el ardor impremeditado de la lectura, á esos mismos seres en quienes aplaude su desvío de las lides tauromáquicas. Cierto es que en la novela no hay un toro que brame, ni un caballo que relinche, ni un torero que tiemble, ni una multitud que vocifere y denoste; pero el puñal y la pistola, el veneno y la sima, la martirizacion y el descuartizamiento, no son menos comunes ni repugnantes que en la plaza de toros. Allí el horror moral se enlaza con el físico reproduciendo cuantas aberraciones y miserias pueden ocurrir á la naturaleza humana en sus extravíos más vituperables. Si la lucha del hombre con la fiera es un espectáculo de crueldad, la lucha del hombre con el hombre en los libros modernos es un espectáculo de corrupcion.

Pero no es eso todo. El ánsia de introducir en los relatos novelescos nuevos recursos con que avivar de cada vez el interés de la lectura, produce una escala ascendente de exageraciones, que

se halla á punto de llegar al delirio. En otro tiempo fué la fatalidad el orígen de las fábulas sangrientas; despues lo fué la pasion instintiva áun cuando desordenada; más tarde lo han sido los pecados en su desnudez escandalosa; hoy amenazan serlo las locuras y monstruosidades de la sociedad. Al paso que lleva la novela en algunos países, y el nuestro por desgracia no se libra de tan funesto influjo, será necesario establecer aduanas y lazaretos para su importacion.

Felizmente principia á elevarse una protesta en escritores y lectores contra ese falso progreso de la literatura recreativa. Ingenios privilegiados de diversos puntos demuestran con sus obras, que el interés se halla en todas partes, como se le promueva con recursos artísticos y se le inspire al lector con instrumentos de belleza; así como que desaparece y se torna en espanto, cuando se le intenta atraer con peripecias absurdas y con cuadros y caractéres inverosímiles. Lo que hay en el asunto, es que existe mayor facilidad en conmover el ánimo de la multitud á impulsos de la crudeza del fondo, que de los atractivos de la forma; porque la forma es el escollo de la literatura, ó mejor dicho aún, el pedestal en que se asienta el poderío de su reinado. Los maestros del arte procuraban que la profundidad de sus pensamientos

caminase como la profundidad de los rios, disimulando la violencia de su corriente, y bordeando las riberas y los valles con frondosos arbustos y aromáticas flores.—No hay, pues, otro camino que seguir, y este es un consejo que nos permitimos dar á los que empiezan.

Nosotros tenemos advertido que en las épocas de esplendor literario las grandes obras se han escrito con gracejo y donaire, así como que en las de decadencia aparece la literatura con formas lúgubres y sombrías. En el primer caso hay algo de la primavera que sonrie; en el segundo hay mucho del otoño que se anubla y llora. Hemos notado tambien, ántes de envanecernos por la perspicacia de nuestra observacion, que de antiguo las letras se llaman *bellas; amena* la literatura; *donoso* el buen lenguaje; *agudo* el mejor de los conceptos, y *regocijada* y *feliz* la musa de la inspiracion. Nunca hemos visto á las buenas letras de luto, sino por muerte de las demás cualidades del ingenio.

Entónces nos hemos preguntado:—«¿Es la literatura esencialmente alegre? ¿Corresponde á un estado placentero del espíritu, lo mismo en el que la crea que en el que la goza?»—Y nuestra contestacion ha sido afirmativa.

El literato, en efecto, posee por lo comun un

alma dispuesta al continuo desarrollo de plácidas emociones. Plácido es el instante en que la idea acude á su fantasía como gérmen de un pensamiento; plácidas las labores de su imaginacion cuando busca recursos para animar el pensamiento formulado; plácidas las horas que invierte en dar vida sobre el papel al conjunto de sus artificios mentales; y ya pinte el dolor ó el gozo, ya se dirija á conmover ó á recrear al público, su númen permanece en placentera atmósfera, sin dejarse arrastrar por la corriente de la alegría, ni confundirse en el abismo de las lágrimas.—El llanto del niño que ve la luz, es causa de secretos placeres para el padre que le dió el ser.

Y aquí conviene rectificar una opinion ofensiva para las letras que circula muy acreditada. Asegúrase que el literato no dice lo que siente, ó para hablar más propio, no siente lo que dice, cuando desarrolla el plan de sus composiciones; y esto se funda en la diferencia que existe á veces entre sus actos como hombre y sus palabras como escritor. Cierto es que el escritor no siente todo lo que dice en el momento de compaginar sus obras; pero eso no supone que dejase de sentirlo en el momento de imaginarlas. La literatura es un arte bella, y las bellas artes comprenden dos períodos generadores: aquel en que se conciben y

aquel en que se ejecutan. ¿Qué se le diria á un pintor si intentase persuadirnos de que el sentimiento de su alma habia sido uniforme durante los dias, los meses, los años quizá que invirtió en la pintura de su cuadro? ¿Qué se le diria á un escultor si se empeñase en hacernos creer que su estro artístico le habia iluminado con llama permanente, desde que idealizó en sueños una figura hasta que arrancó la última esquirla al mármol de su estatua?—El literato llora y rie, como el público, cuando experimenta la novedad de sus propias sensaciones; pero despues se convierte en artista, y fijando su mirada en el lector, inquiriendo los gustos del lector, procurando amalgamarse con el espíritu del lector, discurre y trabaja para éste, afanoso de colocarlo en situacion análoga á la suya. Queda el papel entónces reducido á una especie de espejo, donde se refleja en primer lugar la figura del que escribe, y en lontananza las de la multitud á quien el escrito va dedicado.

Escribir, pues, como se dice, *para el público* es la verdadera mision de los ingenios; y como el público en su vida ordinaria tiene más de superficial que de grave y más de alegre que de triste, hay que acogerse á su frívola naturaleza hasta para obligarle á sentir ternuras ó dolores. Por eso los entendimientos elevados han seguido en sus

obras literarias la senda de la sencillez, de la naturalidad y del donaire, áun cuando sus propósitos se levantaran á mayores alturas; que no dejan de hacerse caminos llanos y apacibles para atravesar ásperas montañas.

El libro literario español, el libro literario de el mundo, el *Quijote*, es una prueba patente de lo que decimos. Nadie se rie ni se burla dentro de esta narracion admirable; y, sin embargo, el que la lee experimenta á cada paso el retozo de la risa y un como revoloteo de la mofa, que contrastan con la rigidez y gravedad del sublime pensamiento que encierran sus páginas.

Otro tanto pudiera decirse de las muchas obras que constituyen la literatura clásica de nuestras buenas épocas, trasunto en esta parte de la literatura clásica latina de los buenos tiempos, y compañera, si no hermana, de la bella literatura de todas las naciones. El gracejo y el donaire corren por la superficie de estos escritos, como quien barniza y adorna el estuche que oculta los complicados resortes de una máquina. Sea cualquiera el fondo á que se arroje el autor, y muchas veces cuanto más profundo y tétrico se lo abre, su personalidad se asoma á la luz del dia ligera, sonriente, deleitosa, con ansias de agradar, con deliberado propósito de captarse la benevolencia y el

cariño del que lo escucha. Por eso quizá el preceptista antiguo dijo que lo útil debe ser dulce, y el moderno añadió que lo bueno no puede ser fastidioso.

¿Qué mucho, pues, si tales razones nos dicta la experiencia, el que aconsejemos seguir, y sigamos los discípulos, la senda que nos trazaron los maestros?—Narrar sin que la conciencia pública se subleve contra la verosimilitud del relato; entretener al lector con lances y episodios sencillos que envuelvan pensamientos graves; descubrir en el círculo de las gentes las almas nobles y afectuosas con preferencia á las duras ó extraviadas; conmover, deleitar, atraerse las simpatías del que lea, sin incurrir en la monotonía ó enfado de la lectura, esas fueron las leyes que nos dejaron escritas los legisladores de las letras patrias, y esas las que hemos procurado obedecer, aunque probablemente sin acierto, en estas nuestras humildes Historias Vulgares.

JUAN DE SIDONIA.

JUAN DE SIDONIA.

I.

Hace treinta años, todos los mozos de Andalucía se educaban en la taberna. Las escuelas de instruccion primaria estaban muy mal servidas y mucho peor frecuentadas. Cuando un hombre no tenía que comer se dedicaba á educar niños; y por esto se decia: — «Tiene más hambre que un maestro de escuela.» —Cuando á un muchacho *lo echaban al maestro*, se les decia á sus padres: —«¿Piensas que el chico siga la Iglesia?»

Por otra parte: en esa riquísima mitad de España, no habia industria, ni comercio, ni nada en qué entretener al adolescente. Desde el regazo de la mujer del pueblo, pasaba á la plaza del pueblo; de la plaza del pueblo, pasaba al campo del pueblo; y del campo del pueblo, á la taberna del pueblo.

El mozo de catorce años no sabía nada; pero era dueño de tres propiedades: un asiento en la taberna, una novia y una navaja. El asiento signi-

ficaba pubertad; la novia sociabilidad; la navaja impenetrabilidad. Pero como en la taberna se acalora la gente, y las mozuelas son ocasion de disgustos, y las navajas son instrumento de perdiciones, era lo comun que el mozo recibiese pronto el bachillerato en la cara, ó que invistiese con la licenciatura en el estómago á uno de sus compañeros. Entónces, un poco de cárcel, una miaja de presidio ó un rincon del hospital, constituian los primeros aprovechamientos de su carrera.

Sobre todo, el valor era la cualidad más necesaria para la educacion del mozuelo. Cobarde y andaluz, aunque se tienen por sinónimos en el Norte, son palabras antitéticas en el Mediodía. El vocabulario de la fanfarronada, la fraseología de la acometividad, el dialecto bárbaro y provocativo de la lucha, componian el curso retórico de su lenguaje. A no estar todos ellos educados de una misma manera, medio pueblo se hubiera comido al otro medio. Por fortuna, el valor de uno era contrabalanceado por la fiereza del otro; y lo que debia ser rio caudaloso de sangre, no pasaba por lo comun de simple arroyuelo. Eso sí; el arroyuelo era permanente.

Y ¡cosa singular! esos mozos encenagados en la ignorancia, en el vino y en la pelea, formaban pueblos de índole sencilla y patriarcal, de instintos nobles, de pechos generosos, de costumbres honestas y hospitalarias. No hay punto de la tierra más calumniado ni desconocido que Andalucía. Sus bellas artes, representadas en el romancero de sus

coplas y en el manantial melódico de sus originales cánticos, revelan ingenio sútil, corazon sensible, mente elevada, rectos propósitos, convicciones profundas, creencias religiosas, virtudes cívicas, docilidad, mansedumbre, respeto, amor; todos los atributos, en fin, del pueblo contrario al que las gentes que lo desconocen se imaginan. Un pueblo que posee este arte, que ama con pasion su hermosa naturaleza, que comprende las galas y dones del país que lo cobija, podria ser comparado, y este es su símil más legítimo, á un pañuelo blanco que se mancha de vino ó de sangre: pocas gotas bastan para deslucirlo; un poco de jabon basta para restituirle la blancura de la nieve.

Pero la sangre y el vino son escandalosos. A lady Macbeth le cayó una gota de sangre en una mano, y no se la podia quitar de ninguna manera: la asesina del rey Duncan llegó á creer que con la sangre de aquel viejo podia haberse teñido todo el Océano.

La sangre y el vino de Andalucía han teñido ciertamente, y manchan aún por desgracia, la blancura de sus pueblos encalados, la claridad de su cielo y de su atmósfera, la trasparencia de su sencillez innata y característica; y hasta manchan y tiñen esta dolorosa historia de Juan, que nosotros vamos á referir.—Pedimos, pues, indulgencia del que la lea.

Juan era un mozo envidiable entre la juventud proletaria de Medina-Sidonia. Sus padres eran honrados, su posicion relativamente desahogada,

su belleza física ejemplar, su ingenio agudo, su trato de gentes encantador, su elegancia y dotes naturales parecian denunciar, dentro de su existencia humilde, orígenes más elevados y esclarecidos. Los hombres del pueblo no podian hablarle sin sonreirse; las mujeres no podian hacerlo sin ruborizarse; y las madres, esos seres que no son masculinos ni femeninos, porque son madres, temblaban instintivamente cuando Juan se acercaba á sus puertas.—Llevadle pronto á un colegio, y Juan será un hombre: abandonadle en la plaza de Medina, y Juan llegará á ser un bandido ó un desdichado.

Los padres de Juan no podian ni sabian hacer más que esto último, y Juan reinó pronto entre los mozos y sobre las mozas de su pueblo. Escaso en laboriosidad y abundante en recursos, porque disfrutaba todos los de su familia, no hay que decir cómo sería su chaqueta, no hay que decir cómo sería su novia, no hay que decir cómo sería su navaja.

Cuando Juan entraba por las noches en la taberna, todos los rostros se ponian alegres, y la mayor parte de los corazones sombríos. El primer duro era el suyo, la mejor garganta la suya, el puñetazo más fuerte el de su muñeca, la copla más aguda la de su númen. Tañía guitarra, pandereta, palillos y tejoletes; silbaba como un dios Pan, castañeteaba las yemas de los dedos como un Fauno, bailaba como una Bayadera, cantaba como un Muhecin, y referia historias de mujeres como un Rápsoda.

Juan no era quimerista en el sentido terrible de la palabra: cuando las ocasiones venian, no era mozo de huirlas ni contenerlas; pero de ordinario limitábase á hacer sentir su preponderancia sobre los débiles, con la altivez, eso sí, del majo de la tierra, mas tambien con la parsimonia del verdadero valiente.

Los mozos en Andalucía se casan pronto. Como no tienen nada que hacer, dedican á la novia tantas horas del dia, que en pocos meses acumulan el amor y la franqueza de muchos años. Apénas se dan *el sí*, ya lo sabe todo el lugar. Cuando la novia le borda los tirantes, anda el bastidor de casa en casa con su nombre y apellido. Cuando el novio le compra las ligas, el tendero se encarga de irlo avisando por todas partes. El moño de la guitarra, el ramo de San Juan, la ronda de media noche, el dulce de las Ánimas, la silla de la feria; todas las ternuras, en fin, que la vida de pueblo ofrece en holocausto del cupido andaluz, se sienten y manifiestan en aquellas comarcas cara al sol. En Andalucía se ama á voces.

Juan *estaba novio* con la muchacha más hermosa de Medina-Sidonia. Se llamaba Ana. Tenía grande todo lo pequeño de la mujer, y pequeño todo lo grande. Eran pequeñas su boca, su cintura, sus manos, sus piés y sus pretensiones: eran grandes sus ojos, sus trenzas, su amor y su sensibilidad. Una sola falta tenía, y era, que siendo requebrada por todos los mozos de la poblacion, entre los cuales los habia de tan ejemplar conducta como Mi-

guel, ella prefirió á Juan, que no tenía oficio, ni conducta ordenada, ni fama edificante sobre cosas de hombres y de mujeres. Pero este defecto podia ser grave para sus padres, para Miguel, para el cura de la parroquia; para todos, ménos para Ana.

Juan se casó con Ana cuando él no habia cumplido los diez y siete años, ni ella los quince. El dia que salieron de novios, decian las gentes abriéndoles paso: —«No los hay más galanes en Andalucía.» —Sin embargo, casa de Juan no hubo regocijo, y casa de Ana se derramaron muchas lágrimas.

Porque las gentes del pueblo, aunque no han seguido cursos de moral, ni hojeado libros de filosofía, presienten todas las exposiciones de lo que no es ordenado y recto en sus bases esenciales. ¿Qué garantías llevaba Juan al matrimonio para hacer feliz á su esposa, y mucho ménos para criar á sus hijos? —Esto se preguntaban con angustia los padres de Ana, y esto no podian contestarlo satisfactoriamente los de Juan.

Pero el público, que por lo comun no ve en los matrimonios más que una novia bonita y un novio terne, proclamó este casamiento como el más notable ocurrido en Medina. Y la verdad es que no salió tan malo. Juan trabajaba alguna cosa; sus padres le ayudaban de casado áun más que lo hacian de soltero; los de Ana habian equipado bien á la muchacha, y, aunque bastante pobres, ayudaban asimismo lo que podian.—En cuanto á las relaciones del matrimonio, debemos decir que eran

cordialísimas, sobre todo por parte de Ana, quien, segun la expresion del pueblo, se estaba mirando en la cara de su Juan.

A los tres años habian nacido en la casa dos muchachos tan robustos y hermosos como sus padres. Juan, contra la opinion de la mayoría de las gentes, salió muchachero y padrote. Más de una vez se le vió en la plaza con uno de sus hijos en brazos, á pesar de la coquetería de su traje y de las pretensiones de su ordinaria apostura.—«¡Lo que pueden los hijos!...»—decian aún al mirarle las muchachas solteras que habian gustado de él.

Un poco más en la carrera del matrimonio honesto, y Juan desmiente, con su conducta de hombre cabal, los fatales augurios que sus calaveradas de jóven habian hecho presentir.

Pero una noche en que varios amigos celebraban, no sabemos qué festividad, la de la holganza probablemente, el vino se subió á las cabezas. En esas horas alegres ó fatales, fatales y alegres casi siempre, el estómago y el cerebro cambian de papel por lo comun: el estómago adquiere cordura para saber lo que puede y debe permitir; miéntras que el cerebro, convertido en víscera inerte y casi bruta, derrama los conceptos más absurdos en una especie de basca intelectual.

Sucedió, pues, en esa noche tremenda, que uno de los asistentes á la broma se permitió traer la conversacion á la vida doméstica de Juan; censuró que se hubiera casado, contra lo que de su empuje y cualidades esperaba la tierra en que habia nacido;

y sobre todo aludió á que siendo Ana muy hermosa y él un pobrete, los resultados de aquella boda no eran dudosos.

Juan, al principio de la conversacion, se propuso tener prudencia (podia tenerla aún), calculando el escaso valor de la mano de donde partia el tiro; pero este escaso valor prestaba alas al deslenguado para abusar de la prudencia de Juan.—Conviene advertir que el provocador habia sido, de entre los muchos pretendientes de Ana, el más desdeñado siempre por ella.

Los amigos quisieron intervenir en el asunto, desviando la cuestion de tan peligroso terreno; mas como probablemente las agresiones eran estudiadas y el dia se habia escogido exprofeso, segun la costumbre de esta clase de majos, á las primeras palabras agresivas siguieron otras más terribles aún, y por último, se dejó traslucir la idea de que la deshonra de Juan habia principiado. Citóse hasta un nombre propio: el de Miguel.

La palabra quedó cubierta de sangre en los labios del vil calumniador, al momento mismo de ser pronunciada. Un enorme jarro, desprendido del brazo poderoso de Juan, fué á estrellarse contra el rostro del imbécil, que habiéndose puesto máscara de vino, pretendia vengar aquella noche supuestos agravios. La excitacion fué espantosa: todos se levantaron á un tiempo, todos acudieron á un tiempo, todos gritaron á un tiempo; pero, á la verdad, ninguno disponia de sus facultades personales con conciencia absoluta.

Las navajas salieron al aire, los rencores se mostraron en su desnudez más grosera, los bandos se dividieron instintivamente; y cuando las puertas de la calle se abrian ante el tumulto, cuando las gentes vecinas gritaban pidiendo socorro, cuando la ronda nocturna compuesta de alcalde y alguaciles se adelantaba volando sobre el grupo de contendientes, cuando los brincos de los tiradores alcanzaban á romper con la punta de la navaja el débil farolillo de la Vírgen que con siniestra opacidad alumbraba aquella terrorífica escena, Juan, el brioso Juan, el desdichado Juan, el terrible Juan se vió cara á cara con su adversario, y hundióle en el costado izquierdo el arma fatal que blandia como un tigre.

Un ¡ay! tremendo, un ¡ay! cavernoso y agonizante apagó en un segundo aquella zambra de demonios. El herido espiró sin pronunciar palabra; los curiosos huyeron; la justicia cumplió con su deber; las puertas se cerraron rechinando, como los perros aullan cuando hay muerte; y sólo palpitaban de allí á un instante, en contacto invisible con el drama feroz, el farolillo de la Vírgen María que buscaba su aplomo ante la imágen, y los pechos de los hijos de Juan que dormian dulcemente sobre el regazo de Ana.

II.

Los crímenes no han sido nunca en Andalucía considerados de una misma manera. Entre la agresion contra las cosas y la agresion contra las personas, media para los andaluces el abismo insondable de la caballerosidad. Un caballero, y caballeros son todos los andaluces, si hemos de atender al saludo que ellos mismos se dirigen cuando se encuentran, no puede robar sin infamarse; pero puede herir, puede causar la muerte, y quedarse tan caballero como lo era.—El que mata, no es llamado asesino en Andalucía, sino matador; y el que muere, como lo haya sido en buena lid, no deja á su familia el legado cruel de la venganza; ántes bien, suele ser respetado, puede ser admirado, y hasta en ocasiones es protegido por ella, en nombre de esa caballerosidad de que todos participan.

Más de una vez los reos de muerte, al subir al cadalso, han dicho al público con cierto énfasis heróico:—«Conste, señores, que yo no he robado nada á nadie.»—Porque robar la vida no es para

ellos sustraccion infamatoria: es haber poseido una herramienta demasiado afilada; es haber tenido una mala hora; es haber tropezado en una mala parte: todo ménos asesinar.

El propio bandido andaluz, ese tipo legendario, cuya existencia apénas se concibe fuera de España, pues ni áun al italiano se parece, dice que roba porque la sociedad le niega abrigo, y él necesita mantenerse de algo; pero que al robar no mata sino cuando hay imprudencia de parte del robado, es decir, cuando se le provoca á ello, cuando se le saca de sus casillas, cuando se pone en duda por palabras ó actos su indisputable omnipotencia. De aquí proviene un abigarramiento moral de los más extraños: roba sin ser ladron, y mata sin ser asesino: un crímen disculpa al otro, y de ambos crímenes es responsable la sociedad que le persigue y le aisla; la sociedad que no le perdona un acto caballeresco cometido, en buena lid, contra la persona de un compadre suyo á la puerta de la taberna. Tal es la historia de todos esos hombres.

Andalucía conserva en el alma de sus gentes el espíritu feudal que ha desaparecido de sus costumbres. Perseguirse y matarse los de este castillo con los del otro, los de esta tierra con los de la otra, los de esta familia con los de la otra, y desposeerse mútuamente de sus bienes y propiedades, en nombre de la guerra misma que se hacen sin saber por qué; pero quedando todos caballeros, ejerciendo todos actos insignes de caballerosidad, guardando siempre las leyes de la más severa y

andante caballería, hé ahí el feudalismo histórico que sin quitar punto ni coma conservan en su corazon las gentes democráticas de Andalucía.

Y tal vez somos inexactos al reservar al pueblo este trasunto de bárbaras, aunque nobles edades: los caballeros mismos de esas comarcas, los que asumen la propiedad y la influencia, participan, tal vez sin quererlo, del propio espíritu de las gentes del campo. Ellos apadrinan al bandido, ellos protegen al matador, ellos tuercen el curso de la justicia; ellos recuerdan, sin nocion histórica, sin duda, que las mesnadas de sus abuelos ejercian actos semejantes en nombre de la religion, de la patria y del rey, áun cuando rey, religion y patria no salieran por lo comun bien parados del ejercicio; y hacen causa propia la causa de sus colonos, de sus ahijados, de sus sirvientes, con algo de la supersticiosa devocion, con algo del caballeresco culto que guardaban en su alma el *pater* de Roma y el *castellano* de la Edad-media.

Nos hemos detenido en estas consideraciones, para que se comprenda bien la situacion de los ánimos en Medina-Sidonia á la mañana siguiente de la desgracia de Juan.

Desgracia llamábanla, efectivamente, en todas partes, incluso en la casa del difunto. Séase porque éste disfrutase de escasas simpatías, sea porque Juan las tuviera grandes en el concepto público, sea porque una muerte, provocada por el que la recibe y otorgada en regla, no puede ménos de hallar disculpa en pechos andaluces, ello es el caso

que la desgracia de Juan era en Medina mucho más lamentada que la del muerto. Si el juez y los corchetes no hubiesen estado tan á punto, mil puertas se habrian abierto ante los pasos vacilantes del matador, para darle asilo. Pero Juan estaba en la cárcel; su delito, ó llámese falta, era de esas que califica la ley de tan claras como la luz del medio dia; y ya no era tiempo de pensar en librarle del anatema del Código, sino en escoger los medios de disminuir sus rigores.—Todas las influencias de la poblacion, las altas como las bajas, se habian echado encima del escribano, del promotor fiscal, del juez de primera instancia, de los padres del muerto, de los testigos del homicidio, de todos los que en estos fatales trances intervienen para ayudar al castigo de los crímenes y para satisfacer las exigencias de la vindicta pública.

Largos meses hubiera durado en Medina esta ocupacion de los ánimos, si una nueva desgracia, tan desastrosa ó mucho peor que la de Juan, no hubiera venido á oscurecer la primera, con nuevos y más dramáticos incidentes. Juan comenzó á vegetar en el retiro de la cárcel, su causa á dormir sobre los empolvados protocolos de la escribanía, sus amistades á entibiarse con la ausencia, y todo á quedar perdido para él, excepto el corazon de Ana y los socorros indirectos de una mano oculta. Gracias á ellos, Juan no habia muerto para el mundo.

Era de ver por las mañanas y por las tardes á una hermosa muchacha de veintidos años, fresca y lozana por su belleza, abatida y triste por su

dolor, atravesar las calles de Medina con un pequeñuelo de la mano, otro al pecho y una cesta apoyada sobre su flexible cintura, dirigirse al solitario albergue de los detenidos, llevando, en sublime conjunto de pobreza, consuelos de familia, ternuras de mujer y auxilios corporales para el hombre necesitado.

Cada dia la infeliz criatura, tras duros trabajos y no ménos duras privaciones, hallaba en su fecundo númen un nuevo lenitivo que llevar á su Juan para confortarle en las veinticuatro horas subsiguientes. Bien que el escribano daba esperanzas, bien que el promotor parecia inclinarse á la disculpa, bien que alguno de los antiguos protectores de la casa ponia interés en el proceso y recomendaba su más favorable embrollo, siempre Ana tenía para sus visitas de la cárcel pan y consuelos, ilusiones y realidades, un socorro moral y otro material para el hombre á quien tan desinteresada y amorosamente se habia unido.

Juan, por su parte, corrió en pocos meses el terreno de algunos años. Léjos de disculpar su accion y empequeñecer su delito, exagerábalo con negros colores, cual si un profundo remordimiento hubiese ya aniquilado y disuelto el valor de su alma. Más de una vez, cuando los muchachos dormian en el seno de su madre, y cuando la ausencia de otros delincuentes permitia confianzas supremas, Juan arrimaba el rostro á la reja de la prision, y decia con conmovido acento:

—¡Ana de mi alma! ¡llevo á ese hombre sobre

mí; yo no puedo acostumbrarme á lo que me sucede; yo quiero morir; yo no podré atravesar la puerta de un presidio!

Juan decia *presidio,* porque no ignoraba que las circunstancias atenuantes de la provocacion alejaban del término de su causa una condena de muerte. Pero presidio y todo, parecíale un porvenir tan horrible, que casi la muerte misma era ménos pavorosa ante su conturbado entendimiento. Y es que Juan no se consideraba asesino.

Sustancióse el sumario; pidió el promotor el mínimum de la pena que marca el Código; sentenció el juez con arreglo á las conclusiones fiscales, y la causa pasó á la Audiencia. Entónces no fué posible detener por más tiempo á Juan en la cárcel de su pueblo, y recibió órden de ser trasladado á la de Sevilla. Aquí comenzaba la expatriacion de Juan; aquí comenzaba su verdadera muerte.

La cárcel del pueblo, es todavía el pueblo; los esbirros del pueblo, son paisanos y conocidos; la familia, áun por entre las rejas de una prision, es la familia; y el ambiente, la luz, los rumores, el aire de la patria, son patria y vida aunque se aspiren y se palpen en los profundos senos de un calabozo.—Juan, con una ternura digna de las transformaciones de su espíritu, pidio por sola gracia que la noticia de su traslacion no se divulgase, para devorar solo las amarguras de la partida y librar de ellas á la esposa infeliz. Todos callaron, efectivamente, y aún no se sabe cómo ni cúando se verificó. Lo que sí se sabe es que al dia

siguiente de la traslacion de Juan, Ana, con sus dos hijos en los brazos, extenuada y hambrienta, lloraba á grandes voces frente á la cárcel de Sevilla.

No nos detendremos á examinar el curso lento y torpe de esta segunda parte de la causa. Hace treinta años, las causas de homicidio se eternizaban casi tanto como hoy. El condenado, al salir de la cárcel, iba condenado.

El pobre Juan, cuyos recursos disminuian en razon del tiempo y de la distancia, varió en esta nueva cárcel, no ya su condicion moral, sino que variaron tambien los trazos físicos de su rostro y los no ménos perceptibles de su apostura y traje. Ninguno de sus antiguos camaradas le hubiera conocido; y hasta para mayor vicisitud de la suerte, ni áun conservaba su nombre.—Habia en la cárcel un preso de su pueblo que se llamaba Juan, y segun la costumbre de la *trena*, fué bautizado con el apodo de *Juan de Medina;* al entrar, pues, un nuevo Juan de la propia procedencia, los presos le aclamaron *Juan de Sidonia*. Hé aquí el orígen de este extraño dictado.

Ana no podia permanecer en Sevilla más que algunas horas, cuando verificaba con mil trabajos el penoso viaje. Ella se hubiera puesto á servir en la ciudad; pero ¿quién admite una criada con dos criaturas? En Sevilla carecia de amigos y parientes, los cuales, por fortuna de Dios, no le faltaban en su pueblo; y esta es la razon de que permaneciese alejada de la cárcel, miéntras con pulcritud singular corcusía y lavaba las ropas de su marido,

agenciaba el sustento de sus dos pequeñuelos, daba pasos en busca de relaciones para los jueces, y reunia toda esa suma de débiles socorros que constituyen la providencia de una prision.—En efecto, cuando Ana se presentaba en la cárcel, le decian la Providencia.

Uno de los dias en que entró, parecia Juan más abatido que de ordinario.

—¿Qué tienes, Juan? (preguntóle su mujer asustada).

Y Juan no pudo responder, porque los sollozos ahogaron su voz.

—¿Te han sentenciado? (volvióle á decir Ana presintiendo su desdicha).

—Sí (contestó Juan, reponiéndose): me han sentenciado, Ana mia; me han sentenciado á diez años de presidio con retencion, á todo lo que podian sentenciarme. Adios, Ana; ya no tienes marido, tus hijos no tienen padre, Medina no tiene ya á Juan.

Imposible es describir el efecto que en la pobre mujer produjo esta sencilla y exacta relacion de la pena inmediata á la de muerte, que existia entónces. Un presidiario de esta condena, no era ya, en efecto, ni padre, ni marido, ni ciudadano: dentro del presidio moria, ó al salir del presidio encontraba la muerte.

Ana suspiró, Ana lloró... decimos mal: Ana corrió primero casa del regente de la Chancillería, á cuyas puertas llamó, á cuyos piés se prosternó, sobre cuyas manos derramó un torrente de lágri-

mas, pidiendo indulgencia para su Juan; para aquel Juan que era el padre de dos criaturas abandonadas, para aquel Juan que habia perdido su alma y su cuerpo por defenderla á ella.

El noble magistrado, que comprendia toda la razon de estas absurdas peticiones, pero que nada podia hacer en favor de los que á cada instante se las demandaban, consoló y socorrió á Ana como pudo, ofreciéndole que recomendaria al penado para que ejerciesen con él las caridades compatibles con su condena.

Ana hizo hasta entónces todo lo que hacen los ángeles; mas desde entónces, la obra pertenecia ya á Dios.

Las leyes del tiempo prevenian que los condenados á presidio con retencion extinguieran sus condenas en los presidios menores de África. Fué, por consiguiente, destinado Juan á la capitanía general de Granada, para que allí dispusieran de él en el punto y hora que conviniese. El viaje habia de hacerse á pié, y de cárcel en cárcel.

Pero ¡ay! ¡que para ciertos reos las fórmulas de la curia son inútiles! Juan no pudo ir á Granada de cárcel en cárcel: gracias que pudieron llevarlo de hospital en hospital.

Unos migueletes, especie de paisanaje armado, que ejercia por entónces, aunque bastante mal, el servicio de la Guardia civil, fueron los encargados de conducirle; y conste, en honor de ellos, que desempeñaron su comision con toda la caridad que el juez de Sevilla habia prometido á Ana. Sin em-

bargo, la tarde que llegó Juan al presidio de Granada, no parecia que llegaba un penado, sino un cadáver.

Reconociéronle en la oficina de entradas, ántes de verificar el ingreso, y ántes de verificar el ingreso dispuso el físico que fuera conducido al hospital.—«Este pobre (añadió á media voz) no calentará la cadena.»

Sentencia tan horrible, que con impremeditacion harto censurable suelen arrojar los médicos sobre la faz de los enfermos pobres, fué esta vez frase de infinito consuelo para el alma de aquel contra quien se fulminó. Juan tenía aversion supersticiosa al presidio: entre vivir allí ó morir en el hospital, preferia cien veces esto último.—«¡Llevadme, pues (dijo lleno de gratitud), á que me muera allí!»

Y con una resolucion impropia de su estado, emprendió de nuevo el camino, á pesar del gran estorbo de las ligaduras que sujetaban sus molledos y de la sangre que corria por sus piés, considerándose dichoso al ver trocado el presidio por el hospital.

III.

¡Por el hospital! ¡Falansterio de desdichas, donde el hombre se convierte en *número*, la enfermedad en *caso*, la operacion en *práctica* y el cadáver en *experimento!* ¡El hospital! ¡Asilo de indiferencias, donde los ayes constituyen atmósfera, la fiebre hace papel de estufa, y la muerte, la propia muerte, proporciona un negocio de camas vacías! ¡El hospital! ¡Magnífico cuerpo sin alma, donde se refugian las almas de los que ya no tienen cuerpo! ¡Magnífica cabeza sin ojos, donde buscan albergue los que no hacen más que llorar! ¡Magnífico laboratorio de salud, cuyas destilaciones se pierden en la fosa comun!

Ese santo refugio donde entraba el preso, habia sido fundado por el apóstol de la ternura, por el padre de la caridad. Era la casa matriz de ese loco hispano-lusitano del siglo XV, que recogia á los llamados leprosos de su tiempo, arrojados por maldicion en los caminos para evitar el contagio; de ese agitador incansable que se atrevia á predicar la compasion y á promover el socorro hasta

para los criminales empedernidos; de ese fanático sublime que llevaba los muertos acuestas para darles sepultura, y los dejaba en rehenes sobre las escaleras de los ricos que no daban limosna; de ese proyectista harapiento que pedia á Gonzalo de Córdoba el trozo de terreno que pudiera cercar en una noche, y acotó con pedazos de ladrillo, en avarientas horas, el área magnífica de su magnífico palacio solariego; de ese descubridor de nuevos mundos, que mendigaba en la vega de Granada, tras del loco genovés que casi por los mismos tiempos pedia limosna allí para otra absurda empresa, bien ajeno al exigir terrenos al uno y al seguir las huellas del otro, que la historia algun dia habia de llamarle á él que no tenía camisa, á él que no se acostaba en lecho, á él que no comia caliente, á él á quien apedreaban los muchachos y censuraban los doctores, el Gran Capitan de la ternura y el Cristóbal Colon de la caridad.

El preso entró, decíamos, al caer de la tarde en el hospital de San Juan de Dios de Granada. Hallábanse por entónces regidos estos establecimientos de muy diversa manera que lo están en el dia. Dentro de sus muros se cobijaban sin distincion todos los desdichados: hombres y mujeres, paisanos y militares, presos y libres, muchachos y viejos; cuantos padecian de cuerpo y de alma, cuantos se veian acosados por la calentura, cuantos se sentian desfallecer por el hambre.—El hospital era el hospital: por eso lo hemos llamado falansterio de desdichas.

Era un tiempo aquel de transicion en que la caridad se trocaba en beneficencia: los monjes habian desaparecido, y aún no habian llegado las monjas; el servicio de los hermanos de San Juan no se habia reemplazado por el de las hermanas de San Vicente. Los hospitales estaban en poder de hermanastros. Así iba ello.

Una guardia en la puerta que indicaba la posibilidad de guardar á álguien, y algun que otro hermano secularizado, que resistia la observancia del voto, oculto entre los pliegues arquitecturales del edificio, daban una vaguedad siniestra al establecimiento, como si en su interior se estuviese desarrollando alguna idea revolucionaria.—Por lo demás poquito, órden, poquita formalidad, y poquita uncion evangélica. Un hospital era una casa de huéspedes sin patron. Juan hacía muy bien en ir contento allí.

Recibió al preso de manos de los migueletes, con visibles señales de mal humor, un hombre que se levantaba de jugar á la malilla en el chiritil cercano á la puerta. Registróle los bolsillos por ver si le podia quitar algun dinero; tomó la hoja penal, que ni leyó, ni guardó, ni tiró, y dando un toque de campana, dijo á dos mozos que aparecieron de allí á un rato:—«Sala cuadrada, número 68.»—La malilla prosiguió, los migueletes se retiraron con un recibo, y Juan subió como pudo las escaleras, para instalarse en el número 68 de la sala cuadrada.

Era ésta, como son por lo comun todas las salas

de los hospitales, un pasillo más ó ménos largo y más ó ménos ancho, con camas á la derecha y á la izquierda, y en ocasiones con otra fila de camas en medio. Reina allí, por lo comun tambien, un silencio no sepulcral, como se dice ordinariamente, sino hospitalario: el silencio sepulcral de estas casas está en otra parte. Óyense de intervalo á intervalo, una cama que rechina, un jarro que toca con una tinaja, un ¡ay! que se pierde en el espacio, una imprecacion, un rezo, un ronquido, una pelea. Durante el dia suele haber un poco de animacion con la entrada ordinaria de los enfermos, la visita de los médicos, el reparto de dietas ó medicinas, y sobre todo, con la galvanizacion que presta á la economía doliente el poder de la claridad. Pero á la caida de la tarde, en esa hora de las tristezas y los recargos, en ese otoño del dia, en ese momento de penumbras morales que hasta para los cerebros sanos son adversos, ¡qué soledad la de una enfermería llena de gente! ¡qué silencio el de los ruidos elaborados por la calentura! ¡qué desconsuelo el de tantas consolaciones subvertidas por la caridad mercenaria!

Desnudaron á Juan, y lo ingirieron, que aquello no fué acostarlo, junto al rincon de la sala cuadrada, acera de los pares, entre el 70, que era el último, y el 66, que era el antepenúltimo de sus compañeros yacentes. Al tomar posesion de aquella tumba provisional, nadie le dió las buenas noches. El número 70, que pareció querer decir algo, no articulaba ya palabras inteligibles, sino monosílabos

de esos que corresponden á la lengua del dolor. El enfermero que ataba la ropa de Juan, y colocaba bajo el cordel la filiacion que habia copiado en la contraloría de la que vino del presidio, murmuró para sí á media voz: —«En este rincon no se llega esta noche al rio caudaloso.» —Y se fué.

Todo quedó en calma. Dos lucecillas de aceite aguado, colocadas en ambos comedios del salon de los setenta, alternaban su lucir y su chisporrotear, con el chisporrotear y lucir de respiraciones agitadas y estertóreas. El mozo de la sala se sentó debajo de la luz que estaba más cercana á la puerta, y se puso á roncar con un libro en la mano. Su vigilancia tenía que ser mayor que la de los otros enfermeros, en razon á que aquella sala contenia presos de los que no cabian en el llamado calabozo del piso bajo. Bien es cierto que los del calabozo eran por lo comun gentes de mala conducta, cuya escasa enfermedad daba derecho á temer que quisieran escaparse; miéntras que los presos de la sala, sin ropa y con calentura, podian dejarse solos tranquilamente. —Por lo que hace al pobre *entrado*, que así se les llama á los nuevos, un buen ojo de hospital podia contarlo por *salido*.

Juan habia ocultado su cabeza entre las sábanas desde que tomó posesion de su infeliz lecho. Queria aislarse de aquel mundo de horrores, para quedar consigo mismo en el mundo de su horror. ¿Qué era lo que le pasaba allí? ¿Ante quiénes y

entre quiénes se habia colocado? ¿Por qué Dios al permitir tamañas desdichas, no concede á un hombre la muerte?

Esto pensaba, con débil y enfermiza desesperacion, cuando se le vino á la memoria su pueblo, su casa, su familia, su juventud ántes tan alegre, su virilidad hoy tan desastrosa.—«Creo (pensaba) que me tienen por moribundo, lo mismo los del presidio que los de aquí: ellos son gente experimentada y no se equivocan tan fácilmente; bien, sea: más vale morir de una vez que no estar agonizando diez años y un dia.»

Entónces sacó la cabeza, y vió que no habia ninguna levantada más que la suya; todos estaban encerrados quizá en el propio egoismo. Despues quiso conocer á sus compañeros más próximos. El número 66, que tenía á su derecha, dormia como un sano: además, la poca cara que él le podia descubrir, era de esos infelices hambrientos que buscan durante la mala estacion un buen padrino para pasarla tranquila en el hospital. El número 70, por el contrario, que ocupaba el rincon, parecia presa como de un ensueño fatigoso y terrible. A cada momento cambiaba de postura, y sólo boca arriba conseguia respirar con algun desahogo; pero ¡qué respiracion, Dios Santo! Habia en ella algo como de olla que hierve, algo como de leña que suspira.

Las manos del moribundo, porque no podia dudarse de que lo era, se dirigian unas veces á coger los vellones de la manta, otras á pillar como

insectos que le revoloteasen ante el rostro, por fin, no veia, no oia, no hablaba.

Esto último lo supo Juan, porque probó á llamarlo á media voz para ofrecérsele en aquel estado de angustia; pero el jóven, que jóven era, no hizo caso alguno de su vecino. En estos momentos la criatura humana sólo suele hacer caso del sacerdote.

Justo sea consignar aquí que ni entónces ni ahora fallecian los enfermos de nuestros hospitales sin auxilio piadoso. Pero desde que los frailes habian abandonado por fuerza la asistencia de los pobres, sólo alguno que otro, escapado, como ántes dijimos, á la persecucion insensata que á éstos sobre todos se les hiciera, no sabemos en nombre de qué, sólo alguno que otro acudia á este deber indeclinable de su instituto; y siendo escasos los auxilios y numerosos los necesitados, tocábales por lo comun á cada uno muy corta porcion de exhortaciones. Despues de sacramentar por la mañana á los graves, como indudablemente habria sucedido con aquel infeliz, llamábase al hermano á la extrema hora, para que les dirigiese algunas palabras de consuelo; palabras bellísimamente escritas en las constituciones de la casa de Juan de Dios, entre las primeras de las cuales se hallaban éstas:—«¡Oh rio caudaloso, lleno de todos bienes!» —Pues bien: los mozos no solian ir en busca del hermano sino al postrer momento; y ésta era la razon que tuvo el practicante de la sala, para decir que en el rincon de la suya no se llegaria esta noche al rio caudaloso.

En efecto: el número 70 dió un fuerte suspiro, y dejó de agitarse en su agonía. Habia sido el último. Juan, que lo comprendió todo, áun cuando todo era nuevo para él, se incorporó como pudo sobre su pecho, y rezó un Padre Nuestro y un Ave María por el alma de aquel desconocido. Santiguóse despues cristianamente, como sus padres le habian enseñado, y volvió á cubrirse el rostro entre las sábanas.

Dos únicos muertos habia visto Juan en su vida: el que cayó á manos de su mal reprimido coraje, y éste á quien auxiliaba como novicio misionero. No puede extrañarse, pues, la asociacion de ideas que despertó en su mente el doble acontecimiento. —«¡Morir (pensaba) es descansar, es perderse de la vista de los hombres, es abandonar un mundo de trabajos y de penas que no merece el cariño de nadie! ¡Aquel pobre muchacho tal vez tendria familia, tendria amigos cariñosos en otro tiempo, habria tenido quizá bienes de fortuna... y ahora, solo consigo mismo, abandonado de la tierra y del cielo, iria á pudrirse en el anfiteatro de una escuela ó en el mísero cementerio de un hospital! ¿Quién se acordaria de él? ¿quién le conoceria?...»

Al pronunciar mentalmente estas palabras, Juan experimentó un sacudimiento nervioso extraordinario: paró el curso de sus reflexiones, y volvió á decirse con la lentitud forzada del que deletrea:— «¡Quién le conoceria!...»

Estaba pasando por su imaginacion una de esas ideas que el cerebro forma por sí mismo en las

grandes crísis de la vida, sin que parezca que ha tomado parte alguna en ellas ni el raciocinio ni la voluntad del que las concibe.—Una hora ántes habia en aquel rincon dos moribundos: el 68, que era él, y el 70, que ya no lo era nadie. ¿Por qué no cambiar ambos troncos, y el muerto sería el presidiario?

La sola enunciacion de este pensamiento enorme, le detuvo el aire en la garganta, y le borró la lucidez del discurso. Al cabo de un rato, descubrió poco á poco su cabeza, incorporóse levemente, y miró en derredor, por si alguno le habia escuchado pensar.

IV.

Todo permanecia tranquilo en la sala cuadrada. El enfermero no estaba ya debajo de la lamparilla acariciando el libro: habíase retirado á su puesto de media noche, que era una cama sin sábanas, colocada en la misma puerta delante del número 1. Allí reinaba la indiferencia.

Sin embargo, como el que se propone escuchar llega á oir al fin y al cabo alguna cosa, Juan sintió, hácia el ángulo opuesto del suyo, un ruido como de hombre que se incorpora, se mueve, anda, murmura frases ininteligibles, y vuelve despues al lecho de donde, á no dudarlo, habia salido. Elevó su cabeza un poco para cerciorarse, y ya no vió nada: ni el que promovió el murmullo, ni los que estaban cerca, parecieron extrañarse ni preocuparse de aquella accion; debia ser cosa corriente hasta para los insomnes.

En seguida Juan miró hácia su derecha, al compañero número 66: éste dormia un profundo sueño reparador; atrevióse, por último, á ejercer una tercera pesquisa sobre lo que le rodeaba, y girando

lentamente hácia la izquierda, se colocó cara á cara con el muerto.—Aquella no era hora de sentir, sino de pensar: cerró los ojos y meditó. Hé aquí sus cálculos.

Juan habia aparecido en la sala cuadrada agonizante, cuando otro hombre, poco más ó ménos como él, yacia en la sala cuadrada próximo á morir. El médico del presidio lo habia pronosticado; el contralor del hospital lo habia temido; el enfermero de la sala lo sospechaba: quizá lo colocaron en el número 68, porque estaba cerca del 70. En las enfermerías hay rincones fatales.

Era, pues, verosímil que los dos números arrinconados falleciesen aquella misma noche; pero era mucho más verosímil todavía que falleciera uno: esto habia sucedido. La muerte de aquel hombre justificaba cualquiera de las dos; y el abandono de aquella muerte, justificaba áun más, el abandono de Juan, porque Juan era un recien llegado. ¿Qué sucederia despues de la muerte del 68?

Suponiendo á Juan el muerto, cualquiera de los dos números colaterales, el 66 ó el 70, llamarian al mozo de la sala para advertírselo, y éste, renegando quizá, iria á avisarlo á otros mozos, los cuales procurarian ántes de amanecer quitar de en medio al difunto. Al dia siguiente se participaria el suceso á la oficina; ésta lo haria presente al presidio, el presidio á la Audiencia de Sevilla, se protocolizaria la causa para toda una eternidad. En esto no cabia duda posible; pero ¿qué es lo que podria suceder con la muerte del 70?

El entierro de aquel hombre desconocido para Juan, se verificaria del mismo modo que el sospechado para sí mismo: la única diferencia dependería de los hechos posteriores. Si el hombre aquel era muy conocido en la sala, si tenía parientes que acostumbrasen á visitarlo, si el propio mozo ó enfermero le consagraba alguna atencion singular, podia suceder que se descubriera el cambio, y todo se habia perdido: esto era grave, sin duda; mas ¿era peligroso? Peligroso no, porque el muerto siempre sería el muerto, y Juan no habria cometido hasta entónces nuevo delito. Él no iba á hablar: él dejaria que los acontecimientos marchasen por sí solos.

Además: el pariente, el amigo, el mozo de la sala, conocerian y apreciarian la muerte del verdadero hombre; lo cual significaba lo mismo siendo el 68 que el 70: lo que habia que reflexionar era si entre la sala y la oficina existian comprobaciones de tal índole, que no pudieran equivocarse, uno con otro, dos enfermos. Sobre este punto daba esperanzas de confusion la escasa formalidad con que los pobres eran recibidos, y la falta de cuidado con que se les dejaba morir. ¿Qué le importaba á la oficina?

Por último: la sala estaba llena de enfermos; á la mañana siguiente vendrian otros; y era muy verosímil que, poco despues de amanecer, el número vacío estuviese ocupado. Entónces la confusion era completa.—Existia sobre todo un argumento decisivo en favor de Juan, ó por mejor de-

cir, dos argumentos: ¿quién puede creer que un vivo haya de suplantar á un difunto? ¿No es el absurdo la mejor materia de ofuscacion y de confianza? El segundo argumento colmaba la medida: Juan no perdia nada con su accion, y, en cambio, se encaminaba á ganarlo todo. Las reflexiones adversas eran, pues, inútiles.

Fijó su estado: horrorizóse de aquel presidio que le aguardaba, mucho más que de la muerte que podia sobrevenirle ó de las complicaciones que pudieran acumulársele; y con la decision del náufrago que se arroja al agua sin saber nadar, arrojóse en la profunda sima de su proyecto.

El número 70 se enfriaba; el 66 dormia; los otros números, si es que notaban ruidos ó movimientos, podian creer que eran ocasionados por accidentes naturales, como los que Juan observó en el rincon de la banda opuesta. Nada se oponia, al parecer, á la obra.

Salióse Juan lentamente de su cama por el lado izquierdo, dejando los embozos cual si permaneciera echado como hasta allí; y haciendo luégo una contorsion sobre sí mismo, quedó de rodillas frente del difunto. Aquella postura natural parecíale imposicion del cielo; y como conservaba en su corazon instintos religiosos, áun cuando tenía olvidadas las prácticas, cruzó sus manos en ademan del que ruega, y comenzó á balbucear una oracion que no sabía. Dios, sin embargo, pudo entender aquellas palabras.

Pagado así un tributo á lo maravilloso, que

harto maravilloso era todo cuanto se presentaba á la luz de su entendimiento aquella noche, probó Juan á tirar del cuerpo inerte de su vecino; pero el cuerpo se habia como incrustado en la cama, y los esfuerzos de Juan, por gigantescos que eran para el estado de su espíritu, sólo lograban conmover lecho y todo, cual si el difunto se negase á abandonar su tumba. Cesó, pues, en la primera idea de atraerse el cadáver como se atraen los objetos que se necesitan, y puso en práctica un recurso diferente. Colocóse en cuclillas á los piés de la cama, cogió el colchon por ambas puntas, y haciéndole girar hácia dentro, montó medio colchon y medio cadáver sobre su cama propia, cuyo colchon tambien habia arrastrado al suelo préviamente. En aquel instante necesitaba un empuje supremo para hacer girar la cabecera; pero cuando lo intentó, aquella boca fria, aquel pecho sin aire, aquel cerebro sin voluntad exhàlaron un quejido sordo y fúnebre, que heló de espanto al mísero especulador de la muerte.

Quedóse Juan suspenso, y derramó su vista asombrada por todas partes, con el temblor del criminal que ignora las trascendencias de su crímen. Él no habia robado nunca, y sin embargo, esta vez robaba más que joyas y tesoros; robaba nombre, personalidad, desdichas; robaba el reposo de un muerto, el alma caliente de un hermano suyo. Ciego de espantos, de supersticiones y de esperanzas, que anublaban su razon en torbellino confuso, hizo un postrer esfuerzo, con esa violen-

cia del que escapa á un peligro por una puerta donde no cabe, y el número 70 quedó convertido en número 68. La sustraccion estaba consumada: volvió á mirar, volvió á inquirir con la vista anhelante si alguno habia podido ser testigo de su horrible pecado; pero todo yacia en silencio. Respiró, se serenó, rehizo la cama próxima, y al tomar posesion de ella, al sentirse dueño de sí mismo, al contemplarse libre del cruel cautiverio que le esperaba, al morir para la vida de la expiacion y renacer para la vida de las virtudes en que habia soñado, no diremos que se creyese un justo, pero sí diremos que se juzgó uno de esos conquistadores que sobre lagos de sangre y montones de víctimas escalan el trono de un gran pueblo, y desde allí se recrean con la esperanza de sustraer á parte de los humanos de las miserias y desdichas del mundo.

V.

Dícese que los perros aullan delante de la casa donde hay muerto. Si esto es verdad, preciso será convenir en que no son sólo los perros los que presienten la proximidad del cadáver. — Aquel mozo de la enfermería que roncaba pacíficamente en medio de un charco de dolores, aquel imperturbable esbirro de las últimas horas, que bordeaba soñoliento las riberas del rio caudaloso, levantóse, con no poca sorpresa de Juan, y se fué derecho al rincon de la sala, como si álguien le hubiera avisado la conveniencia inmediata de sus servicios. Rastreó un momento por las cercanías de los tres últimos números; miró fijamente al 68, despues de espiar como de paso la respiracion del 70, y con mano firme, sin duda y sin zozobra, cubrió la cabeza del muerto. Eran las dos de la madrugada, la hora de morir.

Juan no necesitó fingirse presa de una agitacion semejante á la agonía. Sus fuerzas agotadas de un lado; su espíritu combatido por otro, y el terror que se apoderó de su alma durante aquella pri-

mera prueba, fueron suficientes para engañar al hombre.

Permaneció en la cama entregado á la fatalidad, que él ya iba creyendo Providencia, y esperó, como ántes habia acordado, el curso de los sucesos.

No se hizo esperar una nueva emocion: dos hombres, más desarrapados que el mozo, y más contrariados sin duda en su sueño, se presentaron á los piés de su cama con una angarilla cubierta de hule negro. El que venía delante, se aproximó á Juan y quiso tirar de su ropa; pero éste la defendió con tal ímpetu, que el hombre, para quien era lo mismo enterrar al 70 que al 68, varió la accion hácia la izquierda, y ayudó á llevarse al otro infeliz.

¿Habríanle dado órden de llevarse al 70? ¿Estaria padeciendo Juan una alucinacion, de cuyos fingimientos consideraba partícipes á todos los otros?—Esta duda amargó aquella madrugada eterna, sólo comparable á la del que pueda ser enterrado vivo. Por fin, las luces naturales que comenzaron á calar las ventanas de la enfermería, introdujeron triste, pero abundante animacion en la sala cuadrada. Despertaban unos enfermos, quejábanse otros, pretendian entrar algunos, sosteniendo diálogos en la puerta; y la voz varonil de un jefe, del médico quizá, á quien acompañaba un jóven practicante provisto de una tablilla con papel, tintero y luz; toda aquella vida exterior que se producia en torno de Juan, comunicóle un aliento de que se hallaba ciertamente muy necesitado.

La visita comenzó por la parte contraria, como era natural, por el número 1; pero miéntras la visita comenzaba, trajeron y acostaron un nuevo enfermo en la cama 68. Juan dió de todas veras gracias á Dios.—Cuando el médico llegaba, media hora despues, á aquella parte, hé aquí el diálogo que se entabló entre él y el practicante:

El practicante.—Entrado.

El médico.—¿Qué tienes, muchacho?

El practicante.—Es el admitido ahora.

El médico.—Dieta y cocimiento de grama.

El practicante (al mozo):—¿Y el que estaba aquí?

El mozo.—Se ha muerto.

El médico.—¿Qué tienes tú, 70?

El practicante.—Entrado.

Juan (á media voz y arropándose).—Mucho frio y mucha calentura.

El médico (tomándole el pulso y mirando atrás).—Dieta de arroz y píldoras de quinina.

Dichas estas palabras, volvióse el profesor al mozo, y dijo:—«Una palangana y jabon.»—La visita habia terminado. Todo quedó como ántes.

Los enfermos nuevos no hablan por lo comun hasta pasadas muchas horas; y es que siguen hablando con sus familias, con sus recuerdos, con las tristezas que les han conducido al hospital. No así los enfermos antiguos, que, apénas pasada la visita, tengan ó no ropa de convalecer, lo cual para ellos es lo mismo, saltan de cama en cama y emprenden conversaciones de todo género, cuya base

es casi siempre la murmuracion de lo que les rodea.

Una de estas tertulias se instaló acto seguido en la cama del número 66; enfermo de quien ya sospechamos, no sin razon, que debia sufrir escasa dolencia, segun la tranquila apostura de sus menesteres y de su sueño. Juan se dispuso á oir.

—¿Qué tal estamos, compadre? (díjole el que venía embozado en la manta).

—Medianamente, amigo: me han dado esta noche mal rato las gentes estas.

—Pues ¿y cómo? ¿Ha habido jaleo?

—Yo no sé; pero en en este rincon entran y salen que es un gusto.

—Debíamos quejarnos (añadió el interpelante) de que en esta sala nos trajeran presos. Los presos no vienen aquí hasta que ya no pueden tenerlos en la cárcel, y se convierte la enfermería en una parroquia.

—Haga usted lo que yo (repuso el 66), que ni los miro siquiera.

Este primer diálogo, del que Juan no perdió ni una sílaba, era tan tranquilizador como alarmante. El 66, que era el único testigo posible del *jaleo* de Juan, se preciaba de indiferente para con las ocurrencias de la noche, y casi podia asegurarse que nada sabía de ellas cuando nada dijo; pero á vueltas de esta consoladora declaracion, se terciaba la queja del de la manta sobre el abuso de traer presos á la enfermería. ¿Era acaso un preso tambien el número 70? ¿Cómo estaba allí? ¿Qué de-

lito era el suyo?—Juan entónces recordó que al llegar á su número, al 70, dijo el practicante: «Entrado;» y el entrado, á la verdad, la noche anterior, era el 68. ¿Habia entrado tambien el 70? ¿Quién era aquel hombre? mejor dicho: ¿quién era él?

Cuando sirvieron la sopa de la mañana no vino sopa para Juan, ni ménos para su sustituto del 68, que estaba aún á mayor dieta que la suya. Esto evitó palabras, investigaciones y peligros. Sin embargo, el 66 y el de la manta continuaron su conversacion en estos términos:

—¿Cómo me compondria yo, compadre (dijo el último), para que me dieran ropa sin darme el «alta?»

Muy sencillo, compadre (contestó el echado); haga usted lo que yo: cuando venga el médico, diga usted que está muy bien; y cuando venga el practicante que está muy mal. El médico por orgullo le manda á usted la ropa, y el practicante, por llevar la contraria, dice que usted no puede salir todavía. De todas maneras, hasta que los dos se pongan de acuerdo, no hay alta, es decir, salida.

Juan aprendió esta vez, cómo puede en los hospitales ser agenciada la ropa que recogen al ingreso. Con la ropa, naturalmente, vienen todos los adminículos que el pobre trae á la casa, y con ellos esperaba Juan saber quién era, cómo se llamaba, cuál era su orígen, todo lo que hasta entónces iba tomando á sus ojos un tinte de duda sombría y

desconsoladora.— Recogiendo en su imaginacion frases vulgares del país, propias para el caso presente, recordaba haber oido desde pequeño:— «Dios castiga sin palo ni piedra;» «El que escupe al cielo le cae la saliva en la frente;» «Por evitar la zanja caí en el pozo,»—y otras tan significativas y crueles como éstas.

El dia se pasó en tranquilidad absoluta, y fuerza es decir que jamás un hombre se habia muerto tan muerto como Juan. La escasa ó nula relacion que el 70 tenía adquirida en el hospital; la coincidencia de dos entradas simultáneas, de dos gravedades semejantes, de aquellos números no bien definidos, de aquel enfermero dormilon, de aquellos enterradores quizá borrachos, de aquella indiferencia general, en fin, que fiaba los actos más importantes de la existencia humana á la buena fe de los que debian intervenirlos; todo esto junto, dió por resultado que se recogió un cadáver del rincon, que la cama de donde se recogió era la 68, que el enfermo 68 entrado del presidio el dia ántes en condiciones de muerte habia muerto, que en la libreta de alimentos y medicinas fué señalado con una cruz, que en la contaduría fué dado de baja, que en el presidio fué tenido por difunto, que en la Audiencia de Sevilla se protocolizó su causa con cinta negra; y, por último, que de justicia en justicia, Ana, la de Juan, la pobre Ana de Medina, recibió un lio de ropas, signo postrero del cuerpo presente de su esposo. Volvemos á decirlo: jamás ha muerto vivo alguno, como murió

Juan de Sidonia en Granada. Pasados aquellos primeros instantes, toda rectificacion era ya imposible.

Esto lo sabía el hombre perfectamente; y así es que á la otra mañana, su deseo era agenciar la ropa del 70, conocer el estado civil de su propio individuo, recobrar el uso de la lengua, que era el único que podia perderle. Cuando el médico vinò, díjole, pues, Juan con cierto aire de satisfaccion bien estudiado:

—Señor, la medicina que me mandó usted ayer ha sido un prodigio: creo que podria levantarme, y quizá no me volveria la calentura.

—Las medicinas que yo mando (contestó el médico, dirigiendo la vista al practicante) rara vez dejan de ser prodigios. La ropa á este pobre, y que pasee. Media racion. Píldoras.

Fué á hablar el practicante, y el médico añadió, sin oirle:

—Una palangana y jabon.

Media hora despues subian la ropa de Juan, es decir, la ropa del 70, á cuya vista Juan procuró quedarse impasible, á pesar de que su aspecto le llenó de dudas. Traia algo de militar y de paisano, de ropa bien cortada y de municion. Dejóla á la cabecera de la cama para ver de examinarla sin testigos, y miéntras tanto comenzó á reflexionar nuevamente en si sería preferible su anterior estado.

Cuando estuvo solo, desdobló las prendas una por una, y con el temblor del quinto que mete su

propia mano en la rueda de las bolas, introdujo sus dedos en el único bolsillo que tenía papel, y y sacó una carta. Allí estaba su salvacion.

Decimos mal: allí estaban los elementos de su salvacion, porque Juan no sabía leer.

VI.

Hay en los hospitales unos enfermos que en fuerza de pasar su vida dentro del asilo, por dolencias reales primeramente, por falta de todo recurso despues, por costumbre y abandono más tarde, pierden sus relaciones de fuera, el trato de sus parientes si los tenian, la nocion externa del mundo en que vivieron; y pegados á las paredes de la casa, á despecho de directores y leyes, se incrustan en el primer hueco de la arquitectura que puede cobijarles; anidan en el alféizar de una ventana, en la jamba de una puerta, en el recodo de una cornisa; y comiendo de aquí, bebiendo de allá, vistiéndose no se sabe cómo, se constituyen una existencia independiente y feliz que no es enferma ni sana, que no es legal ni pecaminosa, que no es ignorada ni conocida; una existencia, podríamos decir, como de marisco de la beneficencia pública.

Estos pobres generalmente son lisiados, ó se lo fingen ellos para justificar su permanencia en la casa del dolor: son listos de inventiva y serviciales de carácter; saben de todo, hacen de todo, sirven

para todo, y en verdad, ni sirven, ni hacen, ni conocen cosa alguna. Venden cigarros, escriben cartas, llevan y traen razon de la familia á ciertos enfermos, chismean con unos y con otros sobre los asuntos pendientes; y por último, cuidan de no atraerse la malevolencia de nadie.—El que á la sazon descollaba en aquel asilo, se llamaba el *Cojo;* y áun cuando nunca llegó á saberse si lo era, tampoco llegó á dudarse nunca de que se acercaba á alguna parte; pues la acentuacion intercadente de su muleta, avisaba desde léjos que el amigo Cojo se dirigia hácia allí. Sólo delante de los jefes, la muleta era más sorda y el defecto físico ménos molesto.

Juan, pues, podia haber tenido todas las previsiones posibles en el hospital, excepto la referente á la contingencia de ser visitado, examinado y vigilado por el Cojo, como lo eran todos los enfermos habidos y por haber. Vióle, por consiguiente, con sorpresa acercarse á su cama, y parecióle ave de mal agüero.

La repugnancia duró poco, sin embargo, pues como el hombre acostumbraba á ofrecer las virtudes ántes que los vicios, ofreciósele primero para escribir cartas á la familia ó llevarle recados, que para proporcionarle cigarrillos, aguardiente, etc.

Juan llegó á creerse que era un cojo bajado del cielo; pero como su posicion era tan difícil, fué cauto en la manera de ir exigiendo lo único que necesitaba. En primer lugar aceptó sus oficios, y le anunció buena recompensa; despues le dijo que

necesitaria escribir; más tarde le dió la carta para que se fuera enterando de ella; y por último, lo que le encargó con ménos interés fué una repeticion de la lectura, para ir recordando todo lo que necesitaba decirle por contestacion. El Cojo tomó la carta, que era de mujer, y con no gran facilidad comenzó á leerla á media voz; mas la carta no tenía fecha de lugar ni estaba dirigida á nombre alguno. Principiaba así:—«Querido primo.»

Grave contratiempo era éste para Juan, y áun cuando acto contínuo se le ocurrió que en el sobre vendrian la direccion y el punto de partida, ¡cómo se las arreglaba para que el amanuense le leyera su propio nombre?

La carta, por lo demás, no contenia nada que fuese claro para un indiferente; pero sí muchas alusiones á desgracia, temor, peligro y cien más misteriosas correspondencias. Antes de concluir, interrumpió Juan al Cojo para decirle que no le parecia aquella la carta que necesitaba su respuesta; y con el fin de hacer verosímil la duda, le exigió que mirara el sobre y viera cómo lo tenía escrito. El Cojo leyó inmediatamente:—«Anselmo Gonzalez, en la lista, viene de Jaen.»—«Pues no es esa (contestó Juan tomando la carta.) Despues sacaré (añadió) la que hemos de contestar mañana á la tarde.»—Dió al Cojo una peseta, de cinco que tenía cosidas á la camisa, por resto de los socorros de Ana, y despidió al desconocido hasta el dia siguiente.

Ya no le quedaba duda: se llamaba Anselmo

Gonzalez; estaba preso en el hospital, é ignoraba la cuantía y clase de su delito. No de otro modo castiga Dios (pensaba) á los que se atreven á contrariar sus santas disposiciones. Quizá era hoy un criminal más terrible y desalmado que ayer.

Vistióse con la ropa de Anselmo, que con corta diferencia le estaba como la suya, y probó á dar algunos pasos por la sala con el doble designio de ver si podia andar, y sobre todo, de ver si podia salir. En cuanto á lo primero, no tuvo dificultad ninguna; porque como su verdadera dolencia habia sido motivada por pasiones de ánimo inclementes, y por no ménos inclementes trabajos físicos durante su penoso viaje, bastóle algo de descanso y algo de esperanza, para adquirir parte de las fuerzas que él en su buen temple de cuerpo poseia. Por lo que hace al segundo extremo, la cosa fué distinta: el mozo, que hasta entónces no le habia dirigido la palabra, lo hizo ahora para decirle que ya sabía que estaba detenido, y que no pasase de la puerta, pues en el corredor habia un vigilante qne no le dejaria salir. Anselmo le dió las gracias al enfermero por los buenos modos con que le hacía esta advertencia, y prometiendo obedecerle en todo, le dió otra de las cuatro pesetas que le quedaban.

Volvióse á su rincon, decidido á precipitar los sucesos en el más breve plazo para salir de tan crueles incertidumbres, cuando el número 66, el ya célebre número 66, á quien hemos visto obser-

var una conducta demasiado extraña, llamóle, y sin preámbulos le dijo:

—Siéntese usted, compadre, en esta cama, y hablemos como buenos amigos.

Anselmo se sentó, no sin cierta cortedad muy parecida al miedo. ¿Qué es lo que queria ese compadre de todo el mundo? Pronto iba á saberlo, pues el 66 prosiguió así:

—Compadre, yo lo sé todo: donde ménos se piensa salta la liebre, y á pillo, pillo y medio; Ceuta está á pocos pasos de Melilla, y si usted se viene á la razon, quedamos tan corrientes; pero si usted cerdea, sepa usted, compadre, que yo no estoy enfermo, y que lo mismo sirvo para un fregado... que para un barrido.

Al pronunciar la palabra *fregado*, el 66 sacó de debajo de la almohada un instrumento con funda, que parecia una navaja. Anselmo, ó por mejor decir, Juan, que ya era Juan otra vez el que figuraba en esta escena, procuró reportarse un poco, y le dijo, con acento de ingenuidad, que no comprendia de lo que se trataba.

—¿Qué pasó la otra noche en este sitio? (preguntó con malicia el 66).

—No me acuerdo (replicó Juan haciendo memoria): ¡estaba yo tan amodorrado por la calentura!

—¡Por la calentura... eh!... Á veces tiene uno tanta calentura, que no hace con ella más que lo que le conviene.

—¿Fué acaso (murmuró Juan con timidez)

la noche en que murió uno de estos pobres?

—Precisamente, compadre; esa noche fué.

—Pues no recuerdo que sucediera nada.

—Usted no lo recuerda, compadre, y yo se lo voy á recordar. Cuando uno era pipiolo en estas casas, pasaba las noches en vela, esperando que espichara alguno para hacerse con las cosas que siempre se guardan entre los colchones; pero cuando se está baqueteado en esta vida, no hay que pasar malos ratos: se espera uno á que cualquier chaval desbalije al prójimo, y á la mañana siguiente se le pide parte con buenos modos, ó se le quita la ganancia si se resiste. Vamos á ver, compadre: ¿cuánto dejó ese tonto del 68?

Juan respiró con una especie de alegría de que no hay ejemplo en la historia de las situaciones difíciles. Se trataba de robar, se le suponia ladron de dinero; ¡qué placer el suyo cuando esperaba que se le tuviera por ladron de vidas y ladron de muertes!—Restituidó á su papel de Anselmo, contestó ya en muy diferente tono:

—Compadre, nos conocemos bien, y seremos amigos: el 68 tenía cinco pesetas; una se la he dado al Cojo para que me escriba una carta.

—Lo sé (interrumpió el compadre).

—Otra se la acabo de dar al mozo de la enfermería.

—Lo he visto.

—Las tres restantes están aquí, y buen provecho.

—Buen provecho, compadre (dijo el 66 guar-

dándose las pesetas). Me parece que vamos á ser amigos.

Dió media vuelta y se durmió. Antes de abandonar á este hombre, y por si no volvemos á acuparnos de él, diremos que en el hospital se llamaba el *Gusano*: siempre estaba durmiendo, y todo lo roia.

Juan decidió, manifestamos ántes, concluir de una vez con aquellas terribles incertidumbres; y cuando vino el médico pidió su alta, lleno de gratitud por lo pronto y bien que lo habia curado. El médico, echando la vista al practicante, pronunció con énfasis la palabra «¡alta!» y añadió algunas frases cariñosas en que Juan no puso atencion. Más caso hizo de las del mozo, que fueron estas poco más ó ménos:

—Hoy se dará parte á la Capitanía general.

Dióse parte, en efecto, á la Capitanía general; vino un sargento de la guarnicion; comunicóle á Juan la órden de que, como desertor del provincial de Jaen, estaba condenado á extinguir su tiempo de milicia en la bandera de la Habana. Llevóselo al cuartel del Triunfo; allí pasó dos dias, tomando informes de muchas cosas que necesitaba saber; y á la primera oportunidad salió á pié escoltado para Málaga, donde se embarcó con otra caterva de perdidos, Anselmo Gonzalez, para extinguir cuatro años de empeño militar en el ejército de Cuba.

Jamás vivo alguno ha muerto de la manera que murió Juan.

VII.

Desde que la pobre Ana recibió en Medina-Sidonia, por conducto del alcalde, el lio de las ropas de Juan, su dolor no tuvo límites, ni sus penas consuelo. Ella sabía que estaba enamorada de su marido; lo que no sabía era que su marido pudiera faltarle. Así es que cuando obtuvo esta conviccion, parecia, segun sus propias palabras, que la tierra se le juntaba con el cielo.

Hay entre el pueblo de Andalucía dos clases de dolores: el uno alborotador, escandaloso, meridional, que parte el alma cuando se le escucha sentir á gritos; pero que por fortuna dura poco: el otro es modesto, reposado, grave, casi parecido á esas dolencias crónicas que, sin infundir alarmas del momento, destruyen y matan á la larga al indivíduo que las padece. De esta última clase era el dolor de Ana.

La infeliz mujer lloró los primeros dias hasta hacerse canales en los ojos; pero lloró en el retiro de su casa, sin promover con sus públicos lamentos nueva conversacion ni nuevo escándalo sobre

los asuntos de Juan. Despues miraba á sus hijos, que por obra de Dios no eran hijos de un presidiario; y esta idea, de la cual participaba casi en tan alto grado como su marido, servíale de bálsamo, hasta donde los bálsamos pueden servir para las heridas que no se cierran.

Recogió dinero en Medina para comprarse lutos, mas no los compró; porque llevándolo en el alma, preferia que sirviese su importe para alimento y educacion de aquellos pobres niños abandonados. Su antiguo vestido de percal, que era oscuro, y una pañoleta negra que se puso al cuello, formaron, con la supresion de sus pendientes y de una rosa que solia colocarse en el peinado, todo su traje de viuda. El resto se componia de no cantar, de no reir, de no olvidarse.

Uniendo á los escasos auxilios que podia ofrecerle su pobre familia, los que allegaba ella con un trabajo casi perpétuo, Ana consiguió que sus hijos comieran caliente, que fueran abrigados y limpios, que el mayor frecuentase la escuela, sin necesidad de ser aprendiz por entónces de ningun oficio; en una palabra, consiguió ser modelo de viudas, como lo habia sido de esposas y de madres.

Llegaban ocasiones, sin embargo, en que los apuros se repetian con demasiada frecuencia y con absoluta cerrazon de esperanzas: ¿qué trabajos podia haber en Medina para cubrir las necesidades de una pobre mujer con dos criaturas? En estos momentos solemnes, porque no queremos

llamarles desesperados, la Providencia, en forma de mano oculta, acudia en socorro de Ana; pero de una manera eficaz y tan noble, que ni los auxilios podian ser rehusados, ni implicaban humillacion ni escándalo de ninguna especie.

Por ejemplo: cuando Ana debia en la tienda de comestibles tres ó cuatro duros, que la imposibilitaban de seguir acudiendo á ella en busca de pan, de aceite ó de lumbre para su comida, el tendero le avisaba que un sacerdote habia venido á pagar la cuenta. Cuando dejaba de cubrir oportunamente los alquileres de su humilde casa, y exigia del dueño consideracion ó plazo, el dueño solia decirle que le perdonaba tal ó tanto dinero y que no se apurase por aquella deuda. Los clérigos de Medina, sin embargo, no le daban nunca razon de los bienhechores; y por lo que hace al amo de la casa, era tenido en la ciudad por hombre avaro y poco complaciente, de lo cual á la misma viuda le sobraban pruebas. ¿A quién, pues, agradecer aquellos ocultos beneficios, que ciertamente no eran los primeros?—Ana se los agradecia á Dios.

Y en efecto, no iba descaminada; porque esa clase de favores ocultos que no producen gloria, que no prestan consideracion, que ni áun acompañados van de un más ó ménos justo agradecimiento, sólo en nombre de Dios se hacen, y sólo en la recompensa de Dios aguardan.

Hemos dicho mal: hay en la tierra otro móvil que los impulsa, otra máquina que los produce,

otro sentimiento en cuyo nombre se ejercen: el amor.

El amor humano es tambien accesible á todo género de desinterés, á todo linaje de abnegaciones. El amor humano, símil en la tierra del amor del cielo, tambien se concibe en la soledad, tambien se tributa á un sér con quien no existen comunicaciones materiales, tambien se eleva á la categoría de culto con misteriosos é inefables éxtasis.

El amor, por ejemplo, de un hombre hácia una mujer, es, en su acepcion más pura, un amor que escribe sin respuesta, que habla sin que le contesten, que mira sin que posen sobre él jamás los ojos. Hay en este amor algo más que respetuoso retraimiento; hay como terrores sagrados, como pesadillas infantiles que aconsejan huir. El amante, poseido de un amor profundo, es cobarde, meticuloso, misántropo. Busca con afan las reuniones, y luégo las esquiva; forma discursos elocuentes, y al irlos á pronunciar balbucea; imagina ternuras del más delicado gusto, y al realizarlas comete torpezas ó desaires: dícese de él que delira y enloquece, cuando lo que debia decirse es que se anonada y adora.—Si nos fuera permitido aquí expresar una gran idea con triviales conceptos, compararíamos nosotros á la mujer y al hombre, en este punto, con dos cintas que corren paralelas sin tocarse nunca, áun cuando están destinadas á confundirse y armonizarse en un estrecho y divino lazo.

Siendo, como lo es, este amor natural é instintivo en la criatura humana, ¡qué extraño que en ocasiones descienda hasta las almas incultas de las gentes del pueblo!—No hay sino observar con atencion la conducta de Miguel. Miguel, cuando sale de su casa á media noche y se detiene ante el balconcillo de madera de Ana, desde donde nadie le ve y donde á nadie encuentra; Miguel, colocándose los dias festivos en el último rincon de la parroquia, para estar contemplando el rostro dolorido de la viuda que derrama frecuentemente lágrimas por un rival; Miguel, entregando al sacerdote bajo secreto de confesion algunas monedas, cuyo orígen ha de ignorarse siempre, ¿no es uño de esos amantes tiernos y delicados, á quienes el poeta cantaria si no temiera vulgarizar su númen?

Porque Miguel era tonelero. Desde su infancia habia este muchacho preferido el trabajo en el taller de su padre, á los juegos de la plaza y á las riñas de la taberna. Opuesto, más bien por carácter que por una educacion de que carecia, á todo lo que era comun en los jóvenes de su edad, Miguel gustaba de aprender algo en sus ratos de ocio, y de salir de caza en los dias festivos. Eran sus dos únicas fórmulas de aislamiento.

No se crea, sin embargo, que fuese taciturno, ni mucho ménos: á existir en Medina otra especie de camaradas, entre los de su clase, que los vagos y pilletes que ántes dijimos, Miguel hubiera pertenecido á su número; porque gustaba de los placeres de la juventud, comprendia los goces de la

existencia tal como se hallan establecidos en el mundo, y buena prueba de ello sea su predileccion constante y decidida por Ana, la muchacha más hermosa y cabal de todo el contorno. Pero Miguel, en su modesto oficio de tonelero, y con los humildes recursos que le producia el jornal que desde chiquito comenzó á darle su padre, ni aspiraba al trato de los que eran más que él, ni descendia á la compañía de los mozalvetes que le eran tan inferiores.

Respecto á sus tratos con Ana, poco tendremos que decir para que se comprendan.—Entre Miguel, que era trabajador y honrado, que gozaba de buena reputacion entre las gentes, que parecia constante en sus propósitos, que aspiraba á formarse una existencia decorosa; y Juan, que pasaba por perdido, que tenía fama de vago, que era voluble en sus relaciones, que nadie auguraba de él sino desdichas; entre uno y otro, decimos, no hay que titubear un momento para decidir la cuestion: las preferencias eran del último.

Miéntras Miguel creyó que Ana podia vacilar, insistió una y cien veces en sus pretensiones; pero cuando tuvo datos para persuadirse de que Juan triunfaba, áun contra la voluntad de una y otra familia, encerróse en su oficio y en su aislamiento, lamentando en el fondo de su corazon la mala suerte que esperaba á la que era objeto de sus amores.

Debemos declarar que al principio, Miguel llegó á concebir envidia por el buen resultado aparente

del matrimonio: casi dudó de que el mundo mereciese que los hombres fueran honrados. Pero cuando la desgracia de Juan, desgracia que no podia ménos de acaecer un dia ú otro, dados los antecedentes del sujeto, anuló las pasajeras dichas de Ana y estableció la fatal pendiente por donde aquella familia habia de hundirse, declaramos, asimismo, que nadie lo sintió tanto como Miguel; que nadie hizo tanto como él, directa é indirectamente, para conjurar los males ó acudir con eficacia á su remedio.—Más de una vez en el curso de estas páginas ha podido notarse la existencia de una mano oculta, á quien Ana debia consuelos inapreciables en su infeliz estado.

Sucede el fallecimiento de Juan; siguen á éste los de los ancianos padres de Ana; las gentes olvidan poco á poco tan lamentable historia; la viuda pierde de momento en momento esas afecciones que rodean al principio las grandes desgracias; y una miseria horrible se asomaria á las puertas de aquella madre y aquellos hijos abandonados, si Miguel no conservase aún vivos en su alma los nobles sentimientos de amor que le animaron desde el primer dia.

Cuatro años iban á trascurir desde la última catástrofe, cuando Miguel se presentó por vez primera casa de la viuda. Ésta, sin embargo, hubo de recibirlo como si su visita procediera del dia anterior; que hay en el corazon de las mujeres un hilo misterioso por el cual se enlazan conceptos y visiones de tiempo antiguo, áun á través de nu-

blados y tempestades de otras épocas. Además, el alma de la mujer no se rebela nunca contra el bueno: podrá rechazarlo y posponerlo á otro hombre inferior, en la ceguedad de un capricho amoroso; pero rota la venda de unas soñadas ilusiones que casi nunca se realizan, la virtud, y la constancia, y el noble proceder, hallan siempre lugar reservado en ella, para el agradecimiento y para el culto.

Miguel, por su parte, se sentia embargado en presencia de Ana; porque ni era hombre de mucha conversacion, ni el momento ni los antecedentes de ámbos se prestaban á largos y complicados discursos. Así, pues, limitóse á exhalar algun suspiro, que con otro suspiro era contestado, y armándose de ese lenguaje parabólico que entre el pueblo andaluz sirve de trocha para acortar camino, habló de este modo:

—Ana: yo sé que el corazon de las mujeres es como la ropa nueva, que no se estrena más que una vez. Andando el tiempo, si uno la cuida, se le da una vuelta, se le echan forros y botones, se le sacan las manchas, y las gentes dicen al verla: «parece un vestido nuevo;» pero el que lo lleva sabe que no lo es. ¿Quieres, Ana, que le demos una vuelta al corazon y le echemos forros y botones, los forros para tapar lo gastado, y los botones para estrechar lo que queda bueno?

Ana prorumpió á llorar por toda respuesta. Familiarizada con este lenguaje, que no por parecer chistoso dejó de producirse con gran seriedad y

profunda amargura, la pobre mujer cogió ambas manos de su antiguo amigo, y apénas tuvo fuerzas para decirle:

—¡Perdónamelo todo, Miguel; recibe gracias por todo, Miguel; haz de mí lo que quieras, Miguel!

El hombre entónces sintió asimismo que sus ojos se arrasaban de lágrimas, y en un largo rato ninguno de los interlocutores tuvo nada que decir.

Repuestos, al cabo, de la emocion, se concertó la boda. A nadie se le daria parte de ella hasta que se hubiese verificado: ninguna ceremonia pública, ni fiesta privada, se celebraria con tal motivo: el sacerdote y ellos, Dios y sus almas, se encontrarian una mañana, al amanecer, en el altar de la parroquia: esto era lo bastante.

Miguel agenció con sigilo los documentos necesarios para el matrimonio; y en el dia de fiesta más notable de la estacion, el 1.° de Noviembre, en que la Iglesia conmemora todos los Santos, Ana y Miguel, vestidos casi de luto y con casi luto en el fondo de sus corazones, pero con la evidente conviccion de que alcanzaban la dicha posible en la tierra, recibieron la bendicion nupcial de manos del cura de su parroquia, acompañados de los dos pequeños hijos Juan y José, que el esposo adoptaba como propios.

Concluida la ceremonia, cada uno de los cónyuges se retiró á su casa.

VIII.

Una coincidencia de almanaque, en que pocos habrán parado mientes quizá, impulsa á la grey cristiana á celebrar en dias correlativos, la gloria de todos los Santos y el recuerdo de todos los Difuntos.

Así la Iglesia oriental como la occidental, la griega como la africana, echaron de ménos un dia en que, trayendo á la memoria comun la imágen de los justos que figuraban en sus santorales y martirologios privados, pudieran todos los fieles tributar himnos de alabanza á cuantos por sus virtudes merecieron un lugar distinguido á la derecha del Padre. La propia idea, tal vez, sugirió á los cristianos del siglo x la institucion de una solemnidad subsiguiente, dedicada á la memoria de esos muertos desconocidos, almas solitarias sin sufragio, que dejan el mundo entre la indiferencia de los presentes, y sin la esperanza siquiera de un leve recuerdo de la posteridad.

Ambas solemnidades son la misma en la esencia, áun cuando difieren profundamente en la

forma: la primera es una apoteosis, la segunda un duelo; la primera exige vítores, la segunda clamores; la primera está vestida de blanco, de negro la segunda; para la primera repican las campanas, para la segunda doblan; en la primera sonrie de júbilo el cristiano, en la segunda derrama lágrimas el devoto; y una y otra, sin embargo, son recuerdo y saludo, continuidad de pensamiento y de fe, lazo sublime de una comunion que abraza con fraternales vínculos la humanidad entera. ¡Qué armonías tan extrañas y tan misteriosas!

El pueblo, que lo siente casi todo, pero que apénas comprende nada de lo mismo que le hace sentir, funde en una sola festividad ambas solemnidades; y sin distincion de colores ni de sonidos, mezclando risa y lágrimas, preparando con el propio afan la masa de harina para los buñuelos, que las candelillas de cera para las tumbas, revuelve en una sola velada la *noche buena* de los Santos con la noche terrible de los Difuntos.—El pensador, por opuesto sentido, se encierra aquella noche en el silencio de su estudio; y al percibir las gotas de agua y viento que azotan sus cristales, al experimentar los primeros escalofríos que produce el brusco cambio de la temperatura, al oler el humo del tostador de castañas que indica que ha madurado la fruta del invierno, al oir en confusion absurda los cánticos del vulgo y los clamores de las campanas de la iglesia, recuerda, con algo de pavor, que hay en el curso de las estaciones mucho de incomprensible y amenazante, mucho de simbólico en ese

tiempo bueno que se va y en ese tiempo malo que se viene, mucho que predispone á la tristeza y que quizás es causa de que para entónces dispusieran los antiguos cristianos la glorificacion del justo y el sufragio del muerto.

La vida humana tiene, á la verdad, un emblema constante en cada uno de los años que la componen. Parece que la division del tiempo se hizo entre nosotros, para que sirviera de espejo permanente á la existencia del hombre mismo.

Nace el año nuevo, aterido de frio entre los blancos pañales del primer mes, y desliza trabajosamente su infancia bajo las locuras del segundo y las inclemencias y contrariedades del tercero: aparece despues la primavera con una juventud de aromas y de flores, de prados verdes, de horizontes sin nubes, de largos y alegres dias, cuyo término apénas se concibe ni se teme: el estío, más tarde, con su virilidad de luces y calor, permite la aparicion del fruto, dora la miés, llena la troje, y fortaleciendo el árbol, contribuye á que su ancha copa cobije las propias abundancias de la naturaleza: pero viene el otoño, y con el otoño el árbol se entristece, la hoja se apergamina y cae, los verdores se agostan, el cielo se viste de luto, las nubes lloran, quéjanse los vientos, y todo cuanto vive experimenta el terror de un fin probable: entónces la criatura tiembla, el cerebro medita, la actividad desfallece, las noches se alargan, una palidez universal cubre la superficie y el fondo de los seres; y entónces tambien es cuando los cristianos, poseidos de un reli-

gioso y lúgubre sentimiento, celebran correlativamente la festividad de todos los Santos y la conmemoracion de todos los Difuntos.—¿Sería este, acaso, el orígen de la coincidencia?

Ello es que el pueblo, como decíamos, confunde en su sencilla ignorancia los contrapuestos destinos del aniversario, y en una noche misma reza ó canta, suspira ó rie, se enloquece ó abate, segun la lucha externa de los alborozos ó clamores que le circundan. Lo único que puede asegurarse, es que la noche de los Santos es una noche triste.

En la propia casa de Ana, en aquel humilde domicilio donde por vez primera despues de mucho tiempo se celebraba una dicha del hogar, nadie hubiera encontrado la animacion de los rostros ni el contento de las almas. Sentados bajo la campana de la chimenea, en la enorme cocina que casi constituia toda la vivienda, Ana, Miguel y los dos hijos, contemplaban, sin haberla probado aún, una opípara colacion de pobres. Gachas de blanquísima harina, pestiños de rica miel, pescados frescos de Sanlúcar, castañas cocidas con leche, ¡qué sabemos cuántas frugalidades más!, denotaban holgura de posicion y propósitos de fiesta.

Sin embargo, la abundancia y esmero de los preparativos no parecian corresponder á las disposiciones y gusto de los comensales. Ana estaba silenciosa, pero como quien busca asunto indiferente sobre qué hablar; Miguel denotaba que tenía mucho que decir, pero que estimaba prudente guardar silencio; los muchachos, por último, partici-

paban de la indecision y vaguedad de sus padres.

El menor de ellos fué el primero que rompió la monotonía de la escena. Habian clamoreado fuertemente las campanas de la parroquia, y el chico preguntó con inocente curiosidad:

—Madre Ana (que así llamaban los niños á su madre para distinguirla de su abuela difunta, á quien habian llamado siempre Madre Dolores): ¿cuántas ánimas saldrán del Purgatorio con esos dobles de la Iglesia Mayor?

—Con los dobles, hijo mio (contestó la madre), y con los Padre nuestros de las buenas gentes, saldrán del Purgatorio todas las ánimas que hayan ya sufrido lo necesario.

Y despues Ana suspiró con una vehemencia extrema, sin advertir que estaba delante de Miguel.

—Pues recemos nosotros (añadió el muchacho) porque salga, si es que estaba allí, el ánima de nuestro padre.

Sólo la falta de cordura de un niño, pudo en circunstancias como aquéllas evocar recuerdo tan terrible. Miguel cruzó las manos sobre los manteles, y entonó, sin que precediese otra palabra, el «Padre nuestro que estás en los cielos». Ana y José, bajando los ojos, contestaron en alta voz, casi con lágrimas. Terminado el tercer *Gloria Patri*, dijo José á su hermano:

—No nombres, Juanillo, á los muertos, que suelen aparecerse cuando se les nombra. A mí, te digo que se me han quitado las ganas de cenar.

Ana, entónces, consideró prudente decir alguna

cosa que cortase la conversacion de los muchachos, y dirigiéndose á Miguel preguntóle si comenzaban la cena.

—Aguarda un poco (dijo éste) que se haga más tarde, pues los niños no tienen ganas de cenar porque merendaron mucho. Además, no sé qué tienen esta noche las guitarras de esa casa de en frente, que quisiera que callaran para comer con sosiego.

En efecto; la fiesta de los vecinos contrastaba notablemente con la rigidez inexplicable de aquel matrimonio y aquellos muchachos. Pasóse el tiempo en abstraccion casi absoluta por parte de todos, y tanto, que Juanillo se durmió inclinado sobre la mesa, no sin que Ana recogiese el mantel, con tanto de ternura maternal como de pulcritud doméstica.

Callaron las guitarras de en frente, sintiéronse cerrar puertas y ventanas, los toques de la parroquia terminaron tambien, el silencio de los sepulcros comenzaba á extenderse por los cerebros impresionados de aquellas tres personas, cuando resonó en la puerta un aldabonazo seco y firme, como muchos años habia no se escuchaba allí. En el mismo momento, Juanillo levantó la cabeza horrorizado, gritando, con las mejillas encendidas:—«¡Padre, padre, que me agarra las manos muerto!»—Y era que el pobre niño soñaba con las últimas frases de José.

Ana y Miguel acudieron al mismo tiempo al muchacho; pero como pronto supieron la causa de

su terror y de sus gritos, diéronle agua y acallaron su extraña pesadilla con reprensiones la una, con consuelos el otro, segun lo habian tomado ambos por costumbre. Calmada la escena, dijo Ana:

—Juraria que llamaron á la puerta hace un momento.

—Yo tambien lo creí (contestó Miguel); pero me parece imposible. ¿Quién ha de llamar en nuestra casa á tales horas?

—Eso digo yo (repuso la mujer).

Pero en el instante, un nuevo golpe que parecia venir de más cerca, ó dado con mayor empuje, ahuyentó la duda de que llamaban. Ana creia que el golpe no sonaba en la puerta, sino en su corazon.

—Toma, José, una luz (dijo el padrastro), y mira por la reja de la sala quién es el que llama á nuestra puerta.

El muchacho mayor tomó un candil que pendia de la chimenea, y encendiéndolo con algo de susto en el velon que alumbraba débilmente la gran cocina, fuése á la pieza inmediata, desde donde podia verse la persona ó personas que se hallasen en el zaguan. Sintióse el abrir de la ventana, oyóse una exclamacion de José que parecia decir:—«¡Jesús! ¡¡Padre!! ¡¡¡Padre!!!»—y en el momento, el ruido del candil que rodaba por la sala, y el desplome de un cuerpo que hubieran precipitado desde una altura.

Miguel se lanzó impetuoso á la puerta que daba á la calle; descorrió el cerrojo que la cerraba, y al

ver un hombre que efectivamente queria entrar á semejantes horas en su domicilio, dejóle paso con supersticiosa sorpresa; corrió cerca de Ana para impedir una agresion, si es que podia temerse; y con los brazos extendidos hácia atrás, por encima de los cuales la mujer contemplaba al aparecido, ámbos llegaron á persuadirse de que tenian frente de sí la figura corporal, en carne y vida, del que se llamó en el mundo Juan de Sidonia.

IX.

El terror de los esposos fué indescriptible. No se cuenta nada de apariciones que se parezca á esta aparicion.—La media noche de los difuntos, las campanas de la iglesia que tañen sus últimos lamentos, una fiesta cuyo ruido se apaga, unos ángeles de Dios á quienes acomete pesadilla y desmayo, unas bodas interrumpidas por un cadáver; y, sobre todo, un cadáver que simula la vida en todas sus apariencias humanas; un cadáver cuyos huesos descarnados no crugen, cuyas órbitas vacías no fingen sueño eterno, cuyos miembros rígidos no acusan la impotencia de la muerte; por el contrario, un muerto vivo, Juan, el propio Juan de cuatro años ántes, muy viejo sin duda como el sepulcro deberia envejecer las existencias carnales, si existencia carnal y sepulcro pudieran comprenderse; Juan sin sudario, Juan sin guadaña, Juan sin cadenas; pero por lo mismo Juan, que sin abrir los labios tampoco, parece que ya dice: «boda sacrílega, adulterio infame, amor fingido, lágrimas falsas é hipócritas»; todo esto y mucho más que

no podemos contener en el límite estrecho de la palabra, porque pertenece al espacio inconmensurable de la ofuscacion intelectual, constituia en aquellos momentos el terror indescriptible de Miguel y de Ana.

Allí se habian trocado los papeles: todos los vivos estaban muertos; sólo el muerto vivia.

Él fué, pues, quien usó primero de la palabra, para romper, no un silencio, sino un espanto.

—Soy yo (dijo), soy Juan. No os asusteis ni griteis tampoco. Vengo vivo como me fuí: no soy un fantasma; soy un hombre.

Ana y Miguel contuvieron, en efecto, con aquellas palabras su propia emocion, que les inducia á gritar, y la emocion aún más indiscreta de los niños, que amenazaba escándalo.

—¿Quién eres y á qué vienes? (volvió entónces á decir Miguel, como si esta pregunta se la hubiera ya dirigido en la puerta).

—Te repito que soy Juan, el marido de Ana, el padre de estos niños que me ven con terror, el habitante de este pueblo que me veria con burlas, el desdichado á quien la justicia veria con placer, si vuestras voces despertaran su venganza. Soy un infeliz que os pide silencio y que os ofrece paz.

Miguel comprendió por el acento del hombre, que, Juan y todo como era, habia una transformacion absoluta en el carácter y modo de producirse con que aparecia. Hizo retirar á su mujer; llevó con ella á los muchachos, que ni áun lágri-

mas les permitió el susto, y volviendo delante del aparecido, le habló en esta forma:

—Ya estamos solos, Juan: no he creido oportuno que Ana oiga, ni los niños se enteren de lo que hablemos, porque supongo que han de ser cosas desagradables. ¿Sabes lo que ha pasado en esta casa?

—No lo sé, aunque lo sospecho todo. Yo he llegado á Medina hace dos horas, y he esperado á que se marchasen los que estaban ahí en frente, para llamar á esta puerta. ¿Te has casado con Ana?

—Sí (contestó bajando la cabeza Miguel): nos hemos casado hoy mismo; pero nadie lo creeria más que Dios, si se le contara en este momento.

Iba Miguel á referir á Juan los pormenores de su vida anterior y de su estado presente, cuando éste le invitó á sentarse cerca de sí, y con ademan de profunda tristeza, pero en cariñoso tono, comenzó á usar primero de la palabra.

Juan contó á Miguel todos los antecedentes del hospital que aquí ya conocemos, y los desconocidos, aunque presumibles, de su desdichada vida en América. Estos últimos pueden reducirse á una sola consideracion, que para las gentes instruidas no es un secreto: América, como todos los países exuberantes, es muy bueno para los que tienen; pero es muy malo para los que necesitan. Tierra en donde todo abunda, lo mismo sobra lo bueno que lo malo; y si hay en su portentosa fecundidad elementos infinitos de grandeza, tambien los hay

de ruina y de dolor para los olvidados de la fortuna.

Juan llegó á la Habana con el propósito de cumplir su empeño de soldado, como Anselmo Gonzalez, y trabajar despues, segun habia oido á muchos, con provecho bastante para llamar cerca de sí á su familia de Medina. Pero estas ilusiones le duraron poco: la escasez, las enfermedades, la tristeza, que en aquellos países toma un carácter casi de locura, le convencieron pronto de que allí se extenuaria su alma y se pudriria su cuerpo. Un soldado en América sufre todas las contrariedades del soldado de Europa, multiplicadas por el calor del trópico.

Convencido al cabo de que no podia abrigar fundadas esperanzas de un porvenir dichoso al término de su nueva vida, Juan no pensó ya más que en resolver el problema de su alma. La cuestion se reducia á los siguientes extremos: — ¿Era oportuno advertir á Ana de su existencia y anular su viudez? ¿Era más conveniente morir para todo el mundo, como habia muerto, y emprender nueva ruta por cuenta de Anselmo Gonzalez? ¿Era, en fin, lo más acertado resucitar para todos, y doblegarse ante los fallos de la moral y de la justicia?

Para que Ana tuviese conocimiento de que Juan vivia, era necesario que un amanuense escribiera en Cuba, y un lector se enterase en Medina-Sidonia: ninguno de los dos sabía leer ni escribir. Este doble acto de revelacion colocaba el primer extremo en la misma situacion del tercero; porque

las cosas que no ha de saber nadie, es necesario que no las sepa nadie. Además, si un medio indirecto de cualquiera especie proporcionaba á Juan la ocasion de advertir á Ana de su existencia, ¿qué iria ganando la pobre mujer en ello? Dudas, conflictos, lágrimas; un abandono mayor que el abandono mismo. Vivir para matar, no debe preferirse á morir para dar vida. Ana, con su marido muerto, podria hallar otro marido ú otra compasion más útil para ella y sus desgraciadas criaturas. Juan renunció, pues, á esta idea.

¿Proseguiria el camino de Anselmo Gonzalez? Esto era lo que le estaba sucediendo, y por consiguiente lo último en que habia que pensar.

La preocupacion más grave para el infeliz soldado era, segun demostró á Miguel, la duda que residia en su alma sobre si deberia desentenderse de todo lo hecho y exponer al mundo la verdad desnuda. El hombre iba experimentando deseos de descartar su conciencia de falsedades.

Reflexionó, y reflexionó muchas veces sobre este más noble extremo de su problema; pero un horror invencible anublaba al punto los horizontes de aquella generosa fantasía. Juan, declarándose al mundo, era una especie de monstruo que, léjos de servir á nadie, redoblaria el pesar y la vergüenza de los seres á quienes deseaba consuelo y amparo. Anselmo era un soldado oscuro y miserable; pero Juan era el asesino de Medina, el presidiario de Ceuta, el usurpador del estado civil de Gonzalez; un hombre capaz de matar á un vivo

y de robar á un muerto. Saldria del cuartel para el presidio; en el presidio se le formaria nueva causa; la nueva causa se haría célebre por su rareza, y agravaria los dolores de su mujer y de sus hijos: si hoy su memoria inspiraba compasion en su pueblo, y esta compasion era útil á alguien, las revelaciones producirian horror en los extraños y nuevas catástrofes en los suyos propios.

Así pasó el pobre Juan la mayor parte de su empeño en América. Enfermo algunas veces, y triste de contínuo, habia perdido la salud del cuerpo y la del alma: su constante pensamiento era desear la muerte. Pero la muerte no venía, y en cambio, como todo tiene término, llególe tambien el suyo á la condena de Gonzalez.

Cuando iban á expedirle la licencia absoluta, con buenas notas por su comportamiento, ocurrió un episodio que casi dejaba entrever la mano de la Providencia en favor de los futuros destinos del licenciado. El coronel llamó á Juan una mañana, y le leyó ciertos documentos de Madrid, en los cuales constaba, que habiendo fallecido en un pueblo de la provincia de Jaen un cura de almas llamado D. Antonio Gonzalez, instituia éste por único y universal heredero, como único pariente tambien, á un sobrino suyo, por nombre Anselmo, que deberia residir en América sirviendo de soldado; y era su voluntad que si el dicho sobrino habia fallecido, se empleasen los setenta y cinco ú ochenta mil reales á que alcanzaban sus ahorros, en educar unos huérfanos con más cuidado y soli-

citud, por parte de su madre, que lo habia sido de la de su desdichada hermana política el ya expresado sobrino Anselmo, á quien en la hora de la muerte enviaba su bendicion.

El coronel mostró al soldado además una carta del señor obispo de Jaen, testamentario del difunto, en que se le decia que existiendo en aquel regimiento, por las investigaciones practicadas, el susodicho Anselmo Gonzalez, á quien el sacerdote aludia en su última voluntad, quedaban á disposicion del jefe del cuerpo los ochenta mil reales de la herencia; y se le comisionaba para que los entregase, con las formalidades debidas, á su legítimo dueño, encargándole que hiciera buen uso de esta bendicion de Dios, y sirviese para provecho de su vida y de su alma.

Juan creyó ver, decia, en este donativo inesperado, una proteccion visible del cielo; y volviendo los ojos, primero á Dios, y despues á los suyos, no pensó ya más que en prolongar su existencia hasta poder llevarles con una última bendicion aquel socorro santo. Porque Juan se sentia con tal abatimiento físico y moral, que nada, absolutamente nada, esperaba para sí.

Tomó su licencia absoluta y sus valores; ajustó pasaje en el primer buque que venía para España; y presa de crueles remordimientos por un lado, de dudas terribles por otro, lo cual se explicaba por lo incierto de su situacion y de su destino, arribó á Cádiz el último dia de Octubre, con un afan mezclado de dolor difícil de comprender. En Cá-

diz hizo noche para coordinar sus ideas y dirigir con rumbo seguro su voluntad: decidió recorrer á pié las seis ó siete leguas que le separaban de su pueblo, con el fin de ocupar el dia siguiente en el camino, esquivando lo posible encontrarse con nadie que á pesar de sus mudanzas pudiera reconocerle; y muy de noche ya se entró en Medina, donde la indiscrecion y locuacidad de algunos muchachos le impusieron de ciertas noticias que necesitaba saber; por último, la fiesta de los vecinos de en frente le aconsejó rondar algun tiempo aquella casa, como tantas otras veces la habia rondado, hasta escoger el momento más oportuno de introducirse en ella.—Tal fué, en sustancia, el relato de Juan.

Miguel, que lo escuchó con interés sumo, corrió en seguida á tranquilizar á la infeliz esposa, cuyos suspiros y angustiosas lágrimas no habian dejado de percibirse por intervalos durante la conferencia. Ana, efectivamente, no se preocupaba tanto del pormenor de las palabras, como del bulto indefinible de los sucesos. Echada boca abajo sobre su cama, cerca de la cual se habian dormido de cansancio sus pobres hijos, parecia entregada á un dolor de esos que no tienen frases, porque carecen de asunto que las produzca. Ana sentia lo vago, no de otro modo que se siente el pesar ajeno. Ella no lloraba por Juan, no lloraba por Miguel, no se dolia de la aparicion de su marido, no lamentaba su nuevo casamiento, no padecia terror, no experimentaba sobresalto: lo que habia dentro

de su conturbado espíritu, digámoslo de una vez, era vergüenza.

Aquella delicada organizacion, que tenía inventados para su uso todos los primores de la más culta sociabilidad, era presa en este momento de la congoja que acompaña al crímen reconocido. Ana no sabía lo que los códigos y diccionarios definen por la palabra *bigamia;* pero sí sabía que le faltaban fuerzas para levantar los ojos delante de dos hombres á quienes habia jurado la misma fe. Así es que se mostró insensible á los consuelos y halagos que uno de los dos murmuraba á su oido.

Miguel volvió al lado de Juan, con una resolucion formada de este modo:

—Juan (le dijo): el tiempo apremia, y es necesario decidir nuestra suerte. Yo no soy hombre de luces ni de saber; pero no ignoro ciertas cosas que ahora nos hacen falta. Por ejemplo, yo sé que no me he casado hoy. El matrimonio es un sacramento instituido por Dios, y que Dios sólo otorga á las criaturas. El que lo recibe una vez, lo tiene sobre sí para siempre: todo lo que se practica en contrario es como si no se hubiera hecho. Tú eres, pues, el esposo de Ana, su único y verdadero esposo: ¡yo soy un usurpador, un criminal..... un infeliz!

Miguel se pasó la mano por los ojos para secarse una lágrima; despues continuó:

—Pero mi boda de hoy es tan perfecta como la tuya, si no se descubre tu secreto, si no te entregas á la autoridad; en una palabra, si no te per-

demos. Pues bien: hay que conciliar las dos cosas; hay que salir de aquí esta noche misma tú y nosotros, es decir, vosotros y yo, para no volver á este pueblo jamás: tú puedes establecerte léjos, muy léjos de aquí, en donde, aunque sea con tu falso nombre de ahora, vivas con tu mujer y con tus hijos, si no bajo la ley de los hombres, al ménos bajo la ley de Dios. Yo...

—¿Y tú? (preguntó Juan alzando la cabeza).

—Yo... (repuso Miguel) puesto que el sino me lleva fatalmente desde que nací á ir ocupando tu lugar, ocuparé ahora tambien el lugar que ocupabas en el barco, y él me llevará á esas tierras de donde no se vuelve.

Hubo un momento de silencio, que Juan fué el primero á interrumpir.

—No, Miguel (exclamó): no es eso á lo que yo he venido, ni lo que debemos hacer. Escúchame con calma, y verás lo que á todos nos conviene. Yo no vengo vivo como supones; vengo muerto como la justicia de los hombres cree, y como la justicia de Dios tiene acordado quizás. En América habria muerto indudablemente, á no ser porque la Providencia prolonga la vida de las criaturas hasta que éstas cumplen en la tierra sus designios. Ella me ha dado unas fuerzas que ya siento perder por instantes; ella ha traido á mi poder una herencia que no merecia, y que constituye un robo si la disfruto; ella me ha preservado de ser descubierto hasta ahora, en que cumplo la voluntad de un sacerdote moribundo. Sí (dijo, entregando

á Miguel una abultada cartera); aquí tienes la fortuna de ese noble clérigo que á la hora de su muerte pensaba sólo en la educacion de los niños abandonados: tómala, Miguel; esos niños son los de Ana, los mios, los que tú adoptaste cuando me creias muerto. Ántes de amanecer, saldremos, efectivamente, de Medina; pero tú no irás á América como dices: vivirás donde quieras, alejado de nosotros, poco, poquísimo tiempo, el bastante para que á mí me cubra la tierra, que ya me llama. Despues... despues, será una verdad para el cielo, lo que es hasta ahora una verdad para el mundo.

Juan se habia transformado: hablaba como un hombre del pueblo poseido de Dios, como un apóstol. Sus palabras podian escribirse, como se escribieron las de aquellos humildes pescadores que, rudos y todo, cual su condicion les habia formado, producian esos tesoros de elocuencia que aún nadie ha podido sobrepujar. Suspiró hondamente, cruzó los brazos y calló.

—Juan, mi querido y noble amigo Juan (exclamó Miguel echando los brazos al cuello de su antiguo camarada): tú eres digno de otro fin que el que tu negra imaginacion te pinta ahora: yo me separaré de vosotros, sí; pero será dejándote esos bienes que la fortuna te ha proporcionado, y empleando los mios en conseguir del rey un perdon, un indulto, fácil de alcanzar ante las circunstancias de tu historia. Preparémonos, en efecto, á marchar ántes que amanezca; pero no me contraríes en mis propósitos; yo sólo quiero ser el des-

graciado; déjame que haga este último sacrificio por la felicidad futura de Ana.

—Será lo que quieras (dijo Juan); pero déjame á mí que descanse un momento de las fatigas de este dia y de esta noche memorables. Sin una hora de reposo, mi cuerpo se negaria á marchar, y todo lo habríamos perdido.

Miguel comprendió la razon de Juan, y ayudó á llevar á la sala unos colchones en que pudiera reclinarse. Él, con el oido de la zozobra abierto al alba, se recogió á su vez sobre sus pensamientos en una silla que puso á la puerta de la alcoba en que la mujer y los muchachos respiraban á intervalos fatigosamente.—La casa podia compararse en aquel momento á un cementerio de vivos.

Las cinco de la mañana iban á sonar en el reloj de la Iglesia Mayor de Medina-Sidonia, cuando Miguel juzgó oportuno emprender el viaje. Despertó á Ana con sigilo; hizo lo propio con los muchachos que dormian ya dulcemente; y manifestándoles la necesidad en que estaban de partir, comenzó á hacer cuatro lios con las ropas y efectos más indispensables, dejando para el último momento el despertar á Juan, con el fin de que aprovechase mayores minutos de reposo. Aún el dia tardaba en amanecer, y ya estaba todo listo para la partida. El amoroso protector de aquellas gentes, fuélas enterando, miéntras con el menor ruido posible ejecutaban sus diferentes comisiones, de que sólo en una huida silenciosa y rápida consistia la salvacion y felicidad de todos.

Con el ánimo, pues, de quienes abandonan su casa en un incendio con la esperanza de salvar la vida, Juanillo y José, Miguel y Ana, verdaderos nómades de la civilizacion, que se preparan á atravesar el desierto de una existencia sin horizonte, se encaminaron á la sala donde debia descansar el héroe fantástico de tan fantástica como vulgar escena.

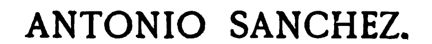
Un cuádruple grito de sorpresa y de asombro hubiera podido escucharse entónces, á no dormir como todos dormian en la ciudad. Los colchones de la sala estaban arrollados como se habian puesto; la puerta del balcon estaba entreabierta; la casa y la calle vacías. Juan habia desaparecido.

X.

Algunas semanas despues, la justicia ordenó que se abrieran las puertas de la casa abandonada de Ana, y que se inventariasen y vendiesen los muebles para pago de alquileres.

Un anciano, que aún vive en Medina, dice que sus padres se llamaban Miguel y Ana, y que murieron tranquilos y felices en Santiago de Galicia, donde se establecieron desde que una vez, siendo aún él bastante jóven, llegaron allí en peregrinacion cerca del Santo Apóstol.

Lo único que hay de cierto en el asunto, es que la casa de Juan de Sidonia no ha vuelto á ser habitada, porque tiene duende.



ANTONIO SANCHEZ.

ANTONIO SANCHEZ.

I.

Soria no ha sido célebre en estos últimos tiempos más que por sus ricas mantequillas, sus hermosos pinares y tal cual queso de cabras. Desde hoy va á serlo por haber cobijado en su recinto un insigne poeta, Antonio Sanchez, cuya historia vamos á referir.

Contaria apénas ocho años cuando sus padres le dedicaron á la iglesia. Dedicar á la iglesia un hijo, entre ciertas gentes, es hacerlo acólito de una parroquia; pero Sanchez tuvo mejor fortuna: entró desde luégo en facultad mayor; fué acólito de la basílica de San Pedro de Soria. Allí adquirió sus primeros instintos de poeta, ó por mejor decir, allí se desarrollaron los instintos poéticos que atesoraba en su alma; porque no vamos á poner en duda que el poeta nace, y mucho ménos que Antonio habia nacido poeta.

El olor del incienso, los acordes del órgano, la ténue claridad que se cuela por los vidrios pinta-

dos, la solemne resonancia de las voces del coro, aquel obispo con su mitra, á quien sirven de atril los brazos de un sacerdote, aquellos canónigos que se tienden boca abajo durante la vexila de la cuaresma, el cirio pascual con sus cinco llagas, el canto llano de la octava del Corpus, la misa de hora de la Ascension, la brillantez de las luces del Jueves Santo, la oscuridad absoluta del Viernes, el ruido del Sábado, la alegría del Domingo; todo aquello á que Antonio ayudaba en su modesta esfera y contemplaba con sus penetrantes ojos de pensador, era para el alma del adolescente un curso práctico de sublimidad, de grandeza y de entusiasmo heróico. Allí donde los otros monacillos que no eran poetas veian únicamente faldas de beata que pisar, impertinencias de cura á que condescender ó mocos de vela que perseguir, Antonio descubria antiguos y nebulosos tiempos, terribles ó peregrinas historias, cuyo solo recuerdo habia exigido del hombre la inmensa acumulacion de ricos materiales que constituyen una catedral, y el número infinito de ceremonias y cultos diferentes que componen la liturgia de la casa de Dios. Y es que en toda cuestion religiosa hay una cuestion poética.

Antonio, que no habia estudiado latin, lo iba aprendiendo perfectamente. Si alguna vez truncaba la significacion de un pasaje, no era para corromperlo, sino para sublimarlo; y tales debian ser la aplicacion y lucidez del mozo, que un chantre de la catedral de Soria, nombrado por el mismo Papa de Roma, se dedicó á enseñarle letras humanas

bajo el arco de una capilla, como pueden atestiguarlo muchos vecinos honrados de Soria que lo veian diariamente.

Sanchez, pues, aprendió lo poco que sabía de una manera muy particular: á leer, sobre las faldas de su madre; á escribir, sobre las paredes de la iglesia; lengua latina, en las contestaciones del rezo; lengua griega y autores clásicos, en el banquillo donde se sientan los penitentes. Lo demás lo aprendió el jóven en las espirales de humo que despiden los incensarios, en el silencio de la basílica al caer de la tarde, en un San Cristóbal que lleva acuestas al niño Jesús, en una Judit que agarra de los cabellos la cabeza de Holofernes, en la cripta donde se entierran los obispos, en una gloria y un infierno pintados, en el grande, en el elocuente libro, por fin, que tienen abierto á todas horas las catedrales cristianas. Así se educó Antonio.

Cuando tuvo cierta edad y cierta malicia de mundo, abandonó la sacristía, se dejó crecer el pelo y las uñas, hízose amigo de un señor que tenía libros buenos, y escribió una tragedia. Pero ¡qué tragedia, gran Dios! Eurípides pudo muy bien imaginarla, Sófocles escribirla, y el propio Neron, con su imperial mascarilla de comediante, hubiera podido representarla. La tragedia de Antonio, si algun dia sale á luz como deben apetecerlo las letras españolas, no dudamos que adquirirá el sobrenombre de *La tragedia de Antonio*.

El mismo señor de los libros buenos, le dijo

cierta noche despues de escuchar el primer acto: —« Pero, demonio, ¿de qué libro mio has sacado esta obra? »

Antonio componia sus versos como los grandes autores componen la música: vagando por la soledad de su imaginacion. Rossini no tenía piano muchas veces, y Antonio no tenía nunca ni papel ni tintero. Si su tragedia llegó á escribirse, es porque sólo escrita podia venir á Madrid para ser representada.

Una mañana que volvia de la escueta campiña de Soria con medio poema épico en los repliegues de su númen, asaltóle una idea casi sacrílega, pero que los poetas van á disculpar con nosotros. Detúvose un momento y se preguntó á sí mismo: —« ¿Por qué me llamaré yo Antonio Sanchez? »

En efecto: una de las mayores vulgaridades que se han dicho en este mundo, y como tal, de las que mayor fortuna han alcanzado entre los humanos, es aquella de que *le nom ne fait rien à la chosse.* Por el contrario, sin nombre no hay cosa, y cuando se tiene nombre se tiene cosa. Llamarse Antonio Sanchez en España, y ser poeta épico, es cosa punto ménos que imposible. Un gran retórico hubo de este nombre, y la historia tiene que llamarle *El Brocense.*—Pero, ¿qué decimos? el propio *Rafael*, el coloso de la pintura, se llamaba Rafael Sanchez, y las generaciones artísticas, crispadas de nervios, tuvieron que apellidarle *El de Urbino.*

Hacía estas reflexiones Antonio delante de una casa solariega que habia á la entrada de la ciudad,

y donde sus pasos solian detenerse cada mañana. Era aquel un edificio del Renacimiento, bárbaramente restaurado en este siglo como es uso y costumbre; pero que por puertas y ventanas descubria unas notas de arte y unas armonías de color y de forma, capaces de parar á cualquiera. ¿Parábase Antonio por los rasgos artísticos de la construccion, ó por la cara de una jóven que bordaba siempre á la misma hora tras de la entreabierta celosía? No lo sabemos por el pronto, aunque sí sabemos que se paraba.—«Con este poema y otro nombre (se dijo aquella mañana), hasta podria aspirar á esa hermosa mujer.»

Lo más triste del caso es que Antonio habia nacido el dia de San Alberto, y que su padre se llamaba Sandoval por segundo apellido; de modo que, con un capirotazo á ambas coberteras, el Antonio Sanchez, vulgarote y lacayuno, podia convertirse en Alberto Sandoval, artístico y literario. Ni áun le quedaba el consuelo de asociarse un segundo apellido de familia, porque su pobre madre se llamaba García, y hay que confesar que Antonio Sanchez García era mucho peor que Antonio Sanchez á secas. En suma: ser ó no ser; ó llamarse otra cosa, ó llamarse aquello.

El poeta se imaginaba el efecto que haria su obra cuando se presentase en el teatro.—«¿Qué ha escrito usted? (le preguntaria el actor).—Una tragedia clásica.—¿Cómo se llama usted?—Antonio Sanchez.»—El asunto estaba perdido. ¿Adoptaria un seudónimo?

Pero hacer uso de un seudónimo era renegar del nombre de sus padres, y áun así y todo nada conseguiria; pues cuando el público entusiasmado pidiera el nombre del poeta, cuando el crítico investigador se empeñase en desentrañar el misterio, ¡qué decepcion para uno y para otro!, el vate laureado se llamaria... más vale no decirlo.

Los padres de la muchacha del balcon se conocia que eran de más elevada clase: pusieron á su hija el nombre de Elena, casi un nombre griego, ó si se quiere feudal, y si no feudal, caballeresco y castellano. Lo mismo en los toscos muros de Troya, que asomada á un pintoresco balcon del Renacimiento, Elena era una figura literaria; *sentida*, como dirian los pintores; *cantable*, como dirian los músicos.

Antonio, por lo ménos, la veia así. Aquel rostro pálido, aquella mirada penetrante y severa á la vez, aquella dignidad en la apostura, aquella exactitud de costumbres y labores, el silencio, la incomunicacion, los pájaros, las plantas, la celosía, todo alrededor de la jóven era digno del estro más elevado, y pertenecia al primer rango de las musas.—Puede darse serenata á una mujer española con cítara, con piano y guitarra: pueden hacérsele versos en metro alejandrino, en octavas y en seguidillas: siempre será una encantadora mujer y trastornará el juicio de un hombre; pero en esto, como en todo, hay sus categorías, y Elena era mujer de cítara y alejandrinos. Antonio, por lo ménos, la veia así.

No dejaban de tomar parte en estas imaginaciones del poeta los rasgos característicos de la familia. Elena era hija única de un señor á quien en Soria se le llamaba el Mayorazgo. Con haber en Soria tantos mayorazgos como en todas partes, ninguno se llamaba así más que él: bien es cierto que era el más rico, el más grave, el que hablaba con ménos gente, el que se vestía mejor y el que andaba más derecho.

Elena no tenía madre: habia muerto ésta no se sabe cómo ni cuándo, aunque la murmuracion de la ciudad fingia profundas desavenencias en los primeros años de aquel matrimonio, por término de las cuales el marido y la mujer se separaron para siempre. La peor parte en estas consejas la llevaba el Mayorazgo, de quien se decia además que ni áun era tan rico como suponian las gentes; pues consistiendo la base de su fortuna en rentas de diezmos, y habiéndose éstos suprimido, habian mermado las entradas de un modo considerable; no así las salidas, cuyo déficit se cubria con la venta de casas y tierras fuera de Soria, para lo cual lo habia autorizado la ley de desvinculacion. En una palabra: los chismosos del pueblo presentian terribles catástrofes para la muerte del Mayorazgo.

Todo esto lo sabía Antonio por el rumor popular; lo mismo que Elena debia conocer la vida de Sanchez por el rumor de entrantes y salientes, porque Elena no se comunicaba con nadie. Su silla de la iglesia, colocada en capilla especial sobre la tumba de su abuelo, estaba guardada los dias fes-

tivos por una dueña quintañona que se sentaba á su lado, y por el cuerpo rígido de su padre que permanecia de pié á su espalda. En Soria no solia haber teatro, no habia tertulias ni bailes, no se recibian extranjeros; y sobre todo, el Mayorazgo de Soria, que esto es lo principal, cerraba las puertas de su casa á todo el mundo.

Es necesario haber vivido en alguna pequeña capital de provincia, para comprender cómo pueden amalgamarse el aislamiento de las personas y la comunidad de las ideas. Con aquello de que cada vecino vive en su casa sin tratar con nadie, en todas las casas se está tratando siempre de la vida de los otros; y á poca renovacion que haya de visitas y conversaciones, se establece un fondo tal de chismes y de enredos, que lo que simula por fuera un paraíso de calma y de quietud, es por el interior un infierno abreviado de turbulencias y enemistades.

Por eso Antonio no creia muchas de las cosas que se contaban sobre la vida del Mayorazgo; y por eso Elena tambien, á pesar de que su palabra no se habia cruzado nunca con la del jóven, sabía que éste habia sido monacillo de la iglesia Mayor, que habia estudiado letras humanas, que era poeta, que tenía escrita una funcion de esas que los cómicos suelen echar en el teatro; por último, sabía que estaba disponiéndose para ir á Madrid, y que entónces no lo volveria á ver pasar por debajo de su balcon todas las mañanas.

Antonio sabía, pues, que Elena debia saber todo

esto, así como Elena no ignoraba que Antonio no debia ignorar los pormenores de su existencia propia; pero uno y otro estaban necesitados de un hecho tangible que comprobase aquellas suposiciones. No eran novios, ni amantes, ni pretendientes siquiera: eran un soñador y una reclusa, un poeta y una aristócrata, un vagamundo y una pájara.

La víspera del dia en que Antonio tuvo preparado su viaje, esto es, cuando vió reunidos veinticinco duros y una levita, levantóse más temprano que de costumbre, y marchó al campo en busca de una idea con que despedirse de la mujer á quien tantos paseos habia dedicado. Como de costumbre en estos lances, Antonio no halló nada original que añadir al reducido catálogo de estas extrañas despedidas; por lo cual cuando estuvo cerca de la casa, cortó una hoja de su cartera, escribió con un lápiz la palabra «adios,» y envolviendo una piedrecilla en el papel, lo arrojó casi á las faldas mismas de la jóven. Elena titubeó un instante, y sin volver los ojos hácia fuera, recogió el objeto y desapareció.

Al otro dia muy de mañana, miéntras la diligencia cargaba los equipajes de los viajeros, Antonio marchó por última vez frente á los balcones de Elena, esperando verla, no ya á la parte de adentro, sino en el propio balcon dispuesta á exhibirse sin recato alguno. Contra sus esperanzas, el balcon estaba cerrado, y eso que nadie ignoraba en la ciudad la hora á que partia la diligencia para Madrid. Miró atentamente por si algun signo extraordinario explicaba aquella clausura extraordi-

naria, y en efecto, entre las labores esculturales de la fachada descubrió un hilito, de cuya punta colgaba cierto rebujado papel.

Las voces de «al coche, al coche,» que desde la plaza Mayor se oyeron perfectamente allí, no le dejaron proceder á otras pesquisas: cortó el hilo de un tiron, quitóse la gorra delante de la casa, y partió á correr en busca de la diligencia.

Cuando Antonio se cernia con mil trabajos entre las mantas de sus tres compañeros de imperial, y el postillon crujía el látigo para partir, un movimiento, más bien nervioso que voluntario, le obligó á desdoblar el papel para enterarse pronto de su contenido. Este era muy breve: con letras grandes de tinta, decia:—«¡Adios!»

Debajo de la palabra habia pegado con goma un pensamiento.

II.

Cómo pasó Antonio sus primeros meses en Madrid, qué amistades contrajo, qué adquisiciones hizo, qué desdichas sufrió, qué placeres pudo experimentar en ese tiempo, cosas son estas consignadas ya repetidamente en la vida de todos los ingenios pobres. Lo único que merece especial mencion es la presteza con que reformó sus juicios provincianos, y el acierto con que supo adquirir las cortesanas condiciones de buen gusto.

Leyendo y releyendo su tragedia, despues de consultar á unos y otros, procedió á limpiarla de lunares de Soria y á revestirla de bellezas de Madrid. Expurgóla de provincialismos en la diccion, de neologismos en la frase, de alguna que otra declamacion impertinente contra la capital, y del mayor de todos los defectos que cunden por lo comun en las obras de los ingenios rurales; alusiones de vanidad y soberbia propias.

Reinaba entónces en el teatro español (pues el teatro español ántes de convertirse en república,

como hoy lo está, ha tenido siempre un monarca), reinaba entónces en el teatro de Madrid, decimos, un actor eminente, á quien la fama adquirida en todo el reino habia elevado al trono de la escena nacional. Las aptitudes de este cómico insigne, eran trágicas en alto grado. Su rostro enjuto y grave, su voz hueca y sonora, la rigidez y grandeza de sus movimientos, el ardor de su mirada, la espontaneidad de su inspiracion, todo contribuia á que se le considerase digno de llevar en sus manos el cetro de Melpómene. Y eso que su corta estatura, su no muy larga belleza física, ciertas asperidades de sus registros tónicos, y alguno que otro amaneramiento de forma, contrariaban en parte sus raras disposiciones épicas; pero él era de la raza de los Ronconi y de los Mario: se estiraba, se embellecia, se entonaba, y cuando el público iba á echar de ménos una cualidad de las que la naturaleza le habia restringido, veíase subyugado por un arranque de genio, por una explosion de sublimidad, que el arte le prodigaba á manos llenas. Era, por último, el actor un tanto dado á vanidades de cartel, ó sea grandes letras de anuncio, epítetos altisonantes con referencia á su persona, reclamos á lo píldoras Holloway, que descubrian un fondo de soberbia, armónico con el estro de su genial artístico.

A este actor fué á quien Antonio dirigió su tragedia, con una carta, poco tiempo despues de haber llegado á Madrid. La carta que se habia estudiado en el rincon del café Suizo, venía á decir

de esta manera:—«Para un actor como usted, una tragedia como la mia.»

Contábanle á Antonio en aquel mismo rincon del café, los siempre nuevos y cada dia más extraños misterios de bastidores: decíanle que los cómicos amontonaban las comedias en su gabinete, como los prenderos las ropas viejas en sus escaparates: que carecian de sentimiento artístico y de educacion literaria; que vegetaban en una atmósfera de adulacion, producida por el hálito servil de cuatro necios desvergonzados; que no se representaban más obras que las que producian los amigos del actor, siempre que hablaran bien de él en los periódicos, y mal de los demás actores en todas partes; finalmente, que era más difícil meter la cabeza por los bastidores de lienzo de un teatro, que por los bastiones de piedra de un castillo feudal.

Cuál, pues, no sería la sorpresa de Antonio al recibir, á pocos, poquísimos dias de la remision de su obra, una carta del actor que, entre vistosos follajes de elocuencia rebuscada, venía á decir de este modo:—«Para una tragedia como la de usted, un actor como yo.»—Citábale despues para las doce del dia siguiente.

No hay que decir cómo entraria el ingénio casa del génio. Susto, satisfaccion, temblor de piernas, sudores, escalofríos, vanidad, gratitud, todo lo que puede sentirse cuando no se sabe á punto fijo lo que se siente, todo esto y mucho más lo experimentó Antonio al encontrarse cara á cara con el

coloso del teatro. Hallábase éste en un salon de estudio tapizado de armas, redingotes y coseletes de la más vistosa apariencia: coronas de laurel, de mirto y oro, pendian de anchas cintas de seda, entre ramos de flores que se marchitaban, y cartas á medio abrir que descubrian nobiliarios escudos: dos estatuitas de bronce, representando á Kean y á Talma coronados, hundíanse en un mar de papeles de comedia manuscritos con letras gordas, periódicos impresos subrayados con tinta por ciertos parajes, libros de encuadernaciones finísimas con iniciales doradas, papeles de color con versos de los que se arrojan por la lucerna, palomas disecadas de esas que se tiran desde los palcos, signos por todas partes, en fin, de una gloria caliente y viva, que se saboreó la noche anterior, y queda confeccionándose para la actual. Si Antonio hubiera sido indiscreto, podia haber leido en quince ó veinte lugares de aquel salon la palabra «eminente.»

El eminente actor, en efecto, abalanzóse al jóven cuando supo quién era, y en largo espacio de segundos no tuvo para él más que apretones de corazon y ayes de entusiasmo. Despues le dijo:

—Cábeme la honra de ser el primero que ha abrazado al poeta. Saludo aquí, en este humilde rincon del arte representativa, á un egregio príncipe del arte imaginativa: ¡soy el histrion que rinde párias al genio!

—Señor... pero señor... (balbuceó Antonio con-

movido, miéntras el cómico lo sentaba por fuerza en la silla preferente de su despacho).

—Nada, nada; todo cuanto diga es poco ante la realidad de los hechos. ¡Qué tragedia, amigo mio, qué tragedia! No he podido dormir, no he podido sosegar; la he representado, la he coronado, la he hecho célebre dentro de mi propio pensamiento y de mi propia conciencia. ¡Adios, Quintana; adios, Martinez de la Rosa; adios, Alfieri; adios, Ponsard!

—Señor... pero señor... (volvió á decir Antonio). ¿Será posible que mis pobres versos?...

—Y tan posible, amigo mio, tan posible: creo sinceramente que es la mejor tragedia del teatro moderno.

Al escuchar estas palabras, el jóven sintió que las lágrimas se agolpaban á sus ojos.

—Gracias, señor, gracias (dijo, experimentando una melancólica alegría de que por vez primera participaba su espíritu): yo apénas conocí á mis padres, y no pude llorar en su seno; no he frecuentado las escuelas, y desconozco las lágrimas de la educacion; he tratado poco de amores, para probar á lo que saben las lágrimas de la ternura: ¡bendigo, pues, este momento en que mis primeras lágrimas se derraman en nombre del arte y por amor al arte! ¡Gracias, gracias!

En tal tesitura se habia colocado la conversacion entre el cómico y el poeta. Antonio lloraba de verdad; el actor parecia asimismo que lloraba con lágrimas extra-teatrales, áun cuando su voz,

sus movimientos, sus inflexiones todas, eran, y ¿cómo no habian de serlo? las que el jóven le habia conocido más de una vez en las tablas. Hablaron del arte en sus múltiples aspectos, del arte como intuicion, del arte como manifestacion, del arte como esencia, del arte como forma, y más que nada, del arte como cada uno de ellos lo entendia.

Al llegar aquí, levantóse el actor, cerró la puerta, y variando de aspecto y tono, como si de repente hubiera traspasado las bambalinas hácia dentro, sentóse frente de Antonio, y comenzó á decir de esta manera:

—Creo que no dudará usted, amigo mio, de que soy su hombre, así como yo tengo la seguridad de que he hallado al hombre que buscaba. Hablemos, por consiguiente, en familia, y queden echados hoy los cimientos de una amistad inalterable y de una conveniencia mútua.

—Sea así (contestó Antonio, entre placentero y admirado).

—Su tragedia de usted (continuó el actor) se va á archivar ahora mismo, y nadie va á tener noticia de ella en mucho tiempo.

—¡Cómo!

—No se alarme usted, y escúcheme hasta el final. Obras como esa requieren gran tacto y circunspeccion para ser exhibidas al público. El tiempo presente, yo poseo gran experiencia de ello, no es el más á propósito para hacer tragar ciertos manjares, sin que les precedan aperitivos oportunos.

Cunde la manía en nuestra sociedad, de que la tragedia clásica es insípida y tonta, que su lentitud no está conforme con los progresos del siglo, que el coturno y la toga, así como los sentimientos y pasiones que representan, son más propios hoy para el museo y para el gabinete de estudio, que para el teatro y la distraccion que dentro de él se busca: en una palabra, amigo mio, la gente no quiere tragedias. He intentado hacérselas pasar varias veces en estos últimos tiempos, y siempre me he cubierto de gloria como actor, pero he puesto en quiebra al empresario. Hoy, que participo de ambos caractéres, me es imposible mirar al arte con interés, sin que se me presente descarnado el fantasma de la industria; y pues el teatro es una tienda, cuerdo será no vender en él más que el género á que el público se muestre aficionado. El público quiere drama, el drama de pasiones violentas y mundanales; histórico ó de intriga, pero con hombres y mujeres á quienes conozca, con afectos que le sean comunes, con interés que se refiera á los intereses de que él mismo se encuentra poseido. Ahora bien; el que escribe una tragedia como la de usted, puede escribir un magnífico drama como el que yo propongo: escoja usted una época vistosa, un país romancesco, unos personajes de carácter, una fábula de complicacion: olvide usted pòr un momento las unidades griegas; la de accion, es la que ha impedido que el poeta pueda aglomerar incidentes; la de tiempo, ha quitado desarrollo y verosimilitud á las ideas; la de lugar,

ha hecho monótono y poco llamativo el espectáculo: abandone usted por esta vez el metro, solemne y digno, eso sí, pero cansado y duro, del asonante heróico; escriba usted en octosílabos las escenas de relleno, en quintillas las de amor, en alejandrinos las de lucha y guerra; invente usted el modo de que se dispongan dos ó tres decoraciones de efecto, una de luz de luna si puede ser; ponga usted un par de graciosos (que los tengo excelentes de ambos sexos), dos villanos que hagan reir y formen el contraste con la dama y el galan cuyas desdichas ha de llorar el público; no se pare usted en el costo de los trajes, estoy dispuesto á gastarme un dineral en el mio; ni se asuste de la extension de mi papel, que he de aprenderlo de memoria aunque haga cincuenta pliegos: por último, amigo, sálveme usted el teatro, hágame usted la temporada; usted es mi hombre, se lo repito á usted de todo corazon, mi hombre es usted.

Calló el actor, y Antonio estuvo por recoger sus lágrimas anteriores para derramar otras diversas.

—¡Con que es decir (replicó, pasados algunos instantes, con dignidad) que mi tragedia es excelente, pero que no sirve!

—Despacio, amigo, despacio (interrumpió el actor); me ha quedado eso por explicar. Cuando usted adquiera la gloria que le auguro con el drama que desde ahora le encargo; cuando su nombre de usted figure entre los primeros escritores de la época, entónces ya será usted quien le imponga las

condiciones al público; entónces ensayaremos y representaremos con amor la tragedia, y el público la comprenderá, la aplaudirá y la admirará, como yo la admiro, la comprendo y la aplaudo. Se trata de una superchería necesaria, de un cambio de trajes para presentarse, con cierta seguridad de éxito, ante ese mónstruo que se llama el respetable público. No dude usted que yo soy quien está en lo que conviene.

—No lo dudo, señor mio (repuso Antonio contristado); pero ¿quién me responde de que yo hago bien ese drama que usted me dice? Si yo soy músico y tengo disposicion para componer un oratorio sacro, ¿habré de tenerla lo mismo para componer la música de un baile?

—Ciertamente (contestó con viveza el actor); el talento posee múltiples manifestaciones: Mozart hizo el *Requiem* y el *Don Juan;* Rossini escribió el *Stabat Mater* y *El Barbero*: acepto la objecion y la rechazo.

—Pero ¿á qué buscar una belleza nueva si ya la tengo? (dijo entónces Antonio con una acentuacion que indicaba repulsa). Si mi tragedia es la maravilla que usted cree, y yo ya me iba creyendo, la dignidad de hombre me aconseja, olvidando todavía la de ingénio que aún no puedo invocar, presentarla al público por conducto del gran actor trágico de nuestro teatro: si el público la aplaude, bueno; si el público la rechaza, tendré paciencia.

—Hé ahí el error, amigo mio; hé ahí el error. No tengo en el dia mujeres bien conformadas que

me vistan la túnica; no tengo este año un barba bueno que saque la voz bronca; y sobre todo, ¿cree usted que se pintaria la señora de X. para hacer la esclava? Pues, no señor, no se pinta: en su contrato dice que no hará más papeles que aquellos cuyos trajes le sienten bien; y como ya no le van sentando ningunos, me pone en mil aprietos; por cuya razon le suplico á usted que en el drama que haga, piense mucho en esto del traje de la señora X.

—Siento deçir á usted (exclamó resueltamente Antonio) que en lo que he de pensar es en seguir otra carrera diferente: recojo mi tragedia, y me vuelvo al lugar de donde vine.

III.

Vanas fueron todas las instancias del actor para disuadir al jóven poeta de que en las cuestiones de arte hay que transigir con las exigencias del público. Antonio creyó más decoroso para él volverse á la oscuridad con una tragedia buena, que entrar en el mundo literario con la privanza de un actor de moda y el manuscrito de un drama malo. Lo único que pudo conseguir el génio, fué que el ingénio suspendiese su resolucion definitiva por cuarenta y ocho horas.

Antonio salió de casa del actor en el estado de abatimiento más deplorable. Era la primera vez que su alma asistia á un doble juego de sensaciones, en que el ángulo de reflexion destruye, con su terrible realidad, las esperanzas que hizo concebir el ángulo de incidencia. Aquella fué una partida de gana-pierde en que el alma y el cuerpo quedaron destrozados; porque, ¿á qué fingir lo que no hay? Antonio estaba pobre, pobrísimo, y su tragedia concluida, su tragedia aceptada, su tragedia en el comercio público de las gentes, era manantial

legítimo de gloria y manantial no ménos legítimo de recursos. ¿Cómo, pues, conformarse á una dilacion de muchos meses, á incertidumbre, dolor y escasez de largos dias, sin que ni áun al término de tan inseguro plazo se divisase la esperanza de un mejoramiento de fortuna?

Ardíale su cabeza, mesábase los cabellos como un convulso, y sus pasos, que hubieran semejado á los de un ébrio, conducíanle á hora intempestiva hácia las solitarias alamedas del Buen Retiro. Allí habian llorado tal vez Calderon y Lope; allí habian llorado quizá Larra y Espronceda; allí podria llorar Antonio. Las piernas del poeta desdichado, sabian perfectamente su obligacion.

El gran estanque estaba casi vacío, y por su centro empinábanse unas piedras toscas, á modo de monumentos cinerarios antiguos, que la mano vandálica del hombre no hubiera logrado destruir. Antonio sabía que aquellos eran los cimientos del célebre teatro que se levantaba en los regocijados festines de la corte del rey-poeta. Sobre aquellas urnas literarias habian alcanzado abundante gloria ingénios esclarecidos; pero quizá habrian suspirado tambien grandes ingénios ante ellas, como Cervantes, tal vez, á quien las musas favoritas no habian querido conducir nunca cerca del trono.—Sentóse el jóven en un banco solitario frente á los restos de tanta belleza muda, y abismado en sus imaginaciones personales, echó la cabeza sobre ambas manos como si estuviese dormido.

Así permaneció largo tiempo, hasta que un ru-

mor, á que ningun hombre se muestra indiferente, ni áun en las grandes crísis, el roce de la seda sobre el pavimento, le hizo levantar los ojos. ¿Sería ilusion? ¿Habríase quedado positivamente dormido y soñaria?—Una de las mujeres que tenía delante de los ojos, era Elena.

Antonio se levantó con rapidez suma para darse cuenta á sí mismo de que no dormia, y adelantándose al grupo de las tres personas, un hombre, una mujer y una jóven vestidos de negro, alargó sus dos manos á esta última, que ella cogió con singular presteza, y resonaron en el aire las dos exclamaciones de costumbre:—«¡Elena! ¡¡Antonio!!»

La hija del Mayorazgo de Soria habia quedado huérfana casi repentinamente, poco tiempo despues de la partida del poeta. La desgracia ocurrió léjos de la ciudad, en un punto adonde el padre solia ir todos los años, y desde donde le escribieron que el difunto tenía un hijo varon, legítimo como Elena, criado fuera de España, dueño del vínculo que existia en la familia, y determinado á marchar con su herencia al país en que se habia educado. Tan gran catástrofe exigió que unos tios de la jóven, residentes toda su vida en Madrid, marchasen á Soria en amparo de la huérfana, y para recoger los restos de una fortuna, cuya parte libre habia desaparecido hacía tiempo, y cuya parte vinculada pertenecia casi entera á un hermano, envuelto hasta entónces en el misterio más profundo. Realizados los cortos intereses de Elena, sus tios

tuvieron prisa de volver á Madrid, donde sus modestas ocupaciones los reclamaban; y aquella misma tarde era la vez primera que toda la nueva familia buscaba á deshora esparcimiento en un paseo, que convida en ciertos casos á la meditacion y á las lágrimas.—Tal fué, en resúmen, la historia que escuchó Antonio de sobrina, tio y tia, no sin que esta última quitara con frecuencia la palabra á la jóven, para explicar mejor lo que ella misma necesitaba que la explicasen para entenderlo.

El tio, que parecia un curial no muy abundante de negocios, se excusó con el amigo de su sobrina de no ofrecerle la casa, porque pensaba no recibir á nadie durante los lutos. La tia fué de la misma ó de mejor opinion, y la sobrina tuvo que limitarse á levantar los ojos al cielo, recatándose de la mirada de sus parientes, y alargó las manos á Antonio estrechándoselas con efusion. Los aires pudieron asimismo esta vez escuchar las exclamaciones de costumbre:—«¡Adios, Antonio! ¡¡Adios, Elena!!»

El jóven quedó petrificado tras esta rápida entrevista. Cuando perdió á lo largo de la alameda las tres figuras, una de las cuales parece como que quiso volverse á él más que hácia el camino que de él la separaba, se puso á meditar en alta voz:

—«¿Qué es esto, Antonio? (se dijo). ¿Qué vision acaba de aparecérsete? ¡Elena, la hija del Mayorazgo, la jóven de la casa feudal, la que visitaba los dias festivos la tumba de sus abuelos por todo trato, la retirada, la impalpable, la clásica

Elena, ha descendido en un momento desde los salones artesonados de un palacio, á la humilde morada de unas gentes quizá vulgares de Madrid! ¿Qué tragedia ha sido esta, ó por mejor decir, qué complicado drama se desarrolla delante de mis ojos?—¡Oh! sí: la tragedia concluyó con la muerte del Mayorazgo. El dolor, lento y cruel á la par, de aquella madre que desaparece de la vista del mundo; el carácter rígido y severo del hombre que calla y obra por toda una existencia; ese niño que nace en la sombra sin saber por qué, y que en la sombra se educa y crece sin saber para qué; la ruina lenta pero segura; la muerte larga pero repentina; el silencio de un cuarto de siglo no violado más que por las murmuraciones del vulgo indocto; ¡qué explosion, qué descenso, qué drama produce ante la vista atónita del observador que todo lo contempla!—Sí (repetia Antonio): la tragedia de Elena se ha trocado en drama; pero ¡qué drama, Dios mio! ¡Qué drama tan complicado y tan interesante!»

Al llegar aquí se detuvo de improviso, y anudando su propia situacion con la de la jóven, llevóse las manos á la frente y se dijo de nuevo:

—«¿Tendrá quizá razon el cómico que acaba de arrebatarme mis ilusiones? En Madrid, ciertamente, yo no he visto hasta ahora mayorazgos: las casas solariegas son derribadas cada dia para hacer construcciones de renta y pisos abundantes: cada semana se arruina una familia noble con la ley de desvinculacion en la mano: cada mes se

venden escudos esculpidos para rellenar cimientos, papeles clásicos para envolver en las tiendas, armaduras y joyas de arte para comercio de ropavejeros y diamantistas. ¿Será, pues, cierto que una sociedad que se va, no quiere que le reproduzcan las costumbres de un tiempo que se fué?—¡Elena! ¡Elena! (gritó, por fin, abandonando á grandes pasos las enramadas del Buen Retiro). Yo te sigo en la desgracia como siempre te seguí en la grandeza; yo desciendo contigo del muro de Troya que me fingí en mi calenturienta fantasía, al miserable cuarto que debes habitar; yo cambiaré la tragedia en drama; yo complicaré el argumento como á tí se te complica la existencia; yo crearé caractéres vivos y animados, como el de tu padre en sus últimas horas que estalla de dolor; como el de tu hermano que roba honradamente la subsistencia de una hermana que no conoce; como los de tus tios que te embrutecen en la vulgaridad de su vida estúpida; yo olvidaré los tiempos de las grandes pasiones y de las elevadas ideas, por este tiempo de las pasiones tumultuosas y de las ideas mezquinas; yo conquistaré laureles explotando el mundo en que resido; yo haré, por fin, el mejor de los dramas que se hayan representado en la escena moderna!»

—¡Mozo! (gritó entónces dirigiéndose á alguien, miéntras golpeaba sobre la mesa de un café); venga una copa de ron.

IV.

Tres meses estuvo encerrado Antonio escribiendo su drama. Las privaciones de este tiempo fueron distribuidas entre la patrona y el huésped. Antonio intentó, ántes de encerrarse, ver si levantaba fondos con la tragedia; pero la tragedia era entónces gloria pura, y la gloria pura no tiene valor como las alhajas y ropas en buen uso. Convínose, pues, con la excelente viuda en cuya casa habitaba, un armisticio de noventa dias, durante los cuales el huésped moderaria sus exigencias, y la patrona apagaria el fuego de sus peticiones. Al cabo de ese tiempo esperaba el poeta poder llegarse á un editor de obras dramáticas, con su drama en la mano, ya aceptado, y decirle:—«¿Me quiere usted adelantar fondos sobre esta obra al setenta y cinco por ciento?»

El drama, efectivamente, lo merecia; pues jamás se ha escrito pieza con mayores condiciones de éxito ruidoso. Estaba dividido en tres actos, y cada uno tenía su aliciente particular: el primero pasaba en un bosque; el segundo en un palacio,

y el tercero en una abadía. Su versificacion era toda ella variada y magnífica: las escenas de exposicion estaban escritas en romance, las de más efecto en redondillas, el protagonista hablaba casi siempre en arte mayor, y un dúo de amores, que era tal vez lo más culminante de la pieza, estaba escrito en bocadillos aconsonantados, para que los amantes pudieran decírselo á modo de las tórtolas. El galan se vestia tres veces á cual más adornado y vistoso: una de guerrero, otra de noble, y otra de fraile. La dama podia vestirse cuantas quisiera, siempre de bonita, y sobre todo de jóven: sus principales trajes eran de terciopelo negro, de raso blanco y de loca. Las plumas, las alhajas y las cintas, quedaban en los dos primeros á discrecion.

El drama en su esencia no ofrecia menores atractivos. El argumento, nebuloso y complicado siempre, sujetaba con férreas cadenas el interés y la ansiedad del espectador. Habia un niño abandonado en un bosque, un paquete de cartas abandonado en una cómoda, medio medallon que en tiempo oportuno se habia de reunir al otro medio, dos bailes, un *Miserere* que se suponia en el coro, y los ruidos de viento y agua necesarios para infundir pavor ó plácida armonía. Los caractéres eran *alambrudos:* el del protagonista lo juntaba todo, nobleza, ferocidad, valor, malos pensamientos y terribles obras: el de la dama era un idilio; frescura de ideas, inocencia de propósitos, fatalidad, injusticias, encierro y muerte.

Habia dos graciosos de ambos sexos; el varon tímido, y la mujer arrojada, lo cual proporcionaba un contraste tan feliz, que el espectador no sabía á veces si llevarse las manos á los ojos para llorar á gritos, ó bajárselas á los ijares para desternillar de risa. En resúmen: el drama era excelente, un drama á pedir de actor, ó como ellos dicen, un drama para robar al público.

Cuando estuvo copiado, Antonio hizo su primera salida al célebre café, donde se levantaban ó se hundian por aquel tiempo las reputaciones literarias. Lo primero que supo allí, ¡horror nos causa el decirlo! fué que el teatro para donde él destinaba su obra, se lo habia llevado el demonio. El actor trágico tuvo no sabemos qué tragedia con sus compañeros y coempresarios, de cuyas resultas aceptó para América una contrata muy lucrativa. No se hablaba de otra cosa en Madrid.

Alegrábanse no poco, sin embargo, muchos de los ingénios del café Suizo, de aquella desgracia indirecta que le acontecia á Antonio; porque en opinion de los más, el actor prófugo no valia gran cosa, y en cambio iba á ser restaurada, tras esta catástrofe, una dinastía más legítima, que por espacio de algun tiempo habia vegetado en el ostracismo de los teatros provincianos. Consoláronle, pues, si es que la decepcion del poeta podia tener consuelo, y ofreciéronle ser presentado al nuevo monarca, con toda la recomendacion de que eran dignos su talento y su engaño.

Efectivamente: tras otras cuantas semanas de escasez, en que Antonio sostuvo luchas de gigante con su patrona, recibió al cabo el jóven una invitacion para que fuera á leer su drama en audiencia privada con el gran artista. No hubiera podido desear otra cosa el más exigente de los autores de la época. Ni ¿quién habria dudado de que así procediera el actor distinguido á quien el público de Madrid llamaba el cómico-caballero?

Era éste un hombre de buena estatura y gallarda presencia, cuyo aspecto abria desde el primer instante risueños horizontes á la amistad. Su rostro era gracioso y simpático, nobles y dignos sus modales, extremadas su finura y cortesanía, amena su conversacion, constante su gracejo, pública su bondad, y ostensible á todas luces su innato instinto de gran señor. Usaba una bella berlina con dos caballitos de juguete; vivia en una mansion encantadora de gusto y elegancia; trataba á príncipes y magnates como se trata á gentes de parecida condicion; era entendido, ilustrado, y picaba de buen poeta; finalmente, ningun hombre dejaba de envidiarle, ni ninguna mujer de proclamar su mérito á grito herido.

La escuela dramática de este actor era la de la verdad. Gustaba poco de la pintura de bastidores, omitia cuanto le era posible los trajes complicados, declamaba con su voz, andaba con sus piernas, miraba con sus ojos, y en ocasiones hacía uso entre el diálogo de sus propias palabras. Jamás el naturalismo ha contado con mejor intérprete: po-

dria decirse que, adivinando á Daguerre, habia introducido la fotografía en la escena. Los personajes que representaba eran él, y sin embargo eran ellos; la caricatura se hacía noble en sus manos, la suciedad aparecia limpia, lo chistoso no era chocarrero, lo triste no era falso, lo cruel no era repugnante. Digámoslo en una palabra: tenía muchos defectos, segun era público y notorio; pero causaba la desesperacion de todos los actores, por debajo de cuerda.

Cuando Antonio entró en su casa con el manuscrito de la nueva obra, un criado, vestido de negro, dijo al jóven con la mayor finura, que tuviese la bondad de aguardarse á que su señor saliera del baño. Este respiro proporcionó al poeta cierta tranquilidad que le faltaba, y ocasion de conocer los gustos del dueño del precioso saloncito en que se le introducia.

El pavimento estaba tapizado con alfombras, blandas como la pluma; el calor se esparcia en el ambiente por las bocas doradas de unos caloríferos invisibles; habia en medio de la estancia uno de esos muebles monumentales que en lengua familiar llamamos *otomanas*, en cuya cúspide descansaba un ramo de flores frescas; el divan que rodeaba al mueble era de Persia, de graciosos colores, y equidistaba por todos lados de otro divan corrido semejante, que circuia el salon. En uno de los testeros habia una panoplia de terciopelo azul, pero sus armas eran modernas, de caza: veíanse tambien bustos de bronce y de mármol, mas no

eran todos históricos aún; pues uno representaba un niño encantador de poca edad, y otro descubria las trazas de un opulento duque contemporáneo. El reloj estaba tirado por los caballos de Fidias: unos papeles se hallaban oprimidos por una reproduccion alabastrina de mano de mujer, que, á estar parecida con su modelo, debió servir á otra Vénus de Milo: en el piano, entreabierto, se veia registrado el preludio de Sebastian Bach, muchos años ántes de que lo hubiera hecho célebre Gounod con sus variaciones: ¿lo habria tocado la noche anterior aquella mano?—En esta sospecha estaba Antonio, cuando el actor vino á sorprenderlo por la espalda.

—Mil perdones, señor Sanchez (le dijo), por haberle hecho esperar á usted contra mi costumbre. Me ha detenido la grosera materia en sus necesidades ordinarias: ahora soy todo de las musas, ó por mejor decir, soy todo de usted.

Mediaron entre actor y poeta las cariñosas y cultas frases de ordenanza, y Antonio comenzó su lectura.

El drama debia ser, á la verdad, interesante, ó por lo ménos parecia que lo era para el actor. De vez en cuando inclinaba éste la cabeza en señal de placentero saludo á alguna frase feliz, ó acercaba el rostro hácia el papel, como vivamente sobrecogido por las situaciones que se desarrollaban. En pocos puntos se permitió exclamacion ó réplica, como no fuese para suplicar á Antonio que volviera á leer alguna hermosa tirada de ver-

sos. Concluido el primer acto, presentóse en la sala un criado que, sobre un velador de palo-rosa, traia agua, azúcar y azahar en preciosos recipientes de cristal de Bohemia: despues volvió con una bandeja de plata esculpida, en cuyo fondo presentó á su amo algunas cartas y tarjetas, que éste rehusó mirar siquiera, como quien todo en aquel momento lo tiene efectivamente dedicado á las musas.

Siguióse el acto segundo, y tras éste el tercero, en cada uno de los cuales crecia el interés del actor, y como era natural, el entusiasmo del poeta. Terminada la obra, al fin, entre vítores y aplausos, de que Antonio no pudo tener duda, díjole el actor:

—¡Cuánto siento, amigo Sanchez, no poseer un teatro capaz de alojar dignamente ese drama, una compañía de primera clase entre quien repartirlo como se merece, y una juventud y unos brios, de que voy careciendo, para encargarme del protagonista y representarlo á la manera de Maiquez ó de Latorre!

Antonio se quedó parado y sin habla. El cómico prosiguió:

—¿A qué se meten ustedes en estas obras? ¿Cómo no consultan los tiempos ántes de emprender trabajos semejantes? Este drama, hace diez años, hubiera hecho la gloria de su autor y la fortuna de una empresa: hoy, tan bello como lo es, y todo, dudo que alcanzara media docena de representaciones. Las gentes, amigó mio, créame

usted, que se lo dice un hombre de experiencia, no quieren ya llorar en el teatro. Dan su dinero á la puerta para divertirse, y se burlan de sus padres, que lo daban para sufrir emociones y derramar lágrimas. ¿No observa usted el movimiento literario extranjero? Se acabó el coturno, se acabó la dalmática y la trusa, se acabó el verso. Hoy se escribe de frac, esto es, en prosa; hoy se representa de frac, se llora y rie de frac, se piensa de frac, y se hacen las fortunas con el frac tambien. Los más complicados problemas sociales y filosóficos; las más ingeniosas y poéticas fábulas se encierran actualmente en el molde de una familia del gran mundo, se cubren de pensamientos, tiernos los unos, atrevidos los otros, pero elegantes y distinguidos todos; ya no hay venganzas de apellido, ni odios de localidad, ni pastores que nacen en régia cuna, ni guerreros que conquisten el santo sepulcro. A nuevas costumbres nuevo teatro: ahí tiene usted la inagotable mina de los malos matrimonios, la fecunda veta de los asuntos mercantiles, el riquísimo filon del sistema representativo, ¿qué voy á decirle yo á usted? Ahí está su talento, su espíritu observador, su gracia de usted, amigo Sanchez, con todo lo cual quiero que inmediatamente me escriba usted una comedia.

Calló el actor, y Antonio no tuvo nada que decir: tan grandes eran su sorpresa y su angustia. Al cabo se atrevió á balbucear:

—Con que es decir que mi drama...

—Su drama de usted es digno de un Casimiro de Lavigne, de un duque de Rivas, ¿qué sé yo? pero es necesario esconderlo por ahora. Yo haré su comedia de usted para mi beneficio; estrenaré una sortija con un brillante que va á poner azul toda la escena; exornaremos, adornaremos, asombraremos, mejor dicho, con el moviliario del salon de baile; se hará todo lo que usted desee y á mí se me ocurra para atraer la atencion, los aplausos y el dinero del público. ¡Ah! y ahora que hablo de dinero (añadió el actor en tono familiar y casi cariñoso): los poetas de la talla de usted, suelen tener más númen que fortuna. Voy á escribir una carta ahora mismo al editor de la *Galería dramática*, para que le adelante en el acto sobre su obra algunos miles de reales. Lo hará así: no se ofenda usted de mi prevision, que yo tambien le debo algunos miles de duros. Con que, Sanchez, á escribir, á hacerse hombre, á hacer la temporada del teatro.

Levantóse el actor, sonó un timbre de plata, y comenzó á escribir el billete contra el editor de las comedias. Antonio, miéntras tanto, no sabía lo que le pasaba: habia previsto todas las eventualidades, ménos la de ser absorbido por la superioridad de la elegancia sencilla, del talento práctico, de la conversacion que no admite réplica ni la busca. Además, allí habia entrado por gloria y por dinero, y sacaba dinero y gloria: ya sabemos la falta que le hacía lo uno, así como lo problemático que iba siendo lo otro para él. Sea por estas causas, ó

por otras que ignoramos, Antonio guardó su obra, tomó la carta y ofreció bajo palabra de honor escribir inmediatamente la comedia.

—Domingo (dijo el actor al criado que esperaba hacía tiempo): anda por un coche, súbete en el pescante, y acompaña al señor casa de D. Justo. Díle que esta carta no es como la que le envié ántes de ayer.

—Señor (exclamó el criado, cuando hubo recibido la órden): hace más de media hora que espera en el gabinete verde...

—¿Quién?

—La señorita Elena.

—¡Ah! (murmuró el actor con una sonrisa maligna). La actriz de Soria. Que aguarde.

Y acompañó á Antonio hasta la puerta.

V.

Hasta que el hombre tuvo en su bolsillo el dinero de D. Justo, no cayó en la cuenta de que se habia deshonrado, esto es, que acababa de vender por aquel dinero su conciencia literaria. Todos los argumentos que durante el monólogo del actor habia estado formando para rechazar la propuesta que se le hacía, todos se le aparecieron entónces acusándole, no ya de debilidad, sino hasta de encanallamiento: un puñado de oro habia atascado su voz en la garganta.

Mas no era esta todavía su mayor preocupacion en aquellos instantes: resonaban aún en su oido las palabras del criado anunciando á la señorita Elena, y heríanle instintivamente la sonrisa del actor y el calificativo de *actriz de Soria* con que habia dado órden de que lo esperase. ¿No era su Elena la que acababa de entrar casa del cómico? ¿Podia caber duda en esto? ¿Á qué iba allí, y por qué nueva coincidencia volvian á encontrarse ámbos en tan extraño lugar?

Antonio que, con el trato constante de su casa

de huéspedes, y el no siempre escogido de sus relaciones de café, habia depuesto algo sus épicas costumbres, creyó lo más prudente, para hacer las averiguaciones que deseaba, introducir al criado del actor dentro de la berlina y conducirlo á un establecimiento público; donde, á merced de dos monedas de oro y dos medias copas de ron y marrasquino, pudiese conocer la verdad de los sucesos.

Gracias á tan democrático ardid, supo el poeta prontamente cuanto necesitaba saber para su desdicha. Los criados de los grandes actores, mezcla de ayuda de cámara, secretario y agente de negocios, con ribetes de artista por añadidura, conocen al dedillo la comedia de su amo, y son capaces de representarla un cincuenta por ciento mejor que él. Bien es verdad que comunmente pasan de la esfera de servidores á la de genios.

Por este hombre supo Antonio que el tio de Elena era procurador de los tribunales de Madrid, y estaba casado con una modista; razon esta última en la cual se fundó su hermano mayor, mayorazgo de Soria, para maldecirle, con arreglo á las leyes de la etiqueta antigua, y cortar relaciones con él. Ya ántes habia cortado el mandarle dinero y el serle útil en cosa alguna. Muerto el Mayorazgo, y no quedándole á la huérfana más pariente que su tio, corrió éste, entre solícito y codicioso, á hacerse cargo de los restos de su casa primitiva, cuyo desbarate sin duda no pudo prever. Trájose á Elena á Madrid, pesaroso quizá de las obligaciones que

se echaba sobre sus ya débiles hombros; pero miéntras duró el capitalejo de la huérfana, las cosas marcharon medianamente: así que se acabó, ni el tio tenía negocios, ni la sobrina momento de tranquilidad. Armóse nuevamente el taller de modas, y á Elena se la obligó á figurar en él como oficiala mayor de corte y pruebas: en casa trabajaba como una azacana, y despues salia á la calle con el bulto. La coincidencia de ser el tio agente de los negocios judiciales del actor, hizo que éste aceptara á su mujer como modista del teatro, é hizo, por consiguiente, que la jóven frecuentara la casa del cómico insigne, donde era muy bien recibida por su gracia y donaire. Para concluir: Elena, desesperada de la vida que traia, y recordando sus dotes de educacion, entre las cuales descollaba el conocimiento de las letras y el ejercicio de la música, hubo de manifestar al actor sus pretensiones de dedicarse á las tablas.—Tal era, en compendio, la historia de la mujer, del recado y de la sonrisa.

Antonio respiró: habia creido más graves los sucesos, y no hay cosa para adquirir conformidad, como figurarse peores las cosas malas. Despues de todo, Elena marchaba en armónica pendiente con sus desdichas propias: tambien ella se habia deshonrado en cierto modo; la hija del Mayorazgo de Soria andaba por las calles de Madrid con un bulto de ropa vieja, é iba de casa en casa achicando vestidos á mujeres de vida teatral: ¿no era esto algo parecido á ir achicando tragedias para convertirlas en dramas? Además, el mundo tiene sus le-

yes naturales que afectan en comun á todas las criaturas: cuando se está fatalmente en el camino de la desdicha, no hay verdadera deshonra en ser desdichados. Antonio hizo que volvieran á llenar las copas, y pasó la tarde en libaciones con el ayuda de cámara del actor, imaginando proyectos de comedia de costumbres. Justo es confesar que, ya medio peneque, se le ocurrió uno magnífico.

Regresó, pues, á casa de su patrona con dinero para pagar, con alegría para discurrir, y con calma de espíritu para proceder á su nueva empresa. Servido por tales elementos, nadie debe extrañarse de que en pocas semanas apareciera una linda comedia sobre la mesa de Antonio.

Y ¡qué maravilla! Una comedia en tres actos de lo que se llama *buena sociedad,* con todo el sabor y toda la malicia de las obras maestras contemporáneas. Nosotros no referiremos su argumento, para no privar al lector en su dia de la sorpresa del espectáculo; pero no queremos renunciar al placer de hacer algunas indicaciones sobre los rasgos característicos de la obra, porque, á la verdad, lo merecen mucho.

Un caballero de elevada posicion y una jóven de noble estirpe, se casaron, perdidos de amor el uno por el otro. Eran tan distinguidas las calidades de ámbos, y tal el número de goces á que su enlace les convidaba, que al cabo de poco tiempo ya no se podian sufrir. El marido, por distraerse, se puso á jugar á la Bolsa, y en ella perdió su fortuna; pero no fué esto lo peor, sino que tras de su

fortuna propia, comprometió otra que no tenía; de resultas de lo cual se vió perdido, deshonrado y próximo á levantarse la tapa de los sesos. En este apuro recordó que allá en sus mocedades habia engañado á otra mujer, que despues se casó con un rico; y volviendo á sus ya débiles plantas, cual nuevo hijo pródigo del amor, engañóla nuevamente tambien, y le sacó los cuartos. Echado así un remiendo á la honra, se presentó candidato en unas elecciones generales, y obtuvo la solemne investidura de representante del pueblo. Tronó y votó en la Cámara por las economías, por la moralidad de la administracion y por los vínculos sagrados del hogar doméstico; votos y discursos elocuentes que le valieron una cartera de Ministro, en la primera crísis gubernamental.

Miéntras tanto, la mujer propia, á quien no se le dió un ardite por todo lo que sucedia, pues los apuros materiales no alcanzaban para ella, fué engordando y engordando, en términos de que llegó á temerse una catástrofe; al paso que la otra infeliz, cuya sensibilidad se exaltó grandemente con el segundo abandono, chupóse y chupóse en tísis lenta y abrasadora, complicada con una situacion de fortuna miserable.—Todos los tres actos eran buenos; pero el último, en que al darle una serenata los pretendientes por su ascension al poder, estaban sangrando miéntras á la esposa, que iba á reventar de gusto, y dando la extremauncion á la tísica, que se moria de debilidad; este contraste, decimos, era de lo más superior que se ha presen-

tado en escena: los franceses hubieran pagado el pensamiento á peso de oro.

Y lo mejor del caso es que en la comedia no habia ninguna figura desagradable: la mujer propia era una criatura de Dios, sumisa, obediente, honrada; la mujer ajena ofrecia asimismo rasgos dignos del mayor aprecio, era generosa, constante, tierna, y sobre todo, fiel á su primer amor; en cuanto al galan, no hay que decir si sería caballero, elegante, desprendido, y, más que nada, simpático desde la primera vista. Esto de simpático convenia muy bien al carácter del actor que habia de representar la obra, y aseguraba para con él el aprecio de todos los hombres, y el encanto y hechizo de todas las mujeres. No hablemos de unos criados que jugaban en la comedia, los cuales seguian paso á paso las costumbres de sus señores, y habrian de hacer reir mucho con el contraste. En suma: no se podia pedir más.

¡Oh! sí: más hubiera podido pedirse! El arte y la literatura de consuno habrian deseado que no coincidiese la terminacion de tan bella comedia, con la muerte prematura y desgraciada del gran actor. Sí: el cómico insigne, el caballero del teatro, el naturalista del frac, el honor de la escena, acababa de ser arrebatado á la admiracion del público, por una cruel enfermedad que no tuvo remedio. Bien puede decirse que todo Madrid y toda España acompañó esta vez con su sentimiento el sentimiento de Antonio. Aquel hombre que tan de veras iba á proteger á nuestro ingénio, se lle-

vaba, como suele decirse, las llaves del teatro: tras de su cadáver, que coronaron las actrices en público palenque, sólo quedaba una anarquía teatral; una revolucion sin norma y sin objeto.

¡Qué importa que Antonio recibiese pocos dias despues una carta de otro empresario notable, pidiéndole la herencia del gran actor! Aquella carta-circular, olia desde léjos á negocio: era una ingeniosa idea emanada de un centro mercantil, dentro del cual la literatura y el arte estaban experimentando terribles pruebas, hasta en su configuracion física.

Efectivamente: el teatro español se habia vuelto por entónces anfibio. Arrastrándose con mil trabajos por el terreno de las letras, casi conseguia bordear las aguas de la música. Era aquello una promiscuidad que en ocasiones no sabía á carne ni á pescado; pero de la que el público se mostraba muy contento, y á la que concedia en abundancia sus pesetas. Las pesetas del público han sido siempre la suprema razon de los espectáculos.

César, como hemos dicho ya, acababa de morir, y el trono de la escena se veia invadido por un triunvirato del que cada cual aspiraba á tomar para sí la preeminencia y el lucro. En lo único que habian convenido los triunviros, era en dar al pueblo mayor participacion en el poder. Para conseguirlo, era necesario democratizar todo lo posible la musa dramática, y no ennoblecer demasiado la lírica; con cuyo procedimiento se echarian á perder ámbas en un breve plazo, reproduciéndose

la conseja de la gallina de los huevos de oro.

Así se procuraba, en efecto, con febril solicitud por músicos y danzantes. Una comedia que tomada en conjunto podia ser excelente, se dividia en trozos, á manera de solomillo mechado, é intercalando en las rajas picadura de versos desiguales y extracto de música con sal y pimienta, se convertia en un pote, tan sabroso como entretenido, que causaba las delicias de los estómagos del tiempo.

El triunviro mayor habia sido cocinero ántes que fraile, y por esta causa ejercia la dictadura escénica, como otro rey Palomo, que se guisaba y se comia los manjares de la república. A su tribunal, pues, fué citado Antonio Sanchez, en una carta que venía á decir de este modo:—«El que tenga chispa y quiera cuartos, que venga aquí.»—La circular, en sustancia, no decia otra cosa.

Antonio no tuvo, por consiguiente, más remedio que concurrir al areópago de los zarzuelistas. Recibiéronlo en un aposento bastante sencillo de la planta principal del teatro, donde los lictores se entretenian en beber cerveza con limon: tres de ellos, sobre un piano, jugaban al solo: todos tenian el sombrero puesto y las piernas en alto: allí reinaba la franqueza más absoluta.

Justo es declarar, sin embargo, que todos entendieron la comedia de Antonio, y á todos pareció, no buena, sino maravillosa. El triunfo fué tan merecido como unánime, y áun creemos que ninguno se hubiera atrevido á hablar, si el que hacía

de dictador no hubiese exclamado con cierto atropello:

—Bien, Sanchez, bien. Veamos ahora dónde puede intercalársele la música.

—¿Qué música, señor mio? (replicó Antonio un poco admirado).

—La música, la música, que eso necesita para que el público lo aplauda y lo compre.

—Pero si no me engaño (añadió el poeta), aquí van ustedes á tener la próxima temporada dos compañías, una de las cuales sólo representará las obras literarias.

—Sí, señor, que pensamos en eso (continuó el único que hablaba); pero ¿quién será el tonto que entregue á los actores de verso esa linda comedia para que la estrangulen en tres dias? ¿No ve usted, inocente, que si se le ponen media docena de piezas de música, podemos sacarle cincuenta ó sesenta entradas de primera vez? El público, amigo, se cansa ya de prestar atencion seguida á un episodio literario más ó ménos hábil: necesita intermedios de canto para que su imaginacion se tranquilice y esparza. ¿No ve usted el dineral que estamos sacando hoy á obras ya conocidas y arrinconadas hace mucho tiempo?

—¿Pero á dónde habremos de poner esa música?

—Muy sencillo (contestó el actor-empresario). Lo primero de todo, un himno de himeneo cuando se casan los protagonistas; despues un duo de amores; más tarde un coro de zurupetos á la

puerta de la Bolsa; en seguida ária de desesperacion cuando la quiebra; un coro de alguaciles en el momento de proceder al embargo, y el gran concertante de la bribona al traer el dinero para pagar las deudas. Ahí tiene usted, pues, un acto de primer órden.

Antonio abria mucho los ojos, para ver si le entraba alguna luz por el entendimiento. El dictador proseguia:

—No le digo á usted para el segundo acto el ária de las gordas y las delgadas; porque haciendo que sirvan muchas doncellas casa de las dos mujeres, se puede personificar la gordura y la flaqueza de las señoras en sus criadas, y urdir un coro de tanta novedad como en zarzuela alguna se ha presentado hasta ahora. Dejo tambien aparte la escena de la eleccion de diputados, donde puede haber trabucos, urna rota, costillas quebradas y una invasion de guardias civiles. Pues, ¿y la serenata, y la sangría, y la extremauncion? Digo á usted que ni el cuarto acto de *Rigoleto*, ni el del *Trovador*, ni ninguno de los contrastes musicales más célebres ha de tener comparacion con este de nuestra obra. Déjese usted querer, Sanchez, y dejamos nosotros este invierno al público de Madrid sin una peseta. Por lo pronto, disponga usted de dos onzas mensuales hasta que se ejecute la obra.

Convinieron entónces todos los presentes en que el dictador estaba en lo justo, y en que las objeciones del poeta eran debidas á su falta de

mundo y desconocimiento del teatro; promoviendo algarada tal con los elogios del que ya llamaban libreto, y singulares esperanzas de la que llamaban partitura, que Antonio quedó sin voz ni voto en la contienda. El manuscrito fué arrebatado, pronuncióse el nombre del futuro músico, y un aluvion de *champagne* rojo, y una pedrea de pasteles suizos, terminó aquella encantadora reunion, de la cual dijeron la misma noche todos los periódicos, que habia sido una verdadera solemnidad literaria.

Antonio salió de allí decidido á buscar á Elena y á proponerle su boda.

VI.

Dejémosle buscarla inútilmente por todo Madrid, y atendamos al verdadero interés del autor dramático.

La comedia de Antonio, convertida en zarzuela, habia enloquecido á los prohombres del nuevo espectáculo nacional. Juntaba (decian) á las más felices condiciones del arte lírico, un mérito literario, un sabor de época, un perfume de buen tono, diccion tan castiza, giros tan nobles, versos tan flúidos, armonía, en fin, tan delicada y poética, que su representacion no podria ménos de señalar un período brillante en la historia del zarzuelismo español. Pintáronse para ella tres decoraciones de gran mérito, construyóse numeroso y rico vestuario, se reforzó el coro, se alquilaron figurantas y bailarinas, se anunció en letras grandes por espacio de muchas semanas, y por último, se representó, ante la concurrencia más escogida de Madrid, no sin que precediera el consabido agosto de los revendedores.

¿Necesitaremos decir cuál fué el éxito de la

obra? — Una de las mayores silbas que recuerdan los anales del teatro moderno.

Desde el principio de la representacion comenzó el público á extrañarse de la manera como estaba expuesta la fábula: ninguno de los personajes hacía reir á la salida; los vestidos de los actores eran del tiempo presente, y por lo tanto, no causaban ilusion ninguna; el diálogo parecia prosa, lo cual impide que se retenga con facilidad cualquier pensamiento; las escenas de amor eran galantes, pero no atrevidas ni conmovedoras; habia falta de relieve en los chistes, una escrupulosidad demasiado nimia en las frases, una verosimilitud demasiado monótona en los incidentes. El público, decimos, se constipó desde el primer momento, y con sus toses hizo coro al coro final de la introduccion.

Desde este instante, todo provocó ya sonoras carcajadas en el resto del espectáculo. Las palabras de sentimiento hacian reir, los chistes hacian llorar, las cadencias de la música eran prolongadas por un gracioso, las cavaletas se recibieron con sonsonete de baston, el baile fué zarandeado desde afuera con piropos de barrio bajo; y para decirlo de una vez, porque un corista tuvo la desgracia de resbalar y caerse, todo el mundo prorumpió en grandes voces pidiendo al autor. Acometióle un desmayo á la segunda tiple, se dieron de bofetones el director de orquesta y un sobrino del empresario, la autoridad tuvo que prender á dos habitantes del paraíso, todas las personas

decentes abandonaron sus puestos; no hay memoria, repetimos, de escándalo y zahurda semejantes.

Al dia siguiente, público y prensa estaban acordes para censurar la obra. ¿Dónde está el criterio de la direccion de escena? ¿Quién mete á ciertos hombres en ciertos asuntos? Pues qué, ¿no hay más que tomar la pluma y escribir una zarzuela de circunstancias? Para eso se necesita mucha travesura, mucha sal, y sobre todo, conocer el teatro. Ahí tienen ustedes las zarzuelas de Fulano y las de Zutano, y las de Perengano: ellas estarán tomadas del francés, ó robadas de otra comedia española, y escritas en caló ó en gringo, segun dicen los inteligentes; pero ¡qué diferencia de éxito, qué diversion la del público, qué recuerdo el de sus originalidades, qué saturacion de felicidad para todo el que las ve, apénas las oye y casi las entiende!

Estas y otras muchas cosas hubiera podido leer Antonio, si en lugar de esconderse desde la noche anterior en un cafetucho donde daban muy buenos licores por poco dinero, se hubiese dedicado á inquirir la expresion del sentimiento público sobre su obra. Pero Antonio, debemos confesarlo con cierta pena, se iba echando insensiblemente lo que se llama el alma atrás; y en vez de pillar un berrenchin con la silba de su primera produccion, como de un tan gran poeta podia esperarse, prefirió tomar una chispa con cuatro amigos, burlándose á carcajadas históricas de las

burlas retozonas del público. Lo que él sentia era que aquella noche acababan las dos onzas mensuales de su asignacion.

En efecto: cuando volvió al teatro nadie se llegó á saludarle, y un corista murmurador le dijo que el jefe de la empresa no le llamaba ya *el gran ingenio*, sino *ese Sanchez de mis pecados*.

Mas dicho lo que le perjudica, ¿por qué no hemos de decir lo que le favorece? Antonio se sintió herido en su amor propio, y tuvo valor bastante para ofrecer una nueva obra á la empresa misma, asegurando de que esta vez sabria interpretar los gustos y aficiones del público. La empresa le despidió con cajas destempladas. Estaba la pobre en su agonía: el público, cuyo refinamiento se habia hecho sibarítico con la frecuencia del manjar, no gustaba ya de aquella cocina semi-española; exigia selecto espectáculo francés, con toda la maliciosa gracia é inocente desvergüenza de los orígenes del género; y como se habia establecido una fonda con esas condiciones no léjos de allí, acabó por pasarse á ella con armas y bagajes. ¿Concluiria tambien Antonio por pedir hospitalidad en los bufos?

Despues de todo, no le quedaba otro remedio: las tragedias eran cosa antigua, los dramas no gustaban ya, las comedias no podian representarse, las zarzuelas eran silbadas: ¿no habia, pues, algo de fuerza mayor que le impulsaba por esta fatal pendiente?—Hubo además otra causa que le decidió en último extremo á tomar ese rumbo.

Uno de los cafés que el ya nuevamente melenudo y grasiento poeta frecuentaba, se veia á la sazon concurrido por multitud de gentes dignas de estudio, merced á la ingeniosa innovacion que sus dueños habian adoptado. Consistia ésta, en representar gratis delante del auditorio una pieza de verso, y á veces tambien de música, sobre un tabladillo, á modo de cajon de pasas, en el rincon más visible del establecimiento.

Antonio se colocaba en el testero frente al escenario, y desde allí hacía curiosas observaciones, que sentimos no poder trasladar íntegras al espíritu del lector.—Veia, por ejemplo, en una mesa cercana á la suya, á ese antiguo militar que, harto de cruces y de campañas, aunque no de buenos jamones, saborea una racion de bistek con voraz apetito, llevando en el rostro las señales de la crueldad de la timba y de las inclemencias de la atmósfera. Veia á esa jóven costurera que descansa de los trabajos del dia al amor de una tostada con café, y al de los ardientes ojos de un estudiante, cuyo primero y último duro del mes corriente salta á la mano del mozo como si tuviera prisa de abandonar la de su dueño. Veia á esas buenas señoras de la clase media, que en Madrid podrian llamarse asimismo las de la leche amerengada, para quienes un café es lugar punto ménos que de perdicion, pero que lo frecuentan cuando es posible, atraidas por el aliciente del diablo. Veia, sobre todo, la figura rozagante del pianista, rodeada de una corte de amigos, con su pelo riza-

do, su cuello de camisa lustroso, su continente artístico y su desenfado directorial, recibiendo plácemes, peticiones y consultas de todos los presentes: á su lado se sientan las madres, tias, novios y admiradores de las actrices, refrescando ó comiendo, los que pertenecen á las que gozan de buena paga, y bostezando ó durmiéndose, los que se adscriben á las de poco salario: rodéanle las actrices de pié, escasamente comunicativas las unas con las otras, aunque todas ellas muy comunicativas con el público, ataviadas de medio cuerpo arriba como para feria, humildes de medio cuerpo abajo, coquetonas, dicharacheras, libres de manos, agudas de garganta y desenvueltas de condicion; las cuales cambian en un momento el lenguaje civil de un diálogo cerca del mostrador, por el lenguaje artístico de un paso de comedia, cuando no por el más heróico de una romanza de ópera con acompañamiento de piano y bandurria.

Público indiferente, entre tanto, que se compone de transeuntes de buena fe á quienes sorprende el ruido de la música, de borrachos empedernidos á quienes acosa la necesidad de seguir bebiendo, de mujeres que riñen ó que celebran algun acontecimiento fausto (lo cual suele ser lo propio para ellas), de citas amorosas que se conciertan en el barrio opuesto, de militares que tienen cerca el cuartel, de fosforeros que venden periódicos, de mendigos que piden limosna; y de un humo sofocante, de un griterío destemplado, de palmadas que llaman mozo, de bastonazos que

acusan impaciencia, de luces que huelen mal, de golpes de puerta que crujen á cada instante; público personal y material, en fin, de un café de medios pelos, en que el espectáculo ha sido recurso para atraer las gentes que sin él no hubieran acudido á envenenarse; ese público, decimos, escucha ó desdeña, aplaude ó silba, atiende ó vuelve la espalda, permite la audicion ó niega todo lucimiento á aquel mísero arte que la industria avara sacó de sus casillas, á aquellos pobres músicos que tanto miden sus compases, á aquellos infortunados actores que tan de veras buscan aplauso y gloria con los esfuerzos indescriptibles de su ya extenuada voz y nunca muy lozano talento.

Antonio solia sacar partido de este grotesco cuadro. Suscrito él por su propia cuenta á la botella del ron de gotas, en que pretendia ahogar sus fracasos teatrales, se alzaba, sin embargo, con su poderosa mente por encima de toda aquella vulgaridad, y dialogando consigo mismo, decia:

—«El mundo es como es, y no puede dejar de serlo. Todo el que se empeñe en contrarestar el curso de las aguas, es un insensato. ¿Quién me dice que ese militar raido no es de la madera de los generales célebres? ¿Quién puede negarme que esa modista no sea nieta de un duque? ¿Quién pudo reirse de los talentos que esa desgraciada actriz demostró quizá en los principios de su carrera? Cada uno, con todo, ha venido á parar en lo que es, y ninguno parece tan desdichado. Si, pues,

hay que formar parte del mundo, ocupe cada cual el puesto que el mundo le designa.»

Abstraido en estas cavilaciones, echóse el poeta de codos sobre el mármol y la cabeza sobre las palmas, que era su posicion favorita cuando trataba de aislarse de las gentes, y así le sorprendió un preludio melódico del piano, cuyas cadencias conocia de antiguo, y de antiguo le causaban placer. Antonio no recordó de qué ópera era aquel aire, pero sí recordó al momento que el aire era amigo suyo: hízose todo oidos para el recuerdo, y aguardó que la voz de la cantante le explicara los orígenes de su secreta dicha. Efectivamente: sintióse, entre el clamor del concurso, el chirrido de las cuerdas que levantaban el telon del escenario; salió la actriz, que fué saludada con vítores y fiesta; hízose un poco de silencio, y... renunciamos á describir la sorpresa del jóven: Elena era la que comenzaba á cantar.

No la habia visto Antonio asomada nunca á ninguna parte, desde que la vió en la pintoresca jamba del castillo de Soria. Pero ¡qué diferencia, gran Dios!—Las esculturas del Renacimiento eran esta vez bambalinas de carton pintado; la jaula del ruiseñor se habia convertido en un grosero quinqué que chorreaba aceite; la palidez aristocrática de las mejillas de la hermosa, era hoy colorete ordinario de teatro pobre; los ojos que un dia se hundieron en tierra ante un papelillo rebujado, desafiaban ahora con insolente procacidad las miradas de una multitud casi ébria: ¿qué transformacion ha-

bria podido verificarse en tan poco tiempo, para producir contraste tan horrible?

Antonio se volvió de espaldas para no presenciar más aquella escena, y le preguntó á un mozo por los antecedentes de la actriz. Éste le dijo que era una señorita de mucha suposicion, sólo que habia venido á ménos. Una costurera de teatro parece que la recogió en su casa para servirse de ella; pero le daba tan mala vida, que la pobre tuvo que marcharse del taller y buscar fortuna. Entónces le dieron varias lecciones unos cómicos amigos suyos, y ya estaba casi ajustada de tiple; pero tronó la empresa y se quedó sin ajuste. El amo del café se enteró de todo y la trajo allí con un gran sueldo: tenía asignadas cuatro pesetas fijas y la cena. Además, cuando se veia en algun apuro, no faltaba nunca quien la sacara de él. Finalmente, otro cafetero la estaba sonsacando entónces para llevársela.

Estos fueron los apuntes biográficos que el mozo, en largas frases, dió al señorito sobre la artista que cantaba en aquel momento. Antonio no necesitó más para conocer la exactitud de cuanto le decian, y, llevándose las manos á la cabeza, salió del café como un insensato.

VII.

Al presentarse al dia siguiente casa del gran bufo, para ofrecerle, como hemos dicho, su númen y sus obras, se halló, contra lo que esperaba, con un hombre de gran urbanidad, de mucho talento y de una fuerza incontrastable de raciocinio. Él se lo imaginó sin duda vestido de payaso, hablando en chabacanas frases y discurriendo con groseras formas; pero desde sus primeras palabras comprendió que se las habia con un industrial habilísimo, cuyo pecado consistia, á lo sumo, en conocer perfectamente la época y las circunstancias del público á quien explotaba.

—Si hemos de conseguir (le dijo) lo que ámbos á dos necesitamos, que es sacarle el dinero á la bestia feroz de quien dependemos autores y actores, forzoso será que usted imagine el mayor de los despropósitos con el menor ingenio que pueda, y que lo salpimente de atrevimientos, liviandades y coces, hasta el punto de producir sonrojo en el mismo copiante que lo saque de papeles. Esta prueba será la más segura de nuestro éxito, pues una larga y

bien dichosa experiencia me lo tiene acreditado así. El lugar de la accion no debe ser de este mundo; los personajes convendria que fueran heróicos, para mejor burlarse de su vida ejemplar y respetada hasta ahora; las mujeres deben vestir á media pierna, y los hombres casi desnudos; mezcle usted alusiones políticas de los últimos periódicos que se publiquen, las más absurdas por supuesto; actos cortos, mutaciones de escena, luces de bengala y un huequecito para el can-can. Si de este modo usted lo hace, yo se lo premio; y si no, el público se lo demandará.

Antonio, tan ruborizado casi como el copiante, manifestó entónces al monarca absoluto de la escena, que en su concepto cabia hacer una bufonada de buen estilo y no exenta de sabor literario, con sólo imitar modelos españoles, Castillo, Cruz, Breton, por ejemplo, cuyas numerosas obras habian causado la delicia de nuestros abuelos, de nuestros padres y de nosotros mismos, sin que por esto sufriesen menoscabo el pudor, la dignidad ni el sentido comun de los espectadores.—El bufo se encogió de hombros, y autorizó al poeta para que procediese del modo que su excelente criterio le aconsejase. Era la vez primera que se le dejaba libre.

Antonio, en efecto, procedió con febril ansiedad á la composicion de su obra, que como asunto baladí no necesitaba grandes meditaciones. De este trabajo resultó una verdadera bufonada; pero bufonada con sentido y con objeto, bufonada con

gracejo y donaire, bufonada que podria sostener honrosa comparacion, ya que en ocasiones no contendiera, con las de los insignes ingenios ántes nombrados.

Cuando el bufo la oyó leer, no hizo gestos ni observaciones de ninguna especie; limitóse á decir con aire resuelto que aquella obra se salvaria.

Nuestro poeta quedó admirado de que ni la lectura hubiese producido elogios, como esperaba, ni tampoco réplicas, por haber hecho omision de muchas de las recomendaciones del empresario. Todo allí tuvo un carácter muy diferente del que los murmuradores públicos atribuian al hombre: ¿sería aquél acaso el único actor razonable que pisaba la escena?

Pocos dias transcurrieron en la composicion de música, trajes, decoraciones y ensayos: ántes del mes de entregada, la nueva zarzuela bufa pudo representarse. ¿Cuál fué su éxito?

Ninguno: el público acogió con indiferencia el argumento, á pesar de que no dejaba de interesarle; oyó con frialdad unas bellas tiradas de versos; hizo por sonreirse con alguna de las gracias de que estaba salpicado el diálogo; y hasta manifestó con ciertas exclamaciones de adhesion, que comprendia la novedad de los recursos teatrales que allí se desarrollaban; pero nada de aplaudir, nada de encarecer, nada de entusiasmar al pobre autor, que sudaba de vergüenza y de miedo entre bastidores.

Cuando iba á acabarse la zarzuela, Antonio se

retiró á uno de los cuartos más distantes del escenario, para no presenciar la catástrofe que ya á todas luces preveia. ¿Cuál, pues, no hubo de ser su sorpresa al escuchar un tremendo grito del gran bufo, que, como general en campo de batalla, pareció decir *¡á ellos!*, y fué instantáneamente coronado de palmadas frenéticas, voces de alegría y salvajes exclamaciones de ¡bien! ¡bravo! ¡el autor!!!, no de otra manera que si cayese el telon tras de las últimas frases de *El Hombre de mundo?* — « ¿Será que el interés reconcentrado (pensó Antonio) y la belleza creciente del poema, han contenido todas las expansionos hasta el final? » — Y corrió de nuevo, casi con lágrimas en los ojos, al escenario.

— ¡Dios mio! (gritó él á su turno, llevándose las manos á la cabeza). ¿Qué es lo que veo?

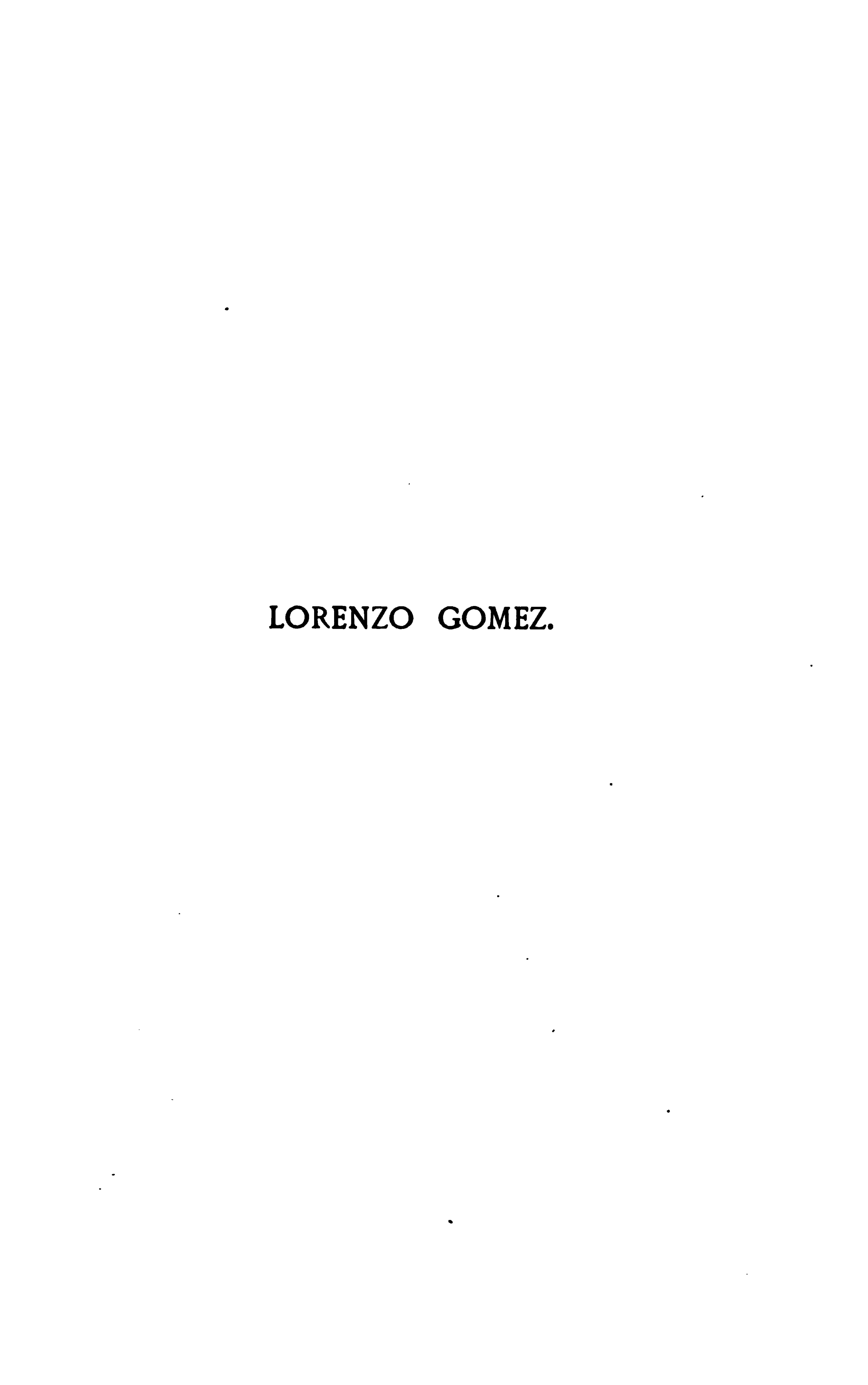
Todas las actrices y coristas se habian adelantado á las candilejas, y aprovechando el último aire de la partitura (que por cierto era robado de una bufonada francesa), levantábanse la ropa hasta la altura de la frente, y prorumpian en el más desenfrenado can-can que ojos de tahur han visto nunca en los sitios de costumbre para tales escenas.

— ¡El autor! ¡¡el autor!! (gritaba el público entusiasmado). ¡Que salga! ¡¡que se repita!! — Aquello era un frenesí, un éxito, un dineral, todo en una pieza.

Antonio escapó entónces del teatro, de la calle, del distrito en que tal profanacion acababa de ha-

cerse con el último parto de su ingenio. Huyó del café, de los amigos, de los humanos á quienes, á pesar de ser más de media noche, podia hallarse en su carrera; y aún correria sobrecogido por un evidente acceso de locura, si en su precipitacion no hubiera tropezado con una mujer cuya voz le heló en súbito paroxismo la sangre de sus venas. Miróla con terror, y quiso, aunque no pudo, apartar de ella la vista con espanto.

Era Elena, que, con un niño de pecho en los brazos, estaba vendiendo *La Correspondencia de España*.



LORENZO GOMEZ.

LORENZO GOMEZ.

I.

Los diez reales diarios que el padre de Lorenzo le enviaba á éste para que siguiera con cierto desahogo el cuarto curso de medicina en el colegio de San Cárlos de Madrid, eran distribuidos de la manera siguiente:

Treinta reales mensuales para tabaco y peluquero.

Sesenta reales para vicios.

Sesenta idem para gastos extraordinarios.

Quince para atenciones de la carrera.

Y los cuatro reales y medio restantes, para satisfacer con desusada puntualidad á una patrona de tercer órden el hospedaje, á coste y costas, de una alcoba interior, de un cuarto interior, de una casa interior que existia en una calle bastante interior del exterior de la coronada villa.

Lorenzo, como se ve, era un estudiante poco comun. El rasgo de los quince reales para atenciones de la carrera, el de pagar puntualmente á

la patrona, y el de haberse dado un pinchazo sospechoso, sirviendo de ayudante para una operacion quirúrgica en las clínicas del hospital, demuestran que era digno de los sacrificios públicos de su padre, de las dádivas privadas de su madre, y de los enaltecimientos de la historia.

Efectivamente: Lorenzo iba á cátedra casi todos los dias, estudiaba casi todas las semanas, escribia á su casa casi todos los meses, y ganaba su curso casi todos los años. ¿Puede pedirse más? Tenía pocos amigos, pero constantes; requebraba á pocas muchachas, pero con acierto; jugaba pocas veces, pero con conducta; se enloquecia en contadas ocasiones, pero con la posible reflexion despues de la zambra. Habia pocos estudiantes como él; sus compañeros aseguraban que acabaria en misántropo. Casi le tenian compasion.

Y es que los estudiantes de medicina son, sobre todos los estudiantes, los primeros en trocar el sencillo candor de la aldea, por el malicioso aturdimiento de la vida canalla. Si no hay estudiante bueno, los de medicina suelen ser rematados.

Esto consiste en la clase de estudios á que se dedican unos y otros.—Los estudiantes de teología, por ejemplo, comienzan desde el primer curso á abordar cuestiones sérias y graves, en que la imaginacion se levanta, sin quererlo ella misma, á objetos y latitudes que prestan vivacidad al espíritu. Los de ciencias exactas, áun cuando nacen á la razon materializando en cierto modo su númen, aspiran de contínuo al descubrimiento de verdades

sublimes; son, digámoslo así, ideólogos de la materia, y lo que pierden desdeñando cuestiones morales, lo compensan con una especie de culto instintivo hácia el órden y la exactitud. Los estudiantes de derecho, los de administracion pública, los de ciencia militar, los de bellas artes, todos, en fin, cuál más, cuál ménos, adquieren desde sus primeros pasos nociones de historia en que creen, hábitos de respeto á que se ajustan, caudal de verdades preestablecidas ante cuyos orígenes se doblegan; costumbres, en una palabra, de subordinacion moral, que no pueden ménos de traducirse en el ejercicio de las costumbres particulares.

Sólo los estudiantes de medicina se encuentran desde el primer momento cara á cara con la naturaleza carnal, con el hombre podrido, con el alma disecable. El dia que entran en el aula, les enseñan, en vez de un entendimiento, un cráneo; en vez de unos ojos, unas órbitas; en vez de un corazon, un músculo. Se familiarizan con el hombre muerto ántes de haber conocido al hombre vivo; aprenden primero á prescindir del dolor que á remediarlo; se les inspira mayor interés hácia una deformidad horrible que hácia una perfeccion académica. Un brazo, por ejemplo, puede ser para los otros estudiantes el brazo de la justicia, el brazo del guerrero, el brazo del sacerdote, el brazo de la estátua: para el estudiante de medicina, el brazo mejor es un brazo roto.

Ven planteada sobre el tapete, desde la primera hora, la cuestion de espiritualistas y materialistas,

de creyentes é incrédulos, de preconcepcion divina ó de generacion espontánea. Si un poco de ungüento fabrica vísceras, natural parece no conceder mayor preponderancia al Creador que al boticario. Si el cadáver presenta la tienda del cerebelo encallecida, forzoso es confesar que aquel humano tenía el alma de piedra.—Los chistes de la impiedad preceden en la erudicion de este estudiante á los aforismos de Hipócrates.

La medicina debia enseñarse despues de otras ciencias, y entónces los mejores moralistas serian los médicos. Pero enseñada ántes que ninguna, suelen los médicos salir los racionalistas más contumaces del mundo. Sobre todo, el médico embrionario, el estudiante queremos decir, es casi, sin excepcion alguna, incrédulo, rebelde, osado, alborotador, entrometido y revolucionario.—Despues de todo, casi siempre es un infeliz.

Volvamos á Lorenzo.

La vida doméstica del estudiante se regulaba así:—Por la mañana chocolate de familias, de ese chocolate en cuya confeccion no entran ni la canela ni el cacao, por ser productos tropicales que irritan. A las dos de la tarde sopa variada (fideos las más veces); un soberbio cocido abundante de carne y mollejas, con sus patatas correspondientes; una ensalada y su postre. Al anocher guisado frugal pero abundoso: judías, berzas, brécoles, ó lo que daba el tiempo. Tres panecillos y agua á discrecion: tales eran los deberes de la patrona y los aprovechamientos del huésped.

Si á esto se añade una taza de buen café, y tal cual tostada de manteca, con mucha manteca, que se permitia en momentos difíciles fuera de casa, se formará juicio exacto de las disposiciones gastronómicas de Lorenzo, y de la amplitud con que acertaba á satisfacerlas.

Su calle estaba retirada, pero piernas jóvenes todo lo andan; su casa era humilde, pero los estudiantes no viven en palacios; su cuarto era muy interior, pero tampoco tenía ruido; en fin, su alcoba era oscura y estrecha, pero él no la necesitaba más que para dormir. Despues de todo, ¿qué quieren ustedes que tuviera por cuatro reales y medio?

La cosa iba perfectamente, hasta que el pinchazo de la operacion se convirtió de sospechoso en alarmante. El infeliz Lorenzo se habia inoculado por amor á la ciencia: hinchósele la mano, despues el brazo, más tarde le amagó la dolencia al pecho; y gracias á una fuente que le abrió su catedrático junto al hombro izquierdo, que era el atacado, pudo conseguirse que la enfermedad degenerara, de mortal y aguda, en rebelde y fastidiosa.

La última vez que le operó el catedrático, dijo á sus compañeros:—«Aquí no hay ya nada más que hacer, que quietud, cuidado y paciencia.»

Las primeras semanas no le faltó, efectivamente, ni reposo, ni asistencia, ni distraccion. Los compañeros, al salir del aula, se dirigian á la alcoba de Lorenzo, como quien se dirige á un casino de la facultad. Allí habia su poquito de broma, su poquito de juego, y su poquito de operacion qui-

rúrgica. El caso no era comun, para que dejase de inspirar interés á los aprendices de carnicero científico.

Mas como el hábito de estar en la cama embota la asiduidad de los asistentes, bien pronto el desdichado enfermo su fué encontrando sin visitas. Á la abundancia sucedió la escasez, á la escasez la miseria absoluta. El mismo practicante que lo curaba le dijo una mañanita poniéndole la venda: —«Amigo mio, tú te puedes curar ya solo. El hospital está muy léjos y hace mucho calor. Vendré á verte cada ocho dias.»

Lorenzo, pues, se quedó solo; solo con su brazo malo y su cuerpo no bueno; solo con su patrona que no le tenía gran aficion; solo con su escasez y sus desengaños.

Los compañeros estaban en lo justo: Lorenzo se sintió atacado de misantropía.

II.

Los estudiantes antiguos no dicen nunca á sus familias que están enfermos: temen que el padre ó la madre aparezca de improviso y se los lleve al lugar. Miéntras pueden manuscribir la carta en que se acusa el recibo del mes, callan todas las dolencias por graves que se presenten. Sólo cuando están ya buenos, es cuando escriben pidiendo dinero para pagar la cura.

Lorenzo, que estudiaba el cuarto año, no habia dicho nada á su familia; por lo cual el abandono era absoluto en toda la extension de la palabra. Hasta su patrona vivia en una especie de incomunicacion respecto al estudiante.—Expliquemos por qué.

Cuando Lorenzo ajustó la casa, dijo que muchas veces no comeria allí, que por la noche no estaba nunca, que de dia tampoco paraba más que lo preciso, y, en fin, que era un verdadero huésped para sus patronas. Pero desde que cayó enfermo, faltó naturalmente á todo el programa: ocupaba su cuarto todas las horas, comia todos los

dias, gastaba luz todas las noches, consumia todos los trapos de la vecindad, y molestaba á cada minuto á la patrona. A pesar de esto, ella no hubiera sido cruel, si un pícaro sargento de artillería, que frecuentaba la casa, no hubiese dado en tener celos del estudiante. Era necesario, pues, manifestar á éste cierto lujo de desatencion. En cuanto se pusiera bueno, se le iba á decir que buscara vivienda.

Gracias al hermoso estómago de Lorenzo y á su sueño infantil, las veinticuatro horas de cada dia se acortaban considerablemente durmiendo y comiendo; pero siempre quedaban ocho ó diez en que no habiendo qué comer, y no pudiendo dormir, era necesario pensar.

La alcoba del estudiante se prestaba poco á meditaciones placenteras. Consistia en un cuadrilongo de sucias paredes, dentro del cual cabian con alguna estrechez el catre, la cofaina, dos sillas y un baul. Sobre la cabecera de la cama habia un ventanillo con reja de hierro, inaccesible al cuerpo humano; y como el tal ventanillo, por añadidura, daba á un patio estrecho y altísimo, más que tragaluz hubiera podido llamarse traga-sombras. En suma, el cuarto de Lorenzo era una despensa exagerada.

Los pensamientos, pues, que en este tugurio pudieran ocurrir, pertenecian á la clase de los de preso celular. Ideas de campo, ideas de amplitud, ideas de concurrencia, ideas de bulla; y por contraste de esa soñada perspectiva, realismo de es-

trechez, realismo de oscuridad, realismo de silencio. El estudiante, por consiguiente, se iba haciendo lúgubre.

Pero la Providencia no desampara nunca á los desgraciados.—Se cuenta de un prisionero español que, cuando lo encerraron en su calabozo, se le privó de todo objeto que pudiera distraerle ó consolarle: sólo por burla se le permitió conservar una Biblia alemana, que tenía entre sus libros, y que por su gran tamaño, así como por no entenderla, le servía de asiento y de almohada. Cuando el prisionero recobró su libertad, al cabo de mucho tiempo, habia aprendido aleman, aunque ignoraba el modo de pronunciarlo. Él sólo se inventó su gramática.

Lorenzo no estaba para invenciones de esta clase; pero la suerte le habia proporcionado un tabique de vecindad, que clareaba en ocasiones la conversacion y los ruidos de una familia. No siempre llegaban á él claros y distintos los ecos de las cosas y las personas; mas en este mismo nublado de accidentes, encontraba el pobre, durante sus largas horas de fastidio, pretexto para la invencion de asuntos y dibujo moral de caractéres.

Si él cuando estuvo bueno hubiese sido más apegado á la casa, y hubiera hecho relaciones con los vecinos, ahora le serviria grandemente su experiencia anterior para casamiento de chismes y vicisitudes domésticas. Pero jamás habia tratado de conocer á sus colaterales, ni de investigar si existian; por cuya razon, en el caso presente, las

averiguaciones y deducciones eran más difíciles y enmarañadas.

Hemos dicho ántes que el cuarto de Lorenzo era el más interior de un piso interior de una casa de barrio; y para mayor esclarecer los precedentes de esta verídica historia, debemos ahora decir que el patio por donde se filtraba la ténue claridad del tugurio, era uno de esos patios de aprovechamiento comun, á que sacan balcones ó ventanas los absolutos poseedores del terreno, no permitiendo sino tragaluces con rejilla, ó paredes completamente cerradas, á sus limítrofes. Desconocia, pues, nuestro estudiante su verdadera situacion topográfica. Nosotros tenemos noticias de ella, y vamos á dibujarla aquí:

Pared cerrada.

Habitaciones	Patio.	*Balcon.*	Casa
de la patrona.	*Tragaluz.* Alcoba de Lorenzo.	*Tabique.*	de los vecinos.
Pasillo.			

El torpe plano que nos permitimos bosquejar, contraviniendo á las leyes de arquitectura civil, da una perfecta idea del punto en que acaecen los sucesos que narramos; y explica á la vez de un

modo satisfactorio (que es lo que más nos importa), el cómo hallándose Lorenzo abandonado de su familia por ignorancia, de su patrona por malicia, de sus amigos por cansancio, y del mundo entero por necesidad, aún no se contaba completamente solo cuando derramaba la vista sobre su tabique.

III.

Poca cosa parecerá al lector la compañía de un tabique, cuando considera al hombre abandonado del resto de sus semejantes; pero prisioneros célebres ha habido que se contentaban con ménos, lo cual prueba que la soledad es una de las ideas más relativas de la existencia humana. Prisionero hubo que se creyó bien acompañado por una araña: húbolo que no se juzgó solo desde que vió crecer una florecilla entre dos piedras: hálos habido que se tenian por felices con el eco de una campana de ermita, el ladrido de un perro de ganado ó el canto monótono de un trajinante.

Además, un tabique no es cosa tan baladí como parece á primera vista. El tabique es el emblema de la sociedad: el hombre civilizado se diferencia del salvaje en que tiene tabiques. Suprimidlos con la imaginacion, y caereis en la vida nómade de los antiguos ó en el falansterio de los modernos; las dos barbaries de la humanidad. Las fronteras aseguran la independencia de los pueblos: los tabiques constituyen la independencia de los indivi-

duos. Por eso los pueblos más cultos respetan tanto la frontera de la casa como el tabique de las naciones. César pasando el Rubicon no hizo más que romper un tabique.

Los tabiques pertenecen al parecer al órden físico, y sin embargo, tienen ménos de físico que de moral. — ¿No es un tabique, acaso, el traje de la mujer que vela las codiciadas formas de la hermosura? ¿No es un tabique el casco de la nave que separa al hombre de la inmensidad? ¿No es un tabique la nube del espacio á través de cuya endeble contextura se desea penetrar inútilmente en el misterio de los cielos? — Preciso es convenir en que el tabique merece los honores de una meditacion profunda.

Cuando en el insomnio de la noche no nos acompaña nada más que el embate turbulento de nuestra alma, el tabique suele representar papeles muy singulares. Los turbios ecos que nos deja percibir por los cuatro puntos cardinales de nuestro aposento, nos ponen en relacion ténue, pero viva, con cuatro estancias diferentes á que en el acto prestamos condiciones de sociabilidad. El alma no está ya sola, que está ó con las suyas ó con las extrañas.

Si vivimos en casa aislada, el menor ruido que propaga un tabique despierta sensaciones de sobresalto. ¿Es la madre que vela? ¿Es el hermano que padece? ¿Es el niño que dormita? ¿Quiénes perturban el reposo? ¿Quiénes demandan auxilio? ¿Quiénes ó qué causas adversas combaten aquellas

almas queridas, con torcedor parecido al de nuestra alma que juzgamos doliente?

Si habitamos en casa de vecinos, las sensaciones primeras son de curiosidad ó de enfado. El vecino canta, el vecino riñe, el vecino se queja. ¿Qué sucederá casa del vecino? ¿Por qué será tan imprudente el vecino? ¿Cómo no se fabrican los tabiques más fuertes, para impedir la comunicacion fastidiosa con vecinos groseros?

Pero hay ocasiones en que los ruidos no son completamente perceptibles, ó simulan actos que se salen de la esfera normal. Entónces es el terror el que se apodera de nuestra alma. ¿Estarán horadando el tabique? ¿Querrán abrir mi puerta? ¿Preparan un asalto á mi independencia ó á mi dicha interior?—Aquellos tabiques que espian por la parte de afuera, denuncian por la parte de adentro: hacen el oficio de guardas, pero de guardas torpes, que ya que saben denunciar no saben defender. Son unos chismosos impotentes: avisan el daño, y no lo puedem impedir ni remediar. ¡Malditos tabiques!

Las fronteras de las casas debian estar constituidas como las fronteras de las naciones: un rio, una montaña, una fortaleza, un idioma; es decir, una pared maestra, un foso, un jardin, una medianería sorda. Con esto, y un derecho privado municipal, á semejanza del derecho público internacional, los hombres vivirian más tranquilos, más independientes, más autónomos.—Los ingleses viven así: son los más aislados dentro de la fami-

lia, y por consecuencia, los más libres dentro de la sociedad. Ellos no temen que el vecino se deje la puerta abierta, y que facilite un robo por descuido; ni que le pegue fuego á la casa por distraccion, y facilite una catástrofe con su torpeza; ni que se cante una boda en el piso de arriba, miéntras se auxilia á un moribundo en el piso de abajo. Los ingleses viven consigo propios, que es la mejor manera de vivir en paz con el resto de los hombres. Ellos proscriben el tabique, y hacen muy bien. ¿No les parece á ustedes que hace falta discutir y votar una ley sobre los tabiques?

Y eso que el ingenio moderno se ha adelantado al legislador para precaver muchas y grandes cosas. Los tabiques de los conservatorios de música se rellenan de serrin, porque el serrin es la materia ménos conductora de las ondulaciones acústicas: los tabiques de las cárceles se construyen dobles tambien, y se rellenan de arena cernida, para que los presos cuando quieran escalar las paredes, se encuentren con un aluvion de tierra que no tienen donde esconder: por último, los tabiques de los tesoros están llenos de agua, para que en momentos dados puedan producir una inundacion que impida el robo violento de las multitudes.—Se va pensando en los tabiques más de lo que parece.

Por desgracia, ninguno de estos adelantos habia adquirido carta de naturaleza en Madrid, cuando Lorenzó alquiló su alcoba con aquel tabique. Y no sabemos si decir por desgracia ó por fortuna; pues áun cuando el tabique era muy incómodo por su

sonoridad y desvergüenza durante el tiempo en que el estudiante tuvo salud y compañía, hoy que éste se hallaba enfermo y abandonado, pudo parecerle providencial la existencia de un medianero indiscreto y tumultuoso que le permitiera creer, como nosotros creemos sinceramente, que al quedarse aislado de las criaturas, no se quedaba aislado del mundo. Estando Lorenzo con su tabique, no estaba solo.

IV.

En efecto: las largas horas de meditacion forzada á que condena una dolencia que exige inmovilidad, abren horizontes nuevos á la inteligencia de las criaturas. ¿Quién podria creer que el contar las vigas de un techo, ó los cristales de una vidriera, ó las florecillas de un papel pintado, habia de ser un entretenimiento, no sólo divertido, sino de extensa complicacion para la fantasía de un jóven calavera? Sin embargo, lo es, y puede repetirse con igual encanto, tantas veces como en el estado de salud se repite el goce de contemplar en un paseo á las muchachas hermosas de una ciudad.

Por otra parte, los sentidos afinan sus percepciones segun la gimnasia á que se les sujeta. Los ojos descubren mucho en la oscuridad, cuando se les ha acostumbrado á la penumbra; los oidos oyen los ecos más imperceptibles, cuando se les ha acostumbrado al silencio. De dos personas que atraviesan un campo, el cazador ve una pieza, donde el que no es cazador apénas ha vislumbrado

una mata. Los directores de orquesta oyen la desafinacion de un solo violin, donde el público no nota más que un acorde sonoro y perfecto.—Nosotros creemos que á Don Pedro de Castilla se le oia el crujir de las choquezuelas, porque todos los que se ponian á su lado guardaban el silencio del terror.

Lorenzo veia como un lince en su alcoba oscura, y oia como un indio en la superficie de su desierto silencioso. Bajo esta doble afinacion de sus sentidos, su tabique y su lucana no tenian precio.

Ya hemos explicado cómo estaba situada esta última, encima del cabecero de su catre: el tabique correspondia al lado izquierdo del cuarto, y evidentemente estaba construido de cascote. Porque los tabiques de ladrillo ó son acústicos ó sordos, ó refieren los sonidos tal y como se expresan, ó trasportan el murmullo sin la claridad necesaria para la percepcion; miéntras que los tabiques de cascote, ora apelmazados por una argamasa dura, ora cavernosos por el mal asiento de dos superficies desiguales, son á la vez acústicos y sordos, parladores y murmuradores, confidentes exactos del secreto vecino, ó torpes rápsodas de una confusa revelacion. Ya que aquel tabique era indiscreto, ¿por qué no estaria construido de adobes tónicos y trasparentes?

Así es que Lorenzo, cuya soledad le habia avezado á recoger y reconstruir los sonidos que podríamos llamar de tras-tabique, se lamentaba á

veces de que ciertas tonalidades llegaran á su oido claras y distintas, al paso que otras se borraban en los poros groseros del cascote, produciéndole dudas, confusiones y curiosidades.

Lo que llevaba observado á la época de nuestra narracion, era como sigue:

La pieza que confinaba con su cuarto era una alcoba tambien como la suya. Debia ser más grande, segun el alejamiento gradual de los sonidos y segun la mayor cantidad de muebles que en las horas de arreglo se habian dibujado al chocar con las paredes.

—«Una alcoba como ésta (pensaba), no podria contener una cómoda de tres cajones; y yo siento abrir y cerrar el mueble con la mayor exactitud. Además, en este cuarto no se puede desarmar una cama, y ahí se ha armado y desarmado diferentes veces sin llevársela del aposento. No hay duda (se decia); esa alcoba es mucho mayor que ésta.»

La alcoba, pues, que debia ser grande, comunicaba con una sala, quizá no tan grande como ella; porque la sala tenía un balconcillo estrecho que daba al patio, y este balcon ni siquiera ocupaba el centro de la escueta pared. Así es que Lorenzo, cuando con mil trabajos se empinaba sobre una silla, que solia colocar en la cabecera del catre, hasta poderse asir con su mano buena á los hierros del tragaluz, no veia del balconcillo más que la mitad de las barras, y la mitad tambien ó ménos de la figura que pudiera asomarse á él; y

eso, haciendo una horrible mueca con sus ojos hácia la derecha y abajo, como quien quisiera verse, sin mover la cabeza, el pernil derecho del pantalon. Ni la ventana ni el balconcillo estaban volados hácia fuera: ¿por que se construirá de este modo ingrato la vivienda del pobre?

Hacía dias que en aquella alcoba habitaba un enfermo. El enfermo era una mujer, y la mujer, que debia padecer mucho, era sufrida y prudente. Además de la enferma habia en aquella casa otras tres personas: dos mujeres y un hombre. Lorenzo compuso de esta manera la familia: un marido, una mujer, una hija y una criada. Visitas no se habia sentido ninguna.—¿Quién será la enferma?

Todo esto lo tenía por seguro el estudiante, en fuerza de percibir entonaciones y ruidos. El hombre paraba poco en la alcoba; una de las mujeres entraba y salia mucho con estrépito; la otra entraba poco y salia poco con gran parsimonia, sólo revelada por alguno que otro suspiro; finalmente, la enferma se quejaba bajo, pero se quejaba. Lorenzo compuso de este modo la situacion: el marido pasa la vida fuera; quien entra y sale haciendo ruido es la criada; quien entra poco y sale poco es la madre: no hay duda, pues, en que la enferma es la hija. Pero ¿qué enfermedad padece?

Aquí echó mano Lorenzo de sus estudios de facultad, y se dijo:—«Esta dolencia era crónica y ahora es aguda. Era crónica, porque no ha pre-

sentado caractéres de invasion: ni la caida repentina en cama, ni el aturdimiento de los primeros instantes, ni la llamada del facultativo, ni la confeccion de medicamentos perentorios, acusan la sorpresa de una enfermedad inesperada. Por el contrario, la persona que dormia en esa alcoba solia quejarse ántes á media noche, solia levantarse, solia pasear, solia entretener un insomnio morboso. Ahora que ocupa el lecho constantemente, no se ha advertido extrañeza en la familia, ni se han redoblado las atenciones: no viene médico, y si viene es miéntras yo duermo, porque no lo he sentido. Las medicinas además son pacíficas: sólo alguna que otra cuchara que menea líquido en un vaso, un jarabe tal vez. Es seguro, por consiguiente, que se trata de una enfermedad crónica, y quizá incurable, que se ha agravado por estos dias. Esos pobres esperan la muerte, y... ¡Dios mio! ¿será de la muchacha?»

Entónces Lorenzo trajo á su imaginacion algunos antecedentes.

Un dia que se asomaba á su difícil observatorio, vió en el balconcillo un vestido de muselina de rayas, modesto, pero limpio y bien planchado: era evidentemente un traje de muchacha soltera, y de muchacha pulcra y cuidadosa. El traje estaba puesto sobre alguien, porque ondulaba con la vida de una persona; pero la persona no se distinguia, á pesar de hallarse asomada de frente hácia el patio: ni áun siquiera se denotaba alguna vez el rebajo fruncido de la cintura.—Tales datos, aunque

tan incompletos, inspiraron al estudiante este raciocinio:

—«La figura es de una muchacha, porque ninguna madre de familia, pobre, tiene á estas horas puesto un vestido tan bien planchado. La muchacha debe ser linda, porque de jóvenes lindas suele ser cierta presuncion y coquetismo, áun en la soledad. Es delgada, porque no llena el balcon ni áun estando de frente. Es alta, porque no se le dibuja la cintura ni áun al borde de los hierros. Es juiciosa, porque no hace ruidos ni provoca riñas de sus padres. Es séria, porque no canta. Acaso está triste, acaso está enferma, acaso es víctima de una presion brutal de su padre, acaso es imbécil ó muda... ¿qué se yo? (se dijo aquella mañana Lorenzo): preciso es averiguar quién es esa muchacha.»

Y como el estudiante habia discurrido de ese modo el dia de su descubrimiento, enlazaba ahora aquellos antecedentes con esta situacion, y añadia para sí:

—«No hay duda: la muchacha está enferma, padece del pecho: por eso no cantaba; es delgada y alta como las que sufren esa cruel enfermedad; es linda como las que escoge el destino para arrancarlas frescas de la tierra; es encantadora, sí, buena, santa, digna de las mayores atenciones y cuidados; digna de amor, del amor de un jóven entendido, resuelto, hábil; de un hombre que sepa sacrificarse por ella, aliviarla, consolarla, salvarla... ¡ah! si yo estuviese bueno, ya me habia

presentado á la familia. ¡Y ese bruto de padre la estará curando por la homeopatía quizá!...» (añadió el estudiante fuera ya de sí, recordando el sonido monótono de la cuchara sobre el vaso de vidrio).

Confesemos que á Lorenzo le preocupaba grandemente la situacion de sus vecinos. La casa física no la habia comprendido bien aún, pero la casa moral se la retrataba clarísimamente en su entendimiento.—El padre debia ser un *quidam;* no paraba en casa más que para comer y para reñir con groseras entonaciones: la madre era una mártir de esas que no supieron sobreponerse desde el primer dia á las agresiones perpétuas de un marido mal educado: la criada era respondona y bachillera como muchas criadas; la niña, en fin, era la flor que se marchita y deshoja dentro de la atmósfera deletérea de una covacha inmunda. Tras del tabique habia un drama feroz, y era menester averiguarlo.

Lorenzo ya no dormia sino cuando se hallaba rendido por las cavilaciones.

V.

A pesar del respetuoso entredicho que, como ya sabemos, existia entre la patrona y el estudiante, éste no pudo dominar su deseo de obtener noticias sobre los vecinos del lado, áun á riesgo de un sofion de aquélla, ó de más serios peligros por parte del sargento de artillería.

Tomando, pues, chocolate la mañana siguiente á una de las mayores cavilaciones nocturnas, dijo Lorenzo, como quien suelta al aire sus palabras:

—¡Qué noche me han hecho pasar esos vecinos del lado! ¿No los ha oido usted, patrona?

La mujer contestó secamente:

—Yo no he oido nada.

—¿Quién diablos vive ahí? (añadió el estudiante afectando indiferencia, aunque arrepentido de todo corazon por la palabra *diablos*).

La mujer volvió á contestar:

—Yo no sé quién vive ahí.

—¿Hay alguien en casa? (dijo entónces con cierta malicia Lorenzo).

—No señor; estoy sola.

Tranquilo con esta independencia, prosiguió nuestro jóven en su interrogatorio:

—Pues yo creia que aquí, en los cuartos interiores, todos los vecinos se conocian unos á otros.

—Es que ese cuarto no corresponde á esta casa.

—Bien; pero corresponderá á la de más arriba.

—Tampoco.

—¿Cómo es eso?

—Ese cuarto (dijo la patrona), ni siquiera es de esta calle. Nuestra casa llega al fondo de ese patio, y ese patio es de otra casa que está muy léjos de aquí. Nunca he tenido curiosidad por saber quién vive.

—Pues como sigan así, voy á dar parte al celador del barrio para que les haga tener más compostura.

—Hará usted muy mal, y yo no lo consentiré; porque ese hombre es un bruto, y su criada una bachillera, que ya me han dado un sentimiento, y no quiero otro.

—Pues ¿y eso?

—Nada; que porque até una soga á ese ventanillo para colgar un tendedero desde la despensa mia, armaron un belen el muy animal y la muy puerca, diciendo que les tapaba las luces... ¡Mire usted qué luces!

—Y el ama y la jóven... (murmuró tímidamente Lorenzo)... porque se me figura que hay tambien una madre y una hija... ¿no se metieron en nada?

—¡Qué se habian de meter las infelices! (repuso la patrona, asintiendo á la observacion del estudiante), si son dos mártires del cielo. Ahí no grita nadie más que la bruta de la criada y el bestia del amo.

La patrona salió con la jícara del chocolate casi llena y el pan casi intacto. Lorenzo no tenía ganas de almorzar.

Cuando quedó solo, experimentó primeramente un sentimiento de satisfactoria vanidad, por ver comprobada la exactitud con que habia hecho sus cálculos. Despues se dijo en alta voz:

—Mi gozo en un pozo. Esa casa pertenece á otra calle: mi tabique no es tabique, es medianería: por eso está hecho de cascote. ¿Cómo se llama esa calle? ¿cuál será el número? ¿tendrá portero? La patrona no sabe más, ni me hará averiguacion ninguna. Si quisiera mi compañero Felipe encargarse de dar los pasos... Se lo diré cuando venga á curarme.

Y Lorenzo volvió á quedar pensativo, por el doble embate de una conquista de su númen y una decepcion de sus esperanzas.

Habia acertado, en efecto, la conformacion social de la familia. ¡Pobre hija y pobre madre! Lo demás lo acertaba tambien.

Un pensamiento extraño, pero que no carecia de utilidad práctica, se le ocurrió en aquel instante. La entrada de Felipe para hacerle la cura favorecia su ejecucion. No trataba ya de encomendarle averiguaciones indiscretas y casi imposibles:

¿qué resultado práctico iban á producir por entónces? Quizá la burla y nada más de sus compañeros. Lo que ahora urgia era estrechar las relaciones directas con los vecinos por medio del tabique.

—Buenos dias, Lorenzo (dijo el recien llegado con semblante jovial). Te veo triste y de mal color, amigo: ¿qué es eso? ¿qué te pasa?

—Nada; que voy perdiendo algo las ganas de comer, y que no pillo con facilidad el sueño por la noche.

—No me extraña que te suceda eso: ¡tantos dias encerrado en este cuartucho! Dentro de poco verás cómo sujetándote bien el brazo, puedes hacer un pinito. Vamos, descúbrete.

—Felipe (dijo Lorenzo dirigiendo á su amigo una mirada enérgica): ¿quieres hacerme un favor?

—Habla.

—Pues vé al Rastro y cómprame una barrena.

—¿Estás loco?

—No estoy loco.

—¿Piensas suicidarte como los corchos de las botellas?

—Pienso (murmuró el estudiante medio avergonzado) hacer un experimento que se me ha venido á la cabeza durante mi soledad. No me lo preguntes, porque no te lo diré hasta que sea un hecho.

—Con que una barrena...

—Sí; una barrena larga y todo lo más gruesa posible; pero larga, muy larga.

—Hombre, ¡te la compraré!

Curó Felipe á su amigo, cuya herida encontró un poco rebelde, y en el acto se fué á buscar la barrena. Cuando volvió con ella, le dijo á su amigo:

—Cuidado, Lorenzo, no vayas á trepanar al sargento de artillería.

El lector comprenderá que apénas quedó solo el estudiante, se arrojó de la cama, cerró su puerta con pestillo, y comenzó á horadar la pared á la altura que juzgaba conveniente para sus inspecciones. Parecia un ladron, un prisionero y un inválido. ¿Quién habia de creer que era sólo un amante?

Miéntras el escalo se referia á su propio tabique, no tuvo consideracion alguna ni con el ruido ni con los escombros. La pared sería doble, y nada importaba su perforacion primera; pero cuando observó que ya traspasaba el límite de sus dominios, contuvo la violencia del barreno, y pensó en que dentro del otro cuarto silencioso se iba á sentir el ruido por la enferma. ¿Qué hacer? ¿Cantaria? Era imprudente y además inútil. ¿Armaria un escándolo? ¿Con quién?

De estas perplejidades lo sacó un escándalo en efecto, pero un escándalo como él lo necesitaba, por la parte de allá, no la de acá.

La criada reñia violenta y descaradamente con una mujer, ó por mejor decir, con dos mujeres; porque las voces de ámbas, aunque turbias, se entrelazaban con los gritos groseros de la alcarreña.

Las voces finas parecian de paz y de súplica; la voz agreste semejaba el discutir de una plazuela de verdura.

Lorenzo, preocupado ménos de la dolorosa agresion que debia suponer en la alcoba de sus vecinos, que del ánsia de aprovechar los instantes para agujerear el tabique, horadó y horadó con violencia, valiéndose hasta de la mano mala, cuyos dolores se le figuraron digno sacrificio de la gran accion que se disponia á ejecutar.

La barrena, por fin, se deslizaba sin obstáculo en el vacío del otro dormitorio: la perforacion estaba consumada. ¿Sacaria la barrena? No; la luz, el ruido, un desconchado, cualquiera cosa podia malograr el éxito. Era preferible esperar á la hora del anochecer, para sacar la barrena durante el crepúsculo de las habitaciones. Descansó y escuchó.

El escándalo seguia. Las voces de la criada se unieron á las del amo, que visiblemente apoyaba á aquélla contra las dos prudentes criaturas, cuyo eco ya se habia perdido. Siguió un poco de alboroto en la salita inmediata á la alcoba, que comunicaba mejor las palabras por el tragaluz de Lorenzo, y el estudiante pudo percibir que lo que el amo hacía era aplacar la cólera de la criada. Esta repetia:

—¡Me voy! ¡Me voy!...

Y el amo cerró el balcon, exclamando:

—No te irás.

VI.

Tres dias despues de esta escena, hubo visita en la alcoba de los vecinos. El taladro de Lorenzo no proporcionaba grandes ventajas para la vision, porque ni era muy redondo, ni lo suficientemente ancho para dirigir la vista con desahogo. Lo que sí habia facilitado era la percepcion de los sonidos, que en ocasiones llegaban al estudiante, aplicando la oreja, casi tan seguros y claros como si estuviera presente en la pieza taladrada.

La visita era de hombre anciano y sesudo que pronunciaba palabras de consuelo, envueltas algunas veces en ciertas frases religiosas de las más conocidas. Lorenzo no llevaba el hilo perfecto de la conversacion; pero se puso lívido al cruzar por su mente una sospecha aterradora. ¿Sería un sacerdote? No pudo verlo.

Pasada la conferencia, sintiéronse nuevos ruidos en la alcoba. Esta vez no era escándalo de palabras, no eran sollozos ni ayes de sufrimiento: eran

muebles que se movian; eran clavos que se clavaban; eran entradas y salidas silenciosas como de gentes que disponen ó ejecutan algo grave. Por desgracia, uno de los clavos que se clavaban lo fué en el agujero abierto por Lorenzo; con lo cual el dolor del estudiante fué como si hubiesen taladrado su propio corazon, pues perdia, en momentos tan decisivos para su angustia, la posibilidad de ver y el consuelo de oir lo que tanto y tan de veras le interesaba.

La noche vino con sus tristezas naturales para quien la siente venir desde el fondo de un calabozo, y con nuevas tristezas que esta vez arrastraba para un infeliz sumido en la incertidumbre.

Lorenzo no encendió su vela de sebo, porque queria estar solo hasta de la luz. La ventanilla de su alcoba, sin embargo, se iluminó de repente con los reflejos de luces extrañas. Puso la silla sobre la cabecera del catre, y con mil trabajos se encaramó á la lucana, sacando esta vez su brazo derecho por entre los hierros de la cruz. Parecia aquel brazo desde el patio una mano misteriosa que se alargaba á álguien.

Una campanilla vibró acompasadamente en el interior de aquellas habitaciones, cuya existencia se sospechaba; las luces se movian proyectando sombras como si tuvieran figura corporal; esquilas de plata y cobre, resonaban con timbre solemne y cadencioso cada vez más cerca; las luces tambien se multiplicaban con resplandor fuertísimo, como el patio aquel no habia disfrutado nunca; un canto,

por fin, entre salmodia y rezo popular, revelaba sin género de duda la próxima celebracion de un Sacramento extremo.

El jóven se bajó, confundido por las suposiciones de la tremenda ceremonia, y arrodillándose sobre su cama, con el cuerpo vuelto hácia la medianería inerte, hundió la cara lacrimosa sobre sus dedos crispados, y con efusion cristiana de que no se hubiese considerado capaz, y dolor de corazon amante como nunca hubiera sospechado, asistió inmóvil y con el aliento comprimido á la gran escena de que le separaba el mundo entero moral y una miserable pared de tierra.

Lorenzo rezó, Lorenzo lloró, Lorenzo concluyó por desfallecer.

A la otra mañana estaba calenturiento y postrado. Su herida le mortificaba como los primeros dias, su apetito habia desaparecido completamente. Soñó que estaba enamorado de un fantasma; que una porcion de fantasmas pequeños bailaban alrededor de él y se reian; que la criatura angelical, á cuya sombra habia hecho objeto de sus amores, vagaba por el aire para subirse al cielo; que en su ascension se deslizó por la pared de un patio, y tropezando con una mano cariñosa se asió á ella, la llamó su mano, la estrechó con la ternura imponente de unas nupcias sagradas, la soltó despues con frialdad marmórea, y desapareció entre el ruido de unas campanillas que crujian, de unas salmodias que se entonaban solas, de unos coros de rezo que se perdian en el aire; anunciando todo

ello la muerte de la dicha, la muerte del amor, la muerte del ángel.

En efecto: á la mañana siguiente, decíamos, los sollozos le avisaron que la catástrofe temida se habia consumado. Lanzóse del lecho; introdujo la barrena por el agujero del tabique, y con indiscreto ímpetu hizo saltar el clavo mal seguro de la otra habitacion. Sonó un ruido á la parte de adentro, como si el clavo al caer hubiese llevado tras sí algunas otras cosas que sostenia: paróse entónces el febril estudiante, temeroso de que los de allá se asombrasen de aquella agresion inesperada; pero nada se oyó ni nadie parecia tomar acta de ruidos ni invasiones. Quedó, pues, libre el agujero, libre como el primer dia, y á él pegó el jóven primero el oido, despues los ojos, el cuerpo entero en seguida, como si pudiese caber por tan estrecho anillo. Nada vió, nada oyó: decimos mal; vió resplandor de blandones, olió cera que ardia, oyó silencio y abandono de muerte. — Las personas de aquella casa habian huido del cadáver, como es costumbre, y nadie sospechàba que un extraño pudiera querer acompañarle con alma y vida. Allí estaba él, el desconocido, el amante ignorado, el defensor ineficaz, al amigo inútil; él, que queria morir al lado de la muerta.

Felipe entró en aquel instante á hacerle la cura, y esta vez creyó efectivamente que su pobre amigo se habia vuelto loco. La cama estaba deshecha; Lorenzo medio desnudo, parecia haber pasado la noche en el rincon de la alcoba, como los insensa-

tos; su herida brotaba sangre, su palidez revelaba una exaltacion febril.

—Felipe, mi querido Felipe (dijo Lorenzo abalanzándose al cuello de su amigo): corre, por Dios, á esa calle, no sé á qué calle, á la calle que debe haber detrás de ésta; llega al número... ¡qué sé yo!... al número que debe haber detrás de este número; pregunta en qué casa se ha muerto hoy, ayer, esta madrugada, no sé cuando, una mujer, una jóven, una desgraciada, que no sé quién es ni cómo se llama; pero que me interesa mucho. ¡Corre, Felipe, corre y me harás el favor más grande que se le ha hecho en la vida á un infeliz que está para volverse loco!

Dijo Lorenzo estas palabras con tal entonacion, y con tan íntima fuerza de buen raciocinio, que á pesar de su incoherencia y de su disparatada forma, Felipe creyó ver en ellas algo respetable que le impulsaba á cumplir las indicaciones de su atribulado compañero.

La vuelta fué rápida, porque el estudiante amigo de Lorenzo era tan diligente como avisado.

—¿Qué es lo que te interesa (entró gritando) de cuanto me has dicho? Todo lo sé; pregunta, habla.

Lorenzo vaciló, como vacila por lo comun la incertidumbre próxima á ser despejada.

—¡La muerta!... (exclamó), el nombre de la muerta, su clase, su estado, sus desdichas; ¡eso es lo que quiero saber!

—Pues bien: prepárate á escucharlo. La muerta

es la señora que vivia en esa casa de atrás. Su marido y su hija están recogidos en el cuarto exterior miéntras se llevan el cadáver. ¿Quieres saber más?

Lorenzo, demostrando esta vez verdaderamente las absurdas alternativas de un poseido, puso una cara placentera en vez de la cruel que Felipe esperaba; y arrojándose en el lecho, murmuró dirigiéndose al tragaluz de la alcoba:

—¡Dios la haya perdonado! ¡Aún puedo ser feliz en la tierra!

VII.

Felipe curó esta vez á su amigo con mayor esmero que de ordinario; y áun cuando le hizo multitud de preguntas sobre lo que acababa de oir y de ejecutar, no consiguió obtener respuesta alguna satisfactoria.

Terminada la cura se fué á la escuela de medicina, y allí en alta voz dijo lo siguiente á sus camaradas:

—Señores: Lorenzo está muy malo; no come ni duerme, pensadlo bien, no duerme. Pasa las noches medio desnudo en un rincon de su alcoba; me ha encargado que le compre una barrena muy larga; llora las dolencias de los vecinos que no conoce; me comisiona con lágrimas en los ojos, para que averigüe si se ha muerto una mujer, y cuando le digo que sí, se sonríe diabólicamente, y exclama que aún puede ser dichoso. ¿Qué pensais, pues, de Lorenzo?

—¡Al manicomio, al manicomio! (gritaron casi á una voz los estudiantes).

—Convengo con vosotros en que hay que lle-

varle á alguna parte; pero ¿no os parece que sería oportuno dirigirle primero un interrogatorio?

—Que se nombre una diputacion con ese objeto.

—Pido (comenzaron á decir alternativamente los estudiantes) que la diputacion no sea muy numerosa si ha de caber de piés en la sala del trono.

—Pido que sea robusta por si se encuentra con el sargento de artillería.

—Pido que la diputacion lleve consigo una camisa de fuerza.

—Advierto (dijo uno) que no sea de las mias, porque cuando hago fuerza saco los codos.

—Pido (añadió otro) que se me dé un voto de confianza y ocho cuartos por cabeza para realizar una idea que me ocurre.

—Aquí están los cuatro mios (dijo uno adelantando sus piernas y sus brazos).

—Que diga la idea.

—Que la diga.

—Señores, no puedo revelarla, porque pertenece al dominio de los grandes recursos. Que se me asocien dos diputados capaces de garantiros la inversion de cuatro pesetas.

—Pido ser de la comision.

—Y yo.

—Y yo.

—Compañeros: propongo que sean los dos más chicos, porque serán los más malos.

—Bien; bravo por la ocurrencia.

Felipe entónces puso órden en el concurso, y designó las dos diputaciones: la que debia visitar á Lorenzo, y la que, provista de tantos reales como barbas, debia marchar, segun el propósito de su autor, á *La Correspondencia de España*. Ambas comisiones partieron. Nosotros seguiremos á la que se dirigia casa del estudiante.

No se equivocaba mucho el que designó á la alcoba con el nombre de salon del trono. Cuando empujaron la puerta, vieron sobre la cabecera del catre una silla, que parecia colocada como para recibir diputaciones de la escuela de medicina.

—Señor: (gritó uno de los comisionados haciendo una cómica reverencia á la silla vacía).

Pero Lorenzo estaba de pié cerca de la cama, y con su actitud doliente y aspecto demacrado, contuvo la irrupcion de aquellos bárbaros del estudio.

—Venimos, Lorenzo (dijo uno en diferente tono), á que se acabe de una vez esta enfermedad que se sostiene con el auxilio de una mentida ciencia. Puede tolerarse que los médicos prescriban reposo y encerronas á sus clientes particulares, porque en ello va el lustre de la profesion y la cuantía de la paga. Pero para los que estamos en el secreto, las enfermedades no deben durar más de lo que quiera el facultativo. ¿No reparas que en la clínica se da de *alta* á los enfermos, segun la necesidad de las camas? El sargento de artillería necesita este cuarto, y nosotros venimos á darte el alta.

Lorenzo procuró sonreir miéntras el estudiante más hablador le dirigia este discurso; pero su sonrisa era forzada, y ni todo el poder de la vergüenza consiguió colocarlo á la altura jovial de sus compañeros.

—Os agradezco (dijo), amigos mios, esta visita; pero me atrevo á suplicaros que la hagais corta, y que me dejeis en paz con mis dolores y con mi calentura.

—Observo (exclamó uno) que habla como los libros. Pido que hable como los estudiantes.

—Os hablo como los enfermos (añadió el jóven, procurando aún mantenerse en tranquila actitud): ¿no recordais que ellos suelen alternar poco en nuestras bromas de la visita?

—Es verdad; pero por eso cuando se enfadan se les quita la racion ó se les ponen vejigatorios.

—Pues quitadme la mia, que poco me importa.

—Al contrario; te vamos á hacer comer.

—Difícil será.

—Veremos.

—Veremos.

Y al llegar á este punto del altercado, Lorenzo experimentó una conmocion súbita, dirigiendo los ojos extraviados hácia el tabique de la izquierda. Un ruido, imperceptible para los escolares, aunque claro y elocuente para el enfermo, le hizo adelantarse, en ademan de taparles la boca, exclamando:

—Callad, por Dios, callad y marchaos: nece-

sito estar solo, ¿lo entendeis? solo y sin bromas ni ruidos en este cuarto. Tengo una obligacion sagrada que cumplir; os suplico que os marcheis: marchad.

Y acompañando la accion á las palabras, Lorenzo arrojaba á sus amigos de la alcoba, con las formas decisivas del que demuestra que á pesar suyo tendrá que ser agresivo.

Los estudiantes, temiendo que la broma de Felipe fuera realmente una verdad, desocuparon la estancia entre serios y joviales, no atreviéndose á proseguir en situacion tan absurda; pero apénas trasponian el umbral, todos se repitieron por lo bajo, con aires de conviccion, las palabras que de mofa habian proferido en la escuela:—«¡Al manicomio, al manicomio!... Este muchacho ha perdido el juicio.»

Con mayor razon pudieran decirlo todavía, si en vez de marchar todos se hubiera quedado alguno á la puerta; porque Lorenzo, en cuanto se vió solo, acercó un oido al tabique, como ladron que espía ruidos subterráneos; separó despues el oido y acercó un ojo, como asesino que acecha el momento de descargar el golpe; llevóse despues la mano á la frente, como reo que vacila entre acometer ó huir en momentos de persecucion; y, por último, cayó al suelo de rodillas y levantó su brazo derecho suplicante, como quien pide gracia á los que lo sorprenden.

Cada uno de estos movimientos, sin embargo, se hallaba muy distante de significar lo que hu-

biera parecido al observador; pues ellos correspondian á emociones legítimas que, dados los antecedentes ya conocidos, se ajustaban bien con el terrible cuadro de la casa inmediata.

Era la hora en que se llevaban el cadáver de la mujer.

VIII.

Los sepultureros son como los sacristanes: en fuerza de tratar diariamente las cosas más sagradas, pierden el respeto á lo divino y á lo humano. Unos y otros suelen proceder con cierta mesura cuando forman parte de una ceremonia; pero cuando trabajan por su cuenta, lo mismo tiran de las narices á un muerto, que abofetean á un santo para limpiarle el polvo.

No es la última infelicidad humana el *morirse sin luz y sin moscas;* hay otra última, y es la de ser amortajado é inhumado sin que presencie estas escenas alguna persona querida. Los sepultureros son feroces: su oficio de difuntos se reduce á tabaco, vino y malas palabras. Por eso cuando alguno los observa fortuitamente en uno de estos lances, no puede ménos de sentir lacerado el corazon.

Así le sucedia á Lorenzo al observar, ó mejor dicho, al sentir que se llevaban á su vecina muerta. La zambra de los enterradores ya le habia conturbado, y ella le movió á echar de la al-

coba á sus amigos; pero lo que le heló el alma fué el golpazo del cadáver sobre la media caja, y el *¡ahupa!* de subírselo en hombros. — Allí nadie tenía respetos más que él; nadie estaba en la ceremonia más que él; nadie sentia ni lloraba ese último y tremendo viaje, sino él. Cuando cayó de rodillas y elevó la mano derecha al cielo, era sacerdote.

Por fortuna la operacion fué breve, como todo lo barato, y los tormentos del vecino iban á experimentar un paréntesis de larga duracion. Esto era lo presumible.

No fué así, sin embargo; pues apénas dejaron de resonar las patadas de los enterradores, un nuevo ruido atrajo con irresistible poder la atencion de Lorenzo hácia el tabique. Los trastos de la alcoba vecina eran movidos con violencia; los colchones eran tirados al suelo, así como las tablas de la cama; la cómoda era abierta y vaciados sus cajones con prisa; todo se ponia en revolucion por unas solas manos, al parecer, y todo, hasta el silencio, era profanado, al compás de una copla de fandango alcarreño que clara y distintamente se oyó en esta forma:

Si te he visto, no sé cuándo;
si lloras, no me da pena;
al que se va, buenas noches,
y al que se muere, lo entierran.

¡Contraste cruel! Los que vivian cerca de la difunta, los que la trataban y debian dolerse de su

triste fin, hacian escarnio de la muerte; miéntras que un desconocido, un extraño, una sombra, asumia, por artes misteriosas de la casualidad, deberes, recogimiento y lágrimas.

La cantora trajinante era la criada, y este dato proporcionó á Lorenzo nuevas revelaciones.

—«No me cabe duda (decia para sí), que esa pobre muchacha estaba cohibida entre dos barbáries. Si fuese libre en sus actos, si dispusiese de su propia voluntad, ella no se hubiera separado de su madre, ella le habria cerrado los ojos, habria dispuesto su traje de muerte, habria acompañado su última salida, habria sollozado y gemido sobre su lecho vacío. Ella está presa, no hay que dudarlo.»

De tal manera reflexionaba el estudiante, cuando su patrona entró bruscamente á decirle que una mujer queria verle: tras de la patrona asomó, no una mujer, sino una dama, una dama de esas que Lorenzo no habia visto en su vida más que en coche. Quedó perplejo en su presencia, y procuró ordenar con algun cuidado las ropas de su cama, balbuceando algunas excusas por el estado en que le sorprendia.

—No hay que molestarse por nada (dijo la señora con soltura y desembarazo sumos): estoy hecha á entrar en todas partes, y á ver cuartos y camas de enfermos.

Dicho lo cual, se sentó, puso en el suelo una bolsita que traia, y dirigiéndose al estudiante con el mayor cariño, añadió, mirándole fijamente:

—¿Cómo estamos? ¿Qué pasa aquí?

—Señora, contestó Lorenzo algo cortado: estoy bien en lo que cabe; mi brazo sigue mejor; dentro de algunos dias podré salir á paseo, y espero, Dios mediante, que esto estará concluido pronto.

—Eso es lo que es menester, repuso la dama; pero para curarse del cuerpo es necesario curarse del espíritu. ¿No tiene usted familia, ni parientes, ni amigos que le asistan y consuelen en esta larga enfermedad?

—No, señora... Es decir, tengo y no tengo. Mi familia no sabe nada; y en cuanto á los amigos... ya se han cansado de tanta impertinencia y tantos meses. Además, como ellos...

—Sí, lo sé todo, y sospecho lo que no sé. Pero la cabeza firme, ¿no es esto?

—Sí, señora: la cabeza, por fortuna, no ha tomado parte en mi dolencia.

La dama pareció como que se tranquilizaba con esta revelacion. Lorenzo se atrevió á decirla:

—Usted me perdonará, señora; pero quisiera saber...

—Sí, es verdad que no le he dicho á usted quién soy ni á qué vengo. Yo soy... pero, despues de todo, ¿qué le importa á usted saberlo? Yo soy una mujer que sabe mucho de lo que pasa aquí; que sospecha escasez, necesidad de cuidados, y más que nada, necesidad de consuelos y de compañía: esta mujer dispone de algo de lo que aquí falta, quizá de mucho, y viene á ofrecérselo á usted. Hélo aquí todo.

—Y ¿usted no me conoce?

—No.

—¿Y tampoco conoce á mi familia?

—No.

—¿Ni será usted probablemente amiga de ninguno de mis amigos?

—No.

—Conque entónces ¡hay ángeles!

—No: hay pecadores. Pero así como hubo ángeles que pecaron, hay tambien pecadores que en circunstancias dadas pueden parecer ángeles.

—¿De modo (añadió Lorenzo asombrado), que cuando uno se figura que está solo en el mundo, puede haber alguien que se esté ocupando de su soledad?

—¿Quién lo duda? ¿No se ha ocupado usted nunca de algo ó de alguien sin interés?

Lorenzo recordó entónces que él ocupaba su vida entera en cosas y personas á quienes ni áun siquiera conocia, y creyó ver en esta reciprocidad la mano invisible de la Providencia.

—Es cierto, señora (continuó diciendo), que hay quien se acuerde de los desgraciados sin más interés que el que le inspiran sus desgracias; pero yo iba creyendo serlo tanto, que nadie se acordara de mí.

—Pues ya ve usted cómo se equivoca. Además, mi visita no tiene gran mérito: he tenido que venir aquí cerca á desempeñar una comision de alguna importancia, y de paso recordé lo que habia leido en el periódico, y me llegué aquí.

—¿En el periódico? Pues qué, ¿ha habido algun periódico que se ocupe de mí?

—Sin duda: ¿cómo si no habria yo podido saber?...

Lorenzo se incorporó con violencia, al modo de quien se siente picado de viva curiosidad, miéntras que la dama recogia la bolsa del suelo, sacaba un número de *La Correspondencia de España*, y leia de este modo:

«Se llama la atencion de las personas caritativas hácia un estudiante de medicina que padece hace mucho tiempo una cruel enfermedad, de cuyas resultas se halla postrado y desvalido, sin socorro de nadie y próximo á perder la razon. El jóven vive calle de *tal*, número *tantos*, y las limosnas se recogen en la portería de la Facultad, calle de Atocha, etc.»

—Ya ve usted (prosiguió la señora), que el anuncio no deja lugar á duda.

—Pero, señora, ¿quién ha puesto eso? Yo no tengo ninguna parte en tal anuncio: eso es una picardía.

—¡Picardía la llama usted! Comprendo que le sorprenda si, como no dudo, carece de antecedentes sobre el aviso; pero llamar picardía á lo que revela intencion de sernos útil, me parece un poco ligero. Hace un instante hablábamos de esas manos ocultas que suelen tendérsenos cuando más olvidados nos creíamos.

Lorenzo reflexionó, y despues dijo:

—Tiene usted razon, señora; he estado ligero;

y además, ¿á quién, sino al anuncio, debo yo ahora el honor y la caridad de tenerla á usted en mi compañía?

—No lo he dicho por tanto (replicó la dama); pero permítame usted que le advierta que, sin apelar á recursos maravillosos, se tocan á cada momento resultados consoladores, sin más que ejercer pequeñas caridades. Yo misma, por ejemplo, tendré el gusto quizá de ser útil en este propio barrio, á una jóven que necesita de todo el mundo, y que no tiene á nadie. Ella, sin embargo, no me conoce á mí.

—¡Una jóven!

—Sí, una muchacha, lindísima por cierto, y del más bondadoso carácter, á quien circunstancias extrañas hacen bien infeliz.

—¡Una jóven linda en este barrio! (exclamó el estudiante con vivo interés). ¿Quiere usted, señora, ser más explícita conmigo? ¿Qué es lo que le sucede á esa jóven?

—Despacio, señor mio, despacio: no puede decirse todo lo que se sabe, ni habria cordura en revelar á cada momento las desdichas privadas que no nos pertenecen. ¿No se quejaba usted ahora mismo de que alguien hubiera hecho públicas sus penas?

—Es verdad. Pero circunstancias extrañas tambien, me movian á interesarme por esa jóven.

—¿Conoce usted alguna en este barrio?

—No, señora; no conozco á ninguna.

—Pues entónces...

—Ahí verá usted. No conozco á ninguna, y sin embargo, hay alguna que embarga todos los instantes mi imaginacion.

—¿Será posible?

—Y tan posible, señora. Los enfermos solitarios nos pasamos las horas forjándonos historias y felicidades absurdas.

—Pues algo parecido le debe suceder á ella (repuso la dama con la animacion propia de quien ha hallado un motivo agradable de conversacion). Ignoro si esa jóven conoce á alguna persona por aquí; pero sospecho que por no conocerla, ó desesperanzada de encontrarla, es por lo que se inclina á adoptar una resolucion, cruel hasta cierto punto.

—¿Una resolucion cruel? (preguntó Lorenzo alarmado).

—Sí, cruel hasta cierto punto, he dicho.

—¿Cuál, señora, cuál? ¿Se va á hacer monja?

—No: aún es más duro su propósito.

—¿Podré saberlo?

—Sí, en prometiéndome que esta sea la última pregunta de hoy.

—Lo prometo.

—Pues quiere hacerse hermana de la caridad.

IX.

Estas palabras fueron, efectivamente, las últimas que se cruzaron sobre el asunto entre el estudiante y la señora desconocida. Las demás se refirieron á los pormenores de la enfermedad, situacion, familia y necesidades propias de Lorenzo. La dama se felicitó de que no le fueran necesarios otros socorros que los morales, y prometióle ser tan asídua en sus visitas como las circunstancias de sus deberes se lo permitieran. Al marcharse dejó sobre la cama una tarjeta que decia así: — *La Condesa del Campo.*

Lorenzo, pues, volvió á quedar solo; pero esta vez su soledad era muy acompañada. Quedaba solo con aquella tarjeta, que era la representacion viva de una amistad tan seductora como incomprensible; quedaba con la ilusion de una jóven, que podria no ser la suya, que no era la suya, pero que representaba una existencia real, cuya verosimilitud hacía verosímil la de su fantástica amante; quedaba con el misterio de unas manos amigas que procuraban rodearle de cuidados y recursos

de toda especie; quedaba, en fin, con un aislamiento tan concurrido, con un abandono tan recordado, con una soledad tan bulliciosa, que por el pronto creyó tener su mísera estancia llena de ruidos y de gentes.—La que estaba llena de gentes y de ruidos era su débil imaginacion.

Para colmo de ventura, el cartero le trajo una carta de su familia; y esta carta, que era muy larga y cariñosa, contenia además recursos extraordinarios. Su buen padre se expresaba de la siguiente manera:

«Mi querido hijo Lorenzo: sé por un muchacho que ha pasado por aquí que no gozas de una cabal salud, como yo para tí deseo. Lo primero que se me ocurre es mandarte unos dineros para que comas bien, te diviertas lo posible y estudies poco. Con dineros poco se estudia. Despues te mando la conversacion que hemos tenido tu madre y yo.

»Ya sabes que las madres dicen una porcion de tonterías, pero que si las hiciéramos, otro gallo nos cantara. La tuya dice: ¿á qué estudiar medicina ese muchacho? Hay más médicos que enfermos, y luégo, si no se vota en las elecciones, le echan del partido. Él ya ha estudiado bastantes cosas para no ser un bruto, como el hijo del marqués, que es dueño del agua; además se ha divertido y visto tierras; que recoja los trastos y se venga aquí á cuidar de su heredad, que es muy hermosa, y con eso él se tiene y nosotros lo tenemos.

»Yo digo lo mismo, Lorenzo, salvo tu mejor opinion: ya con lo que sabes, puedes curar, si no á gente rica, por lo ménos á los pobres. El médico de aquí es de tercera clase y ha estudiado ménos que tú; lo que dice el alcalde: para nosotros basta.

»A tu madre le pica la idea de si tendrás ó no alguna noviecilla; pues bien, lo que dice ella: que se case y *laus Deo*. Una hija más.

»Con que, Lorenzo, si es verdad que estás malo con esos pícaros aires de Madrid, que matan á una persona y no matan un candil, avísamelo; te mando cuartos para que te equipes y pagues lo que debas (que siempre será alguna cosa), y con tus padres que te aman de corazon y ver desean,

LORENZO GOMEZ.»

Esta carta, así como las emociones anteriores, condujeron natural y lógicamente á nuestro estudiante á verificar una recopilacion del estado de sus asuntos.

—«Hace un momento (se decia) me juzgué, y no sin motivo, el más infeliz de los hombres. Ahora todo parece que ha variado. Tengo familia, y familia cariñosa que no se ocupa más que de mí; tengo amigos, y amigos tan desinteresados, que me colman de atenciones sin querer ni áun dar la cara para que se lo agradezcan; tengo una ilusion flotando por los aires, y que, á pesar de las borrascas, no se la lleva el viento; tengo, por

fin, lo único que necesita una criatura para no poder llamarse infeliz: tengo esperanza.»

Y partiendo de ese epítome, en que se refundian sus memorias presentes, ampliaba luégo cada uno de los puntos en la forma y manera que indica el siguiente extracto:

Es una vulgaridad creer que no hay virtud. Virtud existe, y por fortuna, donde quiera que se vuelven los ojos; lo que hay es un vicio ostensible que se complace en renegar de la virtud, y una virtud latente que hace gala y manifestaciones de vicio.

Esta señora, por ejemplo, pertenece á la clase más controvertida de la sociedad, y, sin embargo, ¿qué muestras de valor, de ternura y de prudencia no acababa de dar al estudiante? — Dícese que las damas de esta especie hacen la vida caritativa por vana ostentacion; que ejercen la beneficencia en descargo de culpas propias; y que si derraman el bien por buhardillas y sótanos, es con el dinero de los pisaverdes y viciosos que como parásitos pululan en nuestro mundo elegante. Todo ello podrá ser cierto; pero ¡bendita la vanidad que lleva recursos y cuidados al seno del infeliz que muere en el abandono! ¡Bendito el arrepentimiento que para descargo de culpas propias se emplea en mitigar y corregir desdichas ajenas! ¡Bendita la exaccion impertinente que distrae el dinero de los vicios para llevarlo al socorro de la virtud!

¿Qué necesidad tenía esa señora de abandonar

su casa y sus comodidades á una hora tan intempestiva, y correr por barrios extraviados, entrar en habitaciones sucias, exponerse á los malos modos de una gente ordinaria, é inmiscuirse en asuntos que no pueden ménos de ser desagradables? ¿Dónde está, despues de todo, la vanidad de ciertos actos oscuros que, como el de Lorenzo, no habian de ser sabidos por nadie, á no mediar la circunstancia de esta historia?

Además, la prontitud con que la dama habia tenido noticia del estado del estudiante, significaba un sistema de investigacion que revela verdadero afan de ser útil á las gentes. La propia muchacha á quien la señora habia visitado allí cerca, no era verosímil que tuviese amigos que anunciaran en los periódicos su desdicha; y, sin embargo, su desdicha era bien conocida, é iba á ser prontamente remediada en lo posible. ¿Sabria la dama toda la historia? Indudablemente que sí. ¿Sería cuerdo exigir de ella cooperacion y ayuda?

Lo primero que habia que hacer ahora era contestar á la carta de ese buen padre, de ese sublime Lorenzo Gomez, cuya sencilla rudeza revelaba un corazon tan hermoso y tan sano; tranquilizar á la buena madre y seguir sus tiernos consejos, inspirados contra sus propios intereses por la ternura y el saber maternal: despues era tiempo de volver á la dama misteriosa, y al tabique no ménos extraño, aunque en esta ocasion sordo ya y sin rumores.

La herida de Lorenzo parecia mucho más ali-

viada. ¿Será posible que tenga el alma una botica, cuyos bálsamos curan con más rapidez que los ungüentos farmacéuticos?

Lorenzo se levantó, se vistió y comenzó á tararear una jota que habia ensayado el año anterior para salir de comparsa. Pidió el chocolate y se comió todo el panecillo. La luz que entraba por la lucana le pareció tambien más penetrante y más pura. Su cuarto, despues de todo, no era ni con mucho el peor de Madrid.

Llamó á su patrona y le dió la letra que contenia la carta de su padre, encargándola que se cobrara de ella, no sólo la cantidad que él ya debia, sino todos los gastos extraordinarios que hubiera hecho en los últimos meses. La patrona, esta vez muy amable, se ofreció á Lorenzo en todo y para todo.

El estudiante, entónces, sacó sus avíos de escribir, y con mucho ménos trabajo del que él mismo pudo figurarse, escribió las siguientes cartas:

MADRID, ETC.

»Mis más queridos padre y madre: he recibido la carta de usted, padre, y me apresuro á decirle que estoy bastante bien de salud, y que dentro de poco estaré mucho mejor con el importe de la letra que era adjunta. Se cura uno más pronto con dinero que sin él.

»Tiene usted razon, madre, al decir que no todos sirven para una carrera, y mucho ménos la de

medicina, cuando uno la ve por dentro. Ya le contaré á usted despacio lo que he visto y lo que me ha sucedido en el Colegio de San Cárlos.

»Yo tengo mucha gana, padre, de verlos á ustedes y de vivir en ese pueblo, donde por todas partes entra el sol. Aquí no le veo casi nunca, ni se sabe cuándo amanece, porque ni siquiera canta el gallo á la madrugada. Estoy mejor.

»¡Si viera usted, madre, qué ojo me ha abierto lo que me dice padre de la novia! No la tengo; es decir, como si la tuviera: ¿pero es verdad que ustedes se alegrarian de tener una hija? Contésteme usted pronto sobre esto.

»Tengo que hacerme ropa nueva y componer la antigua. No pido nada, pero si viene algo, me parece que ahorco los libros. De todas maneras no he perdido aquí el tiempo.

»Expresiones á todos, padre y madre queridos; y usted, madre, reciba el corazon de su hijo

LORENZO.»

«Señora Condesa del Campo.

»Muy señora mia y dueña: con ménos vergüenza ahora, porque no está usted delante, voy á hacerle una confesion. Usted vino á mi casa creyendo que yo habia perdido el juicio; despues se tranquilizó al ver que no era verdad; y ahora tengo yo que decirle que estoy loco. Sea usted tan buena leyéndome, como lo ha sido escuchándome.

»Habria que dudar de los favores de la Provi-

dencia, y yo creo en ellos con los ojos cerrados, para no conocer que mi fortuna la tiene usted á su disposicion. Ni yo mismo entiendo esto que digo, pero aguardo que usted me entienda cuando le cuente mi historia.

»Yo soy de un pueblo de Aragon, pueblo de pocas casas, pero muy alegre y con un campo muy hermoso. Mi padre fué jornalero, y por su buena cara y buena conducta, logró casarse con mi madre que tenía alguna cosa. El trabajo del uno y la hacienda de la otra, han sido bendicion de Dios para el pegujal de mi abuelo materno; pues de una nada que era, es hoy de las mejores fincas del partido. Baste decir que mi padre ha sido nombrado alcalde dos veces, por ser de los que más pagan.

»Mi madre sabe más que mi padre, y es la que lo gobierna todo. En el pueblo no hay otra. Le hablo á usted con el corazon. La susodicha señora, mi madre, queria que yo me dedicara á la labor y á la cria de ganado; pero mi padre se empeñó en que siguiera carrera, para que no fuese un ignorante como él. Así lo decia, aunque yo no creo que sea ignorante. He seguido la carrera de médico, y ya sabe usted que la llevo mediada; pero en esa carrera todo lo que me han enseñado, es contrario á lo que yo aprendia en el pueblo: los hombres por fuera me gustaban más que los hombres por dentro, y las florecillas del campo me parecian mejor que las que venden en las boticas.

»Así y todo, hubiera hecho el gusto de mi pa-

dre, si la enfermedad de que estoy convaleciente (porque ando mucho mejor) no me hubiese inclinado poco á poco á otra vida que no sé cuál es, pero que usted puede adivinarla. Si usted entre sus relaciones conoce á alguna jóven que haya nacido para mí, es decir, á quien yo pueda ofrecer lo que soy y lo que tengo, una casa grande, una huerta hermosísima, un padre que la saque á paseo cuando yo no pueda, una madre que la contemple y la mime cuando yo salga, y, sobre todo, un corazon de quien pueda decirse que la amó ántes de conocerla, no dude usted en juntar nuestras personas, en la seguridad de que nuestras almas pueden haberse ya juntado.

»Perdone usted, señora, todo lo que le digo y todo lo que le callo, y hasta la ridícula comision que le doy, en gracia de su caridad. Porque, ó usted entiende esta carta, ó no la entiende: si no la entiende, ella le probará á usted que estoy loco; y si la entiende, comprenderá desde luégo que puede volverme más loco, pero de alegría.

»Muchos perdones otra vez. S. S. S.

El Estudiante de la calle de Tal.»

«Querido amigo Felipe:

»Hazme el favor de preguntarle al Catedrático si puedo ponerme en la herida emplasto de diaquilon gomoso, porque ya la tengo simple; y si con una buena venda podré entónces salir á la calle. Si te contesta afirmativamente, tráeme el

emplasto del que ahí dan para los enfermos, y ven á sacarme á paseo, por cuyo favor te preparo un regalo que te hará reir mucho.

»Sabes que te quiere tu amigo

LORENZO.»

Escritas estas tres cartas, en cuya operacion empleó el estudiante casi todo el dia, dió órden á su patrona (que ya con el endoso de la letra podia dar órdenes) para que fueran echadas al correo. La de la Condesa del Campo podia llegar seguramente sin señas á su destino. Despues se acostó como un patriarca, y durmió once horas de un solo trago.

X.

Inútil es que informemos al lector de lo que pasó por nuestro hombre durante muchos dias. Las cartas llegaron á su destino, como sucede en los negocios felices, y todos contestaron á ellas.

Decimos mal: la Condesa del Campo no contestó á la suya, pero respondió con una tarjeta que, despues del nombre, decia así: — «Recibida la carta. Enterada de todo. Contestaré.»

La respuesta de Felipe fué venir á ver á su amigo con las instrucciones del Catedrático, las cuales por cierto eran ménos felices que las que el estudiante se prometia. Ni era tiempo aún de cerrar totalmente la llaga, ni era cuerdo echarse á la calle con peligro de retroceder. La carta de su madre hay que copiarla íntegra, y estaba concebida en los siguientes términos:

«Mi querido hijo de tu madre: te llamo así porque aunque te escribe tu padre, soy yo la que te escribo. Ya sabes que él aprendió á hacerlo, y yo no pude. Pero no tengas cuidado, que las cuen-

tas de la labranza las llevo yo, y ni por casualidad me roban nunca una peseta. Eso de escribir, á mis años, entorpece en lugar de adelantar.

»He echado este año un lienzo muy hermoso en casa, y en cuanto tu padre me leyó la tuya, principié á cortar sábanas. Tengo que hacer un viaje á Zaragoza y allí compraré puntilla de algodon para las almohadas. Hijo mio, ¡por Dios, que no sea fea la novia! Ya que no es rica, y lo supongo cuando no es lo primero que nos has dicho, deseo que tenga buena cara; no por mí, ya lo comprenderás, sino por los nietos. Aunque siendo hijos tuyos me gustarán probablemente.

»Yo no sé por qué, me figuro que tú no has andado muy bueno estos meses. Por eso le encargo á tu padre que te mande mejor una onza de más que de ménos. A tu vista se arreglarán todas las cosas. Te envio cuatro camisas de hilo y dos jamones.

»Recibe expresiones de tu padre y un abrazo, y ciento y mil de tu

MADRE.

»P. D. Que seas tú el que abra el lio de las camisas.»

Un solo contratiempo experimentó en toda esta temporada el estudiante, y fué que la letra venía á ocho dias vista, y no quisieron pagarla en el acto. Pero ¡cosa singular! cuando el sargento de artillería trajo esta mala nueva, un mozo de cordel

entró con doscientos reales para Lorenzo, sin decir de parte de quién venian, ni aceptar su devolucion por ningun estilo.—La fortuna se entraba por las puertas.

El tabique, en tanto, permanecia sordo y mudo. La Condesa no resollaba. Felipe no traia la órden de salir. Del pueblo no le escribian ya. Todo experimentaba, al parecer, una de esas crísis soñolientas, por término de las cuales se obtiene la resurreccion ó el sepulcro.

Vamos á decir en las ménos palabras posibles todo lo que acaeció al final. Ya es tiempo de salir de tantas incertidumbres.

El drama de los vecinos acabó en boda. El amo se casó con la criada alcarreña.

Un dia ántes de este hecho, que ni áun las leyes aceptan con tal precipitacion, la hija del viudo, María Isabel, se hizo depositar por las Damas de Honor y Mérito en un colegio de la Asociacion.

La Condesa en persona llevó á Lorenzo á la celda de la Buena Madre, directora de la escuela referida, para que allí pudiesen verse y hablarse cara á cara los que ya se conocian por poderes. Isabel y Lorenzo se gustaron.

Los estudiantes de medicina corrieron una broma con el dinero recogido en la portería de la Facultad para socorro del jóven demente; y picados un tanto en la conciencia, remitieron al estudiante, por vía de restitucion, los diez duros que sobraron.

Los padres de Lorenzo vinieron á Madrid á casar á su hijo, y á comprar de paso algunos muebles de casa de cierto lujo.

El dia que salieron de Madrid Isabel y Lorenzo, el Sr. Gomez y su esposa, estuvo Felipe convidado á comer; y á los postres, queriendo el estudiante dejar á su amigo un recuerdo de aquella vida extraña, le regaló la barrena.

CÁRMEN LA DE FORTUNY.

CÁRMEN LA DE FORTUNY.

I.

La Alhambra de Granada, que llegó á verse libre de los moros, no ha podido libertarse de los gitanos. Donde quiera que hay un pliegue de terreno, una senda oculta ó un lienzo de montaña inaccesible al comun de las gentes, allí acude la raza nómada á construir, ó mejor dicho, á derribar con sus manos la tierra necesaria para socavarse una vivienda. Llámanla así en cuanto el agujero mide espacio suficiente para que el más alto de la familia no se dé con la cabeza en el techo, y los restantes quepan tendidos á lo largo. No constituyen, pues, habitaciones, sino nidos.

La fuerza de la costumbre ha hecho que se respete en aquel monumental recinto, honra de España y de las artes, la existencia de esos moluscos humanos, como se respeta en muchos templos la existencia de las lechuzas. Cuando se discurre por las célebres alamedas de la Alhambra, embebecidos en la contemplacion de los bellos jardines, de

las elegantes torres ó de los encantados palacios, no falta nunca un gitanillo desnudo que se intercale por entre los viajeros para pedirles limosna, ó una gitanuela poco más vestida que les invite á comprar flores y saber la buena ventura, ó un gitanazo de descuadernadas formas y aspecto socarron, que les ofrezca badilas y tenazas, si es que, encarándose con el del grupo que parezca artista, no se ofrece á sí propio para servir de modelo en un cuadro. Esta última industria es modernísima, como veremos despues.

Los gitanos hasta hace poco tiempo eran herreros, chalanes de bestias ó ladrones; pero nada más. Las gitanas eran asimismo tejedoras de mimbres, chalanas de ropa vieja ó bailarinas y zahoríes; pero nada más. Si la civilizacion los saca de estos caminos, conste que es contraviniendo á las tradiciones seculares de la raza.

Viven y se multiplican los gitanos en las cuevas, con abstraccion absoluta del mundo que los circuye. En aquel miserable tugurio de una sola luz y de un solo hueco, allí se guisa y se come, allí se trabaja y se reposa, allí se nace y se muere. La fragua junto al anafe, el camastro junto á los harambeles del vestido, el pan junto á la basura, el pudor junto á la deshonestidad. Para colmo de horrores, la familia se reproduce como entre los reptiles: cualquiera cueva de gitanos contiene hijos, padres, abuelos y bisabuelos; siendo de advertir que el patriarca cuenta apénas cincuenta años, cuando la biznieta, de once, está ya pedida

en matrimonio. Todas las vicisitudes, pues, todos los vicios y todas las debilidades de la edad, del estado y del sexo, así como todas las miserias á que conducen el abandono y la repulsion de las gentes, todas se juntan y forman corro alrededor de la infeliz familia gitana.

A pesar de esto, los gitanos tienen su patriotismo, su moral, y casi nos atrevemos á decir su filosofía. Ellos no se consideran naturales del pueblo en que viven, sino del primitivo pueblo de su historia; no salen de entre sí, como si temieran perder tesoros de civilizacion ó de fortuna con el trato ajeno; no rechazan ni imitan las costumbres de los otros, cual si aspirasen á vivir en una dichosa indiferencia; no renuncian á su traje, ni á su idioma, ni á sus leyes de raza, como conjunto de seres especiales que han conseguido el perfeccionamiento de su comunidad. Desprovistos, á lo que parece, de toda religion, áun cuando acatan sin esfuerzo la predominante en la tierra que habitan, desconocen todos los pudores, pero no son refractarios á todas las honras. La de la mujer es comprendida por ellos en el más lato sentido de la moral cristiana: hija, ha de ser irreprochable su virtud; esposa, ha de ser invencible su fidelidad; gitana, ha de ser compañera en vida y muerte para el gitano. Ocupando como ocupan el último puesto de la escala social, no aceptan, con todo, posiciones y oficios que entre la gente blanca, su eterna dominadora, son usuales y corrientes. El gitano no sirve á ningun dueño, no se carga como

una bestia, no se vende ni se alquila para provecho de nadie. Gana su sustento con el trabajo corporal ó con las artes maliciosas de su astuta imaginacion, pero conservando una rara independencia dentro de su agujero, como el antiguo troglodita etíope.

Hablamos ántes de sus relaciones con la mujer, y éstas son por cierto bien extrañas. En la primera edad los gitanillos carecen de sexo, como carecen de camisa y de todo linaje de educacion. Colgados perpétuamente del pecho de la gitana desde que ven la luz hasta que principian á hablar, pasan luégo á arrastrarse por los alrededores de la cueva, robando al sol, al agua y al aire los elementos de su robustez futura. Cuando son algo mayores, roban ya leña para la fragua, llevan el borrico á beber, tiran de la cuerda del fuelle, ó sostienen la punta de un hierro miéntras el hermano ó el padre lo martillean. En los ocios de estas sencillas ocupaciones cogen nidos, derriban fruta á pedradas, se arañan entre sí ó se interponen al paso de los transeuntes para pedirles limosna. Hasta entónces son neutros. Sólo cuando los harapos de los unos aparecen un poco más largos que los de los otros, y alguna pañoletilla cruza el cuello de alguno, es cuando principian á distinguirse los seres masculinos y los femeninos.

La muchacha se recoge un poco más en sí al llegar este caso, y comienza á hacer vida en armonía con la que sigue su madre. Corta mimbres para las cestas, ayuda á guisar el pucherete, canta

canciones de mujer, riñe como enemiga con los muchachos, y áun se propasa á veces á arreglarse el cabello y á modelarse con una cinta de color la cintura. El padre conoce entónces, así como los demás hombres de la tribu, que en el seno de la familia hay una gitana más á quien proteger. Porque el gitano, que odia á la raza blanca, y si transige con ella es porque la explota y la burla, no se considera con más lado vulnerable que el que la gitana puede ofrecer á su enemigo. Celoso como el turco, aunque más imprevisor que éste, no encierra á las mujeres ni las educa para el recato; pero exige de ellas el recato, que sólo con la incomunicacion puede exigirse de la ignorancia. Sus celos y sus preocupaciones de marido y de padre son hácia el hombre blanco; una mirada del blanco les ofende, un requiebro del blanco les desespera, y si lo sufren ó provocan, movidos por el interés, es denostando entre dientes á la gitana y previniendo una compensacion dentro del negocio. La honra de la mujer es para ellos la única virtud y el único timbre de la vida social; constantemente la traen en los labios, en el pensamiento y en la accion: sus riñas feroces, sus castigos crueles, sus crímenes inauditos, son ocasionados casi siempre por cuestiones de honra. De ella hacen gala en ceremonias públicas, como los árabes, y quizá á su instintivo culto se debe la presteza con que casan á las muchachas y el aislamiento que se procuran en sus cavernas.

De este modo vivian hasta hace cuarenta años

próximamente los gitanos granadinos. Pero Washington Irving y Owen-Jones revelan al mundo artístico las maravillas de la Alhambra, pregonando en escritos y dibujos las excelencias del arte árabe, mal tratado hasta entónces por ser arte de infieles. Bien pronto acuden á la antigua corte de los Alhamares eruditos y artistas de todos lados que pretenden estudiar y reproducir el mágico estilo del alcázar moro. Rusia singularmente, cuyos gustos orientales la impulsan desde más cerca, envia jóvenes pensionados, entre los que se distingue el arquitecto Nocbek, quien por espacio de muchos años copia, vácia y reduce á proporciones trasportables casi toda la Alhambra. Fúndase allí una especie de escuela semi-oficial, por donde pasan sucesivamente ingleses, alemanes, franceses, italianos y españoles, para cuya educacion artística Granada se convierte en una como Roma oriental. Los Zorokin, los Philipp, los Worms y otros pintores ilustres popularizan el género en Europa, amalgamando el estilo arquitectónico antiguo con las costumbres populares modernas. Todo se copia de la Alhambra, y por copiarlo todo se copia hasta la gitanería. Fortuny, que acude en el albor de su genio, gusta tanto de las ruinas arábigas como de los ejemplares vivientes que se encuentran pegados á ellas. Un arco á medio derribar, un gitano á medio vestir, un burro á medio comer, son para la mágia de su paleta elementos pictóricos de gran precio. A su lado se abrigan los Regnault, los Rico, los Madrazo, que vuelven á constituir

en la Alhambra una sociedad artística como la de los célebres tiempos de Nocbek *(D. Pablo el Ruso)*. Los gitanos recuerdan aquella mina, de la que no sólo sacaban plata por servir de modelos, sino que adquirian padrinazgos para sus bodas y sus bautizos católicos, á pesar de que el compadre era un cismático como una loma. El renacimiento, pues, de la Alhambra como fuente de arte, es renacimiento para la gitanería como fuente de nueva industria. Ya el que es buen mozo, buen viejo ó tipo de alguna manera notable, gusta más de ganar dos pesetas por hora en cierta postura, que tres reales al dia machacando hierro caliente. El *Tio Conejo* no se deshonra ya metiendo la cara en barro, sino que, al revés, se considera distinguido entre los de su raza cuando merece que lo copie un pintor. Los gitanos, no pudiendo servir de modelo para ninguna cosa, hicieron modelo de sí propios.

Un dia que Fortuny vagaba por el *Barranco de la Zorra* contemplando paisajes, escogiendo vistas y saturando sus nervios con los esplendores de aquella insigne naturaleza, llamóle la atencion y paróse de improviso ante una cueva de gitanos que se hallaba en plena actividad de familia. A la derecha de la puerta un viejo de cabellos grises sostenia entre sus rodillas á un gitanillo desnudo, rascándole, ó acaso más, la cabeza, que hurtaba en ágiles contorsiones. A la izquierda, y en armónico contraste, un mozuelo como de diez y ocho años, montado á horcajadas sobre un borriquete de madera, machacaba con bríos el reborde de una

herradura. Dos gitanos de más edad, desnudos de medio cuerpo y en actitud atlética de verdaderos cícoples, batian á martinete una enorme barra de hierro rojo, que despedia chispas como rayos sobre las figuras de los circunstantes. Al fondo, junto á la pared, brillaba la fragua con cadenciosos resoplidos de fuego, y junto á ella, prendidas ambas manos en dos cordeles y cantando á compás, segun que tiraba del uno ó dejaba escapar el otro, una muchacha encantadora, cuyo cuerpo casi se mostraba al desnudo por entre los guiñapos de su traje, daba vientos á la hoguera y á los vientos armonía con las inflexiones de su danza y de sus cantares.

Fortuny, para quien el aspecto del taller no era motivo de sorpresa, experimentóla, sí, ante el aspecto de la gitana, en términos de que cuando la hubo contemplado fijamente por algunos segundos, exclamó dirigiéndose al viejo:

—Señor Bastian (que éste le era conocido): ¿quiere usted que le pinte á la muchacha?

La pregunta del pintor hubiera sido causa de un silencio absoluto en las labores de la herrería, si el mozo del borriquete hubiese hecho algun caso de la presencia del extranjero. La fragua debilitó sus llamas en el acto, los del martillo dejaron de batir, el abuelo y el rapaz volvieron la vista hácia la interesada, y ésta, que dejó un brazo en el aire y otro abatido sosteniendo los fuelles, la cara perfilada á la puerta y los ojos clavados en el interpelante, hubiera podido pasar por la estátua de la ale-

gría. Tras de un momento de espera, el Sr. Bastian contestó por lo bajo:

—Su madre no está aquí: ¿qué dices tú, Bastianillo?

El de la herradura levantó entónces el brazo con que golpeaba y la cabeza con que no queria mirar, y exclamó con acento de violencia mal reprimida:

—No sé, abuelo, para qué V. me lo pregunta. Bastante pintada está ella con la tizne del carbon, que es la pintura que no deshonra.

Y dejó caer el martillo sobre el yunque, prosiguiendo su faena como hasta entónces.

—Señor Fortuny (añadió el viejo desestimando la repulsa del mozo): su madre no está aquí, que es la que manda en ella. Si, como creo, consiente en lo que usted pide, mañana la llevará á la fonda, y que Dios premie á su merced los bienes que haga por la muchacha.

—¿Querrás tú ir? (preguntóle Fortuny á la niña con el mayor agrado).

—Sí, señor, que querré (contestó ella soltando las ligaduras de los fuelles y viniendo hácia el artista en ademan de abrazarle).

—¿Qué edad tienes?

Detúvose la muchacha entónces y respondió bajando la vista:

—Voy á hacer quince años.

—¿Cómo te llamas?

—Cármen.

II.

Cuéntase de un huertano de Murcia que al salir al encuentro de un personaje de la corte que iba á tomar posesion de unas tierras, le dijo medio turbado:—«Señor: yo no sé cómo hablar á usía para que sea segun se merece y es debido; porque yo sé que vuecencia en Madrid es una persona atroz.»

Pues bien: Fortuny entre los gitanos de la Alhambra era una persona atroz. Ellos no sabian si desde niño habia hecho revelaciones de artista extraordinario; ni si, apénas mozo, habia conseguido que lo pensionaran en Roma por el sufragio universal de los inteligentes en artes; ni si en Roma pudo él enseñar ya algo de sí mismo ántes de que aprendiera de los otros; ni si su fama habia volado por el mundo en alas de los menores caprichos de su pincel ó de su pluma; ni si los grandes coleccionistas se disputaban el honor de poseer una obra suya á cambio de montones de oro; ni si la juventud de más mérito dedicada á la pintura lo rodeaba con amor, lo escuchaba con

recogimiento y lo admiraba con culto; ellos ni siquiera sabian que Enrique Regnault, el génio de la Francia moderna que dió la vida á su patria en el sitio de París despues de haber dejado rudimentos inmortales de gloria, escribia desde la Alhambra al contemplar los trabajos de Fortuny: —« Todos, amigo mio, tenemos que bajar la cabeza; él vale más que todos y puede darnos lecciones á todos.»

Nada de esto sabian los gitanos; pero de la atmósfera que tales hechos desprenden y del rumor que se esparce entre las personas cultas, habian deducido, como acontece siempre entre el vulgo, que Fortuny era un artista atroz. Merecer, pues, de tal hombre que solicitara á Cármen para modelo, apoderarse de su casa por derecho propio y exponerse á recibir uno y otro dia los dones de su liberalidad, cosas eran de irresistible atraccion para los gitanos. Así es que contra el parecer de Bastianillo, quien creia que su hermana ganaba más tirando de las cuerdas del fuelle y tejiendo mimbres, que prestando su cara á la pintura ó su cuerpo á la armazon de un traje, á la mañana siguiente de la sorpresa de Fortuny se presentaron en la fonda donde éste residia el Sr. Bastian, su hija y su nieta, dispuestos á servirle sin condiciones.

Cármen iba vestida con lo que en el país se llama *trapos de cristianar*, esto es, con todo lo bueno que hay en casa. Un zagalejo amarillo algo ménos corto que el que usaba de ordinario, una

pañoleta de algodon con ramos verdes y rosa, que descubriéndole los hombros la tapaba el pecho, y un como corpiño, ó sea camisa de medio color, por entre cuyos pliegues se descubria la mayor parte de la espalda, eran las prendas con que cualquiera mujer se hubiera considerado desnuda, pero con las que Cármen se consideró bastantemente vestida.

Los defectos del arte, sin embargo, los subsanaba bien la naturaleza, y valga el voto de Fortuny. La muchacha tenía ojos negros y grandes, pero más negras y más grandes aún eran sus encorvadas pestañas, que, cual velos de modestia, caian de contínuo sobre sus pómulos sonrosados; y más grandes y más negras que los unos y las otras eran las trenzas de sus broncos cabellos, tornasoladas de azul como las fibras interiores del ébano nativo. En su rostro brillaba una sonrisa permanente que infunde placer en el ánimo del que la contempla; y al sonreir, unos dientecillos tan blancos como iguales se asomaban á la roja abertura de sus labios, para completar la decoracion del rostro más hechicero.

Cármen era gitana blanca, es decir, blanco-cenicienta, que es el color de las mujeres interesantes. Habia crecido y se hallaba formada en su edad, como crecen y se forman en la juventud las mujeres de Oriente. La morbidez de sus carnes (y hay que hablar de ellas, pues bien al descubierto las tenía) mostraba esas depresiones que constituyen la mayor perfeccion del prototipo

griego desnudo. Delgada la cintura, delgados los tobillos, delgadas las muñecas, delgada la raíz de los dedos, esto es, delgado todo lo que nace para abrirse y ondular en abultadas líneas despues. Ella sin cinturones, sin ajorcas y sin anillos de oro y pedrería, indicaba con la elocuencia del natural los puntos preferentes para el adorno; porque la mujer ha fijado por instinto el adorno en la porcion más bella de sus formas.

Únase al admirable dibujo de aquella figura el movimiento y la vida propias de la raza; únase la ausencia de pretensiones, el desconocimiento del propio valer, la ingenuidad de los encantos, y se formará una idea, aunque borrosa todavía, de los hechizos de Cármen. Fortuny se apresuró á copiarla tal como la tenía en su presencia, con el afan del que devora las páginas de un libro que ha deseado. Al terminar el primer diseño, Cármen vino sobre sus hombros con indiscreta familiaridad y dijo que le parecia muy bien. El artista no pudo ménos de sonreirse.

Acordado un descanso, la gitana comenzó á observar con minucioso interés todo lo que poblaba el estudio. El maniquí, los trajes, las armas, los cuadros á medio hacer, la persona misma del pintor, eran para ella objetos de curiosidad y hasta de contento y alegría. Dejóse cubrir con un paño rojo la cabeza, fijando su mirada en un punto del techo, y esperó inmóvil nuevamente la ejecucion de un segundo dibujo. Éste la pareció aún más bonito que el primero. Tres, cuatro, seis veces

seguidas colocó su cara ó su persona en posiciones diferentes, sin mostrar extrañeza ni cansancio; y al terminarse la sesion besó las manos de Fortuny, que le alargaban un socorro para su familia y un pintoresco vestido para ella.

Desde este primer dia Cármen no se hallaba á gusto sino en el taller del pintor. Dócil á sus menores deseos, cariñosa con cuanto le rodeaba, y hábil en el ejercicio de su deber hasta un punto inconcebible, íbase fundiendo en la sociedad de los blancos, tanto sin duda como se apartaba de la de los morenos. El viento de las artes habia trastornado su cabeza.

Aunque Fortuny hablaba poco ordinariamente, y ménos aún en sus horas de trabajo, una mañana soltó el pincel, y dirigiéndose á la gitanilla le dijo:

—¿Por qué no te has casado, Cármen?

A tan extemporánea pregunta la muchacha dudó un momento, pero fijando despues su vista ingénua sobre Fortuny, respondió:

—Yo no le sé.

—¿Tienes novio?

—No, señor.

—Pero ¿habrás tenido pretendientes?

—Muchos.

—Entónces es que no te gustan los gitanos.

—No, señor.

—¡Ah picaruela! ¿Con qué te gustan los blancos?

Aquí volvió á dudar la niña: luégo contestó bajando los ojos:

—Los blancos no miran á las gitanas más que de broma.

La conversacion no tuvo otro alcance ni otras consecuencias. ¿Buscaria Fortuny en el novio de la muchacha un nuevo tipo que pintar?

Cármen desempeñaba ya su papel de modelo, no como quien sirve, sino como quien crea. Los puntos de vista que proyectaba su cuerpo y las emociones que partian de su semblante, eran para su pobre razon destellos luminosos de un sentimiento artístico. Habíale comunicado esta vanidad el elogio perpétuo que de sus gracias se hacía dentro del estudio. Cuantos visitaban á Fortuny dividian sus plácemes entre las obras del pintor y las perfecciones de la gitana. Era ella, pues, alguna cosa de extraordinario, como el propio Fortuny.

Un dia oyó á éste decir, delante de varios amigos, que para hacer una Vénus se necesitaban cuatro ó cinco mujeres hermosas: de ésta el torso, de aquélla los extremos, de esotra las manos y los piés, de estotra la cabeza: sólo de Cármen (añadió) podia hacerse por sí sola una estátua. ¿Qué mucho, por tanto, si la gitanilla llegó á considerarse una obra perfecta de la creacion?

Su orgullo, sin embargo, no parecia orgullo de mujer, ni aspiraba, por lo visto, á exhibir sus dotes naturales con intencion mundanal de ninguna especie: era un orgullo que picaba más alto, pues aunque partia de la materia, se remontaba al espíritu. Si ella no pintaba podia hacer pintores, y la

gloria de éstos tanto habria de referirse á la pintura como á ella. Así es que en su obligacion no manifestaba fatiga ni amaneramiento: trabajaba con la quietud como el artista con las manos; oia los requiebros como el artista los elogios; cambiaba de postura como el artista de colores: en una palabra, no era un modelo de alquiler, sino un modelo de inspiracion.

Sus aptitudes para desempeñar papeles diferentes eran semejantes á la de las actrices de teatro, sólo que en éstas á la disposicion personal se une la enseñanza del oficio, miéntras que en Cármen todo brotaba de su propia y libre naturaleza. Llevaba con soltura y aplomo los trajes que la ponian, por extraños que fuesen á su humilde orígen; se colocaba con donaire en las posiciones que el pintor le indicaba, como si ya de antiguo las hubiera estudiado; reproducia un gesto, una sonrisa, un rasgo de dolor, cuántas veces lo demandaba la obra, y en suma, ella misma hubiera podido producir arte con sólo ponerse á tiro de un aparato fotográfico.

Cármen absorbia en el estudio de Fortuny no sólo el aire artístico que allí se respiraba, sino el ambiente moral y social de la noble familia y de la ilustrada concurrencia que á todas horas lo tenía poblado. Las más veces no alcanzaba á comprender la significacion de las frases que oia; pero nunca dudó de que aquellos conceptos fueran dignos de quien aspirase á alguna cosa en el mundo, y de que imitando lo que veia y reteniendo lo que

escuchaba, su trasformacion era obra del tiempo. Por de pronto la esposa del pintor le servía de pauta para el arreglo de su persona y para la continencia de sus modales. La primera vista del tocador de una dama fué para Cármen una revelacion, y sirva de prueba el afan con que se propuso imitarlo, si bien á poco de adquiridos varios efectos, tuvo que suplicar á Fortuny que se los guardara en alguna pieza de la fonda. Los habitantes de la cueva, á lo que parece, no habian querido admitirlos en su compañía.

Y ahora que de cueva hablamos, debemos presumir que la posicion de Cármen era difícil entre los suyos, dadas las profundas diferencias que en tan poco tiempo se habian establecido entre ella y los otros. Algun dia apareció Cármen en el estudio con los ojos rojizos como de lágrimas; otra vez se advirtió que un traje un poco largo que Fortuny le hizo para cierto modelo, se hallaba picoteado por la cola con unas burdas tijeras de esas que muerden al cortar: por último, una mañana que vino tarde, traia en el brazo derecho las señales evidentes de un rudo golpe. ¡Cuál sería el drama que en el misterio de la herrería se estaba desarrollando á aquellas horas!

Fortuny, que á pesar de sus distracciones perpétuas no dejaba de advertir algunas veces los extraños suspiros de Cármen, acudia con abundancia de dinero á compensar y á contrarestar tal vez los dolores de aquella pobre muchacha, hácia la cual sentia tan cariñosa afeccion. De este modo

calculaba que podrian conjurarse las torpes exigencias y los bárbaros procederes de su familia. Ella á cada nueva generosidad acumulaba una nueva dósis de agradecimiento para su bienhechor, de quien comenzaba á tener vergüenza por lo que recibia, y á quien desde el fondo de su corazon hubiera deseado servir de esclava con tal de que el destino no los hubiera apartado nunca.

Llegó al cabo el dia en que las obras del pintor y sus propósitos para lo futuro le aconsejaban abandonar las riberas del Genil por las del Tíber, pasando por Madrid, París y Lóndres para mostrar los adelantos de su arte. Ese dia fué el de la explosion de los afectos de Cármen y el de las revelaciones de su alma de fuego. Besaba á los hijos de Fortuny como si fueran propios; abrazaba á la esposa como á una hermana querida; se despedia de los objetos como si cada uno fuera una memoria de las que podian pertenecerle; y, por último, al dejar de ver al artista, cuando se entró en su coche de viaje, le dijo estas breves y desgarradoras palabras, envueltas en un copioso llanto:

—Adios, señor; ya no nos volveremos á ver.

III.

Fortuny obtuvo en Madrid un recibimiento triunfal, no por lo ruidoso, sino por lo expresivo. Los artistas de todas calidades, los jóvenes como los viejos, los célebres como los ignorados, que entre sí acostumbran á librar batallas de murmuracion y de amor propio, depusieron unánimes sus rencillas sobre el modo de producir la belleza, para admirar y enaltecer la belleza indiscutible del genio. Celebróse una exposicion privada de sus obras, que estuvo tan concurrida como la más solemne de las públicas; oyósele discurrir sobre el arte como en lo antiguo se escuchaba el parecer de los oráculos; y al despedirlo por última vez cargado de laureles y de oro en forma de carteras de artista, se le otorgó la honra de crear en su nombre un instituto pictórico, á que su talento habia ya dado celebridad extraordinaria. Nos referimos á *La Acuarela.*

La acuarela, ó sea la pintura sobre papel con colores disueltos en agua, fué la especialidad de Fortuny. Cuando la crítica le discuta otras dotes, si

llega á hacerlo, lo reconocerá como el primer acuarelista de su época. Con esos sencillos medios de expresion, y sorprendiendo las líneas del natural, así como los constrastes de la luz, Fortuny creia que se marchaba á unas nuevas regiones del arte de la pintura. Sus obras lo han justificado suficientemente. Así es que durante su estancia en Madrid procuró inculcar en el ánimo de sus jóvenes amigos la conveniencia de reunirse por las noches á una sola luz y un solo modelo, para ejercitarse en la mancha del papel, como camino que habia de conducirles á todas partes. Concurre en este género de pintura, además, la circunstancia de que moraliza las costumbres de los que se dedican á las artes bellas; pues como la noche ha negado al pintor sus luces para el óleo, y no para la aguada, fórmase en nombre de ésta una especie de casino donde, entre la emulacion del trabajo y los lances de la amistad, se aprovechan las horas de una manera alegre y productiva.

Para el que no ha visto uno de estos locales, es hasta cierto punto útil su descripcion. En el centro de una gran sala, que suele estar desprovista de moviliario y de adorno, áun cuando no de inscripciones y caricaturas, hay colocado un tabladillo donde el modelo ha de encaramarse. Por encima de éste, y á mediana altura, una lucerna como de teatro, cuyos focos se recogen por una gran pantalla, hace derramar fuertemente su luz sobre la figura, dejando lo demás en relativa sombra; y alrededor de todo, diez, quince, veinte hombres,

para quienes el modelo presenta diferente faz, lo diseñan y coloran, sobre su cartera unos, sobre una especie de reclinatorio otros, como si todos á la vez tomasen los diferentes puntos de una estátua. Modelos, luces y local, así como varios gastos menudos, se pagan á prorata por los concurrentes; y suele acontecer que atraidos extranjeros y coleccionistas por la fama de aquella escuela libre, se vendan allí mismo los trabajos que se ejecutan, convirtiéndose *La Acuarela* en fábrica y mercado de arte.

A la de Madrid han concurrido desde el primer dia los jóvenes pintores de más mérito, y muchos aficionados ilustres. El año aquel se distinguia entre todos por su constancia y habilidad un caballero inglés, no ya jóven, que viajando por España para distraerse y hacer un agradable empleo de su fortuna, se detuvo en Madrid una larga temporada por sólo disfrutar del trato de los acuarelistas.

Es comun, en efecto, que las gentes del Norte, cuyas costumbres difieren por lo general tanto de las nuestras, gusten pronto del país y prolonguen á veces por mucho tiempo su residencia en nuestra patria. La confianza con que se les recibe, la facilidad con que se introducen en todas partes, la prontitud con que adquieren amigos cariñosos, y más que nada, la amable indiferencia con que les dejamos hacer lo que se les antoja, contribuyen con el aire y el sol á que experimenten por nosotros una calorosa simpatía. El inglés, que asiste á la mesa de sus padres con frac y corbata blanca,

no puede ménos de creerse feliz cuando lo admiten á un trato culto con americana y hongo.

Este caballero de que hablamos, á pesar de la diferencia de edades y de orígenes, se avenia perfectamente con nuestros jóvenes y alegres pintores. Muy versado en la lengua española, aunque la hablaba con alguna dificultad, comprendia todos los chistes, apreciaba todas las donosidades, y era partícipe consciente de todas las bromas. Estirado y serio por naturaleza, no parecia, sin embargo, que pudiera contribuir más que con carácter de interino á aquella bacanal artística. Su aficion por las artes del dibujo, y singularmente por la acuarela, le obligaba en muchas ocasiones á condescender con sus improvisados compañeros en cosas para las cuales no mostraba aptitud. Entónces se sonreia, y nada más.

Una noche, por ejemplo, entró el aprendiz que desempeñaba funciones de conserje, con el extraño anuncio de que una jóven mendiga aspiraba á introducirse en la Sociedad. Veinte voces diversas brotaron al momento con veinte disparates:

—Si ha recogido bastante limosna, que te la dé.

—Aquí ya no se admiten más pobres.

—Dile que se sacuda y entre en cueros.

—Dale por mi cuenta un billete de veinticinco duros.

Y así los demás. El que hacía de cabeza en la reunion, que siempre hay uno que haga de cabeza, aunque la tenga á pájaros, opinó por que era propio de las circunstancias el dedicarse á retratar

mendigos, y dió órden para que la muchacha fuese introducida en el taller. Cuando esto sucedió, las bromas cesaron de repente, pues á las preguntas de quién era y á qué venía, contestó la andrajosa jóven con dignidad:

—No os burleis de mí. Yo soy el modelo de Fortuny.

Fortuny acababa de morir en Roma, y su muerte habia causado un verdadero y profundo pesar en el corazon de todos los artistas. Así es que ante el recuerdo de su nombre, evocado tan inopinadamente por aquella mujer, la escena, que comenzaba cómica, tornóse de improviso en dramática. Hubo tal acento de autoridad en el reproche de la mendiga y tal fuerza de conviccion en el anuncio de su título, que todos la respetaron á la vez, y más cuando advirtieron que lo elegante de su figura, lo gallardo de sus formas, lo correcto de su rostro y el brillo penetrante de su mirada, hacian, no ya verosímil, sino indudablemente cierta su declaracion. ¿Cómo se hallaba aquella mujer allí? ¿De dónde venía ó adónde iba? ¿Cuáles eran las causas de su actual estado de miseria?

Cármen, á quien el lector ya ha reconocido, refirió entónces á los que suponia cariñosos compañeros de Fortuny, su hallazgo de éste, sus servicios prestados en el arte, su gratitud por las bondades del pintor, su duelo al verle partir, su orfandad y su abandono despues de la partida. Valiéndose del pintoresco lenguaje de los suyos, les explicó cómo la Alhambra se habia quedado

vacía:—«Todos los pajarillos (murmuró) se fueron con el águila.»—Manifestóles en breves y avergonzadas frases su orígen en la cueva, su posicion entre su familia, sus ilusiones de alguna cosa grande en el mundo, y por qué, cansada de sufrir malos tratamientos, hambres y desnudez, habia huido de su casa, abandonando padres, hermanos, abuelos, honra y vida. Hízoles referencia, por último, de sus vicisitudes durante un tan largo viaje sin recursos y á pié; de sus confusiones desde que entró en la gran ciudad donde se hallaba; de sus trabajos para averiguar el punto en que podrian reunirse los pintores, y de su confianza, una vez descubierto éste, en el sagrado amuleto que traia consigo: el nombre de Fortuny.

Miéntras así se expresaba la gitana, el caballero inglés, para quien aquellas explicaciones parecian poco ó nada inteligibles, dobló su cartera como muchas noches, tomó su sombrero, y, haciendo un ceremonioso saludo general, desapareció de la estancia. Los pintores, conmovidos por la ingénua y hasta elocuente relacion de la mendiga, acordaron socorrerla por el pronto, y discutir los medios de ampararla despues, utilizando su persona en beneficio del arte. Despidiéronla, por consiguiente, con algun auxilio hasta la otra noche. Al salir Cármen á la calle encontróse en la puerta con el señor aquel que, desatendiendo su discurso, se habia marchado de la sala.

—¿Me reconoces? (le dijo éste con acento dificultoso, áun cuando muy amable).

—Sí, señor (respondió la gitana con seguridad).

—¿Has comido hoy?

—No, señor.

—¿Tienes casa?

—Ninguna.

—¿Dónde has dormido anoche?

—En el tronco de un árbol.

—¿Quieres venirte conmigo?

—Al momento.

—¿No te infundo temor?

—Los gitanos no conocemos el miedo, y además... (añadió bajando los ojos pudorosamente) tampoco podemos tener vergüenza.

Tras de este corto diálogo, el extranjero tomó un coche de plaza, entróse con la gitana en él y se dirigió á la magnífica fonda donde vivia. Allí, un poco confuso por la extrañeza de su posicion, dijo á los criados que diesen de cenar á aquella infeliz y que le procurasen cuarto para pasar la noche, sin perjuicio de otros encargos que, con respecto á ella, les daria á la mañana siguiente. A no estar el inglés tan acreditado en la fonda por su noble conducta y por sus liberalidades, quizá los sirvientes no se hubieran atrevido á ejecutar sus órdenes.

Al otro dia encargó, con efecto, el señor, que le buscasen una doncella, versada en el servicio de las damas, á la cual, prévio el adelanto de una respetable suma de dinero, instruyó en todo cuanto debia hacer. Y ello fué que á las pocas

horas del encargo, Cármen, aderezada y vestida, Cármen, radiante de animacion y de gozo, Cármen, bella como en sus mejores tiempos, ó más aún, por la palidez y desgaste doloroso de sus lindas facciones, se presentó como una reina en el gabinete del artista desconocido.

Renunciamos á emitir opinion sobre las ideas del inglés y prohibimos terminantemente que se nos pida. ¿Era sólo un hombre benéfico y caritativo? ¿Creia heredar la gloria de Fortuny con la posesion y monopolio de su modelo? ¿Aspiraria acaso á educar y unirse despues en matrimonio á una gitana célebre? — Todo es muy posible tratándose de un inglés; pero la única verdad del asunto es que en los dias que se sucedieron á la extraña aparicion de la huéspeda, todos los de la fonda convienen en que el señor no veia á la muchacha más que á las horas del dia en que, vestida con ciertos trajes, á cual más caprichoso y rico, se le presentaba á puerta abierta delante de su caballete. Allí, en posiciones distintas y con adornos varios, pasaba hora tras hora en su contemplacion y diseño, sin permitirse las más de las veces cruzar con ella la palabra. Por lo demás, Cármen ocupaba ya en el establecimiento una de las mejores habitaciones, y disponia, no sólo del peculio, sino hasta del carruaje del inglés.

Con ese espíritu de asimilacion á que hemos aludido ántes de ahora, la gitana se poseia de todos los papeles que las vicisitudes de su fortuna la obligaban á representar. En pocos dias de sentarse

á la mesa aprendió á comer; en pocos dias de tener criada aprendió á dejarse servir; en pocos dias de alternar con gentes cultas y elegantes aprendió maneras elegantes y cultas. Los vestidos y adornos de señorita caian sobre su airoso cuerpo como si constantemente los hubiera llevado; y ya sea por instinto tambien, ó por reminiscencias del buen gusto que adquirió en la Alhambra, sabía escoger entre la forma de los trajes y el matiz de los colores, aquello que realzara su belleza sin pervertirla. Cármen era un maniquí para el arte, para la sociedad, para la inteligencia y para las costumbres.

Daba órdenes á su cochero sin mirarlo; abria y cerraba de un solo golpe la portezuela de su carruaje; se ocultaba en su fondo, no como quien se acuesta, sino como quien se reclina; y cuando á lo largo del paseo consideraba oportuno exhibir los perfiles de su rostro por ambos cristales, no dirigia la vista á ningun objeto ni persona, como quien exige admiracion sin correspondencia. En la Fuente Castellana principió á ser objeto de la curiosidad pública aquel rico tren y aquella preciosa señorita. Ninguno la conocia ni la habia encontrado en parte alguna, por lo cual la hubieran creido extranjera, si su carácter harto español no hubiese denunciado otro orígen diverso.

No faltaron mozos atrevidos, de esos que llevan el alta y baja de las mujeres de Madrid, que se atrevieran cierta noche á seguir su berlina hasta el

hotel adonde se detuvo. Allí experimentaron una decepcion terrible al escuchar, á cambio de unas monedas, la siguiente frase del portero:—«Esa muchacha corre por cuenta de un inglés.»—Los ingleses son el terror de los amantes pobres.

Este de que nos ocupamos habia perdido la chaveta con el encuentro de la gitana. Todas las joyas, todos los trajes, todos los adornos de más gusto que veia en las tiendas se los llevaba á Cármen para que los luciese, ya en el salon de la fonda, ya en los salones de los paseos. Lo único que no hacía era acompañarla á ninguna parte. Alguna vez hubiera podido sorprendérsele en los jardines de Recoletos esperando su propia berlina para verla pasar. Por lo demás, se contentaba con que la camarera le refiriese por las noches todo lo que la señorita habia hecho durante el dia, cuya relacion escuchaba con encanto.

Una tarde, en el momento que Çármen, vestida ya, esperaba junto al balcon con infantil impaciencia la llegada de su cochecito, oyóse descompasado rumor á la puerta de la fonda y voces alternadas como de riña. Un mozalvete de sucio aspecto, sorprendido, al parecer, pidiendo limosna, luchaba con los delegados de la autoridad para que no le llevasen á la prevencion, protestando de que no era mendigo, y obteniendo, como acontece por lo comun entre nosotros, las simpatías generales del público. Cármen, á quien la curiosidad indujo á asomarse, no pudo ménos de poner su atencion en el individuo preso; y al contemplarlo fijamente,

exhaló un grito como de horror, que á las propias personas de la calle hubiera alarmado, si ella, apartándose del balcon al momento, no hubiese ido á caer medio desvanecida en uno de los sillones de su sala. La doncella que la asistia acudió en el acto á su socorro, procurando inquirir el motivo de tan violento accidente; mas al ver que la jóven procuraba tranquilizarse á sí misma, y que el orígen de todo era una escena vulgar entre extraños, limitóse á propinar á su ama los auxilios comunes en un ataque de nervios. Cármen, sin embargo, mandó despedir el coche; dijo que su malestar podia recrudecerse más tarde, y adoptó la precaucion de no tomar alimento, retirándose en seguida á su cuarto.

Al volver por la noche el inglés á la fonda, se encontró con la novedad inesperada de Cármen. Poco satisfecho de las explicaciones que la doncella le daba sobre el accidente, deseó interrogar en persona á la jóven para adquirir plena certidumbre de lo ocurrido. Cármen le manifestó, con la mayor sencillez, que habiendo contemplado la lucha sostenida por aquel pobre hombre con los agentes de la autoridad para libertarse de ir preso, por el solo delito de pedir limosna, habia recordado desde su abundancia presente la época no muy lejana en que pudo hallarse en situacion parecida, y hasta asaltádole la fatal idea de volver á encontrarse en ruina y abandono tan horribles. A esto achacaba su indisposicion del momento y su febril estado despues. Semejantes razones pareció

como que tranquilizaban completamente al extranjero, quien con este motivo dirigió á la muchacha algunas frases cariñosas.

Pasados varios dias en que Cármen no quiso salir, volviéronse á reanudar sus excursiones en carruaje, á que tanta aficion habia mostrado siempre. Una tarde de las que paseaba por entre las filas de coches de la Castellana, luciendo con su ya habitual coquetería el precioso tocado de su cabeza, acertó á distinguir detrás de un árbol la figura de un jóven casi harapiento y de torvo continente, ante cuya vista se reprodujeron en su ánimo las impresiones del balcon de la fonda. Pálida y azorada de súbito, bajó un vidrio de los de delante para gritar al cochero que se saliese de la fila y tomase al galope la direccion de casa. Mas cuando el cochero desviaba la berlina para cumplir las órdenes de su señora, el hombre aquel, que sin duda acechaba un momento oportuno y temió que se le iba á escapar, atravesó frenético por entre los coches, ganó la gran avenida del paseo, detuvo con férrea mano las bridas de la yegua, abrió la portezuela de la berlina, y arrastrando á Cármen por un puñado de cabellos y blondas hasta el suelo de la calzada, comenzó á descargar sobre ella tal diluvio de palos, con un corto, pero grueso garrote que entre la manga de la chaqueta traia oculto, en términos de que la infeliz, cuyos ayes, desde ántes de verlo llegar, traspasaban el corazon, quedó en pocos minutos como muerta. Las gentes, para quienes tan insensata como cruel acometida pro-

dujo el espanto que puede imaginarse, acudieron en el momento al lugar de la escena, bajándose de los coches unos, desmontándose de los caballos los otros, corriendo los de á pié desde las alamedas laterales, en actitud amenazadora todos contra el delincuente. Éste, que con la violencia de los golpes habia dejado escapar su estaca en el aire, hizo un movimiento extraño hácia la cintura para esgrimir, segun luégo se supo, un arma por extremo brutal, unas grandes tijeras, cuyas anchas hojas relucian como afilados cuchillos, amagando dos muertes de un solo embite. Pero ya los circunstantes lo habian estrechado de tal modo, que, al intentar su bárbaro designio, encontróse sujeto por la espalda é imposibilitado de inferir nuevas ofensas á su víctima.

Los agentes de la autoridad tuvieron que contener entónces, no sin gran trabajo, las agresiones de que el malhechor iba á ser objeto por parte del público; y dedicándose los unos á cruzar ligaduras por sus muñecas para conducirlo á la cárcel, acudieron otros á socorrer á la jóven, que, ensangrentada y sin sentido, se revolvia entre las ruedas de su propio coche. En tan crítico momento alguna voz más alta que las otras pudo increpar al miserable, diciéndole:

—¿Qué es lo que has hecho, malvado? ¿Por qué asesinas de este modo á una pobre mujer?

A cuyas palabras el mozuelo, pálido de facciones y rojo de mirada, con greñas, que no cabellos, sobre su estrecha frente, intentando un esfuerzo

poderoso para hacerse oir, repuso con salvaje arrogancia:

—He hecho lo que debia: esta que veis tendida en ese suelo es mi hermana. Mátenme ahora, que yo he vengado mi honra y la de mi familia.

Era Bastianillo, el gitanuelo aquel que en la herrería opinó porque la tizne del carbon era la única pintura que no deshonraba á las gitanas.

IV.

Cármen fué colocada en el coche á puñados, como suele decirse, y conducida por dos agentes de órden público á la casa de socorro más próxima, con el fin de que le practicasen la primera cura. Los facultativos juzgaron que sus heridas no eran de gravedad, pero que habia síntomas de conmocion en el cerebro, cuyas consecuencias eran incalculables. Prohibieron, pues, que por el pronto fuese trasladada á su domicilio. El cochero lo participó así, y la doncella vino en el acto al lado de su señorita, pues el inglés no se hallaba en la fonda. Sigámosle los pasos.

Noticioso, por el rumor público primero y por sus sirvientes despues, del escándalo ocurrido en la Fuente Castellana, que era la comidilla del dia, encerróse en su cuarto, con las señales de la más extraña emocion, y se puso á escribir precipitadamente. En un gran sobre colocó varios documentos y una carta, cerrado el cual puso otra carta encima, cubriéndolo todo con un segundo sobre que dirigió á la doncella de Cármen. Despues ar-

regló de cualquier modo sus efectos privados, pagó en la fonda cuanto se debia ó pudiera deberse, y tomando sus maletas desapareció.

En la carta de la doncella prevenia á ésta que no entregase á Cármen el otro pliego hasta que su salud lo permitiese sin peligro; incluia una buena propina para ella, y recomendaba una disculpa verosímil, por el pronto, para justificar su desaparicion de Madrid. En la carta de Cármen decia poco más ó ménos lo siguiente:—«Nunca esperé que las vicisitudes de tu vida te condujeran al escándalo que hoy nos amenaza á todos, y cuyas consecuencias me asustan. Mi posicion en la sociedad, y deberes sagrados de familia, me impiden tomar parte en asuntos que siempre he mirado con horror y que ahora miro con espanto. Te hago donacion de cuantos efectos mios se encuentren en casa y de todo lo que en esta época he adquirido para tí, incluyéndote además una suma suficiente para que establezcas una industria. No intentes buscarme jamás, porque jamás volveremos á encontrarnos.»

Cármen, cuya permanencia en la casa de socorro no fué larga, comprendió por la lectura del documento la justicia con que aquel hombre se apartaba de ella. A todos los blancos les deberia suceder lo mismo. Reunió su equipaje, sus alhajas y el dinero que aquel digno señor le arrojaba á los piés, y se redujo á una habitacion humilde, miéntras meditaba sobre su vida futura. ¿Cuál podia ser ésta? Abandonada de los suyos y de los extra-

ños; maldecida de éstos y menospreciada de los otros; bella para divertir y horrorosa para tratar, la vida de la civilizacion no le descubria más horizonte que el de las lágrimas. Mucho lloró, pues, la infeliz en su triste aislamiento; pero no se quejaba de nadie. ¿Con qué derecho podia hacerlo? ¿Á quién iba á culpar? A su loca ilusion.

Con otro carácter que el de Cármen, el escándalo de la Fuente Castellana hubiera sido una mina de ventura y de gloria entre ciertas gentes: con el carácter de Cármen, fué un abismo de dolor y de vergüenza. Cuando se encontraba en sus raras excursiones alguno de los amigos de *La Acuarela*, léjos de ir hácia ellos, esquivaba su vista y bajaba los ojos, como si tuviera que acusarse de algun delito. ¡Ella, que en su vida cometió ninguno!

Cierta mañana se le presentó á interrumpir sus lúgubres pensamientos una vieja desconocida, de escaso cuerpo y abultadas carnes, cuyas trazas hacian presumir una juventud no exenta de hermosura. Su traje era modesto aunque fino, y una especie de adorno de cabeza, que le ocultaba cuatro pelos planchados, denunciaban hábitos de coquetería. La punta de su nariz se inclinaba á la de su barba, como suele acontecer á los pergaminos de los libros viejos, y en su boca faltaban algunos que otros dientes, como á los propios libros suelen tambien faltarles algunas que otras hojas. Hablaba muy bajo, con apariencias de misterio, por lo cual su conversacion no pudo ser oida de ninguno de los curiosos de la casa. Dividióse, al

parecer, en tres partes: la primera fué como de interrogaciones, á la cual Cármen no contestaba sino con monosílabos; la segunda era evidentemente de consejos, y á ésta no respondia Cármen más que con algun suspiro y alguna lágrima; la tercera debió referirse á ofertas maliciosas, puesto que la gitana se levantó de repente, señalando la salida de su cuarto con ademan amenazador. Al salir, con efecto, la vieja, pudieron ya oírsele estas despreciativas frases: —«Quédate con Dios, hija mia, que no sirves para nada.»

Cármen, sin embargo, servia aún para algunas cosas. Por conducto de la que fué su doncella mandó vender todas las alhajas y ropas de algun valor que poseia, quedándose únicamente con lo puesto. Parte de su importe lo empleó en dádivas para gentes de curia y en remitirlo por la misma doncella á la cárcel: la porcion mayor, que no era corta, la puso en letra para Granada con una direccion difícil de comprender. Concluidos estos asuntos, de que por fuerza tuvo que enterarse su antigua sirvienta, salió un anochecer de su casa y no ha vuelto todavía. Nadie dió razon de su paradero.

Últimamente, al limpiar los estanques del Retiro, se encontró entre el fango, al decir de los periódicos, una muchacha jóven y bella, cuya personalidad no fué identificada.

¿Sería Cármen la de Fortuny?

EL BRIGADIER FERNANDEZ.

EL BRIGADIER FERNANDEZ.

I.

El Sr. D. Juan Fernandez de Peñarrubia, conocido entre algunos por el *Coronel Vaillant*, y entre otros por *D. Juan Berrinches*, era uno de esos militares que hicieron su carrera paso á paso, ó, por mejor decir, á fuerza de puños.

A la edad de ocho años y medio, en 1809, caminaba sobre la carga de un mulo á la cabeza de un convoy que conducia su padre, teniente coronel de guardias valonas, con direccion á una ciudad amenazada por los franceses. El muchacho llevaba en la mano izquierda el ronzal de la caballería y en la derecha una vara para arrearla, cuando el convoy fué sorprendido por el enemigo en la garganta de un desfiladero. La escena fué espantosa, como de la furia del invasor podia esperarse: todos los conductores fueron pasados á cuchillo, sin piedad y con ensañamiento; el pobre teniente coronel hizo pagar cara su vida al pié de la propia acémila que conducia al pequeñuelo por quien deli-

raba, y ni áun este infeliz se vió libre de un sablazo sobre el hombro izquierdo que un bárbaro le asestó en la embriaguez de la matanza, ansioso, sin duda, de concluir con todo lo viviente. El muchacho bajó el hombro por instinto al recibir el golpe, pero por instinto tambien alzó la vara y cruzó con ella, no el rostro, aunque sí la gorra del francés, el cual sobrecogido de aquella extraña accion, no pudo ménos de gritar: *¡Ah bon vaillant!* dirigiendo su espada y su coraje contra otro moribundo. El chicuelo entónces arreó la bestia, como iluminado por una idea de posible salvacion, y ella, á quien los tiros y las voces habian espantado al principio, partió á correr de una manera desesperada, hasta que sin saber cómo penetró por las puertas de la ciudad. Fué lo único que se escapó del convoy: allí iban el equipaje del teniente coronel, los fondos de la escolta y la balija del correo; todo lo que podia ser útil, una vez perdida la jornada.

El efecto que esta singular aparicion produjo entre los sitiados es indescriptible. Al asombro de los primeros instantes sucedió una explosion de entusiasmo que rayaba en delirio.—«¡Viva el rapaz! (gritaban las gentes reunidas en torno de la cabalgadura). ¡Viva el valiente! ¡Muera el francés! ¡A las armas, y vengar al padre!»—Un hombre del pueblo, pariente muy lejano de la familia, decia, subido en un banco:—«Señores, ese es mi sobrino,»—y por sólo su palabra se le llevó en hombros hasta el lugar en que se erguia el pequeño héroe.

Conocida la noticia en Madrid, el Rey, que habia concedido ya al muchacho los cordones de cadete por méritos de su padre, lo hizo alférez con antigüedad y sueldo, y le otorgó una cruz. El dia que se la pusieron en el pecho al frente de banderas y por mano del general gobernador de la plaza, hubo en el pueblo fiestas reales. Se tiraron cohetes, se repicaron las campanas, se dió pan á los pobres y se alistaron doscientos mozos para combatir, en clase de voluntarios, al invasor francés. Un poeta, no malo, compuso unos versos comparando la hazaña del nuevo alférez á las de Juana de Arco y Santiago Matamoros. Adoptóle el Ayuntamiento como huérfano de la patria, comenzando por regalarle un precioso cabestrillo, bordado de oro, para que descansase el brazo de la herida; y todos los alféreces se disputaron el honor de colocar su propia charretera en el hombro del insigne compañero. En fin, la pequeña espada con que se le armó, fué donativo de unas monjas que desarmaron al San Miguel de la iglesia.

De este modo principió la vida militar de Juanito Fernandez, ó por mejor decir, del *Alférez Tailan*, que es como el pueblo lo bautizó en su entusiasmo, recogiendo la calificacion burlona del enemigo.

Carrera tan brillantemente comenzada no podia ménos de ser próspera en sucesos singulares. Y así sucedió, en efecto, pues donde quiera que hubo peligros que correr ó lauros que conseguir, allí se hallaba el alférez Tailan, el teniente Tailan, el

capitan Vaillant, cuyos ascensos eran tan rápidos como la gloria de sus acciones. El coronel de su regimiento decia:—«Ese muchacho lo aprende todo, ménos la prudencia.»—Combate hubo en que recogió la primera bala y la última, y cuando le amonestaban por ir demasiado léjos, respondia: —«Los jóvenes necesitamos llevar escrita en la piel la hoja de servicios para que luégo la crean.»

Aún no habia cumplido veinte años cuando ya era comandante, tenía el pecho cubierto de cruces y gozaba de una reputacion especial en todo el ejército. Crecia á la vez en estatura y en belleza física, desarrollaba caballerosidad y donaire, hacíase querer de sus soldados, de sus compañeros y de sus jefes; era, en fin, uno de esos militares á quienes las patronas reciben con sonrisas y despiden con lágrimas.

Si la guerra de los franceses dura dos años más, Fernandez hubiera llegado, con bozo aún, á los primeros puestos de la milicia; pero entónces no hubiese adquirido tal vez la educacion civil que á sí propio supo proporcionarse en el marasmo militar que arrastró entre ambas guerras. Al declararse la civil en 1834 era ya un hombre de carácter; habia sufrido humillaciones y postergaciones, como casi todos los militares distinguidos de aquel tiempo; habia sido calumniado y procesado hasta obligarle á adoptar voluntariamente una emigracion; habia tenido amores sin ventura por efecto de extrañas incidencias; en una palabra, habia hecho su campaña social, no ménos azarosa que la

de sangre, aunque con resultados bien diferentes. De la de las armas sacó ilusiones y fantasías; en la del mundo se formó para los acontecimientos y embates de la realidad.

Debemos decir, áun cuando esto no le sea muy favorable, que la declaracion de guerra entre cristinos y carlistas produjo en su alma de soldado cierto placer secreto. Tambien los cirujanos se regocijan interiormente cuando se les presenta ocasion de cortar una buena pierna.—No le llamaron, á pesar de todo, á las armas en el primer momento; pues es achaque de situaciones nuevas el valerse de hombres vulgares y desconocidos, olvidando los de valer probado y honrosa historia. Sólo cuando la guerra comenzó á tomar formales proporciones y á conocerse la inutilidad de improvisados caudillos, fué cuando se volvió la cara hácia militares serios, en cuyo número, aunque en modesta esfera, se encontraba el célebre comandante Vaillant.

Pero Vaillant no acudió á Madrid en busca de los favores del Gobierno, ni se introdujo cautelosamente en el estado mayor de alguno de los generales, sino que, soldado de filas como en la primera campaña, y soldado de los que creian que la guerra era batirse á todas horas, se puso al frente de un batallon de los que operaban en los puntos de mayor peligro, y allí recomenzó la série de sus proezas. Sucede, sin embargo, en campaña que no son por lo comun los más atendidos aquellos que demuestran más actividad y bizarría: hay en

la guerra, áun cuando esto pueda parecer absurdo, momentos y resoluciones de no batirse; en los cuales el que se lanza á la lucha con ardor es tenido por temerario si vence, y por loco si no alcanza todo el resultado que se propuso. Así las guerras civiles, que deberian todas acabarse al principio, toman cuerpo sin saber cómo, y de nubecillas que cualquier soplo de viento pudo disipar, se convierten en tempestades que asolan y destruyen reinos enteros. Al batallon del comandante Vaillant se le llamaba el batallon temerario.

Otra circunstancia influyó, sin duda, poderosamente en que la carrera de Fernandez, tan gloriosa entre sus compañeros y en los lugares de la pelea, no obtuviese del poder público el mismo satisfactorio reconocimiento. Cuando él oyó por primera vez que Riego se habia *pronunciado* en las Cabezas de San Juan, cogió el *Diccionario de la lengua española* para ver la significacion de aquella palabra que desconocia, y no viéndola, se dolió de su ignorancia científico-militar, que hasta entónces le habia ocultado aquel nuevo género de combate. Luégo que supo que pronunciarse era desobedecer, subvertir el órden, imponerse á las leyes con la fuerza bruta, y sacar partido de las armas sin exponer la vida, dolióse ya del porvenir del ejército, anatematizó la conducta de los que así obrasen, áun cuando fuera para salvar la patria, y juró sobre su cruz laureada de San Fernando no pronunciarse nunca, ni obtener medro alguno por tal linaje de estrategia.

Decir que este juramento le fué fatal en adelante, es excusado para lectores del dia, quienes en su mayor número, condenando la accion, no pueden arrojar la primera piedra para justiciarla. Sucedió, pues, que, áun durante la guerra, perdió Vaillant no pocos ascensos por negarse á promover ó decidir ciertas insurrecciones, las cuales producian la elevacion de sus subalternos y su eclipse personal, con mezcla de amarguras y desencantos. Así se explica cómo habiendo comenzado la campaña carlista de segundo comandante, la concluyó de sólo teniente coronel, cuando muchos de sus compañeros y amigos eran brigadieres y generales, con ménos acciones, heridas y victorias que las anotadas por el estado mayor en su brillante hoja de servicios.

Todavía pasaron cerca de diez años, despues del convenio de Vergara, para que obtuviera el baston de coronel en la segunda campaña de Cataluña; y al ver allí que le mandaban los que fueron sus inferiores en todos terrenos, y que por ordenanza debia sumision y ciega obediencia á los que nunca respetó ni por sus luces ni por su pericia, hecha la paz pidió y obtuvo su retiro, yendo á ocultarse en un poblachon de Castilla la Vieja, donde recordaba haber dejado algunas cariñosas afecciones.

En este modesto lugar es adonde le sorprende nuestra historia; viejo ya, enfermo ya, tipo ya de los que en consorcio con el cura, el escribano y el médico constituyen la fisonomía de nuestros clá-

sicos lugares. Allí encontró dos hermanas solteronas de buena familia á quienes treinta años ántes habia requebrado, y hallándolas solteras aún por falta de novios que las hubiesen pretendido, las hizo sus patronas, sus deudas y sus esclavas.

¡Ah! Iba á olvidársenos decir que un dia apareció en la *Gaceta* el Decreto más característico que, sin duda alguna, ha de figurar en nuestra historia contemporánea. Hé aquí, poco más ó ménos su redaccion:—«Vengo en promover al empleo de brigadier de ejército á todos los coroneles que, mandando cuerpo, no se pronunciaron en 1854.«—Este Decreto estaba firmado por uno de los generales Ezpeleta, y aunque por entónces metió gran ruido, y produjo, si mal no recordamos, hasta la caida del firmante, es lástima que no haya quedado el molde hecho para repetirlo con cierta periodicidad.

Inútil es añadir que correspondió el entorchado anónimo al coronel Fernandez; pero éste, en cuyas teorías sobre milicia no entraba la obtencion de un empleo sin motivo evidente, estuvo á punto de renunciarlo, siendo forzoso que se empeñaran todos los caciques del lugar para que no lo hiciese, á lo que accedió al fin con estas dos indispensables cortapisas:—Primera, que no se habia de hacer nunca el uniforme. Segunda, que todos los del pueblo habrian de seguirle llamando el coronel Fernandez.—Prometiósele así, regocijáronse sus amigos del aumento de sueldo que habia de proporcionarle mayor holgura en su retiro, y nadie

hubiera vuelto á decirle una palabra sobre su nueva jerarquía, si cierto teniente general, que era teniente coronel cuando él mandaba el regimiento, no le hubiese remitido sus entorchados de plata y su fajin celeste por conducto del gobernador y del alcalde. Aceptólos Vaillant como holocausto de la injusticia humana reconocida, y llamando á grito herido, segun tenía por costumbre, á sus viejas patronas, los arrojó sobre la mesa diciendo:

—Ea, muchachas: ahí teneis el hábito para amortajarme.

II.

El coronel Fernandez tenía un genio de todos los demonios. Aquel hombre tan listo en sus primeros años, tan jovial en su juventud, tan donoso en su edad madura, se habia vuelto una especie de tigre en los confines de su vejez. Sus pobres patronas decian, recordándolo, que se le habia agriado el carácter; pero aunque sus pobres patronas tenian razon, ellas no sabian explicarse las causas.

El carácter de las criaturas depende por lo comun del estado de la sangre que circula por sus venas, y la sangre humana no es ni más ni ménos que una especie de vino. Jugo en su orígen azucarado é incoloro, mosto despues efervescente y volátil, licor más tarde que da fuerzas y vida, arrope turbio, por fin, si se le renueva con jugos frescos, ó vinagre picante si á su alrededor se produce el vacío, tal es la sangre humana. — Los viejos con familia suelen tener mal genio; pero los viejos sin familia lo tienen siempre rematado, y es que se les avinagra la sangre.

Al coronel no le habia sucedido nada en su vida que pudiera justificar sus malos humores; y, sin embargo, esos malos humores estaban justificados por el propio curso de su existencia. Bastóle cuando niño para ser feliz lo poético de su entrada en la milicia y los cuidados que el entusiasmo público prodigó cerca de él; bastóle cuando jóven la belleza de su figura, la intrepidez de su carácter, la gloria de sus hazañas; bastóle cuando hombre la estimacion de sus amigos, el respeto de los extraños, el prestigio con las mujeres, la popularidad de la prensa; y hasta los contratiempos y reveses de su fortuna, íbamos á decir, fuéronle placenteros en cierto grado; que goces hay para el individuo en las desatenciones del poder, cuando contrastan con el clamor general que otorga justicia.

Pero llega un tiempo en que todos los dones de la naturaleza humana se precipitan hácia ese otoño de los cincuenta años, en que niñez, juventud y virilidad pasan de improviso á la historia. El alma sigue fresca y potente cuando los cabellos comienzan á encanecer, la vista á vacilar, el estómago á resistir; fuerzas y alientos se contraen, como temerosos de que se les exija la labor de otras veces; una ruindad externa denuncia los deterioros de la máquina bruta; la patología con todá su cohorte de fenómenos sucios, sustituye á la fisiología con todo su cortejo de vitalidades rosadas. En esa edad, pues, en que la criatura va por sus ilusiones á la caja de ahorros y compra sus perfu-

mes en la botica, la imaginacion se reconcentra en sí propia para proceder al inventario de sus haberes. Reflexiona entónces que el término medio de la existencia es el principio del fin de la existencia misma; ve claramente que todo lo que ha dejado para despues lo ha dejado para tarde; siente que se alejan de su seno los fantasmas blancos de la alegría, para volver con crespones de luto y de horror; en una palabra, comienza á suicidarse el espíritu.

Esta situacion normal de los humanos, que pasa por anormal entre los que no piensan, es tanto más terrible cuanto más dichoso es el individuo que la contrae.—¿Por qué no podré yo? ¿Por qué no querré yo? ¿Por qué no sabré yo? Hé aquí las cuestiones que se plantea.—¿Qué he hecho yo? ¿A qué puedo aspirar yo? ¿Cuánto habré de durar yo? Hé aquí las dudas que le asaltan.—¿Con quién estaré yo? ¿A quién encontraré yo? ¿Dónde iré á parar yo? Hé aquí los temores que le mortifican.

El sér más alegre é ilusionado hasta aquellos dias, principia á tornarse taciturno y escéptico. Le enfadan todas las juventudes, todos los placeres, todas las emociones; le molestan todas las ternuras, todas las gracias, todas las sensibilidades; principia á desdeñar cuantas cosas constituian en otro tiempo su encanto, y cree de buena fe que va conociendo el mundo, por la anulacion de los elementos con que ántes lo conocia y disfrutaba.

Todos estos síntomas constituyen una verda-

dera enfermedad, no clasificada aún por los médicos, pero que lo será en breve. Los médicos, acusados, y con cierta razon, de materialistas, andan en busca de enfermedades morales para librar á su ciencia del menosprecio de los filósofos. Ya tienen una muy bonita que llaman *nostalgia*, en la que dicen que sólo el alma padece y sufre; tambien han inventado los *nervios*, donde nada á su parecer se dislacera ni corrompe sino en la masa impalpable del espíritu: ambas dolencias las curan del mismo modo, con billetes de ferrocarril de vuelta las unas, y de ida las otras. Pero ninguna de esas enfermedades vale un comino ante esta de que nos ocupamos, y que no se cura con ir y volver, ni se contrae á cierto número de individuos ó estados, sino que comprende á todo el mundo, sin distincion de clases ni jerarquías; ántes bien, atacando y agobiando con mayor pesadumbre á los de las más encumbradas posiciones. Nosotros le pondremos por nombre provisional la *cincuentena*, y advertiremos á los médicos, por lo que valga, que desarrolla toda su furia contra los que han sido más felices en sí solos y para sí solos.

La cincuentena del brigadier Fernandez llevaba ya algunos años de ser insufrible. Hé aquí una muestra de los malos humores de D. Juan.—Despertábase, por ejemplo, á las once de la mañana y tiraba un fuerte cordonazo de la campanilla. Paca acudia instantáneamente á su habitacion, sin hacer ruido alguno, y despegaba un par

de dedos el postigo por donde entraba la luz.

—¡Doña Francisca! (gritaba Fernandez desde su alcoba). Basta de sol: ¿qué hora es?

—Soy yo, señor (decia Paca con humildad).

—¡Ah! ¿eres tú, Paca de los demonios? Tú habias de ser para mortificarme desde temprano. ¿Qué hora es, te he dicho?

—Las once.

—¡Truenos y rayos! Las once de la mañana, y me teneis durmiendo todavía! Ya se ve, ¿á vosotras qué os importa? Luégo me acuesto por las noches y no me puedo dormir hasta la madrugada; pero en cambio vosotras teneis tiempo de chismear con las vecinas y de roer las peanas de los santos. Anda, salte de ahí, quítate de mi vista, márchate.

Paca salia del aposento con la propia humildad con que habia entrado y sin decir palabra. Don Juan daba media vuelta y volvia á quedarse profundamente dormido.

A la mañana siguiente, á las nueve en punto, deslizábase doña Francisca en las habitaciones del señor, con el mismo cuidado que una paloma.

—¡Paca! (gritaba al instante el Brigadier).

—Soy yo.

—¡Ah! ¿eres tú, Francisca de los diablos? Ya debí conocerlo en que vienes á sorprenderme á oscuras. Tú habias de ser para mortificarme, cuando estoy acostumbrado á que éntre Paca. ¿Qué hora traes?

—Las nueve.

—¿Las nueve no más, vieja condenada? ¿Y te vienes con esa calma á despertarme á las nueve, cuando sabes que no logro dormirme hasta que es de dia? Vosotras os habeis empeñado en acabar conmigo.

Y diciendo así se echaba de la cama desaforado, presentándose á doña Francisca en unas condiciones de traje que ponian horror á las virtudes nunca profanadas de la buena señora. Al retirarse ésta precipitadamente, sin dar lugar á que el brigadier abriera los balcones, iba diciendo hasta la cocina:

—No vuelvo á entrar, no vuelvo á entrar, no vuelvo á entrar.

Y la pobre vieja rezaba tres ó cuatro oraciones en descargo de las impremeditadas culpas de su señor.

El servicio de las sopas de ajo era la segunda tarea de cada mañana. Si las sopas estaban calientes, decia D. Juan que lo trataban como á un buitre, sorprendiéndole medio dormido para achicharrarle el estómago, á ver si tomaba una irritacion que se lo llevase Pateta. Si las sopas estaban frias, las comparaba á la sangre de aquellas brujas, que no teniendo ya calor en nada ni por nada, no sabian comunicárselo ni á unas malas sopas. Si les apuntaba la sal, decia que lo habian hecho con intencion para que pasase la tarde bebiendo agua y no tuviese luégo ganas de comer. Si estaban sosas, amenazaba con tirarlas por la ventana y á las viejas detrás, para proveerse de un par de

criadas jóvenes y lindas como siempre le habian servido. En suma, las infelices mujeres no respiraban con desahogo hasta que el señor Brigadier se marchaba á la botica.

Por lo demás, no las habia tan felices en toda aquella tierra. Don Juan les entregaba su paga á primeros de mes, reservándose únicamente algunos duros para jugar al tresillo, que solian volver intactos; comia poco y de lo que le daban; no se mezclaba jamás en el arreglo de la casa ni en la vida de las mujeres; les instaba á que se comprasen ropa, no sólo la precisa, sino hasta de lujo; cuando iba á las ferias les traia santos, estampas, pañuelos y golosinas; cuando estaban enfermas las hacía cuidar como si fuesen familia propia, y, en fin, aparte de los malos ratos que solia darles con su pícaro genio, al cual, con todo, ya estaban acostumbradas, Paca y doña Francisca hubieran llevado cualquier dia en volandas al señor brigadier Fernandez para colocarlo en el altar de la iglesia.

Temblábanle como se le tiembla al niño á quien se ama, cuyas soberbias y berrinches pueden costar caro á su propia salud, y de cuyas ofensas no se toma ofensa; obedecíanle como se obedece al pájaro de quien se teme que se dé golpes en la cabeza con la jaula, y á quien se niega el alimento, á pesar de sus píos, para no producirle indigestiones; callábanle á todo, primero porque era el señor, despues para no irritarlo más con sus respuestas, y finalmente, porque tenía muy buen

fondo y la mayor parte de las veces hablaba de memoria. ¿Qué razones tan grandes no podian asistir á D. Juan para pasar su vida en perpétua amargura? Él, que habia sido tan grande hombre, que habia alcanzado tan ilustres preeminencias, que habia hecho ocuparse á los papeles y á los libros con sus hazañas y sus victorias, ¿no era un sér superior á quien se deben todo género de consideraciones, abdicaciones y hasta humillaciones? Así pensaban aquellas buenas mujeres, de su amo, llegando á suceder que el dia que rabiaba poco se alarmasen instintivamente una y otra, temiendo por la pérdida, siquiera fuese momentánea, de su salud. Nunca se quejaron en el pueblo de aquellos malos humores que eran proverbiales, y cuando alguno les preguntaba cómo podian sufrir á don Juan, ellas respondian á coro:—«Porque procuramos ser tan buenas para con él como él lo es para con nosotras.»

En el pueblo, efectivamente, aun cuando la fama del mal carácter del Brigadier le habia hecho adquirir el sobrenombre de D. Juan Berrinches, no por eso dejaba de considerársele y querérsele, quizá como á ninguna otra persona. Don Juan no hacía mal á nadie, no murmuraba de nadie, no se entrometia en la vida ni en las obras de ninguno de sus convecinos. Los llamaba brutos ó pícaros cuando le parecia oportuno, y despues los defendia de una agresion ó les prestaba dinero. Todos en aquella ínsula le habian tomado por una especie de señor feudal, temiéndole y amándole al propio tiempo.

Una mañana tiró D. Juan de la campanilla con tanta parsimonia, que las viejas dudaron de si habia llamado. Aproximáronse ámbas al aposento del Brigadier con mayor blandura que otras veces, y notaron sorprendidas que la luz bañaba la sala y que D. Juan, vestido, se hallaba sentado junto á su mesa de escribir.

—¿Estais ahí, muchachas? (les dijo con acento amable).

—Aquí estamos, señor (respondieron llenas de asombro).

—Pues acercaos (repuso), que tengo que hablaros de un asunto serio.

Las viejas se acercaron á la mesa con timidez y casi dolor, aunque guardando el más respetuoso silencio. Don Juan, sin mirarlas, habló así:

—Supongo que no vais á entenderme, porque Dios os ha negado el talento que da á las vacas; pero allá va lo que se me ocurre, y despues vosotras lo rumiareis en la cocina. Yo he cumplido cincuenta y nueve años, la edad de morirse: estoy viejo y enfermo, no tengo una peseta, y detrás de mí no queda más que una carga de basura. Las leyes de la milicia... pero, ¿qué entendeis vosotras de leyes de la milicia?... ¡Bruto de mí! Marchaos, que no tengo nada que deciros.

Las mujeres, contra su costumbre, permanecieron impasibles, contemplando la cara de su señor, que parecia conmovida y hasta á punto de arrasarse en lágrimas. Ellas eran entónces más va-

lientes que él, y al repararlo D. Juan, hizo un esfuerzo y continuó:

—Las leyes de la milicia niegan el derecho de viudedad á los militares que se casan despues de los sesenta años; y hacen bien (añadió dando un golpe sobre la mesa); porque esos viejos verdes que deshonran el uniforme con sus liviandades, no merecen ni siquiera las lágrimas del Montepío. Yo he reflexionado esta noche en que si una mañana cierro el ojo, os quedais para pedir limosna de puerta en puerta, ó para dar con vuestros huesos en un hospital. Ahora bien, muchachas: he resuelto casarme con una de vosotras, con cualquiera; lo mismo contigo, Paca, que con usted, doña Francisca; me es completamente igual, porque lo propio me casaria con el molinillo del chocolate. Conque á pensarlo y á decidirlo para mañana, que estas cosas urgen, y á la que le toque le quedarán ahí cinco ó seis mil reales de pension para mantener á la otra. He dicho. Largo de aquí: hoy no como en casa.

Y notando que las viejas se quedaban inmóviles, D. Juan se levantó para oxearlas como lo hacía con las aves del gallinero. Las mujeres se volvieron maquinalmente, tomando la direccion de sus habitaciones, y al encontrarse solas cara á cara, aún pudieron oir al Brigadier, que, bajando hácia la calle, decia:

—Con cualquiera, con cualquiera.

III.

Paca y doña Francisca se sentaron á la mesa del comedor, una en frente de la otra, como si se hallasen decididas á tratar un asunto de importancia. Pasaron, con todo, muchos minutos sin que ninguna de las dos desplegara sus labios. Al fin doña Francisca, á quien su carácter de mayor imponia ciertos deberes, rompió el silencio para decir á su hermana:

—¿No crees, Paca, que á nuestro señor D. Juan se le ha vuelto el juicio?

Paca levantó la cabeza, algo sorprendida, y despues de dudar un momento, dijo:

—Yo, no.

Respuesta tan rotunda y que acusaba discordancia en el parecer de las dos mujeres, volvió á cerrar el período de las explicaciones, tal vez para largo rato.—Aprovechemos nosotros ese paréntesis para decir alguna cosa sobre estas criaturas singulares.

Las patronas de D. Juan Fernandez eran hijas de un alarife ó maestro de fábrica, de esos que á

principios del siglo desempeñaban el papel reservado hoy á las ilustres clases de arquitectos é ingenieros civiles. Su habilidad para construir, ó su buena fortuna, le habian elevado desde peon y oficial de albañilería hasta maestro mayor de una insigne catedral de Castilla y de muchos conventos de la comarca. Era, pues, escaso en letras y en material científico; pero hacía las obras á gusto de los padres, y ganaba mucho dinero. Casado ante la santa madre Iglesia con una mujer honrada, aunque de humilde condicion, tuvo una hija, á quien puso el nombre de su esposa, y ansió la venida de un hijo para ponerle el suyo propio, con ánimo de perpetuar las virtudes y la dicha de ámbos en duplicada prole. Pero léjos de cumplirse sus gustos, la niña que acababa de nacer comenzó á dar señales de enflaquecimiento y raquítis, sin que este dolor fuese compensado con esperanzas de nuevos herederos. Marido y mujer se dedicaron, como era natural, al cuidado de su única hija, por cuya salud y robustez hubiesen dado tesoros; mas todo era inútil ante los progresos de una dolencia incurable, y ya estaban consentidos en su muerte, cuando la esposa endulzó sus propias penas y las de su marido con el alumbramiento de una nueva niña que podia sustituir á la otra. Con el mayor disgusto, pero al mismo tiempo con la mayor buena fe, llamaron tambien Francisca á la recien llegada; y, cosa singular, aquello fué como una advertencia del cielo: desde que vino al mundo la segunda, principió la primera á robustecerse y sa-

narse por encanto. Ambos cónyuges comprendieron entónces su temeridad en adelantarse á los designios de la Providencia, y, dando gracias á Dios, elevaron á nuestro padre San Francisco un hermoso altar en su propia casa, con bula impetrada por los canónigos, y decidieron llamar Francisca á la una y Paca á la otra, para evitar confusiones en la vida doméstica. Ellas, á la verdad, se llamaban Francisca de Asís y Francisca de Sales.

Criáronse ambas hermanas con el mayor esmero y mimo, segun las costumbres de la época. Púsoselas maestro de leer, áun cuando no de escribir, pues la lectura iba siendo necesaria para entender el libro de devocion, miéntras que la escritura era propensa á emplearse en cartas de amoríos, las cuales entónces se cambiaban de viva voz por criados y asistentes. Enseñóselas el punto de la media y la vainica de los pañuelos; quiso su madre que aprendieran á hacer pestiños y huevos moles; las adiestró en peinarse á sí mismas, lavar paños de iglesia y rizar albas y roquetes; en una palabra, las hijas del alarife eran modelo de ilustracion y buena crianza.

Contrastó desdichadamente este esmero de educacion con las alteraciones políticas del país, que todo lo trastornaban. Los arquitectos principiaron á sacar la cabeza, al punto mismo en que eran disueltas las comunidades y se privaba de recursos á las fábricas de los templos. Cesó de repente el trabajo; pero, en cambio, aparecieron unos nuevos artistas que arrebataban el poquillo que pudo que-

dar á los artífices. Entónces fué la ocasion de que el maestro de obras hubiese colocado á sus hijas; pero ellas picaban demasiado alto para descender á albañilas cuando se consideraban arquitectas. Sucedióles, pues, lo que á tantas otras medianías, que por no bajar no suben y se quedan estacionadas en una peligrosa indiferencia. El alarife tuvo que trasladar su domicilio de la capital de la provincia á una poblacion donde tenía algunos bienes de campo; y allí, remendando la iglesia parroquial y construyendo cuatro casuchas, le sorprendió la vejez, la tristeza y la muerte.

No tardó en seguirle su esposa, engañada y casi perdida por los labradores, cuyas cuentas nunca supo ajustar y en cuyos asuntos nunca llegó á entender.

Paca y Francisca, huérfanas, pasadas, pobres y señoras, quedaron á merced de la Providencia. Para conservar su casita y no descender del rango en que habian vivido, hubieron de arbitrar recursos particulares. Se dedicaron á hacer dulces para venderlos en la capital, lavaban y rizaban la ropa de la iglesia, vestian niños de devocion (¡lo que vale haber recibido buena crianza!), y cuando al pueblo acudian algunos huéspedes de tono, se les dirigia al domicilio de las dos hermanas, donde, sin aparecer ellas como sirvientas, servian en realidad á los forasteros.

Llevábanse pocos años la una á la otra; pero habiéndose de discernir edades y categorías, á la mayor se le llamaba la vieja, y á la menor la mu-

chacha, diferencia establecida además por el porte de cada una, pues doña Francisca era de mejores vistas y accidentes sociales que su hermana, como quien ha disfrutado más años de desahogo y recibido las primicias de la educacion.

Ya no hay que decir cómo habiendo acudido á establecerse en el pueblo el coronel Fernandez, se instaló desde el primer dia en la casa de aquellas pobres mujeres, á quienes trató alguna cosa veinticinco años ántes, hallándose de operaciones por Castilla; cómo se apoderó desde luégo de su confianza, de su cariño y de su libertad; cómo se acostumbró á quererlas y á maltratarlas; cómo las redujo al estado de momias, sin voz, voto ni albedrío; cómo las atropelló, anonadó y confundió, hasta el punto de poderlas ofrecer su mano en la forma que ya conocemos, con tan abigarrada mezcla de desprecio brutal y de virtud sublime.

—¿No piensas, Paca, verdaderamente que el Sr. D. Juan está trastornado?

—No lo pienso, Francisca (respondió la más jóven de las futuras novias). Los que pierden el juicio no dicen más que disparates, y el señor don Juan no ha dicho ninguno.

—Pero es que trata de que nos casemos.

—No veo cosa más natural. Soltero es él y solteras nosotras; caballero es él y señoras nosotras; pobres somos todos... de manera...

—¡Pero á nuestra edad!

—El mayor es él, y los viejos, segun él mismo dice, no deben casarse con muchachas.

—¿Luego tú crees, hermana (dijo al fin doña Francisca entrando seriamente en materia), que debemos tratar el asunto con formalidad?

—Sí, que lo creo; y buen carácter tiene el señor para que nos anduviéramos con bromas. Capaz sería de cualquier desatino.

—Pues escúchame, Paca: yo soy la mayor y debo, quizá por la primera vez en mi vida, echarla de madre. Si este matrimonio que el señor Brigadier nos propone no es una locura, es una caridad. Aceptémosla entónces con resignacion y con prudencia. Él quiere que en el desdichado caso de su fallecimiento ¡Dios lo retarde dos vidas como la mia! nos quede á nosotras un pedazo de pan, ¿no es así? Pues contestémosle que estamos conformes, y seas tú la que se case.

—¿Yo?

—Sí, Paca, tú eres la que debes casarte. Por más que el matrimonio sea una caridad, al fin es un matrimonio; eres más jóven que yo, tienes mejor ver y más disposiciones que yo; en tí la boda con el Sr. D. Juan les parecerá á todos algo ménos ridícula.

—Pues yo creo todo lo contrario (repuso Paca con muestras de verdadero convencimiento). La boda tuya con el señor Brigadier sería más natural y ménos ridícula. Tú eres aún más jóven que él, eres tan señora como él caballero, los vecinos te respetan en tu clase tanto como á él en la suya, y al verlo que se casa con una de nosotras, nadie extrañará que la preferida seas tú. Yo (añadió

Paca con humilde ingenuidad) debo ser la criada.

Doña Francisca se abrazó á la cabeza de su pobre hermana con la mayor ternura, diciendo:

—No, hermana de mi corazon; las dos somos criadas del Sr. D. Juan, pero una de la otra, nunca. Escúchame (continuó, reponiéndose) y prepárate á obedecerme como si fueran nuestros padres los que hablasen. Tratando de elegirse entre dos mujeres para una boda, lo natural es escoger á la más jóven: quizá haya en esta decision mia algo de egoismo; pero tú tienes más resistencia y más valor para sufrir el genio de D. Juan. Si ahora que no está ligado con nosotras vive como ves, ¿qué hará cuando pierda el respetillo de la extrañeza?

—Pues razon de más (dijo Paca) para que tú seas la esposa. A tí te considera más que á mí y te tendrá más lástima. Despues de todo, tiene muy buen corazon.

—Acabemos de una vez (exclamó doña Francisca en tono decidido). ¿No es una caridad la que se nos hace? ¿No quiere el señor que á su fallecimiento le quede una renta á su viuda para mantener á la otra hermana? Pues la razon natural dicta que la que se case sea la de ménos años y pueda enterrar á la otra. ¿Qué sería de tí, Paca mia, si yo faltase, y conmigo la viudedad del señor Brigadier? Dios me dice secretamente que la que debe casarse eres tú.

El argumento de doña Francisca no tenía réplica. Paca meditó un instante, y despues dijo:

—Si Dios te inspira esas ideas, yo no me opongo; pero hagamos esta vez, como siempre, su voluntad. Las hojas de los árboles no se mueven sin que Dios lo permita: echemos á la suerte nuestra boda, y aquella á quien le toque, cumplirá los designios de la Providencia. ¿Quién sabe si yo habré de faltar ántes que tú?

Doña Francisca pareció aceptar el medio propuesto por su hermana. Ésta fué al escritorio de D. Juan en busca de dos papeles iguales, y como no sabía escribir, trazó en uno de ellos una cruz con tinta, dejando el otro en blanco. Doblólos con exactitud, y en el sombrero de tres picos del Brigadier, que estaba colgado en una percha, los agitó varias veces, yendo á ofrecer el saque á doña Francisca.

—La que se quede (dijo) con el papel que tiene una cruz, ésa será la esposa de D. Juan.

Doña Francisca llevó lentamente la mano hasta el borde del sombrero, en cuyo punto la detuvo, exclamando con cierta solemnidad:

—No, Paca; el matrimonio es un Sacramento de la santa madre Iglesia, y con los Sacramentos de la santa madre Iglesia no se puede jugar á los dados. Dejar al capricho de la suerte lo que debe ser hijo de la razon, no es propio de almas cristianas; yo tengo un medio más digno y religioso que ése. Mañana al amanecer vamos á la iglesia, pedimos luces á Dios, y luégo consultamos al señor Cura, que es su ministro. Lo que el señor Cura nos diga, ése será el más probable designio de la Providencia.

IV.

Durante el resto del dia las hermanas no volvieron á hablar del asunto; bien es verdad que tampoco comieron ni hicieron ninguna visita: rezaron sí, poco despues de anochecido, y se fueron á acostar como si se hallasen necesitadas de reposo. El Brigadier volvió muy tarde aquella noche de la botica, y entró sin hacer ruido, contra su costumbre, hasta que ya cerca de la cama tropezó con un mueble. En aquel momento, Paca suspiró, doña Francisca tosió y D. Juan renegó: los tres estaban despiertos y en carácter.

Ántes de amanecer, las dos mujeres se levantaron, como movidas por un resorte, y vistiéndose con la decencia y esmero propias de un caso grave, tomaron el camino de la parroquia. Al llegar á ella, el Cura terminaba su misa ante un grupo de hombres que, armados de escopetas y haciendo callar á los perros, demostraban que iban de cacería. ¿Contaban con el Cura?

El cura de aquel lugar, gran cazador, gran bebedor, gran comedor y hombre notable bajo mu-

chos aspectos, era, á más de cura, el compañero y el amigo de todos sus feligreses. Jóven todavía, áun cuando ya le quedaban pocos pelos en la cabeza, habia engordado tanto, que su abdómen le principiaba por bajo de la barba, lo cual no le impedia ser ágil de movimientos y animado de expresion. Hablaba mucho y muy alto, reia con exceso por cualquiera cosa, y aunque su voz natural era de bajo cantante, su risa era abaritonada y metálica como la de un clarin. Cuando la soltaba en la iglesia, parecia que se echaba á reir el órgano.

Desde niño habia tirado á la barra dos metros más que todos los mozos, habia jugado á la pelota dos puntos más que todos los bleistas, se habia bebido el último trago y habia roido el último hueso. Pensó poco, aunque leyó mucho; no tuvo necesidad de una carrera lucrativa, y por consiguiente trabajosa; era bueno de condicion, manso de carácter, vivísimo de genio y alegre como unas castañuelas. Aquella gordura que se le vino encima fué su prision y el muelle de su templanza. Quizá al verse gordo se hizo cura, ó quizá por ser cura engordó tanto; ello es que ni las carnes le impedian ser un buen sacerdote, ni el sacerdocio le impedia ser un hombre de fuste. Cansaba aún á sus compañeros de escopeta más delgados y jóvenes; hacía honor desde las siete de la mañana á cualquier cabrito asado; contaba un chascarrillo en cualquier entierro, y se bebia en cualquiera boda dos azumbres de vino tinto ó una garrafa de leche helada.

El pueblo no tenía ninguna queja de él en cuanto á su conducta ni á sus deberes; pero como jugase al tresillo ó fuera de caza, ya podian esperarlo horas enteras. La caza, sobre todo, era su pasion y su higiene.—«Si quereis cura (decia), es menester que lo dejeis ir al campo.»—Así es que la mañana que le tocaba salir, habia que oirle la misa á media noche ó quedarse sin ella. Este dia en que le sorprendemos acabándola, parece que dijo al echar la bendicion:—«*Pater et Filius et Spiritus sanctus*... y andando.»

En tan mal hora venian á la iglesia las pobres prometidas de D. Juan para hacer su consulta al bueno de D. Raimundo. Hallábase ya éste desatándose el cíngulo y contemplando sobre una de las cajoneras un hirviente tazon de chocolate con su respectiva torta monumental, su cuenco de leche como un púlpito y su azucarillo como una viga, cuando las hermanas entraron en la sacristía y se dirigieron á saludarle.

—¡Hola! mozuelas (gritó D. Raimundo con su habitual buen humor). ¿Qué traeis por aquí tan temprano... ¡calle! ¿y tan compuestas y tan peinadas? ¿Venís de boda?

—Venimos (dijo doña Francisca despues de un momento de vacilacion y bajando los ojos), venimos, señor Cura, á consultar con usted un caso de conciencia.

—Pues, hijas mias, por hoy no hay conciencia que valga. Ya habreis visto á la gente y á los perros que me esperan. Además, vosotras os confesásteis

el otro dia, y por cierto que no he visto un tiempo más perdido. La confesion tan frecuente y sin causa que la justifique no es una virtud, sino una impertinencia. Vosotras vais á ir á la gloria con medias y zapatos, ¿á qué tanta confesion y tanto melindre?

—Es que...

—Nada, nada, lo dicho. Dejadme ahora: á pecar más ó á confesarse ménos.

—Es que (insistió doña Francisca sin desconcertarse por aquel aluvion de desatinos inocentes) el asunto que nos trae no es sólo nuestro, sino de interés para toda nuestra familia.

—¿Don Juan, acaso?

—Sí, señor Cura, es del señor Brigadier de quien venimos á hablar.

—Esto ya es otra cosa (murmuró D. Raimundo, llevándose á los labios un cuarteron de torta bañado en chocolate). ¿Qué le ocurre á mi amigo? ¿De qué se trata?

—Se trata, señor Cura (prosiguió la única que hasta entónces habia hablado), de que el señor don Juan ha resuelto casarse.

—¡Casarse el Coronel! Y ¿con quién? Yo no conozco á nadie en el pueblo con quien D. Juan pueda casarse. Será con alguna forastera.

—No, señor (balbuceó la pobre mujer): es con una de nosotras.

Don Raimundo al oir esta declaracion soltó una de aquellas tremendas carcajadas que le eran habituales, dejando escapar migas de pan mascado sobre el rostro de la infeliz que se la hacía.

—¡Con una de vosotras!... ¡Já, já, jaá!... (Y continuó riéndose como un loco).

Paca entónces consideró oportuno terciar en la conversacion, para sacar á su hermana del apurado trance en que la veia.

—Puede usted reirse (dijo) cuanto quiera, señor Cura, porque el asunto es efectivamente de risa; pero háganos usted la caridad de creer que nosotras no hemos inventado esa boda. El señor don Juan quiere casarse por si el dia ménos pensado falta, que no quedemos nosotras en la miseria ó en un hospital.

—¿Conque, se casa de broma? Já, já, jaá...

—Él quiere casarse formalmente.

—Y ¿con cuál? ¿con cuál?

—Dice que con cualquiera.

Entónces la risa de D. Raimundo no fué risa, sino estertor del que se ahoga, á ménos que no espurrée, como lo hizo, la leche con azúcar que estaba tragando.

—¡Ya lo creo! (gritaba de hipo en hipo). ¡Con cualquiera! ¡Já, já, jaá!... (y se oprimia el sitio de los ijares).

Paca, impertérrita, continuó, como quien tiene obligacion de decirlo todo:

—Al principio nos reimos como usted., señor Cura; pero viendo despues que el señor don Juan lo tomaba en serio, decidimos echar á suertes el matrimonio.

—¡El matrimonio á suertes! ¡Já, já, jaá!...

—Eso dijo mi hermana: con el matrimonio no

se puede jugar á pares y nones. Vamos á consultar al señor Cura, contémosle el caso y que él decida lo que deberemos hacer.

—¡Yo!... ¡Yo!... ¡Já, já, jaá!...

Y riéndose cada vez con más veras, el Cura se quitó la sotana, enseñando un casaquin con bolsillos que tenía puesto; cambió el bonete por un gorro de piel con visera de hule; púsose los trastos de matar al cinto, cogió la escopeta que le esperaba en un rincon, y se salió por el postigo de la sacristía á un corralejo que daba al campo. La algazara de los cazadores y el ladrar de los perros indicaron á las pobres viejas lo que sucedia. El señor Cura las habia dejado plantadas.

Sobrecogidas al principio, pero con un poco más de resolucion despues, encamináronse silenciosamente á la iglesia; postráronse ante el altar mayor; rezaron ó gimieron, hasta desahogar la profunda vergüenza que las embargaba; y al comprender que debian volverse por si D. Juan habia despertado, dijo doña Francisca á su hermana, con acento de conviccion casi sublime:

—¿Lo ves, Paca? Hasta la Iglesia se rie de nosotras.

Al llegar á su casa, vieron las mujeres, no sólo que D. Juan habia despertado, sino que, vestido ya como el dia anterior, las esperaba junto á la mesa de su escritorio. El Brigadier no las habia visto nunca tan aseadas y compuestas; así es que al recibirlas con cierta amabilidad, juzgó que su posicion no era tan absurda como habia pensado.

—Y bien (les dijo): ¿qué es lo que habeis resuelto de lo que ayer os encargué?

Doña Francisca se adelantó como siempre á contestar la primera, por creerse con mayores títulos y autoridad que su hermana.

—Hemos resuelto (respondió) dar las gracias á usted con todo nuestro corazon por la caridad que nos ha hecho pensando en nosotras, y rogarle que desista de sus pensamientos.

—¡Rayos y centellas! (gritó el Brigadier como un energúmeno, dando un brinco desde la silla). ¿Qué es lo que decís, viejas del demonio? ¿Me despreciais para marido como se desprecia á un porquero? ¿Teneis otras proporciones mejores que la mia? ¿Esperais algunos novios de América que se hayan enamorado de vuestra fama? ¿Os habeis vuelto locas? ¡Hablad! ¡Hablad!

Y con los puños cerrados se dirigia á ellas, como si en su furor quisiera exterminarlas. Las pobres mujeres, confundidas por los gritos y temblando de miedo, cayeron de rodillas delante del Brigadier, anegadas en lágrimas.

—¡Por Dios, Sr. D. Juan (decian casi á coro): óiganos usted, perdónenos usted, escúchenos usted y mátenos luégo.

El Brigadier se repuso, como se reponen los valientes ante la debilidad, y murmuró:

—Ya os oigo, pero que sea breve lo que me hayais de decir.

—Nosotras (exclamó Paca) estamos sin juicio desde ayer. Ni por nuestra boca ha entrado ali-

mento, ni por nuestros ojos sueño. Hemos hablado, hemos pensado, hemos rezado, hemos llorado, como lloramos ahora, sin saber si éramos felices ó desgraciadas. Quisimos cedernos la caridad que usted nos hace, y ninguna se encontró con fuerzas para recibirla; quisimos echar á la suerte nuestra fortuna, y la religion nos prohibió jugar con los Sacramentos; quisimos pedir parecer á la Iglesia y el señor Cura se ha burlado de nosotras. Por todas partes, Sr. D. Juan, parece que se nos rien. Nosotras no servimos para nada más que para servir á usted. Haga usted de nosotras lo que quiera; pero no nos obligue á tomar ninguna determinacion que exija el talento que nos falta.

La sencilla elocuencia de aquella infeliz conmovió al Brigadier en términos de que, levantándolas con dulzura, pudiera infundirles ánimo.

—Eso ya es otra cosa (dijo con sereno continente y voz natural). Yo tambien he pensado desde ayer en el asunto; yo tambien me he hecho á mí mismo todos los cargos y he discutido todas las razones. Oid bien lo que os voy á decir, y no hay que replicarme. Hoy es jueves, ¿no es esto? Pues el domingo..., el domingo no, que es dia de fiesta: el lunes me caso contigo, Paca.

Don Juan les hizo una seña con la mano para que saliesen, pero ellas no consintieron en marcharse hasta besar aquella mano con efusion y ternura.

V.

Don Juan lo tenía todo bien dispuesto, con una prevision impropia de su carácter. El fiel de fechos del lugar le habia servido de procurador oficioso y reservado para la busca de documentos y formacion de expediente, sin que nadie se enterara del asunto. La licencia del Ministerio de la Guerra, las fes de bautismo y todos los papeles que requerian nombres propios, pudieron obtenerse aún ántes de saber quién era la novia, por la identidad de nombres y apellidos de las dos hermanas. El Brigadiér estaba seguro de casarse con alguna. Al elegir á la ménos vieja, corroboró las razones que doña Francisca habia expuesto anteriormente.

Llegó, por fin, el domingo por la noche, en cuya madrugada habia de verificarse el matrimonio. Don Juan quiso que éste se celebrara en la iglesia, como es justo que se practique entre buenos cristianos; pero no queria público, ni curiosos, ni bromas. El cura D. Romualdo, gran amigo suyo, ideó un medio muy ingenioso, y fué parar el reloj de la torre á las seis y media de la maña-

na, para que no fueran las siete hasta que se acabase la boda. Los novios entrarian por la puerta del corralejo todo lo temprano que quisieran, y *por escalones*, como deseaba el Coronel. Serian padrinos el sacristan y doña Francisca, testigos los dos acólitos, y por si alguno se inutilizaba en el combate, se pensó en tener á reserva al sepulturero.—«Así como así (dijo D. Juan), lo mismo da casarnos que enterrarnos.»

Las dos hermanas dispusieron principiar á peinarse y vestirse á la una de la noche; primero, porque estaban seguras de no poder dormir, y segundo, por no faltar á D. Juan en el momento que las llamase. Tenian basquiñas negras, con blonda fina la de doña Francisca, que fué la que se puso Paca; corpiños de terciopelo pié azul, un poco ajados, pero decentes; guantes blanquísimos y sin estrenar, aunque ya un poco estrechos para sus ajuanetadas coyunturas; pendientes de coral en forma de lágrimas; una gargantilla de perlas desiguales como el café caracolillo, y un velo de verdadero encaje, color de ala de mosca, que en su tiempo habia costado en una almoneda cuarenta y cinco duros. Dicho se está que estas últimas alhajas, aunque eran unipersonales y pertenecian al acervo comun, se las puso la novia por cesion y á ruegos de su hermana. Sobre todos aquellos trapos, limpios y hasta cierto punto fastuosos, convinieron las mujeres en colocarse unos grandes pañuelos que el Brigadier les habia comprado en la feria, no tanto para muestra de galantería, como

por temor de que las atropellara al verlas de tan largos tiros. El templo tiene exigencias de traje para sus ceremonias solemnes, que D. Juan podia olvidar ó desconocer.

Aún no despuntaba el alba, cuando el veterano gritó desde su alcoba:

—De punta, y á la calle.

Las dos hermanas obedecieron como reclutas, marchando delante á la parroquia por la puerta que se les tenía designada. El sacristan las recibió y condujo al presbiterio, haciéndolas hincar de rodillas en dos magníficos almohadones. Poco tiempo despues llegó D. Juan, envuelto en su capote de campaña, el mismo que se echaba encima para abrigarse desde hacía treinta años, y cuyo color é injurias de todo género le hubieran conducido por su propio pié á un cuartel de inválidos. Las mujeres se dirigieron una furtiva mirada en la oscuridad, como de quien dice:—«¡Ya nos lo temíamos nosotras!»

¡Cuál, sin embargo, no debió ser su sorpresa, cuando al ver D. Juan que los acólitos comenzaban á encender las luces, tiró su capote sobre un banco y apareció vestido todo de negro! Llevaba pantalon, chaleco y levita abrochada, sobre la cual se habia colocado ordenadamente todas sus condecoraciones: y como su figura era arrogante, y sus grises cabellos estaban bien peinados, y su rigidez y gravedad convenian con el sitio, la hora y el acontecimiento, fuerza es decir que el Brigadier estaba tan respetable como hermoso.

El cura D. Romualdo habia prevenido el alba de encaje que le sirvió para cantar misa, y un terno de tisú de oro, que de antiguo se conservaba en la iglesia, como tal vez no lo habia en ninguna catedral. Habíase rasurado con esmero la noche ántes, tarea nada breve ni sencilla, dado el perímetro de su rostro; y con la riqueza de los ornamentos que vestia, la elevacion de su estatura y la amplitud de sus formas, sobre las cuales se amoldaba perfectamente la ancha capa pluvial propia del caso, parecia, al acercarse al presbiterio, más que el cura de aquella aldea, un patriarca del Oriente.

Cuando llegó, sin embargo, cerca del grupo á quien ya iluminaba la doble luz del altar y de las claraboyas, y contempló los cuatro contrayentes arrodillados en fila, el sacristan, el Coronel, Paca y doña Francisca, dispuestos como á casarse, acometióle una tentacion de reir, que si no la envuelve con una tos forzada, da al traste con la ceremonia y escandaliza la iglesia.

Mordiéndose, pues, los dientes, comenzó á leer el Cura la Epístola de San Pablo. Este divino trozo de elocuencia social, que ningun comentador ni filósofo ha mejorado ni argüido en diez y ocho siglos de crítica, probó en aquel instante, no ya lo sublime de su fondo y lo admirable de su forma, sino lo avasallador y tremendo de su dialéctica. La voz sencilla del Apóstol establece, sin consignarlas, las verdaderas condiciones del matrimonio. Va dirigida con uncion á los que la de-

ben oir, pero aparece dirigida con sarcasmo á los que la escuchan fuera de tiempo y de lugar; presupone virtudes y calidades sin cuya existencia apénas se concibe la obtencion de la gracia; une é ingerta en el jardin de la vida dos troncos lozanos para formar un árbol fructuoso; dirige la construccion del hogar, funda el código de la familia, en una palabra, plantea y resuelve, en económica frase, todos los problemas del cristianismo humano.—Si los matrimonios no fuesen ya hechos, por una convencion social casi irresistible, cuando los contrayentes llegan á los piés del sacerdote, descompondria muchos de los más absurdos la lectura solemne y reposada de la Epístola de San Pablo.

El cura aquel, al leerla con la monotonía y atropellamiento que algunos suelen usar por desdichada costumbre, debió producir, con todo, alguna sensacion penosa en los oyentes, á juzgar por ciertas señales que una vista sutil hubiera observado. Cuando dirigiéndose al Coronel decia, *esposa os doy, que no sierva*, D. Juan apretó los ojos como á quien amaga un golpe no previsto; y cuando dirigiéndose á la pobre Paca habló de las obligaciones con la descendencia, las dos hermanas humillaron su rostro y comprimieron su pecho, como oprimidas por un vergonzoso dolor de corazon. Don Romualdo era á quien retozaba la risa en estos últimos momentos. Al cabo llegó el instante sublime de las bendiciones, y al ponerse los contrayentes de pié para recibirlas, D. Juan

se asemejó al guerrero que en el campo de batalla da la mano á su amigo, jurándole amistad y despidiéndose hasta la muerte.

Terminadas misa y velaciones, que todo quiso hacerlo el Coronel en forma, novios y testigos pasaron á la sacristía, donde les esperaban seis chocolates en tazas de lujo. Los acólitos disfrutaron de ellas como si fuesen personas; mas el sacristan, á quien el Cura ordenó la inmediata reserva de los ornamentos, perdió pié en el banquete, porque D. Romualdo se embauló su taza.

—Tú te harás otra (le dijo), cuando el Coronel y yo nos marchemos al monte.

En efecto, D. Juan y el Cura, que habian preparado en la propia sacristía sus trajes de monte, se los vistieron en un santiamen, y tomando sus escopetas se salieron por el postigo al campo. Paca y doña Francisca, que esta vez cometieron la imprudencia de asomarse al corral para verlos partir, tomaron despues la vuelta de casa, recatadas y aprisa, para sustraerse al encuentro de los vecinos que comenzaban sin duda á levantarse. Pero ¡oh desgracia de las mujeres! Todos los habitantes del lugar se hallaban en puertas y balcones esperándolas, porque todos sabian que la boda se estaba verificando en aquel momento.

Pasaron, pues, ambas hermanas su trozo de calle de la amargura, y eso que los vecinos estuvieron prudentes en demasía, por el respeto que todos sin distincion profesaban á D. Juan. Si otro que el Brigadier hubiera sido el novio, no quedan

en las cocinas sartenes y cacerolas para acompañar al cortejo; pero el cariño por una parte y el terror por otra, aconsejaron á los curiosos prudencia, ya que no pudieron infundirles neutralidad absoluta. Las mujeres escucharon en su retirada frases como estas:

—Que sea para bien, doña Paca.

—Por muchos años, señora brigadiera.

—No se ha perdido el dia, comadre.

—¡Qué lástima que no hubiera otro!

—Más vale tarde que nunca.

—Fortuna te dé Dios, hijo... etc., etc.

Un majo, apostado en la esquina cerca de la casa, murmuró casi al oido de la contrayente:

—Que Dios le dé á usted vida para verlos criados.

Dentro del domicilio conyugal las escenas fueron ya distintas. Las gentes formales del pueblo, el médico, el boticario, el secretario de Ayuntamiento, el maestro de escuela y los labradores de algun valer, así como las familias de todos ellos, principiaron á acudir á la casa, en són de fiesta cariñosa y amable. Aun cuando nadie les habia prevenido ni participado la boda, todos se dieron por noticiosos de ella sin pedir ni dar explicaciones ningunas; y sea cual fuese la opinion interior de muchos, todos discurrian sobre el enlace como sobre la cosa más natural y puesta en el órden. Unos lo aguardaban por momentos, otros lo creian realizado ya y tenido en reserva, algunos sustentaban la teoría de que los matrimonios no son matrimo-

nios hasta que se contraen en edad de razon, y áun hubo quienes se propasaron á esperar frutos del cielo sobre la nueva familia, refiriéndose á los inescrutables designios de la Providencia.

Paca y doña Francisca se hallaban en un estado de aturdimiento, con mezcla de placer y de susto, como jamás lo habian experimentado. Aquel aluvion de atenciones, aquellas frases siempre sospechadas y nunca oidas, aquella mezcla de absurdos y realidades: un novio que desde el altar se dirige al campo; una novia que siendo una misma ha podido ser cualquiera de dos; un pueblo que por mitad se sonríe y por mitad parece que se entusiasma; todo aquello, bueno ó malo, en que las mujeres, quizá por la primera vez de su vida, representaban el principal papel, las traia medio gozosas, medio felices y medio inquietas. En su inocente perplejidad por cuanto las rodeaba, comenzaron á juzgarse dueñas de sí mismas y de la situacion que la ceremonia habia creado; así es que resolvieron traer de la confitería dulces y de la tienda licores, para obsequiar como era justo á sus amables convecinos. El tendero les envió *Perfecto amor*.

Durante las libaciones, el concurso se hizo cada vez más cariñoso y expresivo. Nadie volvió á decir Paca á la novia, sino doña Paca; muchos la llamaron coronela, brigadiera algunos, y todos en sus brindis y en sus lisonjas la proclamaron *el ama*. De este modo se pasó el dia, sin echar de ver, ó echando de ver muy pocos, que allí faltaba una figura prin-

cipal, en casos como aquellos irreemplazable; pero sobre cuya ausencia nadie se habia permitido la menor alusion. Y era porque en verdad ninguno la extrañaba.

Iba ya efectivamente á anochecer, y D. Juan no parecia ni muerto ni vivo, siendo así que su costumbre era retirarse del campo para las cinco de la tarde, hora de su comida ordinaria. Las mujeres se quedaron ya solas y concibieron alguna inquietud; pero ésta duró bien poco, porque un campesino, que aporreaba la puerta, se les presentó á la vista con unas alforjas llenas de perdices y un papel en la mano, escrito con lápiz por el propio D. Juan. Doña Francisca, calándose los espejuelos y aprovechando la última luz del crepúsculo cerca de los cristales, deletreó correctamente estas palabras:

«No me espereis. Ahí van esas perdices. Hemos resuelto quedarnos tres dias más en el monte.»

VI.

Para gentes vulgares y que se casan como todo el mundo, estos tres dias de entredicho en una boda hubieran sido tres dias de amargura, de desesperacion y de lágrimas. Paca y doña Francisca no los pasaron gozosos, ciertamente; pero tampoco se dolieron demasiado del abandono en que se las ponia, porque su débil discurso necesitaba largas horas de soledad para resolver árduos y pavorosos problemas.

Que aquella casa habia variado de conformacion, era cosa evidente; que las dos mujeres habian ascendido de la categoría de sirvientas al estado de amas y señoras, era cosa indudable; que el Brigadier habria de cerrar el pico y seguir con sus costumbres y hábitos de toda la vida, era cosa presumible: ¿qué hacer, pues, para cohonestar la fuerza de inercia del señor, ó cómo componerse para establecer sobre bases justas y decorosas el domicilio conyugal?

El primer problema que plantearon fué el de la mesa, por lo mismo que era el que podia hacerse

más público. ¿Seguiria D. Juan comiendo solo y sirviéndolo su esposa y su cuñada? ¿Se sentarian el marido y la mujer y los serviria la hermana mayor? ¿Sería ésta la que se sentase con su cuñado sirviéndoles la esposa?—Hé aquí un punto irresoluble, acerca del cual sólo dejaron de discutir en si serian ellas las que se sentasen y el coronel Vaillant el que las sirviese.

Doña Francisca, que era quien desataba todos los nudos, ó por mejor decir, quien primero intentaba desatarlos, halló al fin una salida hábil y decorosa: tomar criada. Pero ¿quién se lo decia á D. Juan? ¿Quién arrostraba la furia de aquel hombre, al proponerle gastos nuevos y al plantearle vanas exigencias?

El segundo problema que les asaltó fué el del dictado y título con que en adelante habia de distinguirse á la desposada. ¿Seguiria permitiendo que la llamasen Paca á secas? ¿Aceptaria el *don* que ya comenzaban á darle, y con él los pronombres de coronela ó brigadiera? ¿Sería, en suma, la esposa reconocida de D. Juan, ó seguiria siendo la criada feliz á quien su amo concede la limosna de unas nupcias de desecho?

Doña Francisca opinó que esto debia dejarse á las circunstancias, ó á lo que estableciese la costumbre de propios y de extraños. Tal vez el mismo D. Juan, tan celoso de su honor y de las prerogativas de su persona, daria á los otros el ejemplo de lo que hubiera de hacerse en este punto, adoptando lo más satisfactorio para su esposa y cuñada.

Era ésta además una cuestion de nombres y no debia romperse lanzas por ella, cuando otras demandaban energía y carácter extraordinarios.

El tercer problema fué el más debatido, por lo mismo que era el más espinoso. Tratábase de saber si Paca seguiria ocupando las habitaciones interiores al lado de su hermana soltera, ó si habria de establecerse al exterior en contacto directo con su marido. Era necesario discutir hasta dónde llegaba la broma del matrimonio.

Sobre este particular, doña Francisca emitió desde luégo ideas radicales y concluyentes. El casamiento en el órden público podia tomar más ó ménos el carácter de una conveniencia de familia; pero en el órden religioso era siempre casamiento, tal como lo definió San Pablo. Si D. Juan llevaba su extravagancia hasta creer que podia prescindir de todos los deberes sociales como marido, á la esposa tocaba imponerse como cónyuge, arrostrando toda suerte de oposiciones y contrariedades. Paca, sin consultar al Coronel, debia trasladarse á las piezas exteriores y cubrir todas las apariencias de una vida religiosamente matrimonial. Lo contrario era ofender á Dios y contribuir á la mofa de los Santos Sacramentos. ¿Dónde se estableceria, sin embargo? ¿En qué forma y con qué ajuar? ¿Bajo qué techo y sobré qué tálamo?—Hé aquí lo más grave del asunto y lo que no pudo resolverse en las várias sesiones dedicadas á la discusion. Tan no pudo resolverse en las primeras conferencias, que D. Juan, á quien

una nube inesperada habia calado hasta los huesos, sorprendió á las mujeres en plena revolucion de trastos y cachivaches, volviendo del monte mucho más pronto de lo que habia ofrecido.

—¿Qué diablos de trajines son éstos? (entró diciendo). ¿Qué revolucion es ésta? ¿Qué tontería ó qué brutalidad es la que se os ocurre? Aquí no se toca ni un clavo sin mi permiso; aquí no ha pasado nada, ni hay que arreglar ninguna cosa, ¡viejas del diantre! Todo á su sitio, ó me voy al meson y le pego fuego á la casa.

Aquellas mujeres, tan resueltas en el consejo, tan firmes en la discusion y de tanto ánimo para las resoluciones que consideraban justas, comenzaron á temblar desde que se dejó sentir la presencia del Coronel, y á morirse de espanto desde que se oyeron sus primeras palabras. En pocos instantes volvieron todas las cosas al sitio que tenian, y amparándose en su cuartucho como la semana antecedente, pusiéronse á aguardar las órdenes del señor, como muchachos de escuela á quienes ha sorprendido el maestro revolviendo los muebles de la casa.

El coronel Vaillant siguió haciendo la propia vida que hasta allí. Levantábase tarde por las mañanas, y renegaba de las sopas y de quien las servia; marchábase á paseo ó á casa del boticario hasta la hora de comer; comia solo en su habitacion, dejándose servir por las dos mujeres; y á las altas horas de la noche, de buen ó mal humor, segun las vicisitudes del tresillo, lo cual se mani-

festaba por el mayor ó menor empuje con que abria la puerta, encendia su luz, agarraba un libro y se metia en la cama. Por lo demás, ni dió parte del matrimonio, ni habló de él, ni resolvió de palabra ú obra ninguno de los problemas que por cincuenta horas consecutivas habian preocupado la mente y el corazon de sus patronas.

Vida semejante no podia ser tolerada por quien sintiese en su pecho la instintiva obligacion de cumplir en todo caso con sus deberes.—«Si Dios (decia doña Francisca) premia á los pobres de espíritu, castiga con razon á los remisos en ejecutar sus mandatos.»—Paca, su hermana, no era tan vieja aún, ni hay límites fijos en la naturaleza para negar ó conceder los dones propios de la especie; en el mundo, además, tanto peca el que anda torcido como el que consiente impasible las consecuencias de la torcedura. Ellas éran de una familia distinguida, que no tenía por qué avergonzarse del trato y mezcla con la familia del Coronel. Si en algun tiempo lo habian servido como criadas, debíase á lo precario de su situacion y á lo humilde de sus cristianas aspiraciones; pero si ahora las habia elevado por conveniencia mútua á otro órden social, mútuos debian ser los sacrificios, las ventajas y los inconvenientes. Si no se habia llevado juventud, se habia llevado honra; si no se habia llevado belleza, tampoco tenía mucha que ofrecer; armónicas eran las edades, las vicisitudes y los defectos; en suma, y ésta era la razon de más bulto, nadie le habia puesto un puñal al pecho para que se casara.

Con el cura D. Romualdo no se podia contar para una consulta. ¿Qué habia de hacer? Echarse á reir en las barbas de las pobres mujeres. Los caciques del pueblo no eran por lo general personas del buen sentido necesario para servir de mediadores en tan difícil asunto; y, por otra parte, su amistad con el Coronel los predisponia en contra de la razon que pudieran invocar las hermanas. Ocurrióselas, pues, un arbitrio bastante extraño, pero que las sedujo á primera vista. Consistia éste en escaparse del pueblo, ir á la ciudad donde se habian criado, buscar allí un amanuense respetable y de buena pluma, imponerle en sus desdichas, y negociar con el Coronel por medio de cartas. Personalmente era cosa imposible.

Doña Francisca no quiso disponer el viaje hasta estar segura de que Paca se hallaba decidida á reclamar todos sus derechos y ser reintegrada en el ejercicio de todos sus deberes. — «No es lo mismo aconsejar que ejecutar (decia); y sólo cuando me persuada de que estás resuelta, es cuando arrostraremos el escándalo de la situacion...» — Paca, á quien las cavilaciones de su hermana mayor y sus propios instintos predisponian á algo novelesco, como jamás lo tuvo en sus épocas naturales, prometió á Francisca mostrarse enérgica en cuanto fuese necesario, y comenzó á arreglar los bártulos de la escapatoria.

A tal punto llegaban las cosas en el domicilio de D. Juan, cuando un dia se presentó de improviso durante su ausencia el cura D. Romualdo,

dando grandes voces y soltando terribles carcajadas.

—¿Estais ahí, muchachas? (les dijo). ¿Os pillo solas?

—Solas y en casa estamos, señor Cura (respondieron las viejas al salir á su encuentro).

—Pero ¿no hay nadie que pueda oirnos?

—Nadie, señor Cura.

Y el Cura rompió á reir como un desesperado.

—Preparaos á escuchar una cosa que os va á dejar tiesas como estátuas. Yo la he sabido ahora mismo por casualidad, y ántes de que se entere el Coronel ni que haya un escándalo, vengo á advertírselo para vuestro gobierno.

Paca y doña Francisca, que por experiencia sabian hasta dónde llegaban los secretos en el lugar, principiaron á sentir temores horribles de que su resolucion hubiera podido ser sorprendida por alguien. Así es que con verdadera ansiedad instaron al señor Cura para que se explicara.

—Preparaos os digo, que la cosa es tan original y tan nueva, como que quizá no haya ocurrido ántes de ahora. Pero no os diré una palabra si no me prometeis el secreto más absoluto.

—Lo prometemos.

—Pues bien, Paca: tú crees que eres la que se ha casado con D. Juan, y la que se ha casado con el Coronel es tu hermana Francisca.

Aquí el Cura soltó el trapo á reir, miéntras que las pobres mujeres se quedaron efectivamente como estátuas. Al cabo de un momento se atrevió á preguntar la nueva favorecida:

—Pero ¿cómo es eso posible, señor Cura?

—Siéndolo. De las fés de bautismo que mandaron de la ciudad, tomamos por equivocacion la tuya y no la de ésta; en tu nombre se formó el expediente; con tu nombre se obtuvo la licencia del Ministerio; á tu nombre se han extendido las capitulaciones matrimoniales; de tu nombre está expedida por mí la certificacion al Tribunal de Guerra, y tú, Francisca mia, eres la mujer del Sr. D. Juan Fernandez de Peñarrubia. Tú sola.

—Pero, señor, ¿y el casamiento religioso?

—El casamiento religioso aparece celebrado contigo.

—¡Pero se celebró con ésta!

—No basta que lo digas tú.

—Lo dirán los testigos en caso necesario.

—Los acólitos son menores de edad y no hacen fe en juicio.

—¡Pero lo dirá la conciencia, y ésa hace ley en todas partes!

—¡Ah! hija mia, ¿conque quieres que por un *quid pro quo* que á nadie le importa ni ninguna consecuencia del mundo puede tener, vayamos á presidio por falsarios D. Juan, yo, el fiel de fechos y cuantos resulten comprometidos en el lance?

—Pues qué, ¿tal podria ocurrir? (dijo doña Francisca asustada).

—Como suena, hija mia, como suena.

—¿Y qué es lo que usted quiere que se haga?

—Una cosa muy sencilla y que os vendrá muy

bien. Callarse todos, dejar las cosas como están, y cuando se muera el Brigadier (mucho tarde) cualquiera de vosotras será la viuda. Que te mueres tú primero, Paca; la viuda entónces es ésta: que tú desapareces primero, Francisca; la viuda de D. Juan es Paca, y siempre cobrareis la pension si es que una y otra no os largais ántes que el que os la deje. Por fortuna no sabeis escribir para cobrar la paga, y las cruces que hagais ya se parecerán las unas á las otras.

La hermana menor, que hasta entónces habia guardado silencio, lo rompió al fin exclamando:

—¿Y puede la iglesia, señor Cura, consentir enredo semejante?

—¡Hola! (dijo D. Romualdo), parece que te llega á lo vivo. ¡Con que, enredo! Aquí no hay más enredo, hija mia, que el que vosotras habeis armado con vuestro matrimonio. Cuando se juega con las zarzas no siendo muchachos, se clava uno las espinas en los dedos y no coge las moras. ¿Quién habia de tener formalidad para un asunto como el vuestro? Sé tú buena mujer para con tu marido, como hasta hoy lo has sido con tu huésped; cállate como una muerta, que es lo que te acomoda, y no temas que se perjudiquen tus caudales ni tu descendencia. ¿No me habeis dicho que era una caridad lo que recibíais? Pues á disfrutarla como lo que es, y dejar que las aguas corran cuesta abajo.

Paca se propasó á insistir:

—Pero ¿qué se dirá en el pueblo? ¿Qué será de mi reputacion y de nuestro nombre?

—En el pueblo no se podrá decir, hija mia, más de lo que se dice. ¡Si tú supieras lo que se dice en el pueblo!...

—Por último, señor Cura (interrumpió doña Francisca con resolucion): ¿á qué hemos de atenernos?

—A que la que está casada eres tú.

Y el cura se marchó repitiendo su carcajada habitual.

VII.

Tan inesperado golpe produjo en las mujeres el cruel efecto que era de presumir. Todas las combinaciones de su vida interior, así como sus planes de escapatoria, quedaron suspendidos y relegados á un órden subalterno, ante aquella extraña y verosímil complicacion, por la cual quedaban incursas en una especie de bigamia femenina. Ellas, que no se habian casado ni una sola vez, aparecian casadas por dos veces; y es que lo que se hace como se hizo aquello, no puede ménos de resultar como iba resultando esto. Doña Francisca tenía mucha razon al creer que con los Sacramentos de la Iglesia no se puede jugar.

Cúmplenos, sin embargo, advertir que aparte de los efectos exteriores que la noticia de D. Romualdo produjo, verificóse tambien en el seno de aquellas dos almas de mujer una evolucion imperceptible, aunque profunda, que las sumió en sérias y casi pecaminosas meditaciones.—Cuando dos personas han adquirido billetes de una rifa y forman alianza para repartirse la fortuna, tóquele

á quien le toque, la sensacion de placer que experimentan al oir que les ha tocado, se divide en dos partes: primera, que les tocó; segunda, en cuál de los billetes ha sido. Esto no debia suceder, porque los billetes se fundieron en el trato de participacion recíproca; pero es de notarse que cuando refieren alborozadas el suceso, hay siempre una que dice:—«Y el billete era el mio.»—Paca y doña Francisca habian echado mancomunadamente á la rifa del Brigadier, y les tocó; pero el billete era de Paca: al oir, pues, ahora que el billete podia ser el de Francisca, disculpemos al corazon humano sus hondos misterios y sus borrascosas tempestades.

No hay que reirse de lo que vamos á decir. Paca estaba enamorada del Brigadier. Se enamoró veinticinco años ántes, como casi todas las mujeres, cuando lo conoció en los principios de su campaña; reprodújosele la propia sensacion de afecto cuando lo vió venir á establecerse al lugar; avivóse su cariño y se convirtió en culto, cuando á la sombra del mismo techo observó todas sus tristezas y participó de todas sus amarguras; fuéle dado, por fin, abrigar sin reserva las emociones de una viva pasion, cuando al pié del altar estrechó su mano con la mano del héroe, y oyó que el sacerdote la llamaba, no su sierva, como ella lo hubiera sido siempre, sino su esposa.

Quédense las sonrisas de burla para los que pasan la vida hablando del amor, y no han podido ponerse jamás de acuerdo sobre lo que el amor

significa y vale. El amor, desde los tiempos platonianos, pasa entre artistas y poetas por la más sublime expresion del espiritualismo, lo cual no obsta para que poetas y artistas lo personifiquen constantemente en los cuerpos de Vénus y de Apolo; lo dibujen con carnes delicadas, tez fresca y suave, líneas y contornos infantiles, labios de púrpura, dientes de perlas, cabellos abundosos, mirada de fuego, y, en suma, con todos los atractivos de la morbidez, la plasticidad y la juventud:—Hablemos claros, señores: si es espíritu, ¿á qué tanta materia? Si es materia, ¿á qué tantas sublimaciones del espíritu?

Por fortuna el amor no es ni una cosa ni otra, y casi nos atrevemos á decir que ni ámbas á la vez. Platon, el único quizá que ha entendido en el mundo de estas cuestiones, lo dijo claramente: el amor es la belleza, y la belleza ántes que en los cuerpos reside en las almas. Si el amor (decimos nosotros) no fuese la belleza ideal y sí lo bello corpóreo, podrian amarse los griegos, los italianos y los españoles; pero no los etíopes, ni los chinos, ni los aztecas. Si el amor fuera lo bello corpóreo no podrian amarse los faltos de vista, ni los desprovistos de hermosura, ni los que no han llegado á conocerse. Si el amor fuera lo bello corpóreo, pocas serian las madres que amaran á sus hijos, y ningun nieto á su abuelo, ni podrian experimentar sentimientos de amor los mayores de treinta años. Por fortuna, decíamos, la belleza ideal, que es el amor, reside en el alma del amante y se refiere al

alma que supone ó que ve en la persona amada. Idealismo por idealismo, basado en la belleza real ó aparente, pone esa venda en los ojos con que nos pintan al niño ciego; y si el enamorado pudiera decir la verdad, no sabria explicarnos por qué le parece bello lo bello que ama, así como tampoco sabe creer que es feo lo que ama ardientemente, aunque esté desprovisto de hermosura.

Hay, pues, en el amor una cosa que se escapa á la percepcion de los sentidos y que anubla los sentidos mismos. El amor no ve, no oye, no huele, no gusta ni palpa en la forma natural de las percepciones corpóreas; el amor carece de leyes, priva de conocimiento, reniega de la filosofía, peca contra la lógica, se burla del arte, desconoce la sociedad, y se forja un mundo para sus usos particulares, que sólo se concibe en la idealizacion de la belleza. Los legisladores del amor se cansan en vano componiendo códigos para los amantes. Esos Apolos y esas Vénus de Occidente no gustan en Oriente; la esbeltez apalmerada de por acá sirve de mofa á las rechonchas figuras de por allá; el nácar y el carmin son objeto de escarnio para los países del ébano y la gayomba; entre unos encanta la libertad, y entre otros no hay culto sino en la reclusion; á éstos les enloquece la sabiduría, miéntras á aquéllos les enajena la ignorancia; por último, todo el que escribe ó piensa sobre el amor pierde lastimosamente su tiempo.

Y es que el amor no es nada, ó por mejor decir, nada que corresponda á la jurisdiccion del

análisis humano. El amor es el alimento del alma, y cuando el alma está apénas conocida, vayan ustedes á buscar el conocimiento de los jugos ó manjares con que se nutre. La criatura ama, y esto es lo que hasta el dia sabe del asunto: ama sin saber cuándo ni por qué; ama á veces contra su voluntad y encadenando su albedrío; ama á destiempo y por encima de la razon; ama cuando necesita ó puede ó quiere ó se le antoja amar. Para entónces no hay edades ni tipos: el alma se idealiza á sí propia, é idealiza á la vez la corporidad del sujeto amado, en términos de que cualesquiera dos figuras son la Vénus y el Apolo de los estéticos. Semejante á esa esponja seca á quien una súbita humedad rejuvenece y ablanda, la criatura se trasforma en cualquier caso con el amor, y se predispone á todas las ternezas y á todos los sentimientos que éste lleva consigo. No es tampoco entónces una fuerza material la que impulsa; es, si se nos permite el símil, la de un reloj de sol, que sin muelle ni máquina da la hora, áun cuando permaneció parado ó inerte durante las épocas nubladas.

Ríanse enhorabuena del amor de la pobre Paca los que no estudian el amor por dentro, y se contentan con observar los fenómenos exteriores de lo que es sociable á la par que divino. Si no hay simpatías para el amor más que en la juventud, téngase en cuenta que el amor va á la especie, y la especie no se vivifica con tallos viejos ni en tierras esquilmadas; pero áun prescindiendo de

que árboles añosos dan brazos frescos y lozanos, no se confunda nunca la teoría divina de la propension con las prácticas humanas de la posibilidad. Sentimos no poder ser más claros.

Paca no habia amado nunca, ni sentido, en virtud tal vez del recato de su educacion y de las circunstancias especiales de su oscura existencia, ese fuego juvenil que infunde las pasiones; lo cual no obsta para que su alma, abierta un dia, como las de las demás mujeres del mundo, á las percepciones del amor, se hallase en actitud de experimentarlas. Si la fortuna le fué adversa en este punto; si los hombres, que son los que vienen en nuestra sociedad, no llegaron en buenas condiciones á la sociedad del alarife; si la suma de amor que dentro de su pecho fluctuaba no halló espacio donde dilatarse en el curso de toda una vida, agradézcase á la buena mujer que no forzase por sí propia las leyes sagradas del recato, ó discúlpese, al ménos, que en la ocasion presente desarrollara, con un poco de exceso tal vez, los gérmenes ocultos de sus posibles pasiones.

No alabamos nunca bastante en la mujer que envejece honesta, y ántes bien solemos hacer escarnio de ello, lo que por lo comun se llaman caprichos de solterona. Su amor á las flores, su amor al gato ó al perro, su amor á los hijos de la criada, su amor á los altares de la iglesia, su amor á cosas y personas que hasta suelen ser extravagantes, es el amor destinado al hombre que no vino, es la expansion externa de afectuosos y dul-

ces sentimientos que se agitan sin rumbo ni objeto natural en el interior de un alma tierna y amorosa. Que venga el hombre, y con la desaparicion de los caprichos coincidirá la vuelta de los encantos, si no del cuerpo, de donde huyen para no volver, del alma, donde residen sin disiparse jamás.

Ocúrresenos al llegar á este punto, lo que indudablemente se le ocurre al lector. ¿Qué privilegios disfrutaba Paca de que no pudiera ser partícipe doña Francisca? Y aquí entra lo extraordinario y lastimoso de la situacion de ambas hermanas. En efecto, lo que va dicho de la una puede entenderse de la otra, y con tanto más motivo respecto á la mayor, cuanto más esmerada habia sido su cultura y más delicado era el organismo de su sistema nervioso. Doña Francisca, á quien por propio derecho hubiera correspondido la mano del Brigadier, sin las razones que ella misma expuso para rechazarla, oyó en esta ocasion sin pena, ya que no debamos decir con alegría, el anuncio de aquel embrollo por medio del cual la fortuna, el acaso, la Providencia tal vez, se empeñaban en restituir las cosas á su legítimo y verdadero punto de enlace. Aun cuando nunca pudo ocurrírsele la idea de que los pactos hechos ante Dios fueran nulos ante los hombres, satisfízole la casualidad que, momentáneamente siquiera, le otorgaba un puesto á que sus especiales circunstancias la hacian acreedora. Los vecinos del lugar se lo habian dicho muchas veces: —«Siempre creimos que fuera usted la que se casara con el Coronel.

—¿Cómo D. Juan eligió á Paca y no á usted, doña Francisca?—Lo natural hubiera sido que la que se llamase brigadiera fuese usted.»

Entre los hondos misterios del corazon humano, es quizá el más comun aquel por cuya virtud se desea que le ofrezcan á uno lo que en manera alguna le conviene ó quiere admitir. El más ricacho labrador de pueblo, á quien sus intereses ó compromisos particulares le impiden ser autoridad, gusta de que le ofrezcan la vara de alcalde y no aceptarla, para poder estar diciendo toda la vida: —«Cuando mis convecinos se empeñaron en que fuera su alcalde, y yo no quise...»—Del propio modo las mujeres, por voluntaria ó forzosa que les haya sido la soltería, gustan de que algun hombre les ofrezca su mano y se haga público, para poder decir por toda una eternidad:—«Cuando el brigadier Fernandez quiso casarse conmigo, y yo no acepté...»

Doña Francisca no habia tenido nunca con quién casarse. Enferma cuando muchacha, vanidosa cuando rica, pobre cuando modesta, oscura siempre, y, sobre todo, falta de un novio bueno, que era lo principal del caso, pasó de niña á joven, de jóven á mujer y de mujer á vieja, sin que nadie le dijese *esta boca es mia*. El tiempo y los achaques habian apaciguado ese rencor latente que se apodera del alma de la mujer, contra la sociedad que no la ha comprendido; pero ahora que por extraños modos se encontraba doña Francisca envuelta en lances de casamiento y aventuras de

amor, reverdeciósele lo poco que aún conservaba de Eva, y... forzoso es decirlo, casi llegó á constituirse en rival de su hermana. Así es que, contra su costumbre, no tuvo consejos ni salidas para el embrollo de que las habia notificado el señor cura. Quizá se alegró de que ocurriese.

Paca era otra mujer. Vulgar y fea desde muchacha, tan pobre cuando rica como cuando se arruinó, modesta y segundona por convencimiento ántes que por necesidad, puede decirse que no se casó porque no quiso: tuvo malos pretendientes, pero los tuvo; se hubiera casado mal, pero se hubiera casado. Paca era una de esas criaturas que están destinadas en la república doméstica á servir de plebe. Su constitucion sanguínea, contrapuesta á la linfática de su hermana; su robustez y animacion naturales, que excusaron el mimo de los alarifes; su abandono y llaneza un tanto prosáicas, que no le permitieron ascender por completo á la categoría de señora, fueron causa de que llevase con resignacion el desvío de los hombres; al paso que la predisponian en la ocasion presente á aceptar con toda su alma la fortuna que se le entró por las puertas. Paca, á quien su juventud relativa, y la que estaba habituada á que le supusieran sus convecinos, infundió la idea de que su enlace con D. Juan era una cosa justa y puesta en el órden, abrazó su estado con verdadero placer, y hasta se prometió reducir á buenos términos la aspereza de su marido. Paca, aunque sin demostrarlo, se habia casado por entero.

Aislada, pues, ahora por las reservas y vacilaciones de su hermana, decidió aconsejarse consigo misma sobre la conducta que deberia observar; y en principio resolvió avistarse valerosamente con el Brigadier, y exponerle todos sus sentimientos con la energía propia de quien posee títulos suficientes para verificarlo. Paca, en una conferencia secreta con su esposo, le manifestaria primeramente lo absurdo de la situacion que aquel cambio de documentos habia creado, y la necesidad en que se estaba de corregirlo con arreglo á la fe jurada delante de Dios. Le indicaria despues lo escandaloso de su conducta para con ella, á quien obligó á casarse poco ménos que violentamente, para vivir ahora como avergonzado de haberlo hecho, y dando motivos á que todo el mundo la despreciara. Le hablaria luégo de otros deberes ligados con la existencia del matrimonio, sobre los cuales sólo la voluntad divina era juez árbitro de conceder ó de negar la virtud. Le advertiria la falta de conciencia con que trataba los intereses públicos, él, tan honrado y probo, haciendo una especie de farsa para obtener la pension de viudedad, que era un verdadero delito si el matrimonio no se dirigia á más elevados fines. Le expondria, por último, su resolucion de marcharse de casa, pedir amparo á las leyes, renunciar á la limosna que pudiera quedarle, acometer, en fin, cuantas empresas, por locas que pareciesen, condujeran á la justificacion y tranquilidad moral de una mujer, que no habiendo jugado nunca en el mundo con nada ni con

nadie, se resistia ahora á que jugasen y se divirtiesen con ella.

De este modo discurria la pobre Paca, en frase ménos culta quizá y con pensamientos aún más disparatados é incoherentes, como acometida que estaba de un ardor febril á que ninguna mujer se sustrae cuando se ve menospreciada por un hombre. En su arrebato y casi locura, decidió lo que jamás se le hubiera ocurrido tratándose del Brigadier: y fué instalarse en su propio aposento, ocupar su propia silla y esperarlo hasta la hora de la noche que volviera á casa, para concluir de una vez en lucha personal con aquel estado de vida insoportable.

No fué pequeño, efectivamente el asombro de D. Juan cuando al entrar en su cuarto á las altas horas que lo hacía, vió la figura de su mujer sentada á la mesa y recibiendo la luz sobre un rostro alterado, rojizo y casi siniestro. Ántes de aguardar la explosion que aquella escena anunciaba, el coronel Vaillant cogió el velon con la mano izquierda, colgó su sombrero con la derecha, y dirigiéndose á la alcoba, cuyas cortinas echaba al hablar, dijo:

—No te molestes, Paca, en decirme lo que ocurre; lo sé todo: el señor Cura lo ha contado en la botica á voces. Mañana se arreglará.

Sintiéronse despues las prendas de ropa caer sobre una silla, oyóse el ruido de un cuerpo que se acostaba, y se apagó la luz.

VIII.

Al dia siguiente amaneció más temprano que de costumbre en el aposento de D. Juan, y era que no habiéndose cerrado las maderas de sus balcones, el sol se introdujo allí sin obstáculo desde su salida. Quizá tambien el hombre durmió algo intranquilo, ó dejó de dormir, á causa de los nervios. Ello es que, muy de mañana aún, el Brigadier se hallaba sentado en su cama, medio envuelto con su capoton militar, y tan listo como si hubiera llevado muchas horas de reposo. En el silencio de cuanto le rodeaba creyó percibir la respiracion de una criatura cerca de sí, pero como no tenía gato ni perro, llegó á temer alguna imprudencia de Paca. Entónces, echando mano á un espadin que tenía siempre á su cabecera, y adelantando el cuerpo, levantó la cortina cuanto pudo, hasta montarla en el clavo romano de su derecha.

El sol, en efecto, entraba en la estancia por el primer balcon, y un rayo oblícuo heria en aquel instante la figura de la mujer que, sentada en un sofá de junto al escritorio, se habia quedado dor-

mida con la cabeza echada hácia atrás. El primer impulso de D. Juan fué tirarle el espadin á la cabeza, y arrojarla del aposento á fuerza de injurias; pero se contuvo despues ante aquel cuerpo retorcido, aquella respiracion fatigosa y aquellos ojos inyectados, quizá de lágrimas. Rehízose pronto, y, soltando el arma, dijo para sí:

—«¡Haga usted favores á ciertas gentes! ¡Obre usted en el mundo con arreglo á lo que opinan los hombres bestias ú honrados! En esta casa reinaba la paz; aquí todos vivíamos tranquilos y felices hasta donde es posible serlo; nada faltaba entre estas momias, ni bienes, ni salud, ni amor. Pero estudia usted las conveniencias de la sociedad, oye usted lo que dicen las gentes graves, se amolda usted á lo que aconseja la doctrina cristiana, y ya está usted metido en un infierno. Estas mujeres se apartan por la primera vez en su vida una de otra, y quizá principian á aborrecerse; si se unen todavía, será en contra del hombre que las ha favorecido y amparado durante su miseria; la estúpida de Francisca la echa de noble y estirada, miéntras esta bruta de mujer da en enámorarse porque cree que se han casado con ella. ¡Haga usted obras de caridad con los asnos! Las gentes del lugar encuentran en nosotros motivo para sus chismes y sus hablillas; aquí se ha perdido la confianza y la subordinacion; en la botica se me falta al respeto; los campesinos parece como que se recatan de hablarme en el tono que siempre lo hacian, y hasta ese zopenco de Cura hace reir á los tertulianos con

los lances de mi boda. ¡Bruto de mí, que no he muerto como los lobos! ¿Quién me ha metido en estas danzas? ¿Quién me indemniza de estos disgustos? ¡Si pillara ahora al fiel de fechos que me armó el expediente, lo retorcia como á un perdigon que no quiere cantar!»

El Coronel se detuvo en este período, y como reflexionando, añadió:

—«¡El expediente! Sí, es menester arreglarlo con la formalidad propia de mi carácter y de mi nombre. Hay cosas con las cuales no se puede jugar. Hoy mismo escribiré á mis amigos de Madrid para que se subsane la falta, tan torpemente cometida por ese informal de Cura, que todo lo echa á barato. El asunto es sencillo, como que hay buena fe de parte de todos. Quizá esto baste para que aquí se arreglen las cosas de mejor manera. Esa tonta de criatura, ¿insistirá en su ridículo enamoramiento cuando vea que me caso con ella hasta dos veces? Pero eso no es amor, ni dignidad, ni decoro: eso es que á las malditas de las mujeres se les vuelve el juicio en cuanto oyen nombrar la palabra boda. Todas son iguales: ¿cuántas en mi juventud no me hicieron caso porque les preguntaba con insistencia si sabian caminar en mulo? Lo mismo me lo hubieran hecho con decir que era amigo de un cura. ¡Qué armonía tan particular hay entre las gentes de faldas! Dos palabras entre un capellan y una mujer, y se pierde un hombre.»

De esta manera discernia D. Juan, cuando el rayo del sol se elevó hasta el rostro de Paca. Febo,

al ponerse en contacto con aquella pobre Endimonia, despejó su somnolencia y la hizo volver á su anterior estado de angustiosa vigilia. Al abrir los ojos, recostada en el brazo del sofá, se encontraron con los del Coronel, recostado en la cabecera de su cama; y aquel encuentro, aunque de ojos seniles, sin frescura ni brillo, desarrolló en su choque todas las violencias del amor.

Paca, fuera de sí, saltó de su asiento como una leona, y fué á sorprender á su marido en la prision de las ropas con que se envolvia.

—¡Mónstruo! (le gritó): ¿por qué has despertado en mi alma seca y dormida esas ilusiones que no esperaba conocer nunca? ¿Por qué me has llevado á la Iglesia? ¿Por qué me has dado tu mano? ¿Por qué me has llamado tu mujer? ¿Por qué no me dejaste en el rincon de tu cocina para ser tu sirvienta y tu esclava? ¿Es que te cansaste de ser honrado? ¿Es que recordabas aquellos tiempos en que con cada sonrisa perdias á una mujer, y luégo las dejabas moribundas ó locas? ¿Has querido á la vejez jugar con esta pobre criatura, como en la juventud jugaste con la hija del Conde y con la hermana del Oidor? Pues chasco te llevas, ¡hombre sin conciencia y sin ley!; porque entónces te bastaban tu sable y una victoria para hacer olvidar tus crímenes y huir de los lugares donde los cometias, miéntras que ahora, viejo y achacoso y sin uñas, no puedes arañar el corazon de nadie sin que la sangre te salte á los ojos y te deje ciego. Búrlate de mí porque soy vieja, porque soy fea,

porque me faltan educacion y talento, porque soy una miserable; pero no esperes que ahora se sonrian los que alababan tus triunfos de mozuelo liviano: ahora has perdido la gracia de ser traidor, y sólo te queda la vergüenza de ser impuro. Ahora la burla será para tí, para tí la infamia, para tí el desprecio de las gentes. Ahora eres homicida, parricida y suicida; porque me matas á mí, matas lo que desconoces y te matas á tí mismo, provocando estas amarguras en que por desdén á todo lo sagrado y á todo lo noble te ves envuelto. Yo soy ahora mismo el verdugo de tu conciencia y el terror de tus bríos, á los cuales no temo, porque te veo temblar como ya el otro dia temblabas en la iglesia. Arrójame de aquí, apaléame, pásame el cuerpo con esa espada ó da voces para que me aten y me conduzcan á una casa de locos. Todo esto puedes hacerlo como quieras; pero no dormirás, no comerás, no vivirás con los remordimientos de lo que hagas conmigo, porque se juntarán á ellos los remordimientos de cuanto hiciste con las otras mujeres. Dios me ha guardado para vengarlas á todas; y si en tu furor y soberbia quieres matarme, hazlo pronto y sin ruido: ¿qué puede importarme á mí que me mates el cuerpo si ya me has asesinado el alma?

Estas ó parecidas palabras, que no es fácil ser exacto narrador del atropellado discurso de una mujer delirante, y ménos cuando ésta carece de artificio para coordinar sus conceptos; palabras parecidas, decimos, aunque vaciadas en el propio

molde de las ideas que vamos apuntando, fueron las que pronunció la infeliz demente, á quien el insomnio de una noche, y las humillaciones de muchos dias, prestaron la vehemencia de la juventud, la facundia de la pasion y los terribles impulsos de la temeridad.

El Coronel, cuyo férreo carácter le movia á considerar la entereza como virtud, no estalló en el violento ímpetu que era de presumir ante aquel desbarate de invectivas é insultos, que ningun sér viviente se hubiera atrevido á dirigirle en otras condiciones. Miró de hito en hito á la mujer con mezcla de compasion y asombro, é hízole su seña habitual para que lo dejara. La loca entónces, abrazándose á sus rodillas como sobre un muerto, y soltando un raudal de lágrimas, repuso:

—Perdon, señor, perdon para esta infeliz, que ha perdido el juicio al perder la dichosa indiferencia en que vivia. Yo estaba contenta con ser criada de tan buen hombre y de tan respetado caballero como usted; yo era feliz con ayudarle á pasar la vida ménos amarga, con adivinarle los pensamientos, con servirle como una negra, y con reverenciarle como se reverencia á un dios. Perdon, amo mio, yo quiero seguir siendo como hasta ahora su esclava sumisa y obediente; pero no podré sufrir el martirio de su desprecio: ántes le pido que me mate como á una fiera que rabia.

Don Juan se incorporó en aquel punto, y tirando de la campanilla, como acostumbraba á hacerlo diariamente, dijo á doña Francisca, que se acercaba:

—Llévate á esa mujer, acuéstala, y que llamen al médico.

La hermana mayor no se limitó á obedecer segun costumbre á su amo, sino que, tomando parte en la querella que sorprendia, algunos de cuyos extremos habia escuchado junto á la puerta, se puso resueltamente al lado del señor, y censuró con acritud la conducta de su desconocida hermana. Prescindiendo (decia) de que la boda era un hecho litigioso hasta entónces y casi nulo ó mal formado, que venía á ser lo mismo, no estaba el Coronel para que las encargadas de servirle y cuidarle le produjeran disgustos y sinsabores como el que con allanamiento de las buenas costumbres se estaba verificando en aquella casa de honor. Habia incurrido, pues, su susodicha hermana en falta de respeto á su huésped, y en algo de reprobable contra la moral y el decoro de su sexo. Por todas cuyas razones creia conveniente la buena señora que se formase un tribunal de amigos, especie de consejo de familia, á quien se le encargara de dirimir las contiendas que un error, de que ninguno de los tres era culpado, habia introducido en el seno de aquella sociedad conturbada.

El Coronel, al oir este discurso, que no reproducimos íntegro por su mucha extension, se quitó el capote de los hombros, dobló la cabeza en la almohada del lado de la pared, y dijo á media voz, como de quien se dispone á dormir:

—Ciérrame los balcones, Paca, y haz que llamen al médico para Francisca.

IX.

Hé aquí el giro que tomaron las cosas en los dias siguientes:

Paca abandonó el domicilio conyugal, sin las alhajas ni las ropas, y se depositó casa del boticario del pueblo. Allí llamó al alcalde para exponerle las quejas que tenía contra su marido, y pedirle justicia; pero habiéndose declarado incompetente el alcalde para terciar en el asunto, por falta de atribuciones, recurrió á un abogadillo que allá malversaba los restos de su fortuna, y éste, á quien el Coronel en cierta ocasion habia arrimado una puntera en la espalda por insolente, se prestó á hacer un memorial de agravios que la esposa ofendida habia de dirigir al juez de primera instancia del partido.

Miéntras tanto, D. Juan escribia á dos amigos generales de Madrid para que obtuviesen del tribunal de Guerra la declaracion del error cometido sin malicia en su expediente matrimonial, con el fin de que en ningun tiempo pudiesen ocasionarse perjuicios á su viuda. Las pruebas fueron tan cla-

ras y tan sencillas, que el negocio se arregló en un instante.

Doña Francisca, á su vez, adoptó el retraimiento y la reserva en los graves negocios de su familia; pues si por una parte permanecia al lado de D. Juan, como siempre, por otra estaba atenta al honor de su hermana, puesto en litigio; honór que en cierto modo alcanzaba á su nombre, por aquello de las dudas que en su conciencia introdujo D. Romualdo.

Finalmente, en el pueblo se comentaban los asuntos de muy distintas maneras, áun cuando todas convergian á dar pasto para chismes y murmuraciones. Unos opinaban que entre el Cura y D. Juan les habian armado una broma á las mujeres para divertirse á su costa, y que no habia habido una palabra de casamiento. Otros decian que, prevaliéndose de la identidad de nombres, el Coronel, por ser raro en todas las cosas de su vida, habia querido casarse con dos mujeres como el gran turco. Algunos, y éstos eran los peor intencionados, á cuya cabeza figuraba el abogadillo, opinaban que D. Juan se habia casado efectivamente con la hermana menor; pero que, recordando sus liviandades de jóven, se aburrió pronto de ella y optó por las atenciones de su cuñada. Digámoslo de una vez: el pueblo y la casa de don Juan eran un infierno abreviado.

Se acabaron los paseos, se suspendió el tresillo, se concluyeron las confianzas de la conversacion; y divididas las gentes en dos bandos, uno á favor

del Coronel y otro á favor de Paca, el lugar ofrecia el delicioso aspecto que sólo habia de conocerse despues en épocas de elecciones. Hasta el Cura principió á no reirse.

Las reservas de doña Francisca consistian en cumplir cada vez más torpemente con su deber, y no despegar los labios. Por las mañanas iba á la iglesia, donde solia ver desde léjos á su hermana; pero como una y otra llevaban los velos de la mantilla echados, no podian conocerse ni saludarse. Sucedió con frecuencia, á pesar de todo, que aguardándose la una á la otra, para adivinar ó inventar lo que de su mútua existencia no sabian, se les pasasen las horas muertas en la casa de Dios. Allí no se perdia el tiempo, sin embargo; pues entre salves y credos, no todos bien rezados ciertamente, las devotas informaban ya á ésta, ya á aquélla de todo lo que se decia en el lugar, ampliándolo y estirándolo hasta donde su propio deseo lo aconsejaba, con cuya mansa tarea se logró bien pronto que si entre los hombres eran mordaces las invectivas contra los asuntos de D. Juan, entre las mujeres fueran el verdadero fundamento de una guerra civil.—No sabemos quién ha dicho que la iglesia es el casino de las beatas.

De él salian diariamente datos curiosos para entretener al partido de la oposicion, á cuyo frente se hallaba, como ya sabemos, el abogadillo, y en cuya bandera se iban afiliando los que, por razon de cuestiones de carácter, no eran muy afectos al Coronel. La estanquera declaraba que D. Juan

habia pedido su divorcio á Madrid, pues en pocos dias habia comprado muchos sellos para cartas gordas. Ante esta declaracion, que no dejaba duda del hecho, se convino en que por caridad cristiana era llegado el caso de interceptar el correo de don Juan y sujetarlo al procedimiento del agua caliente; tarea de que se encargó una hija ya arrugada del estafetero, á quien el Brigadier habia mirado con buenos ojos en cierta época. La esposa del fiel de fechos temia que de todo tuviera la culpa la boticaria, pues, segun palabras sueltas de su marido, en la botica se tenía la ilusion de que por muerte de D. Juan todos sus ahorros, que debian de ser muchos, habrian de pasar en herencia al chico más pequeño. Tampoco se abrigó sobre este dato la menor duda. Por fin, las beatas hablaron (despues de la misa, por supuesto) de impedimentos dirimentes que al saberse lo de la boda habian venido de fuera; noticia que rectificó una tenienta, que lo era de carabineros y de oido, la cual, no habiendo pescado más que unas palabras al aire, aseguró que los impedimentos puestos por Paca eran indudables y muy justos, como que los sabía por ella propia, aunque no estaba autorizada para revelarlos. Tan escandalosa era su gravedad.

Con el concurso, pues, de los hombres y de las mujeres, el pueblo estaba hecho una zahurda. Todos los respetos y todas las amistades se habian subvertido ó quebrantado: D. Juan no iba á la botica por no encontrarse con su mujer; el boticario no iba á casa de D. Juan porque no se acha-

caran á chismes sus visitas; el Cura se marchaba al campo, sólo con su escopeta, por no saber á qué carta quedarse; el abogadillo abrió bufete de difamaciones, y ya tuvo un empleo; el fiel de fechos se eclipsaba por temor de ser extrangulado; á las beatas se les pegaba el puchero todos los dias; los labradores filósofos eran de parecer que semejante vida conducia á semejantes fines; por último, el coronel Vaillant se desentendia de todos y de todo, por no acabar á palos con sus convecinos. De cuantas batallas habia presenciado, ninguna llegó á infundirle el pavor que esta batalla seca del lugar.

Magnánimo siempre, á pesar de todo, cuando trataba con enemigos pequeños, D. Juan dió algunos pasos para reconciliarse con su esposa; pero las mujeres, que vieron en esto un acto de debilidad ántes que de fuerza, comenzaron á poner tales y tan absurdas condiciones, que fué necesario sonreirse y dejarlas. A los consejeros del pueblo les dolia que se cortase un litigio cuyos pormenores anunciaban escándalo y diversion para larga fecha: ellos habian oido decir que el negocio del Coronel era de los que se ventilan á puerta cerrada, y nunca se abren tanto las puertas de la curiosidad como cuando se cierran las puertas de la justicia.

Don Juan al fin fué citado ante los tribunales, pero no compareció; citósele segunda vez y no acudió tampoco: ni siquiera adujo su fuero militar, entónces vigente (aunque lo ignoraba el abo-

gadillo), para sacudirse de aquella intrusion del juez en sus asuntos particulares. Estaba decidido, en último extremo, á arreglar sus negocios con la punta de la bota. Iba á citársele tercera vez, con multa y mandamiento de prision por desacato, cuando una mañana, á tiempo que doña Francisca estaba en la iglesia, pudo oirse en la casa del Brigadier un campanillazo más fuerte que de costumbre, lo cual indica que casi era de los que rompen el alambre. Nadie contestó porque nadie habia allí: agitóse nuevamente la campanilla con repetidos tirones, como de quien muestra una perentoria necesidad de que acudan; pero fueron en vano: al fin rompiéronse alambres y cordon en un supremo esfuerzo, y á aquel gran ruido de dentro de la casa, sucedió el silencio de la imposibilidad de seguir causándolo. Algunos minutos despues, que hubieran sido terribles para un observador cercano á la vivienda, sintióse como el estallido de un proyectil en el balcon que daba á la alcoba del Coronel, y tras el estallido, que rompió los cristales de toda una ventana, saltó á la calle desnuda la espada de D. Juan, con alarma y terror de los vecinos que acudieron al golpe. ¿Qué pasaba allí? ¿De qué crímen podia ser teatro la habitacion de aquel hombre irascible y contrariado en sus asuntos?

Pasadas las primeras confusiones entre dudas y respetos, los vecinos acordaron introducirse en casa de D. Juan, fuese cualquiera el recibimiento que les aguardara; y como á los repetidos golpes para

que abriese, nadie acudia á hacerlo, violentaron la cerradura de la puerta y entraron en tropel hasta el lecho mismo del que indudablemente pedia socorro. El espectáculo era horrible y desgarrador al propio tiempo: D. Juan, echado en la cama, tenía el cuerpo medio desnudo en posicion trasversal, como indicando una brega anterior angustiosa y larga; el brazo derecho, en ademan inerte, pendia al aire entre los hierros del cabecero, como si hubiera perdido la vida con el último golpe del llamador; en el otro brazo conservaba la vaina del espadin, retorcida entre los dedos, cual si al quedarse con ella le hubiera agitado un pensamiento extraño; por último, la cabeza medio oculta entre ambas almohadas, lívida en el fondo de la expresion y cárdena en la superficie del rostro, dejaba ver su boca torcida sobre el lado derecho, sus ojos inyectados y como sin luz, su boca espumante y convulsivamente sorda, como la de los apopléticos que van á morir.—Don Juan estaba atacado de una terrible hemiplegia. Su pecho no respiraba, sino hervia.

Los vecinos, desparramándose, unos por las piezas interiores para buscar recursos, otros hácia las ventanas para pedir socorro, y algunos por la calle para traer al médico, alarmaron en pocos instantes el lugar con la inesperada noticia del infausto accidente, y un cuarto de hora despues, quizá no tanto tiempo, se hallaban al lado del Coronel prodigándole todo género de medicinas y auxilios, Paca, doña Francisca, el boticario, el médico, el

Cura, los labradores y cuantos desde su llegada al pueblo lo habian conocido, formando consejo á la puerta de la casa, por no caber en las habitaciones el resto del vecindario.

Hasta el abogadillo acudió instintivamente al lugar de la catástrofe, áun cuando no subió, pues enterado á medias de lo que sucedia, tuvo prisa de correr á participarles á algunos de sus clientes, que el coronel Vaillant se habia suicidado por miedo á las consecuencias del pleito que le iba á armar.

X.

Don Juan no habia muerto: ni áun se hallaba moribundo, como de la complicacion de aquellos fatales accidentes podia presumirse. Era presa, sin embargo, de una de esas terribles afecciones, para las cuáles parece que se ha dicho, que principiar á enfermar es principiar á morir. Las órdenes perentorias del médico y del boticario, secundadas admirablemente por Paca y doña Francisca, con ayuda de todos los vecinos, hicieron entrar en reaccion la perturbada máquina del Coronel, ántes de que sus movimientos llegaran á paralizarse en absoluto.

La vida vive en el seno de las criaturas con independencia casi de las criaturas mismas. Aun cuando esto parezca parodójico, lo repetimos con pleno convencimiento: la vida es una cosa y la criatura es otra; siendo de notar que la primera se desarrolla y marcha en opuesto sentido de la segunda. La criatura comienza por débil y va ascendiendo paulatinamente á poderosa, miéntras que la vida comienza por su mayor poder, para disol-

verse paso á paso en una debilidad que se escapa. La criatura nace como el vegetal; de simiente llega á ser árbol: la vida nace como el fuego; de llamarada se convierte en humo. Cuando la vida viene, la criatura no existe apénas; cuando la vida se va, la criatura queda por entero. ¿Qué es lo que le falta al que se muere? Por punto general, sólo la vida. El que en plena salud se ahoga y perece, queda tan sano despues de muerto como vivo: ¿por qué no restituirle su animacion y su existir? Porque la vida se le ha escapado de su cuerpo. Y ¿qué es la vida?

No teman los lectores que vayamos á pretender explicársela, cuando nadie en el mundo lo ha conseguido aún, ni es fácil que lo consiga hasta la eternidad. Contentémonos con la explicacion que la da el vulgo: la vida es un soplo; la vida está pendiente de un hilo; la vida es una pícara; esta vida no vale dos cuartos.

El hombre vive, á pesar de todo, creyendo que la vida marcha consigo, como consigo marchan sus ilusiones y sus deseos: una mañana la vida se dispone á partir por sí sola, abandonando el cuerpo en que se cobijó, y entónces el hombre cae en que dentro de sí propio habia una voluntad con que no contaba; siente claramente que se emancipa la parte espiritual de su sér: aprecia con rápida percepcion el dualismo de su existencia, y lo toca; en cuyo momento sus ojos se abren á una nueva luz, como la que se adivina entre el firmamento y la atmósfera, cuando los rayos del sol se ven cortados

por las pesadas nubes de nuestro mezquino horizonte.

Miéntras Paca, pues, con el corazon traspasado de pena, pero sin lágrimas en los ojos por virtud, derramaba sobre el cuerpo de su esposo los reactivos que el médico mandaba y el boticario traia sin pérdida de minuto, atentos todos á prolongar el hilo de una preciosa vida que amenazaba extinguirse, el Coronel, sereno y fuerte en aquella batalla del dolor, tanto ó más que siempre lo estuvo en las batallas de la gloria, parecia apartarse de cuanto le rodeaba, para fijar su vista en espacios distintos, donde los males de la materia son poca cosa ante las exigencias del alma. Contra su costumbre, era dócil á lo que se le pedia; contra su costumbre, soportaba sin resistir los daños de la medicacion; contra su costumbre, no proferia una queja ni arrojaba á nadie de su lado, ni dejaba entrever las frecuentes asperezas de su rudo carácter. El Coronel moribundo era perfecto.

La fortuna y el arte, ayudados por el amor y la eficacia, consiguieron en breves horas que el terrible accidente de D. Juan se contuviese en los límites de un primer amago. Los síntomas agudos fueron cediendo á la accion de los estímulos exteriores que se le aplicaban, y una bebida antinerviosa, suministrada oportunamente, calmó las ánsias de su respiracion, y modificó la rigidez de sus órganos linguales casi perdidos. En la lucha de la vida y la muerte, D. Juan quedó sin movimiento para su brazo y pierna del lado derecho, sin clara

luz para sus ojos, sin facilidad para su palabra, pero con lucidez y recto juicio para su discurso. Posesionóse de su estado, y, echando una ojeada dulce sobre los circunstantes, pareció como que les daba á todos las gracias.

La última en quien se fijó fué en Paca, que, abrazada á su cuerpo por la cintura, para sujetarle las ropas que se le iban, era entónces presa de ese congojoso accidente que sigue por lo comun á las grandes crísis, cuando el llorar es ya casi un consuelo. El Coronel, sacando su brazo izquierdo, no sin alguna dificultad, por encima de los embozos, se agarró al hombro derecho de Paca haciendo por elevarla hasta sí, y como el Cura ayudase la accion por haberla comprendido, la cabeza de la mujer quedó sepultada en el seno del hombre, quien con cariñosa solicitud la abrazó por tres veces, estampando otras tantas sobre los húmedos ojos de la infeliz, la más tierna expresion de sus convulsos labios. El sacerdote, que aún no habia bajado las manos con que contribuyó al enlace, dejólas suspendidas sobre el grupo con digna majestad; y no parecia, tal fué el instintivo recogimiento de todos los presentes, sino que en aquel instante se verificaba un segundo y solemne matrimonio. El primero habia sido la boda de los hombres; este segundo era la boda de Dios.

Durante muchos dias la dolencia de D. Juan fué aliviándose progresivamente. Paca y doña Francisca cuidaban al enfermo, no como dos criaturas, sino como dos ángeles. En las noches in-

tranquilas velaban su agitacion; en las noches dulces dormian su sueño. Por las mañanas lo lavaban con agua templada, como á un niño, porque el Coronel no podia acostumbrarse á la suciedad del lecho infectado. Servíanle despues sus sopas de costumbre, que el pobre paciente hallaba exquisitas, áun cuando eran las mismas sopas que ántes maldecia y desdeñaba. Por último, las dos buenas mujeres empleaban algunos ratos, con paciencia admirable, en provocar conversaciones cerca de él para que su torpe lengua se fuese soltando poco á poco. Habia caido en una segunda infancia.

El boticario y el médico hacian guardia permanente á la cabecera del amigo necesitado; al menor síntoma acudian con un nuevo remedio, y á la menor exigencia contestaban con un nuevo cariño. El Cura, los labradores, los gañanes, las mujeres, todos los del lugar se disputaban á porfía el gusto de servirle y el honor de cuidarle. En la parroquia se hacian rogativas públicas por la salud del Coronel, y al Cristo de una ermita del monte se le ofreció forrarle la cruz con plata, siendo de advertir que los de la oferta casi casi tenian camisa. Jamás el clamor de un pueblo ha sido tan unánime y desinteresado.

Don Juan movia ya un poco la pierna enferma; experimentaba ciertos dolores fugaces, y algo de hormigueo, en el brazo más rebelde; habíasele enderezado mucho la boca, hasta la posicion casi natural; y su palabra, no muy limpia ni fácil, iba

adquiriendo condiciones de volver á servir de encanto á sus amigos.

Éstos tuvieron una idea feliz, que prueba la ternura con que se interesaban por él. Como don Juan era muy aficionado al juego del tresillo, y constituia su única distraccion hacía tantos años, resolvieron venir á jugarlo en su casa, para lo cual colocaban una mesita en la alcoba á la altura de los colchones, y allí celebraban su sesion, teniendo cuidado uno de ellos de enseñarle los naipes. Algunas veces el propio enfermo se empeñaba en ser de la partida, y entónces Paca le tenía las cartas con la mano derecha, para que él con su izquierda jugase la que le pareciese.—El bueno de don Romualdo exclamó un dia:—«¡Ah, señor don Juan, si yo pudiera traer un montecillo á la alcoba para que cazásemos algunas tardes!»

El Coronel se habia domesticado. Al noble leon le habian cortado la melena. Ratos hubo en que sospechando doña Francisca y Paca que su contínuo charlar le podia ser enfadoso, se salian de la alcoba ó callaban por largo rato; pero él las animaba diciendo:—«Quedaos aquí. Hablad lo que querais, que yo me distraigo oyéndoos.»—Ni áun para rezar el rosario les permitia que se marchasen del comedor.—«Rezadlo aquí (les decia): á mí no me incomoda; ántes bien, como que me dispone á cenar con apetito.»

Don Juan, por último, hasta se iba permitiendo gastar sus bromas con las mujeres.

—Aquí me teneis, muchachas (les dijo un dia),

cumpliendo mi penitencia por donde más he pecado. Estas enfermedades de parálisis son más comunes en los hombres que en las mujeres, y á fe que no le falta razon al que lo haya dispuesto así. Nosotros pecamos sobre todo con las piernas, con los brazos y con la lengua: justo es que se nos paralice alguna vez aquello de que hemos hecho peor uso. Vosotras las mujeres honradas que salís poco, que moveis poco las manos con vuestra aguja, y que no escandalizais á las gentes con torpes palabras, teneis males de nervios chiquitillos, pero no estos aluviones de enfermedad que tronchan los miembros de la vida. ¡Qué tal ahora, si yo quisiese correr detrás de un enemigo! ¡Qué tal, si yo intentase alzar el brazo de mi espada para partir á un hombre! ¡Qué tal, si yo me prevaliese de la antigua soltura de mi lengua para inferir agravios á mis semejantes!

Paca y doña Francisca no sabian qué responder á tan elevados raciocinios; pero se contentaban con sonreirse y hacer afirmaciones de cabeza, para probar el gusto con que los estaban escuchando. D. Juan continuó:

—Despues de todo, estas enfermedades son hasta cierto punto cómodas y buenas cristianas. Permiten el reposo, dejan expedita la imaginacion para coordinar y ennoblecer los pensamientos, no siempre dignos, de las criaturas. Una mañana dicen con su presencia: — «¡Alto ahí, caballero! Esto se acabó. Envainen las fierezas y los brios. Hágase revista de la policía del alma, miéntras dispongo

de ese cuerpo que ya no sirve. Esa mano á la gorra, y á pensar, porque dentro de poco habré de decir *¡rompan filas!* y al que le pille descuidado quizá no encuentre dónde meterse.» —¿No es cierto, muchachas, que estas emiplegías son más de agradecer, para un hombre honrado, que esas otras tan decantadas apoplegías?

Paca y doña Francisca opinaron que lo mejor sería obtener de la gracia de Dios el restablecimiento de D. Juan, por el que habian ofrecido subir al monte de rodillas en la fiesta del Cristo.

Así se pasaron algunas semanas aún. El Coronel estaba ya casi bueno en toda su parte viva, aunque poco ó nada habia adelantado en lo tocante á lo que él llamaba su *obra muerta*. Una de las tardes en que los tresillistas se fueron á comer, despues de haber jugado, dijo el enfermo á Paca:

—Anda, mujercita mia, y dile al señor Cura que venga.

—Pero si acaba de marcharse ahora mismo (objetó la mujer un poco alterada).

—El que se ha marchado (repuso D. Juan en tono concluyente) es D. Romualdo mi amigo, y yo te mando á buscar al Cura de la parroquia.

Paca bajó los ojos y se fué en derechura al presbiterio, donde refirió sílaba por sílaba lo que acababa de oir. D. Romualdo, comprendiéndolo, abandonó su mesa, quitóse el chaqueton y la bufanda de pieles, púsose sotana y manteos, y se presentó en la estancia de su amigo Vaillant. Las mujeres los dejaron solos.

XI.

—Ya estoy aquí, Sr. D. Juan (dijo D. Romualdo, con voz algo confusa y de ménos timbre que acostumbraba): ¿en qué puedo servir á usted?

—Primero en perdonarme, por haberle hecho dejar tal vez su mesa para venir á perder el tiempo con mis majaderías; pero como nunca están los amigos más léjos de volver que cuando acaban de irse, he querido aprovechar este rato en que estemos solos para que tratemos algunos asuntos de importancia.

—Yo no tengo nada que perdonarle al amigo que más quiero en el mundo (respondió el Cura con bondad); y la mejor prueba sería que áun cuando ahora me dieran de comer, seguro que probara bocado. Por lo demás, y esto no es contrariarle, se me figura que los asuntos á que usted alude no corren tanta prisa.

—¡Ay, amigo D. Romualdo, y qué ilusiones se forja la amistad de los hombres como usted! Yo ya me voy poniendo demasiado bueno de mi pri-

mer ataque, para que pueda dejar de temer, cuando ménos lo piense, la venida del segundo. Experimento hoy, señor Cura, una tranquilidad de ánimo que me espanta. Dios permite, segun las gentes, la mayor lucidez en la hora del mayor peligro.

Don Juan calló y D. Romualdo no supo qué decir. Andando entónces por la sala maquinalmente, cogió un libro del armario, abrióĺo distraido, y arrojándolo de sí, exclamó sacando fuerzas de flaqueza:

—¡Libritos en francés! Ya me lo temia yo, señor emigrado. Estos libros proporcionan muchos disgustos.

El enfermo se incorporó trabajosamente como podia, y, echando una ojeada al libro, se sonrió diciendo:

—Pero si usted no sabe lo que dice, señor Cura.

—Sí que lo sé.

—Pues ¿lo ha leido usted, acaso?

—No lo he leido, ni lo entenderia.

—Pero entónces, ¿cómo sabe usted lo que dice?

—Porque todos son iguales y dicen la misma cosa. Un maestro mio nos leyó una vez uno traduciéndolo, y todos son el mismo. Dichoso el que como yo no los entiende.

—¿Luego usted se figura que todo lo que se ha escrito en ese país es igualmente deplorable?

—Yo no me figuro ningun desatino como ese. Lo que me figuro es que no alcanzando el tiempo

para leerlos todos, los buenos como los malos, hay peligro en picar sobre algunos, que, ciertamente, cuando los elige un extranjero, no deben ser los más edificantes. Eso es lo que me figuro, y tengo razon.

Don Juan, para no confundir al hombre piadoso, que tan querido y respetable le era en aquellos momentos, se calló sobre la significacion del pobre libro tan maltratado. Era un guía del viajero desde Bayona á París, que el Coronel solia consultar con frecuencia recordando los tiempos de su viaje. El Cura continuó, parándose en la puerta de la alcoba y extendiendo sus brazos como si se hallara en el púlpito:

—La lectura somera del libro francés, porque repito, D. Juan, que para manos extrañas no hay más que uno, conduce á ser eso que se principia á llamar el hombre moderno, y que yo llamo el hombre indiferente, descreido y fátuo. Antes de esas lecturas los españoles eran malos ó buenos, pero eran alguna cosa; despues que el invasor nos trajo sus armas, y con ellas su libro, los hombres como usted se cuidaron de romper las primeras en lides gloriosas, pero no supieron sustraerse á la influencia fatal del segundo, y lo que ganaron con el brazo derecho lo están perdiendo con el izquierdo. Hablemos con franqueza, amigo mio: ¿ha sido usted religioso desde su viaje á Francia?

El Coronel cerró los ojos sin contestar. Don Romualdo añadió:

—Este libro (y volvió á poner la mano sobre

él) dice ni más ni ménos que lo que todo el mundo ha pensado á sus solas; pero basta que las dudas del pensamiento se estampen en el papel, para que ya aparezcan como realidades incontrovertibles. Nadie ha dudado más que los teólogos, y teólogo he sido, Sr. D. Juan, no de los más agudos, aun cuando tampoco de los más zotes. Pues bien: creer ó no creer; sentir ó no sentir; esperar ó no esperar: hé aquí la cuestion de las cuestiones.

—Gracias, señor Cura (dijo á esta sazon el enfermo): usted ha adivinado de lo que yo queria tratar hoy. Dudo, sí, amigo mio: dudo hace muchos años, dudo de todo, dudo hasta de mi propia existencia. Por eso quiero hablar con el que no dude, por eso quiero oir esa hermosa y honrada palabra, que he escuchado muchas veces con indiferencia burlona en las cacerías de nuestros montes. Hábleme usted, señor Cura, hábleme usted.

—Yo tambien he dudado en esos montes mismos, Sr. Vaillant. Yo he visto meter una bellota en el suelo y salir una encina. Esto es tierra, esto es agua, esto es aire y esto es una fruta grosera para cerdos (me decia contemplando el lugar): ¿dónde está por aquí la madera de encina? ¿Quién ó cómo se trae? ¿Cuáles ó cómo son los elementos de esta dureza, de este peso, de este color y de esta altura? Yo tambien he dudado, y he dicho «no lo sé.» Pero al instante me he vuelto creyente de una cosa.

—¿De cuál?

—De la encina.

Enfermo y sacerdote reflexionaron por algunos minutos. El primero repitió:

—Hábleme usted.

—Yo sé (continuó D. Romualdo) lo que dice este libro. Estoy al corriente de la ciencia moderna, porque, con permiso del Ordinario, leo un periódico de los más atroces. Sé, por ejemplo, y me guardo muy bien de decírselo á nadie, que el sol no es el sol, sino un astro perdido que por casualidad anda más cerca de la tierra que otros, y nos alumbra y nos calienta como á los demás gusanos de las demás partes. Sé que la luna no es luna, ni diosa, ni amiga de los hombres, sino otro astro más frio y que por casualidad rueda muy cerca de nosotros, mostrándonos las montañas y los rios de su muerta superficie, donde habrá unas fieras ó unos monos podridos, como usted y yo lo estaremos cuando se acabe el calor de este terruño que habitamos. Sé que los mundos infinitos que pueblan el espacio están tan léjos de nuestro alcance corporal como del de nuestro entendimiento y de nuestra razon, por cuyo motivo es imposible que estén formados para grandeza ni gloria de este reptil ridículo que se llama el hombre. Todo eso lo sé, amigo mio, y otras muchas cosas que no son del caso presente; pero ¡qué quiere usted! soy tan bruto, que digo para mí:—«Venga esa casualidad que ha desgajado el sol de los otros planetas y lo ha puesto cerquita del hombre para alumbrarle de dia, teniendo cuidado, por casualidad tambien, de esconderse de noche para dejarle dormir tranquila-

mente. Venga esa casualidad que dió de puntapiés á la luna hasta ponerla casi al alcance de nuestra mano para que, medio muerta y todo, nos aclare la noche y guie la navegacion, al viajero y al cirujano. Porque ha de saber usted, Sr. D. Juan, que la luna decide nuestro nacimiento, influye en nuestra muerte, agita ó calma los mares, vive con nosotros y para nosotros, ya que la casualidad (pues no puede ser otra cosa) la ha puesto tan inmediata al sapo llamado hombre. Venga (me digo) esa casualidad que tachona el firmamento de luces infinitas para mi encanto, de leyes admirables para mi estudio y de preciosa corona para esta sien soberbia que, por casualidades de tal especie, se considera nada ménos que imágen de todo un Dios. Venga esa casualidad que une los mundos sin que se caigan, que forma los mares sin que se derramen, que produce la vida sin que se la pidan, y que al decretar la muerte inventa la esperanza para engañarnos, por casualidad tambien, con objeto de que no nos asuste. Venga esa casualidad de la conciencia; venga esa casualidad de la memoria; venga esa casualidad del albeldrío; vengan todas esas casualidades del amor, de la paternidad, del patriotismo, de la honra, de la gloria, de qué sé yo cuantas necedades, que á nada conducen si lo que se dice en este libro es cierto, como yo me temo y usted no duda. Sí, Sr. D. Juan: yo me hago un lío cuando pienso en todo esto, que ya se sabe ciertamente que es mentira; yo dudo de todo, yo me burlo de todo, yo estoy engañando á todo el

mundo con todo; yo no creo más que en una cosa.

—¿En cuál? (preguntó ya suspirante el conturbado Coronel).

—En la encina (contestó con gravedad el sacerdote). Tengo fe.

—Pero bien, señor Cura (dijo el moribundo aspirando á creer): si el cuerpo queda y el alma se va; si la esencia del alma se sustrae al análisis del hombre, ¿qué esperar de ese ténue vapor, más impalpable que la luz, para la dicha de este cuerpo que se pudre? ¡Yo creeria, todos creerian, si hubiera algo de verosímil en el futuro, algo de humano, algo de comprensible para este entendimiento que á tanto alcanza!

—¡Pequeña el alma! (observó D. Romualdo con admiracion). ¿Qué cosa hay más pequeña que el cuerpo? ¿Qué es el cuerpo ántes de ser? ¿Qué grandor alcanzará la molécula del gérmen del abuelo, que ha de trasmitir á su nieto la sonrisa de sus labios? ¿Qué es el cuerpo? No materialice usted, Sr. D. Juan, que por ese camino nos perdemos como por ningun otro. La esencia del alma puede ser como la esencia de la bellota: formada ya la encina de su seno, la bellota subsiste, sin embargo, tan fresca, tan entera y tan lozana como el primer dia.

—Pero el futuro, el futuro (añadia D. Juan con ánsias de creyente). La forma del futuro es la que yo me necesito fingir.

—¡La forma del futuro! (volvió á admirarse

el Cura). ¡Qué sé yo de la forma del futuro!... Pero, calle: busquémosla: ¿qué se pierde con esto?—Nace el niño con la inocencia de los ángeles y la simpatía casi sagrada de los hombres: crece, auméntase su gracia y su belleza; mas éstas se contrarian por su propia debilidad. ¿Quién fuera niño sin ser débil? Tras la niñez viene la juventud: alegría, horizontes rosados, agilidad, resistencia, ilusiones: nada que se asemeje á esta edad, si no estuviera contrariada por los peligros del crecimiento, por las trabas de la educacion, por los pesares de la inexperiencia. Llega la época viril: luz, razon, fuerza, poder, albedrío, todo lo que puede apetecerse, si no se terciaran el trabajo, los afanes de la vida, la lucha con el mundo, los golpes de la fortuna. Asoma la vejez: experiencia, juicio, conocimiento de las gentes, maestría en el arte de vivir, respetos conquistados, todo cuanto la fantasía pudiera soñar de más completo y agradable, si no sobreviniesen con los años el desgaste del cuerpo, la pérdida del gusto, los sinsabores de la enfermedad. ¿Á qué cansarme, amigo mio? Una niñez sin ignorancia, una juventud sin contrariedades, una virilidad sin trabajos, una vejez sin dolencias, una senectud sin remordimientos, ¡qué sé yo! ¡una prole sin muertes, una familia sin odios, un banquete sin hastíos, una música sin desacordes!... escoja usted, D. Juan, escoja usted de lo que digo y de lo que callo la fórmula del futuro.

El Coronel se hallaba cogido en todas sus en-

crucijadas. Calló, reflexionó, suspiró, quiso hablar, y, por último, llamando con su brazo vivo al Sacerdote cerca de sí, aproximóle la cabeza á sus labios y conversó secretamente con él por espacio de media hora.

XII.

Aquella misma noche administráronse los Santos Sacramentos de la Iglesia al Sr. D. Juan Vaillant, con toda la pompa, concurso de luces y de pueblo que para el caso habia disponibles en la comarca. Al rayar del siguiente dia, arrodillados cerca del lecho mortuorio, Paca, estrechando su mano con la mano del Brigadier, doña Francisca, prestando el calor de su rostro á los piés helados de su señor, y el Cura del lugar con sobrepelliz, estola é hisopo, diciendo en alta voz los textos sagrados que D. Juan repetia con varonil entereza, como el que muere para no morir, exhaló su último suspiro el héroe extraño de nuestra verídica historia.

Al abrir su testamento, escrito de su puño muchos años ántes, se vió que sólo decia:

«Todo para Paca si muere ántes Francisca: todo para Francisca si fallece ántes Paca: todo para los pobres cuando falten las dos.»

No cayó en tierra estéril tan tierna sembradura; pues, á juzgar por datos verosímiles, las po-

bres viejas debieron sobrevivir muy poco á la falta de su amo, marido y huésped. Paca, con particularidad, no salia de la iglesia ó del cementerio. Doña Francisca se quedó lela.

El cura costeó una magnífica lápida de mármol negro, para colocarla en la sepultura de su amigo. No sabiendo cómo poner el epitafio, porque la pena y el dolor le turbaban la mente, encargó su redaccion al célebre abogadillo, que fué de los primeros en asistir al entierro y funerales de D. Juan. Despues de escribirlo en verso, luégo en prosa, luégo en latin y luégo en sentencias de la Biblia, parece que la Providencia le iluminó por una vez, decidiéndole á consignar esta hermosa leyenda en letras de oro:

AQUÍ YACE EL BRIGADIER FERNANDEZ.



LAS ESTANQUERAS

DE SAN FERNANDO.

LAS ESTANQUERAS

DE SAN FERNANDO.

I.

Durante las últimas guerras civil y cantonal, de infausta memoria, habia en la isla de San Fernando un estanquillo miserable, adonde acudian por tabaco y sellos personas muy distinguidas de la poblacion. Era el estanco de las tres hermanas. Una vara cuadrada de hueco para cada una, y otra vara lo más para el estante de los cigarros y el mostrador de las transacciones, constituian aquella dependencia de la administracion pública, confiada esta vez con acierto á la impericia industrial de tres huérfanas infelices. La mayor tenía treinta y ocho años, diez ménos la última, y una edad proporcionada entre ámbas la tercera, que no era hermana como lo parecia; pero cuya breve historia pone de manifiesto el corazon de las tres. Fué novia de un hermano que murió, y cuando se deshacia en lágrimas sobre el cadáver del que iba á ser su marido, lamentando el abandono en

que quedaba en el mundo, las hermanas, que perdian tambien con el muerto su único apoyo por entónces, dijéronla á una:—«Vente con nosotras, y lo que de nosotras sea, será de tí; las tres lloraremos juntas, y las tres partiremos un pedazo de pan.»

Desde ese tiempo las gentes las consideraron tres hermanas; y quizá por esto las gentes, así como por la extremada limpieza del estanquillo, como por la afabilidad de las vendedoras, como por la honradez que envolvia todo aquel pobre conjunto, prefirieron la tienda de que hablamos para verificar sus compras, y hasta llegaron á hacerse amigas de las estanqueras, cuyo sencillo trato cautivaba á todos los corazones sensibles.

No es de extrañar, por tanto, que una mañana del mes de Diciembre de 1873 al ver que en el estanco se lloraba en vez de reir, hubiera muchas personas que preguntasen con interés la causa, y que con interés se condoliesen al oir por boca de las tres hermanas á un tiempo, que el último miembro de la familia, un sobrino muy jóven que trabajaba de carpintero en las obras cristianas de Tetuan, habia caido soldado y lo reclamaban con urgencia para la guerra. No era esto todo lo peor. El sobrino, que por su buen comportamiento merecia las atenciones de nuestro cónsul, obtuvo de él un permiso para demorar su vuelta á Cádiz hasta que concluyese un trabajo lucrativo de que se ocupaba; y esta condescendencia del cónsul, debida á mútua bondad, fué causa de que cuando

llegó al depósito hubiera ya terminado el plazo de treinta dias que se les concedió á todos los quintos para elegir cuerpo donde alistarse. Las tias deseaban que el muchacho escogiese la marina, por la probabilidad de tenerlo cerca; pero el abandono voluntario de su derecho lo impedia entónces, como no se consiguiese por gracia muy notoria del capitan general del departamento marítimo.

De las tres hermanas, las dos que llamaremos mayores eran completamente nulas para toda suerte de asuntos graves. Sólo la menor, Emilia, que sabía un poquito de cuentas y algo de lectura y escritura; Emilia, que era la encargada de entenderse con la Administracion, la que dirimia las cuestiones con los parroquianos, la que con su gracejo y natural atractivo sostenia en primer término el núcleo de amistades de que se hallaba rodeada la humilde tienda; sólo Emilia podia encargarse de dar los pasos conducentes al logro del anhelo comun. Ella fué, pues, un dia y otro la que anduvo por duplicado la gran distancia que separa á la poblacion de la Capitanía general, sin conseguir ser recibida por el Jefe, á quien embargaban en aquellos momentos importantes atenciones políticas. Al cuarto ó quinto viaje, sin embargo, quiso la fortuna que el General oyese los lamentos y súplicas de la jóven, y que, mandándola entrar á su presencia, escuchase con benevolente atencion su solicitud, ofreciéndola en el acto todo su apoyo. Dispuso que uno de los ayudantes hiciese el borrador de la instancia, informó á Emi-

lia de cómo habia de ser escrita y firmada, y recomendándole la presteza por lo premioso del tiempo, aseguró formalmente que podian contar con el sobrino en marina.

No hay que encarecer ni la satisfaccion de la jóven, ni la premura con que daria los pasos sucesivos. Un parroquiano de la casa escribió sin pérdida de minuto el memorial en el papel conveniente, y Emilia voló á Cádiz para obtener la firma del interesado, prometiéndose concluir el asunto en pocas horas. Pero la fatalidad, que perseguia con negra insistencia á aquellas pobres mujeres, hizo que la portadora del escrito llegase al depósito momentos despues de haber marchado en tren expreso para Madrid todos los reclutas de la provincia. Se habia obedecido á una órden telegráfica de la mayor urgencia.

La desolacion de las tres hermanas no tuvo límites ni era fácil que tuviese consuelos. Lo que el General hubiera hecho por sí mismo á la mañana siguiente, ya no podia hacerlo sino el ministro de Marina, y el Ministro no estaba en San Fernando, sino en Madrid, y al pobre muchacho se lo llevaban sin haberse despedido de su familia, sin ropa, sin un escapulario, sin una bendicion de Dios. La pobre hermana Josefa decia: — «¿Pero es posible que ese general, que era tan bueno, no sea ya nadie?»

Emilia y Concha abrieron de repente el cajon, animadas de un pensamiento análogo. ¿Alcanzaria el peculio de la casa para que una de las mujeres

tomase el camino de Madrid? El consejo de los amigos de la tienda era unánime en este punto. Una carta por el correo es una carta perdida; los pasos de un quinto fuera de su país son pasos infructuosos: una mujer cariñosa, en cambio, una mujer amante, provista de una recomendacion eficaz, podia sólo obtener en la corte y del propio Ministro, lo que ya obtuvo en la Capitanía general del jefe del departamento. No cabian vacilaciones en tiempo de guerra: dejar de conseguir para el mozo lo que ya tuvo alcanzado, era tal vez conducirlo á la muerte.

Una de las buenas señoras que con más frecuencia compraban sellos de franqueo, les ofreció carta para cierto general residente en Madrid, que disfrutaba de gran influencia con los ministros. Al recibir aquella carta, Emilia contestó:—«Señorita: la carta está muy bien, y usted y la carta son de oro. Emilia Guzman.»—Se juntó toda la mejor ropa de las tres hermanas, se juntó todo el dinero posible, se juntó todo el valor de que tres hermosos corazones pueden disponer, y Emilia, á quien se dirigieron unánimes las miradas de Josefa y Concha; Emilia, que segun la ingénua expresion de sus hermanas, era *la única de las tres que tenía talento*, salió al dia siguiente en un coche de tercera clase para Madrid, llevando fe cristiana en su empresa, una carta en el pecho, unos duros en el bolsillo, y un pañuelo con ropas en la mano.

II.

Circunstancias especiales que no conocemos, llevaron á la viajera á una humilde casa de huéspedes de la calle del Barco núm. 24. Allí pagó por adelantado una semana de hospedaje, y sin pretender descansar de las molestias del camino, que tanto eran físicas como del alma, se dirigió en busca del General para quien traia la carta de recomendacion. El General no estaba en casa, pero su amable esposa recibió á Emilia con el mayor cariño, prometiéndola que á la mañana siguiente conseguiria hablarle de su asunto. En efecto, al otro dia el General le dió una carta para el ministro de Marina; carta tan verdadera y calorosa como la pobre mujer no hubiera podido esperarse. Emilia bañó de lágrimas las manos de aquellos señores, á quienes desde aquí rendimos tributo de agradecimiento en nombre de la caridad, como ya se lo hemos rendido indirectamente al noble marino que mandaba en el departamento de San Fernando.

Cinco ó seis dias mortales perdió Emilia en las

antesalas del Ministerio, y no fué poca su fortuna si al cabo de ellos oyó de los labios del Ministro que aquella recomendacion que traia era para él irresistible; así que no se contentaba con escribir á su compañero el de la Guerra en favor del quinto que salia para el Norte, sino que iba á recomendarle el asunto de palabra en el Consejo de aquella tarde. Con esta lisonjera esperanza corrió Emilia al cuartel para consolar á su sobrino impaciente. Allí tuvo que dejarle algun dinero del poquísimo que ya tenía, porque el pobre muchacho, áun habiendo gastado todo el suyo, principiaba á carecer de lo más necesario. La carta que escribió en seguida á sus hermanas pidiéndoles más dinero y refiriendo los pormenores del asunto, sirve de apuntes á esta crítica parte de nuestro relato.

No fué, como se dice vulgarmente, palabra de ministro la que dió el de Marina á la jóven: dos dias despues, que logró verlo, ya tenía preparada la carta, y le dijo:—«He hablado con mi compañero de Guerra; no hay inconveniente en acceder á lo que se solicita; dentro de cuatro ó seis dias bajarán las órdenes para que el muchacho vaya á Cádiz é ingrese en el departamento como desea.»

Emilia se volvió loca de placer. Nadie la habia engañado, nadie la habia desdeñado, nadie habia abusado de su inexperiencia ni de su debilidad. No le faltaba más que recibir el dinero y volverse con su sobrino á San Fernando.

Pero el dinero no venía, y Concha y Josefa ni

áun contestaban inmediatamente, como de costumbre, á la carta de su hermana. Llegó ésta á sospechar si torpes, como lo eran, para el despacho, les habrian pasado alguna moneda de oro falsa, y no tendrian remanente de utilidades que remitirle. Pensó tambien que con las décimas de la nueva moneda de cobre podrian haber armado un lio en que saliesen perdiendo; porque el estanco de las tres hermanas era de esos que cuando un trabajador daba dos cuartos y medio por un cigarro de á tres, se le decia:—«Bien está; otro dia lo dará usted de sobra.»

En nuestros apuntes, sin embargo, obran otras noticias. Josefa y Concha reunieron dinero suficiente y lo mandaron en seguida á Madrid; pero la carta se extravió.

Pasados algunos dias Emilia escribió de nuevo, no sin haber ya sufrido conminacion de la casa de huéspedes por falta de puntualidad en el pago. Su vergüenza habia sido infinita, y así lo apunta en su carta:—«Creí morirme.»

Necesitaríamos recurrir ahora á la fantasía para relatar este breve periodo de la existencia de la mujer; pero no queremos intentarlo. Emilia andaba por las calles de Madrid sin ocupacion en que entretener la amargura de sus pensamientos. En la casa de huéspedes dicen que no parecia más que á acostarse, por temor sin duda de que le pidieran el dinero, y si comia, no saben dónde. Hemos procurado averiguar si entraba en el cuartel á la hora del rancho; pero el sobrino no la vió ni

pudo descubrir en ella nunca más que alegría por haber conseguido su rescate. Ello es que una noche, de las que contra su costumbre se retiró temprano á su casa, rogó á la patrona que le echara alguna manta encima, porque tiritaba de frio. Entráronle además una taza de caldo; pero Emilia no lo quiso, poniéndose muy colorada, y lo que pidió por el amor de Dios fué un refresco, aunque no tuviera azúcar. Un huésped la oyó quejarse toda la noche, y por la mañana, cuando entró la patrona, la miró á la cara y llamó á un médico. Emilia no pudo extrañarse de esta solicitud, porque ella en San Fernando hubiera hecho lo propio con cualquiera. El médico vino, la pulsó, habló cuatro palabras con la patrona, y un rato despues entraron dos hombres con una camilla y se la llevaron al hospital.

Tenía viruelas.

III.

En el estanquillo de San Fernando, el placer de las noticias recibidas hasta entónces, se trocó en una triste inquietud. Emilia, que era tan puntual, no escribia; y el sobrino, que era tan cariñoso, no hablaba en una carta más que de sí, poniendo al pié: —«A tia Emilia no la veo: estará muy ocupada dando los pasos: en toda esta semana no puedo salir del cuartel.»

Los amigos de la tienda se interesaron tanto en el lance, que fueron á preguntar á la casa de comercio por donde se giró la letra si estaba cobrada. Miraron un libro y vieron que no. Entónces aconsejaron á las hermanas que se pusiera una segunda letra, por si la anterior carta se habia perdido, lo cual fué corroborado por la llegada con atraso de la última de Emilia, en que se dolia de la situacion probable de sus hermanas tanto como de la suya propia. Se mandó inmediatamente otra carta y un telegrama; pero este último no pudo correr, porque los carlistas ó los cantonales habian

cortado los hilos. Así pasaron ocho dias más. En el estanco ya no se discutia; se lloraba.

Con fecha de 3 de Enero escribe el sobrino que Emilia se halla enferma; que él ha abierto una carta de sus tias, y se aflige en pensar lo que están pasando con el embolismo de las cuentas por falta de la persona que sabía llevarlas; que pide á Dios misericordia para todos, y que cuando le sea posible tomará el camino de San Fernando. Esta carta se comentó ya, no sólo en la humilde tienda de las hermanas, sino en el extenso círculo de cuantos se iban haciendo partícipes de su deplorable situacion. No habia duda en que el sentido de las frases del soldado era siniestro.

Del 3 al 15 no hubo carta: el 16 amaneció cerrado el estanco. El 17 de Enero volvió á abrirse con otras caras que, para terror de las personas amigas, se mostraban alegres. La señora de los sellos se atrevió á preguntar, y le contestaron: — «Ya no están aquí; una se ha muerto y las otras se han perdido: ¿quiere usted del interior ó de fuera?»

En el Patio del Cambiazo, lugar el más miserable y sucio de la Isla, en una habitacion de entresuelo, sin luz propia, sin aire, y hasta olvidadas, si nos es permitido decirlo, de la mano de Dios, allí encontró la señora recogidas á las dos hermanas, todo ojos para llorar, todo clamores para pedir la muerte. El sobrino habia salido el dia 12 del cuartel, y el 8 habian enterrado á Emilia en el hospital. Ni lo vió siquiera.

Personas caritativas se encargaron de rescatar

por cinco duros las ropas de la jóven que estaban en secuestro; el quinto tomó el camino para Cádiz á pié y por tránsitos de tropa; y tú, Emilia, pobre Emilia, desdichada y sin par criatura, cuyos terribles tormentos te llevaron al sepulcro sin que lo supiera nadie, ¿por qué cuando vagabas por esas calles de Madrid que desconocias, luchando con los secretos placeres de tu triunfo y los hondos pesares de tu escasa fortuna; por qué cuando mirabas á las caras alegres y á las gentes dichosas que te estorbaban el vacilante paso, no te fijaste en la nuestra ó en la de alguno de los muchos á quienes el corazon impulsa en momentos especiales para creer y remediar las desgracias del prójimo, contándoles tus apuros y tu aislamiento? ¿Por qué no referiste tus penas á los señores de la carta, ó al ministro de Marina, ó al de la Guerra, que tan cariñosos estuvieron contigo, ó al propio soldado cuya libertad y fortuna acababas de obtener? ¿Cuál era el tamaño de tu vergüenza, cuáles los perfiles de tu pudor, para devorar dentro de tí misma, sin decírselo á nadie, hambres, miedo de volver á tu casa, calentura, desnudez y abandono absoluto? ¿Qué pasaba ya en tu pobre naturaleza cuando te atreviste á pedir una manta, cuando solicitaste de tus acreedores un refresco, cuando viste que dos hombres te echaban medio desnuda en la camilla de los apestados, cuando entraste en la sala del hospital, cuando se agravó tu pestilente dolencia, cuando te sacramentaron, cuando estertoraste, cuando moriste? ¿Qué visiones llenaron de amar-

gura tus últimas horas, ó qué beatífica esperanza pudo despertársete en el último momento?

¡Duerme en paz, pobre jóven, en esa fosa comun, donde descansan los muertos desconocidos y donde todas las desdichas humanas encuentran fin. Las lágrimas de las pobres estanqueras de San Fernando, y las que en este instante arrasan los ojos de cuantos leen esta tu verídica historia, son tu sufragio religioso, tu glorificacion humana y las flores para la corona de tu martirio!

FIN DEL TOMO PRIMERO.

